



La torre del homenaje

JENNIFER EGAN

Traducción de Carles Andreu



Lectulandia

Danny, que por lo general evita ir a lugares que no disponen de conexión wi-fi, se ve obligado a alejarse por un tiempo de Nueva York. Busca refugio en el castillo que, en algún lugar recóndito de Europa Central, su enigmático y exitoso primo Howie quiere convertir en un hotel de lujo. La construcción no esconde solo un sofisticado sistema de cuevas y túneles, sino que guarda también muchas otras sorpresas: unos extraños gemelos, un estanque oscuro, una baronesa siniestra, una torre temible. Danny y Howie, marcados por una cruel broma infantil de consecuencias devastadoras, reviven en ese singular paraje aquel episodio mientras un preso, encarcelado por haber cometido algo que no se nombra, cuenta una historia en la que pasado y presente establecen una inquietante relación. En *La torre del homenaje*, novela de fascinante arquitectura, Jennifer Egan hila un relato perturbador, de gran tensión psicológica, sobre los vínculos entre la imaginación y los distintos cautiverios de la vida moderna.

Lectulandia

Jennifer Egan

La torre del homenaje

ePub r1.0

Castroponce 23.01.18

Título original: *The Keep*
Jennifer Egan, 2006
Traducción: Carles Andreu
Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para los pequeños,
Manu y Raoul

PRIMERA PARTE

El castillo se caía a pedazos, pero a las dos de la madrugada y bajo una luna estéril, Danny no se dio cuenta. Lo que veía presentaba un aspecto francamente robusto: dos torres circulares unidas por un arco y, bajo ese arco, una puerta de hierro que parecía que no se hubiera abierto en trescientos años, o incluso más.

Danny no había estado nunca en un castillo, ni tampoco en esa parte del mundo, pero había algo en todo aquello que le resultaba familiar. Era como si recordara aquel lugar de hacía mucho tiempo, no de haber estado realmente allí sino más bien de un sueño o de algún libro. Las torres tenían en la parte superior las típicas muescas cuadradas que los niños dibujan en los castillos. El aire era frío y neblinoso, como si ya hubiera llegado el otoño, aunque estaban aún a mediados de agosto y en Nueva York la gente iba medio desnuda. Los árboles habían empezado a perder las hojas; Danny notaba como le caían encima de la cabeza y las oía crujir bajo las botas al andar. Buscaba un timbre, una aldaba, una luz: una entrada a aquel sitio o, cuando menos, algo que lo ayudara a encontrar la entrada. Ya estaba desesperándose.

Danny se había pasado dos horas en un pueblucho del valle esperando un autobús que lo llevase al castillo, pero no llegaba nunca y entonces había levantado la mirada y había visto una silueta oscura que se recortaba contra el cielo. Echó a andar, arrastrando la Samsonite y la antena parabólica un par de kilómetros montaña arriba, aunque las ruedas de la maleta se atrancaban en las rocas, las raíces de los árboles y las madrigueras. Su cojera tampoco ayudaba. Todo el viaje había sido así: un problema tras otro, empezando por la salida del vuelo nocturno desde el aeropuerto JFK, cuando tras una amenaza de bomba habían tenido que remolcar el avión hasta un campo adyacente, rodeado por unos camiones con lucecitas rojas y mangueras enormes que resultaban reconfortantes hasta que uno comprendía que su objetivo era asegurarse de que la bola de fuego calcinara tan solo a los pobres pringados que iban a bordo. Total, que Danny había perdido la conexión en Praga y también el tren que debía llevarlo al lugar donde se encontraba ahora, un pueblo con un nombre que sonaba alemán pero que no parecía que estuviera en Alemania. Ni en ningún otro sitio, de hecho: Danny no lo había encontrado en Internet, aunque tampoco estaba muy seguro de cómo se escribía. En una conversación telefónica con su primo Howie, que era el propietario del castillo y quien había corrido con todos los gastos para que Danny le pudiera echar una mano con la restauración, había intentado averiguar algunos detalles.

Danny: Hay una cosa que aún no me ha quedado clara. ¿Dónde está tu hotel, en Austria, en Alemania o en la República Checa?

Howie: Si quieres que te diga la verdad, ni yo mismo lo tengo muy claro. Esas fronteras cambian sin parar.

Danny (pensando): ¿En serio?

Howie: Además, recuerda que aún no es un hotel. De momento es solo un viejo...

Se había cortado la línea. Danny intentó volver a llamar, pero ya no logró dar con él.

No obstante, los billetes llegaron a la semana siguiente (matasellos borroso): avión, tren y autobús. Y teniendo en cuenta que hacía poco que se había quedado sin trabajo y que debía marcharse rapidito de Nueva York a causa de un malentendido en el restaurante donde trabajaba, que le pagaran para ir a algún sitio (a donde fuera, incluso a la luna) no era una oferta que Danny estuviese en condiciones de rechazar.

Había llegado con quince horas de retraso.

Dejó la Samsonite y la parabólica junto a la verja y dio la vuelta a la torre izquierda (Danny iba a la izquierda siempre que podía elegir, porque la mayoría de la gente optaba por ir a la derecha). De la torre partía una muralla curva que se perdía entre los árboles. Danny la bordeó y pronto se encontró en medio del bosque. Caminaba a tientas. Se oían correteos y aleteos. A medida que iba avanzando, los árboles estaban cada vez más pegados a la muralla, hasta que al final tuvo que escurrirse entre los troncos y la pared, pues temía perderse si se alejaba demasiado de la fortificación. Y entonces sucedió algo bueno: llegó a un lugar donde los árboles habían atravesado la muralla hasta derrumbarla, de modo que Danny podía entrar trepando.

No fue fácil. La muralla medía más de seis metros de altura y era irregular y quebradiza, con varios troncos que la atravesaban y la aplastaban. Además, Danny tenía una rodilla maltrecha a causa de una lesión relacionada con el malentendido en el trabajo. Por si fuera poco, no llevaba precisamente botas de escalada, sino calzado de ciudad, unos zapatos guays, con la punta entre cuadrada y puntiaguda. Sus zapatos de la suerte, o eso había creído Danny hacía tiempo, al comprárselos. Necesitaban una suela nueva. Los zapatos resbalaban incluso encima del hormigón de la ciudad, así que Danny se alegró de que nadie viera el espectáculo que ofrecía en aquel momento, trepando a gatas por una muralla de seis metros medio derrumbada. Pero finalmente lo logró y, arrastrando la pierna dolorida, jadeante y sudoroso, se encaramó a una especie de plataforma que recorría la parte superior de la muralla. Se sacudió los pantalones y se puso de pie.

Tenía ante sí una de esas vistas que hacen que durante un segundo te sientas Dios. A la luz de la luna, la muralla del castillo parecía de plata y se extendía por las montañas formando un óvalo irregular del tamaño de un campo de fútbol americano. Había una torre circular más o menos cada cincuenta metros. A los pies de Danny, en la parte interior de la muralla, estaba todo a oscuras, negro puro, como si fuera un lago o el espacio exterior. Encima, la inmensa bóveda celeste, llena de nubes moradas y desgarradas. El castillo seguía donde Danny lo había dejado: un montón de torres y

edificios apelotonados. Sin embargo, la torre más alta se encontraba separada del resto; era estrecha y de planta cuadrada, y una luz roja brillaba en una de sus ventanas superiores.

Danny miró hacia abajo y notó un aleteo en la tripa. Al llegar a Nueva York por primera vez, él y sus amigos habían intentado encontrar una palabra que definiera la relación que deseaban establecer entre ellos y el universo. Pero la lengua inglesa se les quedaba corta: conceptos como «perspectiva», «visión», «conocimiento» o «sabiduría» eran o demasiado profundos o demasiado superficiales. Así pues, Danny y sus amigos se habían inventado un nombre: *Altus*. El verdadero *altus* operaba en dos sentidos: veías pero al mismo tiempo te veían, conocías y te conocían. Era un reconocimiento de doble sentido. De pie en la muralla del castillo, Danny sintió *altus*; aquella palabra seguía acompañándolo aunque hiciera ya tiempo que sus amigos habían desaparecido. Habrían crecido, seguramente.

Danny se dijo que ojalá se hubiera llevado la parabólica hasta lo alto de la muralla. Se moría de ganas de hacer unas llamadas; se trataba de una necesidad primaria, como el impulso de reír, estornudar o comer. Su urgencia era tal que se deslizó de nuevo muralla abajo y desanduvo el camino por entre aquellos árboles imponentes. Llevaba las uñas un poco largas y pronto se le llenaron de tierra y musgo. Pero para cuando regresó junto a la verja, el *altus* se había desvanecido y Danny ya solo se sentía cansado. Guardó la parabólica dentro de su estuche y encontró un lugar llano donde echarse debajo de un árbol. Reunió un montón de hojas. Danny había dormido al aire libre algunas veces cuando las cosas se habían puesto feas en Nueva York, pero aquello era totalmente distinto. Se quitó la chaqueta de terciopelo, la volvió del revés, la enroscó para darle forma de almohada y la colocó sobre la base del árbol. Se echó boca arriba, encima de las hojas, y cruzó los brazos sobre el pecho. No paraban de llover hojas y más hojas. Danny las vio girar y entrar en barrena sobre el telón de fondo de las ramas medio desnudas y las nubes moradas, y notó que se le cerraban los ojos. Intentó pensar en frases que pudiera emplear con Howie...

Como: «Oye, tío, a ver si te curras un poco más el felpudo de la puerta de tu casa».

O si no: «A mí me has pagado para que venga aquí, pero imagino que no les querrás pagar también a tus clientes».

O tal vez: «Créeme, la iluminación de exterior te va a cambiar la vida».

... solo para tener algo que decir si se producía un silencio. Danny estaba nervioso por volver a ver a su primo al cabo de tanto tiempo. Era incapaz de imaginarse al Howie que había conocido de pequeño como un adulto: lo recordaba envuelto en aquella grasa femenina que presentan algunos niños y que les da forma de pera, con unas cartucheras considerables que le sobresalían de la parte trasera de los vaqueros, la piel pálida y sudorosa y la cara enmarcada por una mata de pelo oscuro. A los siete u ocho años, Danny y Howie se habían inventado un juego al que

jugaban siempre que se veían, por vacaciones o durante los pícnicos familiares. Se llamaba Zeus Terminal y había un héroe (Zeus) y también monstruos, misiones, pistas de aterrizaje y naves espaciales, tipos malos, bolas de fuego y persecuciones a toda velocidad. Se podía jugar en cualquier parte, ya fuera en un garaje, en una vieja canoa o debajo de la mesa, y para ello utilizaban lo que encontrasen: pajitas, plumas, platos de cartón, envoltorios de caramelos, hilo, sellos, velas, grapas, cualquier cosa. Casi todo se le ocurría a Howie: cerraba los ojos y era como si estuviera viendo una película en la parte interior de los párpados y quisiera compartirla con Danny: Y entonces Zeus va y dispara balas de resplandor contra sus enemigos y se les ilumina la piel, o sea que ahora puede verlos a través de los árboles, y, ¡zas!, los atrapa con un lazo hecho con cables electrificados.

Pero a veces le decía a Danny que hablara él (Vale, ahora tú: ¿cómo es la mazmorra de tortura submarina?), y Danny empezaba a inventarse cosas: rocas, algas, cestos llenos de ojos humanos. Se metía tanto en la historia que se olvidaba de quién era, y cuando sus padres anunciaban que era hora de marcharse a casa, el shock de verse apartado del juego de manera tan abrupta lo impulsaba a echarse al suelo, a sus pies, y a suplicarles que le dejaran media hora más, ¡por favor!, veinte minutos más, diez, cinco, ¡por favor!, solo un minutito más, ¡porfa, porfa, porfa!, desesperado porque no quería que lo arrancaran del mundo que él y Howie habían creado. Sus otros primos creían que Howie era un bicho raro, un perdedor, y además era adoptado, por lo que guardaban las distancias con él. Especialmente Rafe, que, aunque no fuese el de más edad, era el único al que todos escuchaban. Es muy amable de tu parte que juegues con Howie, decía la madre de Danny. Por lo visto, no tiene muchos amigos. Pero Danny no lo hacía por quedar bien: aunque le importaba lo que pensarán sus demás primos, no había nada tan divertido como el Zeus Terminal.

Luego, ya de adolescentes, Howie cambió. «De la noche a la mañana», eso era lo que todos decían. Una «experiencia traumática» le había arrebatado toda su dulzura y lo había convertido en un chico taciturno e inquieto, que no paraba de agitar un pie y se pasaba el tiempo musitando canciones de King Crimson. Siempre llevaba una libreta encima, e incluso el Día de Acción de Gracias se la colocaba sobre el regazo, cubierta con una servilleta para no mancharla de salsa. Howie hacía anotaciones con un lápiz romo y sobado mientras examinaba a los miembros de la familia, como si intentara decidir cómo y cuándo iban a morir. Pero nadie le prestaba nunca demasiada atención. Y después del cambio, del «incidente traumático», Danny empezó a fingir que también él lo ignoraba.

Aunque sí hablaban de Howie cuando este no estaba delante, vaya que sí. Los problemas de Howie eran uno de los temas preferidos de la familia, y detrás de los movimientos de cabeza y de los «ay, qué triste» se notaba claramente la alegría, porque ¿no es cierto que a todas las familias les encanta contar con un miembro que la ha cagado de forma tan fenomenal que a su lado todos los demás tienen la

sensación de ser unos ciudadanos modélicos? Si cerraba los ojos y prestaba atención, Danny aún podía captar algunos de aquellos antiguos murmullos, como si se tratara de una emisora de radio apenas audible: «Howie problemas de drogas te has enterado de que lo arrestaron un chico tan poco agraciado lo siento pero no puedo May lo ha puesto a dieta es solo un adolescente pues no hay algo más yo tengo hijos adolescentes tú tienes hijos adolescentes la culpa la tiene Norm por haberse empeñado en adoptar nunca sabes lo que te va a tocar es una cuestión genética han descubierto que hay gente que es mala y ya está o mala mala no pero ya sabes no mala sino eso es: problemática».

A Danny lo embargaba una sensación extraña cuando, al llegar a casa, oía a su madre hablando por teléfono acerca de Howie con alguna de sus tías. Tierra en los tacos después de ganar un partido y su novia, Shannon Shank, que tenía las mejores tetas de todo el equipo de animadoras y seguramente de todo el instituto, preparada para chupársela en el dormitorio, porque eso era lo que hacía cada vez que Danny ganaba, y gracias a Dios ganaba muy a menudo. «Hola, mamá.» Aquel recuadro azul púrpura casi noche al otro lado de la ventana de la cocina. Joder, a Danny le dolía recordar aquello, el olor del guiso de atún de su madre. En su día le había gustado oír esas cosas sobre Howie, porque lo ayudaban a recordar quién era él, Danny King, «tanbuenchico», eso era lo que todos decían y lo que habían dicho desde siempre, pero aun así a Danny le gustaba oírlo otra vez, saber que todavía lo pensaban. Nunca se daba por satisfecho.

Ese era el recuerdo número uno. Echado bajo el árbol, Danny se había dejado llevar, pero de pronto se puso tan tenso que no pudo quedarse quieto por más tiempo. Se levantó, se sacudió las ramitas de los pantalones y se cabreó consigo mismo, porque no le gustaba recordar. «Caminar hacia atrás», así era como lo llamaba Danny; para él, recordar era un despilfarro de recursos valiosos en cualquier lugar y en cualquier momento, pero hacerlo justamente allí, adonde, tratando de huir de otro sitio, le había costado veinticuatro horas llegar, le parecía ridículo de cojones.

Danny sacudió la chaqueta, se la puso y echó a andar de nuevo, ahora más deprisa. Esta vez fue hacia la derecha. Al principio se encontraba en mitad del bosque, pero pronto los árboles empezaron a escasear y el terreno estaba cada vez más inclinado, de modo que se vio obligado a caminar con la pierna que le quedaba más arriba doblada, lo que le provocaba dolorosos pinchazos desde la rodilla hasta la ingle. De repente la inclinación cambió bruscamente, como si alguien hubiera desmochado el monte con un cuchillo, y Danny se encontró al borde de un acantilado sobre el que se alzaba la muralla del castillo; ahora muralla y acantilado casi formaban una misma línea vertical que se elevaba hacia el cielo. Danny se detuvo y se asomó al acantilado. Allí abajo, a mucha distancia, vio árboles negros, densos, y entre los árboles unas lucecitas que debían de ser el pueblo donde había estado esperando el autobús.

Altus: se encontraba donde Cristo perdió la alpargata. Era una situación extrema,

y a Danny le gustaban los extremos. Lo distraían.

«Yo que tú, antes de animar a la gente a practicar la espeleología, les pediría un depósito en efectivo».

Danny inclinó la cabeza hacia atrás. Las nubes dejaban entrever algunas estrellas. La muralla parecía más alta a ese lado del castillo. Se curvaba hacia dentro para volver a separarse más adelante. Cada pocos metros, unos palmos por encima de la cabeza de Danny, había un hueco. Retrocedió un poco para estudiar uno de esos huecos: una abertura vertical y otra horizontal que formaban una cruz. En los cientos de años transcurridos desde que las habían hecho, esas aberturas debían de haberse ensanchado por el efecto de la lluvia, la nieve y todo eso. Hablando de lluvia, había empezado a caer una fina llovizna que era poco más que rocío, pero con la humedad le pasaba una cosa rarísima al pelo de Danny, que solo podía remediar con secador y una espuma especial que llevaba dentro de la Samsonite. Y Danny no quería que Howie viera esa cosa rarísima, lo que quería era ponerse a cubierto de la lluvia de los cojones. Así pues, se agarró al maltrecho muro y, aprovechando que tenía los pies grandes y las manos huesudas, se encaramó a una de las aberturas. Introdujo la cabeza para comprobar si cabía: vio que sí, y que aún le sobraba el espacio justo para los hombros, la parte más ancha de su cuerpo, que contorsionó y giró como si estuviera metiendo una llave en una cerradura. Introducir el resto de su cuerpo por la abertura fue mucho más sencillo. Un hombre adulto corriente habría necesitado una píldora reductora para caber por el agujero, pero Danny tenía una anatomía peculiar: era alto pero flexible, moldeable; podía enrollarlo como un chicle y desenrollarlo más tarde. Y eso fue justamente lo que hizo: se desenroscó y quedó convertido en una masa sudorosa sobre un húmedo suelo de piedra.

Estaba en una especie de sótano antiquísimo, un lugar sin una pizca de luz y con un olor que a Danny no le gustaba: olor a cueva. El techo era muy bajo, así que, después de golpearse dos veces en la cabeza, intentó caminar doblando las piernas, pero la rodilla lesionada le dolía demasiado.

Entonces se quedó quieto y se irguió lentamente. Oyó bichos correteando, y del miedo se le retorció el estómago como un trapo sucio cuando alguien lo escurre. Entonces se acordó de que llevaba una minilinterna en el llavero, herencia de su época de fiestero: bastaba con apuntar a alguien a los ojos con ella para saber si se había metido éxtasis, heroína o ketamina. Danny la encendió y dirigió el haz de luz a la oscuridad: paredes de piedra, piedra resbaladiza bajo sus pies. Cosas que se movían por las paredes. Danny respiraba con bocanadas rápidas y superficiales, e intentó calmarse. El miedo era peligroso, pues abría la puerta a la «anaconda», otra palabra que Danny y sus amigos se habían inventado mientras fumaban maría, se metían rayas y se preguntaban cómo podían llamar a lo que le pasaba a la gente cuando perdía la confianza, empezaba a actuar de forma extraña, artificial, y le entraba la angustia. ¿Era «paranoia»? ¿«Baja autoestima»? ¿«Inseguridad»? ¿«Pánico»? Todas esas palabras parecían demasiado planas. En cambio «anaconda», la palabra que

habían elegido finalmente, era tridimensional: la anaconda se te metía dentro y empezaba a devorarlo todo hasta provocar un colapso vital, y terminabas quedándote enganchado, o volviendo a vivir con tus padres, o ingresado en Bellevue, o, en el caso de una chica a la que todos ellos conocían, tirándote del puente de Manhattan.

Ya estaba otra vez caminando hacia atrás. Y aquello no ayudaba; al contrario, hacía que las cosas empeorasen.

Danny se sacó el móvil del bolsillo y lo abrió. No tenía servicio en el extranjero, pero el teléfono se puso en marcha y empezó a buscar una red. Bastó con eso para que Danny se calmara, como si el teléfono tuviera poderes o fuera el estabilizador de campos energéticos de cuando jugaba a Zeus Terminal. Era verdad, en ese momento en concreto no estaba conectado con nadie, pero por regla general estaba tan conectado que su conectividad le permitía superar los momentos puntuales de aislamiento, en metros o sótanos particularmente profundos desde donde no podía comunicarse con nadie. Tenía 304 contactos de mensajería instantánea y una lista de 180 amigos. Precisamente por eso había alquilado la parabólica para aquel viaje: era un palo arrastrarla de un lugar a otro y una auténtica pesadilla en los controles de seguridad de los aeropuertos, pero no solo le garantizaba el servicio de móvil sino también acceso wifi a Internet desde cualquier punto de la Tierra. Y Danny lo necesitaba. Su cerebro se negaba a quedarse encerrado dentro de la cámara de resonancia que era su cabeza: cuando eso sucedía, se derramaba, rebosaba y se esparcía por el mundo hasta alcanzar a mil personas que no tenían nada que ver con él. Si su cerebro no podía conectarse, si Danny lo mantenía encerrado dentro de su cabeza, la presión pronto se volvía insoportable.

Echó a andar de nuevo, con el teléfono en una mano y la otra levantada para saber cuándo tenía que agacharse. Aquel lugar parecía una mazmorra, pero Danny recordaba, no sabía muy bien de dónde, que las mazmorras de los castillos antiguos solían encontrarse en el interior de una torre; a lo mejor la construcción alta y cuadrada con una luz en una de sus ventanas superiores que había visto desde la muralla era precisamente eso, la mazmorra. Seguro que en su día aquel sótano había sido una cloaca.

«La verdad, creo que a la Madre Tierra no le vendría nada mal un colutorio».

Pero esa frase no era de Danny sino de Howie. Porque estaba a punto de adentrarse en el recuerdo número dos, os lo digo directamente y ya está, porque no tengo ni idea de cómo se supone que debo hacerlo entrar y salir de todos estos recuerdos de forma fluida y sin que se noten las idas y venidas. Rafe iba delante con la linterna, y luego Howie. Danny iba el último. Los tres estaban bastante embriagados; Howie porque sus primos lo habían elegido para escabullirse del pícnic, Danny porque no había nada en el mundo más emocionante que ser socio de correrías de Rafe, y Rafe..., lo bueno de Rafe era que nunca sabías por qué hacía las cosas.

«Vamos a enseñarle la cueva a Howie».

Rafe lo había dicho en voz baja, mirando a Danny de reojo por entre sus largas

pestañas. Y Danny le había seguido el juego, consciente de que eso era solo el principio.

Howie dio un traspié en la oscuridad. Llevaba una libreta bajo el brazo. No jugaban a Zeus Terminal desde hacía más de un año. El juego se había terminado una Nochebuena sin mediar palabra. Danny había evitado a Howie y estaba con el resto de sus primos. En un par de ocasiones Howie había intentado acercársele, llamar su atención, pero se había rendido enseguida.

Danny: Esa libreta hace que pierdas el equilibrio, Howie.

Howie: Ya, pero la necesito.

¿Para qué la necesitas?

Para cuando se me ocurra una idea.

Rafe se giró y apuntó a Howie con la linterna en toda la cara. Howie cerró los ojos.

Rafe: ¿Una idea? ¿De qué hablas?

Howie: Para Dragones y Mazmorras. Soy el señor de la mazmorra.

Rafe apartó la luz. ¿Con quién juegas?

Con mis amigos.

Danny se quedó ligeramente sorprendido al oír aquello. Dragones y Mazmorras. Conservaba todavía algo así como un recuerdo físico del Zeus Terminal, la sensación de sumergirse en el juego. Y ahora resultaba que el juego no había terminado, sino que simplemente había seguido sin él.

Rafe: ¿Tú estás seguro de que tienes amigos, Howie?

¿No eres amigo mío, Rafe? A continuación Howie se rió y los demás hicieron lo propio; les había gastado una broma.

Rafe: Qué gracioso el chaval.

Y Danny se preguntó si iba a bastar con eso, con que los tres se encerraran en una cueva donde no podía entrar ninguna otra persona. Si era posible que no tuviera que pasar nada más. Danny deseaba de veras que así fuera.

He aquí la estructura de la cueva: primero una gran sala circular con un poco de luz natural, luego una abertura por la que tenías que entrar agachado para acceder a una gruta oscura y luego un agujero por el que te arrastrabas hasta llegar a la tercera sala, donde estaba el estanque. Danny no tenía ni idea de qué había más allá.

Los tres se quedaron en silencio al ver el estanque, cuya superficie de color verde blanquecino reflejaba el brillo de la linterna de Rafe y lo proyectaba en las paredes. Medía unos dos metros de ancho y era profundo y transparente.

Howie: Joder, tíos. Joder. Abrió la libreta y escribió algo.

Danny: ¿Has traído un lápiz?

Howie se lo enseñó. Era uno de esos lapicitos verdes que te dan en el club de campo para que firmes la cuenta. Dijo: Antes llevaba un boli, pero me manchaba los pantalones cada dos por tres.

Rafe soltó una carcajada y Howie se rió también, pero enseguida se contuvo,

como si de pronto se le hubiera ocurrido que a lo mejor no debía reírse tanto como Rafe.

Danny: ¿Qué has escrito?

Howie se lo quedó mirando: ¿Por?

No sé, por curiosidad.

He escrito «estanque verde».

Rafe: ¿Y a eso lo llamas idea?

Se quedaron otra vez en silencio. Danny notó una tensión creciente en la cueva, como si alguien le hubiera hecho una pregunta y estuviera empezando a hartarse de esperar la respuesta. Rafe. Preguntarse por qué el primo mayor de Danny ejercía tanto poder sobre él sería como preguntarse por qué brilla el sol o por qué crece la hierba. Alguna gente tiene la capacidad de lograr que los demás hagan cosas, y ya está. A veces sin pedírselo. A veces sin saber siquiera qué es lo que quieren que hagan.

Danny se acercó al borde del estanque. Howie, dijo, hay una cosa brillante ahí abajo, en el fondo. ¿La ves?

Howie se acercó y miró. Pues no.

Ahí, justo ahí abajo.

Danny se puso en cuclillas junto al estanque y Howie hizo lo propio, balanceándose sobre los pulpejos de esos pies tan grandes que tenía.

Danny puso una mano encima de la espalda de su primo. Notó la suavidad de Howie, el calor que desprendía a través de la camiseta. A lo mejor era que Danny no había tocado nunca a su primo, o a lo mejor solo era que de pronto había tomado conciencia de que Howie también era una persona como él, con un cerebro y un corazón. Howie apretó la libreta bajo el brazo. Danny vio que las páginas temblaban y se dio cuenta de que su primo tenía miedo: Howie sentía el peligro que se cernía sobre él. A lo mejor lo había sabido desde el principio. Pero entonces se volvió hacia Danny con una mirada de confianza absoluta, como si supiera que Danny iba a protegerlo. Que se entendían mutuamente. En realidad todo sucedió más deprisa de lo que sugieren mis palabras: Howie miró a Danny, y Danny cerró los ojos y lo tiró al estanque de un empujón. Pero incluso eso es demasiado lento: una mirada, unos ojos que se cierran, un empujón.

O simplemente: un empujón.

A continuación el cuerpo de Howie se desequilibró y este agitó brazos y piernas, pero Danny no recordaba ningún sonido, ni siquiera un chapoteo. Howie debió de gritar, pero Danny no oyó ningún grito, solo los ruidos que hacían Rafe y él mismo mientras se largaban de allí, corriendo como locos, con la linterna de Rafe barriendo las paredes; salieron flechados de la cueva y, envueltos por una cálida brisa, bajaron las dos colinas y volvieron al pícnic (donde nadie los había echado de menos), tras lo cual Danny notó como si un anillo los rodease a Rafe y a él, un anillo brillante que los mantenía unidos. No dijeron ni una palabra sobre lo que habían hecho hasta unas horas más tarde, cuando el pícnic estaba ya a punto de terminarse.

Danny: Joder, ¿dónde coño se habrá metido?

Rafe: Podría estar justo debajo de nosotros.

Danny se quedó mirando la hierba. ¿Debajo de nosotros? ¿Qué quieres decir?

Rafe se rió. Quiero decir que es imposible saber adónde habrá ido a parar.

Cuando los demás decidieron desplegar y salir en busca de Howie, algo se había introducido en el cerebro de Danny devorándolo todo a su paso, como si excavara los túneles por los que Howie podía haberse adentrado en la cueva, bajo la montaña. Reinaba un ambiente de tranquilidad, daba la impresión de que todo el mundo creía que Howie se había alejado, pero que no andaría muy lejos: era un chico gordo, rarito, no había vínculos de sangre, y nadie le echaba a Danny las culpas de nada. Pero Danny nunca había visto a un adulto tan asustado como lo estaba su tía May, que se agarraba la garganta con una mano como si supiera que había perdido a su niño, su único hijo. Al percatarse de lo lejos que habían llegado las cosas, Danny se quedó aún más petrificado, incapaz de decir lo que sabía que debía decir («Lo hemos engañado; Rafe y yo lo hemos abandonado en la cueva»), porque esas palabras lo habrían cambiado todo: todos sabrían lo que habían hecho, y Rafe sabría que él se lo había contado, y a partir de ahí a Danny se le quedaba la mente en blanco. Así pues, esperó un segundo más antes de abrir la boca, y luego otro más, y otro, y otro, y con cada segundo que esperaba era como si a Danny se le clavara algo afilado, cada vez más hondo. Entonces oscureció. Su padre le puso una mano encima de la cabeza («tanbuenchico») y dijo: Hay un montón de gente buscándolo, hijo. Y tú mañana tienes partido.

Mientras volvían a casa en coche, Danny no conseguía entrar en calor. Se cubrió con unas mantas viejas y se puso el perro en el regazo, pero los dientes le castañeteaban de tal forma que su hermana se quejó del ruido que hacían, y su madre dijo: Debes de estar incubando algo, cariño. Cuando lleguemos a casa te prepararé un baño caliente.

Después de lo ocurrido, volvió a la cueva varias veces. Subía solo por el monte hasta la entrada cubierta con tablones y, mezclada con el sonido de la hierba seca, oía la voz de su primo gritándole desde debajo de la tierra: «No» y «por favor» y «socorro». Y Danny pensaba: Vale, ahora, ¡ahora!, y le daba un subidón ante la simple idea de pronunciar finalmente aquellas palabras que callaba desde hacía tanto tiempo: «Howie está en la cueva; lo hemos dejado allí Rafe y yo», y solo con imaginarlo experimentaba una oleada de alivio tan intensa que le parecía estar a punto de desmayarse, y al mismo tiempo sentía que todo giraba a su alrededor, como si el cielo y la tierra estuvieran cambiando de lugar y ante él se abriera una vida distinta, más clara y luminosa, un futuro que hasta aquel momento no era consciente de haber perdido.

Pero ya era tarde, demasiado tarde para cualquiera de esas cosas. Habían

encontrado a Howie en la cueva tres días más tarde, semiinconsciente. Cada noche, mientras esperaba que de un momento a otro su padre llamara bruscamente a la puerta de su dormitorio, Danny ensayaba frenéticamente sus excusas («Fue Rafe» y «Yo solo soy un niño»), hasta que estas entraron en un bucle («Fue Rafe yo solo soy un niño fueRafeyosolosoyunniño»), un bucle que se repetía incluso cuando Danny hacía los deberes, o miraba la tele, o estaba sentado en el váter, «fueRafeyosolosoyunniño», hasta que fue como si todo en la vida de Danny fuera la prueba que necesitaba para demostrar que seguía siendo él mismo, el Danny King de siempre: «¡He metido un gol, ¿veis?!», «¡Salgo con mis amigos, ¿veis?!». Pero nunca se encontraba presente al cien por cien, porque al mismo tiempo estaba al acecho, esperando que todos siguieran convencidos de ello. Y así era.

Y tras meses y meses fingiendo, Danny empezó a creérselo de nuevo. Todas las cosas normales que le habían pasado desde lo de la cueva crearon una especie de costra sobre aquel día, y la costra se fue volviendo cada vez más y más gruesa, hasta que a Danny casi se le olvidó lo que había debajo.

Y cuando Howie mejoró, cuando finalmente pudo volver a estar a solas en una habitación sin su madre, cuando pudo volver a dormir con las luces apagadas, había cambiado. Después del «incidente traumático», su dulzura desapareció, cayó en las drogas, se compró una pistola e intentó atracar un 7-Eleven, y al final lo metieron en un reformatorio. Rafe murió al cabo de tres años en un accidente de coche (se mató en su furgoneta junto a dos chicas de su clase en la Universidad de Michigan), y la familia dejó de organizar pícnic. Y para cuando volvieron a organizarlos, Danny ya no estaba nunca en casa.

Ese era el recuerdo número dos.

Ahora volvamos con Danny, al que hemos dejado caminando con los brazos en alto y el móvil encendido por un sótano, una mazmorra o lo que fuera aquello, dentro de un castillo propiedad de Howie. Había atravesado medio mundo para reunirse con su primo, y lo había hecho por razones prácticas: ganar algo de dinero y largarse de Nueva York. Pero Danny también sentía curiosidad. Porque a lo largo de los años había ido recibiendo noticias sobre Howie mediante ese aparato de transmisión de alta velocidad conocido como familia:

1. Corredor de bolsa
2. Chicago
3. Una fortuna exorbitante
4. Matrimonio, hijos
5. Jubilado a los treinta y cuatro

Y cada vez que oía una de esas noticias, Danny pensaba: «¿Lo ves?, no le pasa

nada. Está bien. No, ¡está más que bien!», y experimentaba primero un acceso de alivio y luego otro de algo distinto, que lo obligaba a sentarse donde estuviera, con la vista perdida. Porque había algo que no le había pasado a Danny y que le tendría que haber pasado. O a lo mejor solo le habían pasado las cosas malas, o demasiadas cosas pequeñas en lugar de una grande, o a lo mejor era que no le habían pasado suficientes cosas pequeñas como para combinarse y formar una grande.

Total, que Danny no sabía por qué había atravesado medio mundo para ir al castillo de Howie. ¿Por qué decidí yo apuntarme a un curso de escritura? En su momento pensé que era para evitar a mi compañero de cuarto, Davis, pero estoy empezando a pensar que en realidad el motivo era otro.

¿Tú? ¿Y quién demonios eres tú?, estará preguntándose alguien ahora mismo. Pues yo soy el tipo que habla. Siempre hay alguien que habla, solo que muchas veces no sabes quién es, ni cuáles son sus motivaciones. Me lo contó Holly, mi profesora.

Empecé el curso con mala actitud. Para la segunda clase escribí una historia sobre un tío que se follaba a su profesora de escritura en el armario de la limpieza, hasta que la puerta se abría, y las escobas y las fregonas se caían al suelo, los cubos salían rodando, los dos se quedaban con el culo al aire y los pillaban. Hubo un montón de risas mientras leía, pero cuando terminé se hizo el silencio en el aula.

Vale, dice Holly. ¿Qué os parece?

A nadie le parecía nada.

Vamos, chicos. Estamos aquí para ayudar a Ray a que dé lo mejor de sí. Y algo me dice que no es eso lo que está haciendo.

Más silencio. Solo ha sido un chiste, digo finalmente.

Pues yo no veo que se ría nadie, dice ella.

Pero antes sí, digo. Antes se han reído.

¿Es eso lo que eres, Ray? ¿Un chiste?

«Pero ¿qué coño...?», pienso yo. Me está mirando, pero no soy capaz de devolverle la mirada.

Ella dice: Estoy segura de que hay gente ahí fuera que diría: Sí, Ray es un chiste. Gente que diría que eres basura. ¿A que sí?

Ahora se oyen murmullos: «Joder», y «Toma ya», y «Chúpate esa, Ray man», y sé que todos esperan que me cabree, sé que debería cabrearme, y estoy cabreado, claro que sí, pero eso no es todo. Hay algo más.

Ahí tienes la puerta, me dice, señalándola. ¿Por qué no te marchas?

No me muevo. Podría marcharme, pero entonces tendría que quedarme en el pasillo esperando.

¿Qué me decís de la verja?, añade, señalando la ventana. Por la noche iluminan la verja: el alambre de púas en lo alto, la torre con su francotirador. ¿O de las puertas de las celdas?, pregunta. ¿O de las puertas de los bloques? ¿O de las del comedor y la de la sala de visitas? ¿Con qué frecuencia tocan el pomo de una puerta, caballeros? Esa es mi pregunta.

En cuanto vi a Holly supe que nunca había dado clases en una cárcel. No por su aspecto; no es ninguna niña y se nota que no ha tenido una vida fácil. Pero la gente que ha dado clases en la cárcel tiene una dureza de la que Holly carece. Me doy cuenta de lo nerviosa que está, como si hubiera ensayado cada una de las palabras de su discurso sobre las puertas. Pero lo más cojonudo de todo es que tiene razón. La última vez que salí, me quedaba plantado delante de todas las puertas, esperando a que alguien las abriera. Con el tiempo se te olvida que tienes que hacerlo tú mismo.

Mi trabajo consiste en mostraros una puerta que sí podéis abrir, dice, y se lleva la mano a la cabeza. Una puerta que os llevará a donde queráis, añade. Para eso he venido, pero si no os interesa, por favor, ahorrarnos las molestias a los demás: el curso admite solo diez alumnos, y no nos reuniremos más que una vez por semana, de modo que no pienso perder el tiempo con estúpidas luchas de poder.

Se acerca a mi pupitre y baja la mirada. Yo se la devuelvo. Quiero decirle que he oído bastantes discursitos cursis en mi vida, pero que el suyo se lleva la palma. Que tenemos una puerta en la cabeza, venga ya. Pero mientras nos contaba eso he notado como si algo me estallara en el pecho.

Si quieres puedes esperar fuera, dice. Son solo diez minutos.

Creo que me quedo.

Nos miramos un momento. Bien, dice ella.

Así pues, cuando Danny divisó finalmente una luz en el sótano del castillo y se dio cuenta de que era una puerta cerrada bordeada por un halo luminoso, cuando notó que algo le estallaba en el pecho y se acercó a la puerta, la empujó y de pronto se encontró ante una escalera curva con una lámpara encendida, sé perfectamente cómo se sintió. No porque yo sea Danny, ni porque él sea yo, ni por ninguna de esas mierdas: esto son solo cosas que alguien me contó. Lo sé porque cuando Holly mencionó lo de que tenemos una puerta en la cabeza, me sucedió algo. La puerta no era real, no existía, solo era «lenguaje figurado». No era más que una palabra, vamos. Un sonido. «Puerta.» Pero yo la abrí y la atravesé.

Había una conexión entre el nuevo Howie y el que Danny recordaba de niño, pero se trataba de una conexión muy vaga. Para empezar, el tipo que tenía enfrente era rubio. ¿Era posible que el pelo pasara de castaño a rubio? De rubio a castaño sí, Danny lo sabía de sobras: la mitad de las chicas con las que se había acostado aseguraban que de pequeñas tenían el pelo «súper rubio, alucinarías con lo rubia que era de niña», por eso se gastaban la mitad del salario en hacerse reflejos, en un intento por recuperar su estado original y legítimo. Pero ¿de castaño a rubio? Danny no lo había oído nunca. La respuesta obvia era que Howie se había teñido el pelo, pero la verdad era que no daba esa impresión y que aquel nuevo Howie (que tampoco se llamaba Howie, sino Howard; era lo primero que le había dicho por la mañana, antes incluso de darle un abrazo de lo más viril) no parecía la clase de tío que se tiñe el pelo.

El nuevo Howie estaba en forma. Cachas, incluso. Las cartucheras y la grasa femenina habían desaparecido. ¿Liposucción? ¿Ejercicio? ¿El paso del tiempo? A saber. Y encima estaba bronceado. Eso fue lo que más desconcertó a Danny, porque el Howie que él conocía era de un blanco que no se podía explicar diciendo simplemente que no tomaba el sol: parecía un tipo al que el sol evitase directamente. Ahora, en cambio, tenía la cara y los brazos bronceados, las piernas bronceadas (llevaba bermudas color caqui), hasta las manos las tenía bronceadas, cubiertas de un vello rubio que por fuerza había de ser auténtico, ¿no? Porque ¿quién coño se tiñe el vello de las manos?

Pero el cambio más importante no era físico: Howard desprendía autoridad. Y la autoridad era algo de lo que Danny entendía bastante, una de las muchas habilidades que había adquirido en Nueva York tras años de estudio, entrenamiento y práctica; unas habilidades que, combinadas, conformaban un currículum tan especializado que estaba escrito con tinta invisible, de modo que si su padre (por ejemplo) le echaba un vistazo, solo veía una hoja en blanco. Danny podía entrar en una sala y saber al instante quién tenía la autoridad, del mismo modo que alguna gente sabe cuándo va a nevar porque lo nota en el ambiente. Y si esa persona no estaba en la sala, Danny también lo sabía, y cuando hacía acto de presencia, normalmente Danny la reconocía antes de que abriera la boca, a veces incluso antes de que entrara por la puerta. Lo notaba en los demás, en su reacción. He aquí quién estaba en la sala con Howard:

1. Ann, su mujer. Pelo negro y lustroso a lo paje, facciones triangulares y ojazos grises. Era guapa, pero no del modo que Danny esperaba en la mujer de un

corredor de bolsa. No iba maquillada, y llevaba unos vaqueros y una blusa marrón que eran cualquier cosa menos sexys. Estaba tendida en el suelo de piedra grisácea y sujetaba encima del estómago a un bebé vestido con un pijama rosa (Danny supuso que eso significaba que era una niña) que movía las piernas como si diera pasitos.

2. Trabajadores. Eran jóvenes, llevaban máscaras antipolvo, estaban muy ocupados haciendo algo en alguna parte, y entraban y salían de la cocina a través de unas puertas de vaivén mientras hacían lo que estuvieran haciendo. A veces llevaban herramientas en las manos. Howard le había dicho a Danny que eran estudiantes de posgrado del programa de MBA de la Universidad de Illinois y también de la escuela de hotelería de Cornell. Las obras de restauración de Howard eran su proyecto de verano; en otras palabras, hacían aquello a cambio de créditos. Aunque a Danny le daba la impresión de que básicamente estaban aprendiendo carpintería.
3. Mick, el «viejo amigo» de Howard. Danny había conocido al tipo la noche anterior: fue él quien finalmente salió a ver qué ocurría después de que Danny se pasara Dios sabe cuánto rato gritando «Hoolaaaaa» en el hueco de la escalera circular tras comprobar que ninguna de las puertas tenía pomo. Había algo en Mick que resultaba amenazador. Su cuerpo era fibroso, fuerte pero enjuto en extremo, puro músculo. Mick no había sonreído ni una sola vez mientras acompañaba a Danny a su habitación, y cuando alargó el brazo para descorrer la cortina de terciopelo que cubría el camastro de época, Danny se fijó en las marcas de pinchazos que tenía en los brazos (ahora no se le veían, iba en manga larga). Mick era la mano derecha de Howard, Danny se percató de ello en cuanto estuvo en una misma sala con los dos. Los individuos con autoridad o bien tienen una mano derecha, o bien necesitan una, o las dos cosas: es decir, que necesitan una mano derecha distinta de la que tienen.

Esas eran las personas que había en la sala.

Solo que la sala es aún un espacio en blanco. Esa gente estaba en una gran cocina medieval, con una enorme chimenea de ladrillo y una olla del tamaño de una bañera colgando de un garfio. En la pared había un tapiz con un rey clavándole una lanza a algo que supuestamente era un león. Había también dos largas mesas de madera con bancos donde algunos de los estudiantes de posgrado ya se disponían a sentarse después de quitarse las máscaras antipolvo. Finalmente había una modernísima cocina de fogones alemana donde Howard estaba preparando huevos revueltos en una sartén enorme.

Soplaba una leve brisa a través de cuatro ventanitas con cristales en forma de

diamante. Danny abrió del todo una de las ventanas, se asomó y le llegó un aroma vegetal desde varios pisos más abajo, donde la neblina que la noche anterior había divisado desde lo alto de la muralla se había transformado en un follaje tan denso que no se alcanzaba a ver el suelo. Elevándose unos treinta metros por encima del follaje estaba la torre que Danny había visto la noche anterior. Era alta, cuadrada y extrañamente imponente.

Howard le estaba contando a Danny cómo le había comprado el castillo a una empresa hotelera alemana.

Howard: Renovaron una tercera parte del castillo, o ni eso, solo dos plantas de habitaciones en el ala sur, que es donde dormimos todos; luego reformaron la cocina, el vestíbulo principal y las escaleras de dos de las torres. Pero entonces empezaron a tener problemas de liquidez y durante un par de años interrumpieron las obras un montón de veces, hasta que, cuando ya estaban a punto de irse al garete, nos traspasaron la propiedad.

Ann (desde el suelo): Por menos de dos terceras partes de lo que ellos habían pagado. ¡Y eso sin contar todo el patrimonio que ya habían invertido!

Howard: Era un negocio que no podíamos rechazar, aunque tuvimos que renunciar al castillo preferido de Ann. En Bulgaria.

Ann: Dios, era precioso.

Hablaban por hablar, intercambiando cumplidos, mostrándose a sí mismos como hace la gente cuando la conoces. Y a Danny normalmente se le daba bien tratar con la gente. Era otra de sus habilidades invisibles: disponía de un radar que le permitía saber cómo tenía que hablarle a su interlocutor, y podía alternar de una persona a otra sin necesidad de pensar. Pero en aquel momento el radar de Danny no funcionaba, estaba fuera de cobertura, o a lo mejor solo tenía que reiniciarlo y reprogramarlo para aquel lugar nuevo, como su antena parabólica. Total, que Danny se sentía incómodo con Howard. Pero «incómodo» es una palabra demasiado suave para definir el estado de ánimo de Danny, que se sentía de pena. No habría sabido definir su aflicción, ni siquiera describir sus síntomas, salvo uno: quería largarse. Ya.

Aquello lo pilló por sorpresa. Había hablado con Howard varias veces por teléfono y por correo electrónico para acordar en qué iba a consistir su tarea en el castillo, y todo había ido bien. En cambio tenerlo ahí delante, físicamente presente, era distinto. Aquella mañana, en cuanto Howard había aparecido en su habitación, a Danny se le había congelado algo dentro.

Howard: ¡Caray, pero mírate, tío!

Danny: ¡No, mírate tú!

Howard: No sé si te habría reconocido, colega.

Lo mismo digo.

Dios, ha pasado la tira de tiempo. Ni siquiera sé cuánto.

Danny: Creo que nos asustaríamos.

Howard: Sí, prefiero no saberlo, me sentiría muy viejo.

Danny: Dejémoslo en la tira de tiempo.

Y a Danny no paraba de retumbarle una frase en el cerebro: «Pero ¿qué coño estoy haciendo aquí?».

No encontraba su ubicación en la cocina medieval de Howard, así que decidió quedarse junto a la ventana. Notó un cosquilleo en la piel de los brazos que le dio esperanzas. He aquí otra de sus habilidades invisibles (el suyo era un currículum realmente largo): Danny notaba en la superficie de su piel si había acceso wi-fi a Internet; sobre todo en los bíceps, pero también en el cogote. A Danny aquel talento le había venido de perlas en Nueva York, donde podía comprobar el correo electrónico todo el día sin tener que pagar. Y aquella mañana, al despertar en su enorme camastro medieval, lo había notado inmediatamente, como si se le pusiera la piel de gallina o se le durmiera una extremidad. Pero Danny se había equivocado: al encender el portátil vio que no había señal, ni una pizca. Por no haber, en su habitación no había ni una triste toma de teléfono. Lo primero que pensaba hacer después de desayunar era montar la parabólica, a ser posible en lo alto de aquella torre.

Había un catalejo junto a la ventana, y Danny lo colocó en posición y echó un vistazo. Lo primero que vio fueron las piedras arenosas y cubiertas de hoyos de la torre, que parecía que estuvieran a pocos centímetros de su cara. Las esquinas estaban erosionadas y había unas ventanas pequeñas y puntiagudas. Danny dirigió el catalejo a la ventana más alta, buscando la lucecita roja que había visto la noche anterior, pero si aún estaba encendida no la logró distinguir.

Danny: ¿Qué clase de torre es esa de ahí?

Howard no lo oyó, pero su viejo amigo Mick, que estaba llenando de agua los vasos de una de las largas mesas, sí. Se acercó a la ventana y echó un vistazo.

Mick: Es la torre del homenaje.

Danny: ¿Antes era una mazmorra?

Aquella pregunta le arrancó a Mick la primera sonrisa que Danny le veía esbozar, una sonrisa que dismanteló su expresión adusta y le confirió un aspecto atractivo, a pesar de los años de excesos.

Mick: No, no era una mazmorra. La torre del homenaje es el lugar donde se refugiaba todo el mundo en caso de invasión, algo así como el baluarte del castillo. La fortaleza.

Danny volvió a mirar por el catalejo y notó la tensión que desprendía Mick aun estando quieto. Danny no sabía nada de aquel tipo más allá de que era la mano derecha de Howard. Aunque no era algo ni mucho menos baladí, pues la «confusión» y el «caos» (para decirlo con las palabras de su padre) de los dieciocho años que Danny había pasado en Nueva York desaparecían si se contemplaban a la luz de su capacidad para ocupar el espacio reservado al segundo de a bordo: había sabido hacerse con ese lugar vacío junto a personas poderosas una y otra vez, hasta que al final ya lo conseguía instintivamente. Pero llegó un momento en que Danny dejó de

hacerlo. Por un motivo u otro, al final nunca servía de nada y terminaba siempre de forma violenta.

Danny atisbó algo que se movía en una de las ventanas de la torre; no en la más alta, sino en una de la planta de abajo. Ajustó el catalejo y esperó. Ahí estaba de nuevo.

La cortina se movió y luego alguien la describió, y Danny vio a una chica: joven, con el pelo largo y rubio. Fue solo un instante y desapareció. Danny se giró para preguntarle a Mick quién era, pero Mick ya no estaba.

En esas irrumpió en la cocina un niño pequeño, con un yelmo con visera de plástico, un peto y una espada también de plástico. Detrás de él entró una chica que parecía su niñera. Howard se la presentó a Danny como Nora. Llevaba rastas de chica blanca y un piercing en la lengua; Danny lo vio brillar y oyó su chasquido metálico cuando la chica dijo hola. Las manos le temblaban mucho. Danny sintió tal alivio al constatar que había otra refugiada iconoclasta en el castillo que tuvo que reprimir una carcajada; a las chicas con rastas no les gustaban las carcajadas.

Danny: ¿No nos hemos visto antes en alguna parte?

Nora: Sí, en tus sueños.

La chica esbozó una sonrisa (aunque no se rió) y miró a Danny de soslayo. He aquí lo que vio Nora: un montón de ropa negra cubriendo un montón de piel blanca que Danny blanqueaba aún más con polvos de talco Johnson's. Una melena lisa y teñida de negro que le llegaba un par de centímetros por debajo de los hombros. Un aro de peltre en una oreja con un rubí engastado. Y aquel día (aunque no siempre), pintalabios de color barro. Ese era el estilo de Danny, uno de los muchos que había adoptado a lo largo de los años. Al principio creía que su estilo era su esencia, la expresión perfecta de la persona que era por dentro, pero últimamente tenía la sensación de que se trataba más bien de un disfraz, un camuflaje tras el cual Danny podía moverse sin ser visto. La imagen más clara de sí mismo la obtenía cuando se colocaba en cueros delante del espejo y contemplaba las marcas de las diversas identidades que se había enfundado: un as de picas tatuado en el culo de su época como promotor de una discoteca bisexual, una quemadura de cigarrillo en la mano izquierda de cuando el fotógrafo con el que colaboraba se cabreó en el cuarto oscuro, un tajo en la frente del golpe que se pegó con la aleta de un pez vela que había colgado de la pared el día en que la empresa de Internet para la que trabajaba salió a bolsa, un chichón en la sien de cuando el prestamista al que había acudido para no tener que pedirle dinero a su padre le había lanzado un llavero, un crujido permanente en la muñeca, quemaduras de aceite en un antebrazo, un bulto en los huevos por culpa de un piercing infectado, un dedo de la mano izquierda que no podía doblar, el lóbulo de una oreja desgarrado... En fin, os podéis hacer una idea del panorama. Y ahora esa cojera, que Danny esperaba que no fuese permanente. Una vez, mientras le ofrecía a Martha Mueller, su exnovia, una visita guiada por todas esas heridas, Danny se había sentido muy macho: sus cicatrices de guerra, pensaba; por eso le sorprendió

que Martha le dijera: Pobrecito mío, y le diera un besito en la frente, algo de lo más normal en muchas novias, pero no en Martha. «Pobrecito mío.» Sin saber muy bien por qué, a Danny le había faltado así para echarse a llorar.

El niño golpeó la mesa con la espada, muy cerca de donde estaba Danny, y gritó: «¡Jíaaaa!» Danny dio un respingo. El niño lo miró, aunque para eso tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás de forma tan exagerada que pareció que se le iba a partir el cuello.

Niño (con voz ahogada): Soy el Rey Arturo.

Danny no contestó. El niño se levantó la visera y a Danny se le revolvió el estómago: la piel blanca, ricitos castaños. Howie.

Niño: ¿No habla inglés, mamá?

La pregunta provocó una carcajada en la sala.

Ann: Claro que habla inglés. Es Danny, un primo de papá. Danny, este es Benjy.

Benjy: ¿Y por qué no habla?

Otra carcajada. A Danny le dio el acceso de rabia que le daba siempre que se suponía que debía pensar que un niño era mono.

Danny: Creo que no tengo nada que decir.

Benjy: Podrías decir hola.

Hola, Benjy.

Hola, Danny. Tengo cuatro años y cuarto.

Danny no respondió. No le gustaban los niños, y los padres tampoco estaban muy arriba en su lista de preferencias. No importaba lo guay que hubieras sido antes: en cuanto tenías un hijo, te convertías en otro pringado que embutía cucharadas de papilla en una boquita furiosa, un tío con chupetes en los bolsillos, mocos secos en las mangas y una sonrisa boba en los labios que a Danny nunca dejaba de asombrarlo, como esa gente que se pasa el día contando chistes después de perder las dos piernas.

El niño no le quitaba el ojo de encima a Danny. Intentó aguantarle la mirada, pero no pudo. Los niños lo ponían nervioso.

Benjy: ¿Por qué llevas pintalabios?

Aquello provocó la carcajada más sonora.

Ann: ¡Benjy! Pero también ella se estaba riendo.

Danny: ¿Y tu niñera por qué lleva rastas moradas?

Porque le gusta cómo le quedan.

Pues eso.

¿A ti te gusta cómo te queda el pintalabios?

Sí.

Benjy: Pues a mí no me gusta.

Ann: Ya basta, Benjy. No seas maleducado. Se inclino y se acercó mucho a la cara del niño. Di que lo sientes.

Benjy: No.

Ann: Entonces tendré que mandarte a tu habitación.

Benjy: ¡No!

Danny: Oye, no te preocupes. Agitó la mano como para quitarle hierro al asunto, pero en realidad estaba mosqueado. El niño lo miró con rabia y Danny le devolvió la mirada.

Howard: Bueno, chicos. Comamos antes de que esto se enfríe.

Mick hizo sonar una campana que había en el exterior de una de las ventanas, y el tañido resonó con fuerza. Llegaron más estudiantes, unos veinte en total. Cada uno se llenó su plato junto a los fogones (huevos revueltos con champiñones, tostadas y tres tipos distintos de melón) y se dirigió a una de las mesas alargadas. Danny se llevó el suyo a la mesa a la que se habían sentado los estudiantes, lejos de Benjy, Ann, Nora y (esperaba) Howard, que seguía junto a los fogones. Danny observó detenidamente a su primo y buscó algún tipo de conexión (en la forma de moverse, en el timbre de voz, lo que fuera) con el Howie que él recordaba, pero no encontró ninguna.

Los huevos revueltos eran los más ricos que había probado en su vida.

Danny echó un vistazo a los estudiantes e intentó determinar cuál era su propia posición dentro del espectro de edades. Le gustaba ser la persona más joven de un lugar, pero a los treinta y seis años (desde la semana anterior) eso era cada vez más difícil. Danny ya había dejado de negar la evidencia de que en Nueva York había personas más jóvenes que él que ya eran técnicamente adultos, en el sentido de que tenían un trabajo, un apartamento, un novio o una novia, o incluso un marido o una mujer. Al principio había tan solo cuatro o cinco de esos adultos más jóvenes que Danny, pero de repente aparecieron cientos, miles, una generación entera, y eso lo acojonaba. Sobre todo las chicas, con sus sujetadores negros y sus bolsos repletos de condones de colorines, y con unas ideas muy claras sobre lo que querían en la cama. En el fondo, aquello lo acojonaba porque si toda esa gente era adulta, entonces él también debía de serlo. Era una especie de adulto, vale, pero ¿de qué especie? Los amigos de Danny eran todos jóvenes; se mantenían jóvenes porque en cuanto se casaban y empezaban a tener hijos, esas amistades se marchitaban y su lugar lo ocupaban otras personas que no hacían esas gilipolleces. Ser un recién llegado al juego de vivir en Nueva York constituía una parte esencial de la naturaleza de Danny: necesitaba ser joven, si no todo su personaje dejaba de tener sentido y se convertía simplemente en un fracasado, un perdedor, un tío que no había hecho nada en la vida, y todas esas cosas que decía su padre. Pero Danny rehuía aquellos pensamientos; eran peligrosos.

Alguien le estaba hablando, el estudiante a su izquierda, uno de los más veteranos (a Danny ya le gustaba solo por eso), con las sienes ligeramente plateadas. Steve. Estrechaba la mano con mucho brío.

Steve: ¿Formas parte del equipo?

Danny: Pues... sí, supongo. Soy el primo de Howard.

Steve sonrió. Entonces te unes a la revolución, ¿no? Al final de la vida tal como la conocemos.

Danny: ¿Te refieres... al hotel?

Sí, al hotel. Aunque..., bueno, naturalmente esto no es más que el principio.

Danny: ¿El principio de qué?

Al ver que Danny no sabía nada, Steve se quedó en blanco y después adoptó un aire de cautela. Digamos que Howard tiene otros objetivos además del beneficio económico, dijo. Muchos de nosotros estamos interesados en el mundo de los negocios socialmente responsables, y esto nos brinda la oportunidad de ver nacer un proyecto así.

Danny: ¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

Steve meditó un momento y finalmente se volvió hacia la mesa: Mick, ¿cuánto hace que llegamos?

Mick (al instante, sin levantar la mirada): Treinta y ocho días.

Danny: ¿Y qué habéis estado haciendo, exactamente?

Steve: Pues... bastantes cosas, la verdad. Hemos... tenido muchas reuniones, hemos hablado, hemos trabajado en el plan de negocio...

¡En la carpintería!, gritó alguien, y todos estallaron en una carcajada.

Steve: Sí, también nos hemos dedicado a la carpintería. Hemos hecho un poco de todo, ¿verdad, Mick?

Mick levantó la mirada sin dejar de masticar. Tenía los ojos azulísimos. El resto de estudiantes parecían esperar su respuesta. Verdad, dijo.

Hubo una pausa durante la cual pareció que la tensión dentro de la cocina aumentaba.

Danny: Así que estáis renovando el lugar. Físicamente, me refiero.

Otra pausa. Steve miró a Mick.

Mick: Hasta ahora todo ha sido un poco difuso. Lo que hacemos aquí, quiero decir.

Howard (desde los fogones): ¿Cómo dices?

Mick le daba la espalda a Howard, pero no se giró, sino que respondió a voz en grito, en un tono que a Danny le dio la impresión que pretendía ser ligero y frívolo, pero que sonó bastante duro: Tu primo ha preguntado qué hemos estado haciendo durante estas semanas. Yo le he dicho que las cosas han sido un poco difusas.

Howard se volvió hacia Mick. ¿Por qué difusas?

Se había hecho el silencio, todos escuchaban con atención. Mick pareció dudar un instante. Porque de momento estamos haciendo cositas, muchas cositas, pero nada realmente grande.

Estaba infringiendo una de las reglas de oro del trato con personas poderosas: no cuestionarlas nunca en público. Danny había aprendido esa regla en varias ocasiones.

Howard se acercó a la mesa con una espátula en la mano y escudriñó al grupo con mirada inquieta. En aquel momento Danny percibió un atisbo de algo: una conexión entre aquel Howard y el Howie que él recordaba.

Howard: ¿Y qué cosas realmente grandes te gustaría estar haciendo, Mick?

Mick: Pues se me ocurren como cincuenta. Podríamos empezar a restaurar el ala norte. Podríamos drenar el estanque y ponernos manos a la obra con el mármol que lo rodea. Podríamos excavar la capilla; hemos despejado un poco el terreno alrededor de las lápidas, pero la capilla sigue medio sepultada. Y luego está la torre del homenaje...

Howard: Esa torre no podemos tocarla.

Ya sé qué no podemos entrar, pero podríamos trabajar en el exterior. Podríamos limpiar un poco la base, podríamos...

Esa torre no podemos tocarla, Mick.

Se oyó la voz aguda y preocupada de Benjy: Papá, ¿os estáis peleando?

Mick: Estoy pensando en la moral, Howard.

Papá, ¿os estáis...?

Howard: ¿La moral de quién? ¿La tuya?

Papá...

Ann: Chss. Había preocupación en su mirada. Danny se sentía culpable, como si todo aquello lo hubiera provocado él. Se dio cuenta de que estaba sudando.

Howard: Vale, muy bien. Aclaremos el asunto, muchachos. ¿Qué tal andáis de moral?

Hubo una pausa; demasiado larga, pensó Danny.

Finalmente Steve, que estaba al lado de Danny, tomó la palabra: Bien.

«Bien», repitió alguien de la otra mesa, a lo que le siguió un «Muy bien» y luego un «Genial» y un «Perfecto», y a continuación toda la cocina se convirtió en un alegre coro, porque sentaba tan bien decir esas cosas que no querían dejar de decirlas, sobre todo cuando suponían un alivio tan evidente para Howard.

Howard: Creo que el problema lo tienes tú, Mick.

Mick: De acuerdo.

No se movió nadie. Howard se quedó donde estaba, como si esperase algo.

Quien habló finalmente fue Ann: Vale, pero ¿la cuestión no es que estemos todos satisfechos?

Howard: Solo hay una persona que no lo está.

¿De veras lo creería? Danny no lo sabía. El poder era solitario; se trataba de una regla universal. De ahí que la figura de la mano derecha fuese tan importante.

Mick se levantó. Se le veía hundido. Llevó sus cubiertos al lavavajillas gigante, los colocó dentro y salió de la cocina a través de las puertas de vaivén. Parte de la tensión desapareció con él, y todo el mundo empezó a hablar de nuevo.

Benjy: Mamá, ¿se ha puesto triste? ¿Se ha puesto triste el tío Mick?

Ann: No lo sé.

¿Se ha enfadado?

No lo sé.

Quiero ir a buscarlo.

Ann: Vale. Ve.

El niño salió corriendo y se le olvidó la espada. Su voz resonó por todo el pasillo: «Tío Miiiiiiiiiiiiiiick», y se oyó algo parecido a una respuesta.

Los estudiantes se acercaron a los fogones, alrededor de Howard, y se sirvieron otra ración de huevos revueltos. En realidad estaban de acuerdo con Mick, pero era Howard quien tenía el poder.

Finalmente Howard llevó su plato a la mesa y se sentó. Después de tanto rato cocinando, engulló la comida como si no supiera a nada y solo quisiera llenarse el estómago. Mientras comía rodeaba el plato con un brazo, como si alguien fuera a arrebátárselo en cualquier momento. Danny observó a su primo, preocupado. Tenía la sensación de estar viendo una versión previa de Howard, una parte que no encajaba con la persona que era en la actualidad. Ann se le acercó deslizándose por el banco y le pasó un brazo por los hombros. Howard terminó de comer y apartó el plato.

La gente ya había empezado a desfilar. Danny llevó su plato al lavavajillas y por un momento se preguntó si sería una grosería abandonar la cocina. No quería quedarse a solas con Howard, pero tampoco tenía adónde ir; además, con todos aquellos pasillos, portales y recodos, ni siquiera estaba seguro de si iba a encontrar el camino hasta la habitación donde había pasado la noche.

Howard: Danny, espera.

Danny regresó lentamente a la mesa. Ann seguía allí, con Nora y cuatro o cinco estudiantes. El bebé se mantenía derecho agarrándose al banco. Tenía las rodillas del pijama rosa sucias.

Danny se sentó delante de Howard.

Howard: ¿Cómo les va a tus padres, Danny? La pelea con Mick lo había dejado algo chafado, y su voz sonaba ahora monótona y apagada.

Danny: Bien, supongo. No los veo mucho, la verdad.

Howard: Tu padre me caía bien.

Danny: Ya. A mí últimamente no me tiene en demasiada estima.

Howard alzó la mirada: ¿Y eso?

Mierda, ¿por qué se lo había dicho? ¿Qué necesidad tenía de contarle a Howard, a él ni más ni menos, que le había partido el corazón a su padre, y no una sola vez sino una detrás de otra, empezando por su negativa a ir a la Universidad de Michigan (el alma máter de papá) y su decisión de matricularse en la de Nueva York, que suponía un reto apasionante, entre otras gilipolleces por el estilo, pero que también era peligrosa, porque la «introspección» siempre pone en peligro ese perfil tan definido que uno creía poseer? A la hora de la verdad, el perfil de Danny resultó ser más borroso que el de la mayoría; en Nueva York se encontraba tan fuera de lugar como todos aquellos polos que, en la habitación de la residencia universitaria de Washington Square donde se alojaba, sacó de su maleta para no ponérselos nunca más. Cuando sus padres habían ido a visitarlo, su papá se había plantado en medio de la habitación, con su jersey verde claro y los balones de fútbol de Danny en una bolsa de red, y había dicho: Nuestro hotel está justo al lado de Central Park. El domingo

por la mañana podríamos ir a jugar un rato.

Danny: Vale. Se estaba poniendo las botas nuevas.

Entonces se hizo el silencio.

Papá: Bueno, solo si quieres, ¿eh?

Danny: Ya. Tal vez sea mejor que no vayamos.

Papá: ¿En serio?

Se volvió hacia Danny con gesto de sorpresa, como si alguien hubiera chocado con él por la calle. Su padre ya tenía el pelo blanco, y la piel tan afeitada que parecía la de un niño de cinco años. Y los primeros tiempos de Danny en Nueva York los pasó así, en un estado de sorpresa constante, hasta que su hijo abandonó la universidad el penúltimo año de carrera; entonces su sorpresa se transformó en una decepción profunda y angustiada. Actualmente a Danny no se le ocurría qué hacer para volver a sorprender a su padre.

Howard: Siempre me pareció que tu padre y tú estabais muy unidos.

Danny: Y así era.

Durante mucho tiempo creyó que un día volverían a estarlo, pero al final dejó de pensarlo. Porque todas las cosas que Danny había conseguido en la vida —el *altus*, los contactos, el acceso al poder, la destreza para dar con un taxi en medio de una tormenta, el dominio de la técnica para sobornar a los maîtres y la habilidad para saber dónde encontrar buenos zapatos en los barrios de las afueras (los conocimientos de Danny equivalían a un doctorado, pero es que además era muy conocido, lo conocía todo el mundo, tanto era así que cuando paseaba por el sur de Broadway no era nada extraño que lo reconociesen todas y cada una de las personas con las que se cruzaba; eso es lo que pasa cuando has sido el testaferro de clubes y restaurantes durante tanto tiempo como Danny. En ocasiones, tener que saludar con la cabeza o decir hola tantas veces lo agotaba, hasta tal punto que decidía que en adelante solo iba a saludar a la gente que conociese de verdad, o sea prácticamente a nadie; pero Danny no podía rehuir a los demás, era incapaz de ignorar una cara que se volviese hacia él)—, todo eso, ¡tantas cosas!, todo lo que uno podía querer o necesitaba saber en el mundo, o eso le parecía a Danny cuando tenía un buen día, no significaba nada (nada de nada) a ojos de su padre. No existía. Era una página en blanco. Y Danny no lo soportaba. Esa forma de pensar abría las puertas a la anaconda, y esta se comía viva a la gente.

Howard: Bueno, mira. Es evidente que para ti lo de anoche fue un fastidio, y te pido disculpas por ello. Dejamos la verja abierta, el problema es que ahí fuera no hay luz, ni siquiera tenemos aún la instalación eléctrica.

Danny: No importa, en serio.

Howard: Pero aun así... quiero saber cuáles fueron tus impresiones. Lo primero que viste al llegar aquí.

Danny: Vale.

Howard se inclinó hacia Danny por encima de la mesa y Danny tuvo que reprimir

el impulso de apartarse.

Howard: Cuando..., cuando viste el castillo, ¿qué aspecto tenía?

Y justo entonces, por primera vez, Danny percibió una conexión entre aquel tipo y el chaval que él recordaba. Fue por la expresión de Howard. No tenía los ojos cerrados como cuando, antaño, le pedía que le describiera el castillo helado de Plutón donde vivían los piratas, pero Danny notó su deseo de que le contaran una historia, de que lo entretuvieran, vio el efecto que eso tiene en la cara de una persona, y lo recordó. Aquello le produjo un gran alivio.

Así pues, le contó a Howard que había esperado el autobús en aquel pueblo de mala muerte, que luego había levantado la vista. Y que entonces había visto el castillo negro recortándose contra el cielo morado.

Howard se empapó de cada palabra. ¿Y luego qué? Echaste a andar. ¿Y qué viste?

Se había sacado una libreta amarilla de las bermudas y estaba tomando notas. Danny se lo contó todo: La caminata. La colina. La verja. Los árboles. La muralla. La vista. Era de lo más natural, como si ya lo hubieran hecho antes. Y lo habían hecho durante años. De ahí que Danny empezara a preguntarse si para Howard todo aquel proyecto del castillo no sería otro juego. A lo mejor, cuando tenías tanto dinero ya no necesitabas inventarte nada, lo comprabas y ya está.

La última persona en abandonar la cocina fue Nora, con el bebé en brazos. Danny notó físicamente su marcha. Ahora estaba a solas con Howard.

Howard: O sea que entraste a través de una aspillerera... ¡Increíble! ¿Y qué te encontraste allí dentro?

Danny: Arcos, goteras... Creo que antes debía de ser una cloaca. No mencionó que había pasado miedo.

Howard: ¿Por qué?, ¿olía mal?

Danny: No especialmente. Olía como a cueva.

Antes de pronunciar aquella palabra, puede que medio segundo antes, supo que era lo último que quería decir, pero aun así se le escapó: «Cueva».

Danny notó que se ponía colorado. Se obligó a mirar a Howard, pero su primo estaba mirando por la ventana. El sol le iluminaba la cara y le marcaba unas profundas arrugas, como si alguien se las hubiera repasado a lápiz. Y en aquel momento, por primera vez, Danny reconoció físicamente a su primo. Lo delataron los ojos, aquellos ojos marrones de mirada triste. Era Howie.

Danny esperó. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Howard: ¿Y cómo huele una cueva, si se puede saber?

Entonces miró a Danny y le sonrió, y así, sin más, todo aquello se desvaneció. Se esfumó como si nunca hubiera sucedido. Howard dejó que se esfumara, y Danny sintió una oleada de alivio tan intensa que fue como si le entrara una ráfaga de oxígeno en la cabeza. De hecho, no pudo reprimir una risa.

Howard: Sigue, colega. Quiero escuchar el resto de la historia.

Danny intentó escabullirse después del desayuno para montar la antena parabólica. Su necesidad de contactar otra vez con el mundo estaba volviéndose incómoda, molesta, como un dolor de cabeza o un dedo dolorido, o alguna otra afección leve que poco a poco va eclipsando todo lo demás. Pero Howard había insistido en ofrecerle una visita guiada al castillo, y Danny terminó haciendo lo que solía hacer cuando estaba con alguien poderoso: llevarle la corriente.

La primera parte del recorrido le deparó lo que uno esperaría encontrar en un castillo medieval si se tomara un momento para pensarlo. Armaduras. Paredes chamuscadas por antiguas lámparas. Un cuartito con un aire a iglesia y una vidriera de colores. El vestíbulo principal fue lo que le causó mayor impresión a Danny: había una larga mesa tallada, un techo con vigas doradas y varios candelabros con bombillas en forma de llamas de vela. Era como entrar de repente en otro siglo, pero nada de eso era real: los alemanes habían restaurado aquellas habitaciones y las habían llenado de antigüedades. Danny se habría dado cuenta tan solo por el olor a moqueta nueva y a recién pintado. Siempre prestaba atención a los olores, pues decían la verdad incluso cuando la gente mentía.

Howard: Esto es lo que hicieron los alemanes. Ven, ahora te enseñaré el aspecto que tenía antes.

Desde el vestíbulo principal condujo a Danny por una corta pasarela al aire libre, con unas vistas espectaculares a ambos lados, y abrió otra puerta con una llave. Le hizo un gesto a Danny para que pasara, y este accedió a un espacio frío y oscuro donde todo parecía estar destrozado: se veían grietas en las paredes, faltaban puertas y había montañas de mierda por todas partes, como si se hubiera producido algún episodio violento. Y luego estaban los olores: a óxido, a moho, a podrido. Todo tenía un aspecto tan distinto a lo que habían visto hasta entonces que Danny tardó un momento en percatarse de que las dimensiones eran exactamente las mismas: ventanas, arcos, pasillos, puertas... Se trataba de una imagen especular del pasillo en el que se encontraba su habitación, pero perteneciente a otra época.

Danny: Hala...

Howard se rió, balanceándose hacia delante y hacia atrás. Esta parte está intacta desde hace ochenta y ocho años. Increíble, ¿verdad?

Danny abrió las pocas puertas que todavía colgaban de sus goznes y entró en varias habitaciones donde el viento soplaba a través de las ventanas rotas y donde los animales habían hecho trizas el mobiliario. En una habitación había cientos de pájaros blancos acurrucados que emitían un sonido parecido a un jadeo, y en el

ambiente flotaba un intenso olor a azufre. Había montañas de mierda por todas partes y plumas volando. Parecían palomas, pero no como las que se ven en Nueva York. Estas tenían un tono entre blanco y morado, y las plumas erizadas alrededor de las patas.

Howard: Estamos casi seguros de que son descendientes de las palomas que empleaban como mensajeras en tiempos de guerra.

La inquietud y la melancolía de Howard habían desaparecido, aunque más que desaparecer era como si poco a poco se estuvieran convirtiendo en algo semejante a un subidón. Y todo por obra y gracia del castillo. Cada nuevo rincón, cada nuevo sonido lo excitaban: estaba enamorado de aquel lugar, parecía que nunca tuviera suficiente. A Danny, en cambio, las salas ruinosas lo deprimían. Lo notó de inmediato, fue como un golpe bajo en el estómago. Quedaban objetos de otras épocas: un sombrero de caballero colgando de una percha, un bote de cristal abierto junto a un espejo empañado, un guante que asomaba del interior de un cajón. Una botella de vino encima de una bandeja, junto a una copa llena de escamas marrones y rizadas. Danny casi podía oír la anaconda bajo el suelo, devorándolo todo.

Danny: ¿Quién vivía aquí?

Howard: Una familia, los von Ausbinker. Fueron los propietarios del castillo durante novecientos años. Imagínatelo por un momento, ¡novecientos años! Es algo que escapa a la mente humana.

Danny: ¿Y por qué se fueron?

Howard: Bueno, sus hijos se murieron, ese es el motivo más evidente. Pero el dinero también debió de influir, estoy seguro. No es fácil hacerse una idea de lo que cuesta mantener una construcción de estas dimensiones; es algo que estoy aprendiendo a marchas forzadas.

En comparación con las antigüedades medievales que había en la otra sala, los objetos de las habitaciones abandonadas eran relativamente modernos. No modernos en el sentido de contemporáneos, pero casi. Danny vio una máquina de escribir y una máquina de coser, ninguna de las dos eléctricas, pero máquinas al fin y al cabo. El conjunto producía la extraña sensación de que el pasado remoto se mantenía intacto, mientras que cuanto más te acercabas al momento actual, más objetos había en un estado ruinoso.

El pasillo estaba prácticamente a oscuras, por lo que Danny no vio el teléfono antiguo que colgaba de una de las paredes hasta que ya casi había pasado de largo. El auricular era un cono negro que pendía de un gancho. Danny dio un brinco, descolgó el auricular, se lo llevó al oído y escuchó con los ojos cerrados. Lo que se oía ¿era un destello de vida, el eco de un chispazo de conexión? ¿O no era nada? Aquel atisbo, aquel destello que a lo mejor no era ni siquiera un destello, le hizo comprender a Danny que se le había terminado el tiempo. Tenía que recuperar el contacto inmediatamente, o pasaría algo terrible: le explotaría la cabeza, una de las habitaciones se llenaría de agua, una enorme cuchilla giratoria empezaría a

seccionarle la columna vertebral. A Danny le entró un desespero que duró unos treinta segundos: lo único que quería era olvidarse de Howard y montar de una vez la parabólica.

Howard: ¿Te pasa algo?

Danny colgó delicadamente el auricular. No, nada. Estoy bien. A continuación hizo un esfuerzo por calmarse. Esa era otra de las muchas cosas que había aprendido durante los dieciocho años que había pasado en Nueva York.

Al fondo del pasillo había varios agujeros en el techo por los cuales entraba algo de sol, que caldeaba un poco el ambiente. Y más allá una habitación sin techo, tan solo el cielo abierto sobre un bulto rosado que antaño había sido una cama. Ahora estaba cubierta de helechos. La habitación era medio interior, medio exterior: un árbol había crecido a través de la pared y las ardillas se lanzaban en picado sobre una alfombra carcomida. Se peleaban por lo que parecía una bola de papel maché. De pronto salieron volando un puñado de astillas de madera. Una rebotó en la bota de Danny, que la recogió. Era de un rojo desvaído, un trozo de un tablero de parchís.

Danny: Menudo curro adecentar este lugar.

Howard: Dímelo a mí. Aunque seguramente una parte la dejaré tal como está.

Danny se giró. ¿En serio?

Ya lo creo. Es evocador. Es... historia, ¿sabes?

No, Danny no lo sabía. ¿Y cuándo empezarán a llegar los operarios?

Howard se rió. Ya hablas como los chavales. Bueno, los chavales no, los estudiantes, ya me entiendes. Mis empleados. Ellos también quieren que todo pase deprisa. Yo antes también era así, pero ahora funciono más a largo plazo.

Danny: ¿Y eso qué quiere decir?

Howard: Quiere decir que me lo tomo todo con más calma. Que espero el momento propicio. Me he pasado años haciendo el trabajo más asqueroso y absurdo que te puedas imaginar, ganando dinero con dinero para luego ganar más dinero, construyendo una inmensa torre de mierda. Y no digo que no hubiera grandes momentos, donde hay dinero siempre hay grandes momentos, pero cualquier gorila puede comprar y vender acciones. Yo lo hice por un motivo: para conseguir un montón de pasta, retirarme a los treinta y cinco y hacer lo que me diera la gana durante el resto de mi vida.

Danny: Suena bien.

Howard: Y lo conseguí. Y esto (dijo señalando con el brazo las lámparas que colgaban de sendos cables y los rollos de papel pintado que había amontonados en el suelo irregular) es el motivo por el que pasé todos esos años llenándome la cabeza de mierda. Y no pienso dejar que un puñado de niñatos me metan prisa.

Danny: Te refieres a este hotel.

Sí.

Danny: Pero es más que un hotel.

Howard sonrió. Me alegra que te hayas dado cuenta.

Los pájaros se peleaban en las copas de los árboles, sobre sus cabezas, y dejaban caer ramitas y hojas encima del bulto rosado donde antaño alguien se había tendido y tapado con las sábanas y luego había cerrado los ojos.

Howard: En fin, salgamos. Quiero enseñarte el jardín.

Danny estaba encantado de la vida por salir de allí. Siguió a Howard a través del pasillo oscuro y bajaron por una escalera curva como en la que se había quedado encerrado la noche anterior, solo que esta no tenía luz y apestaba a aguas negras. Howard llevaba una linterna, y ambos bajaron lentamente. Había grafitis en la parte inferior de las paredes, escritos en un idioma que Danny no reconoció. También había latas de cerveza, condones y restos de hogueras.

Danny: ¿Quién ha hecho todo esto?

Howard: Los chicos del lugar celebraron aquí fiestas durante años. Desvalijaron algunas de las habitaciones de esta parte, pero creo que les dio miedo adentrarse en el castillo. Afortunadamente para nosotros.

Encontraron por fin algo de luz al pie de la escalera, que desembocaba en una sala en construcción: había andamios en las paredes y un suelo de madera a medio instalar. Dos viejas puertas acristaladas daban al exterior.

Howard: Por aquí iban los alemanes cuando se les terminó la pasta.

Tras un breve forcejeo logró abrir las dos puertas, con un tintineo de fragmentos de cristal que cayeron al suelo. Danny salió el primero y penetró en el verde océano de hojas que se había pasado toda la mañana contemplando desde las alturas.

Howard: Cuando el castillo aún estaba en funcionamiento, ahí afuera había una panadería, establos y una guarnición donde dormían los caballeros. Más tarde arrancaron el empedrado y lo convirtieron en un gran jardín: paisajismo, huertos, fuentes y todo eso. Si te fijas, aún hay muchas de esas cosas enterradas.

«Enterradas» era una palabra muy apropiada. Danny notaba como el sol intentaba abrirse paso por entre los estratos de sombra, pero la tierra era negra y fría, y estaba surcada por caminitos hechos con algo blanco; parecían caracolas rotas. Danny siguió a Howard por uno de esos caminos, bordeado por árboles fosilizados, estatuas rotas y cubiertas de musgo, y un banco devorado por matas de flores grises.

Howard: Subir hasta el castillo fue lo que me cautivó. Cuando lo vi, pensé: «Tengo que comprarlo».

Llegaron a una especie de pared hecha de cipreses. Era alta y maciza, y seguro que antiguamente también había sido regular, pero ahora recordaba a una almohada gigante que estuviera perdiendo todo el relleno. Danny siguió a Howard a través de una angosta abertura entre los cipreses que parecía reciente, y en cuanto salió al otro lado notó el sol en la cara. Se encontraba en un claro con el suelo cubierto de un mármol lleno de manchas. En el centro había un estanque redondo, de unos doce metros de diámetro. El agua era negra y tenía una densa capa de espuma. En un primer momento Danny no reparó en el hedor, pero este pronto se apoderó de él: era el olor de algo procedente de las profundidades de la tierra al entrar en contacto con

el aire libre; una combinación de metal, proteína y sangre.

Mick estaba al otro lado del estanque, arrodillado, restregando el suelo de mármol con un largo cepillo. No levantó la mirada del suelo.

Howard: Antes había una torre justo aquí, donde está el estanque. Era redonda, ¿ves el perímetro de rocas rotas? Tenía un pozo, de modo que cuando la torre se derrumbó construyeron un estanque sobre las ruinas. Chulo, ¿verdad? Bueno, pues aquí es donde se ahogaron.

Danny: ¿Quién se ahogó? La peste hacía que moquease.

Los gemelos von Ausbinker. Un niño y una niña, de diez años. Nadie sabe qué sucedió. Howard miró a Danny. ¿Alergia?

Es el olor.

Yo tengo un olfato pésimo. A veces pienso que es una suerte.

Poco a poco se habían ido acercando al lugar donde estaba Mick. El tipo llevaba el pecho descubierto y frotaba con tanto brío que tenía el torso cubierto de sudor. Y menudo torso. Danny no habría tenido un físico como aquel ni aunque se hubiera pasado cien años levantando pesas. Mick los miró de soslayo.

Howard: El cepillo va mejor que el líquido.

Mick: Sí, fíjate en esto. Se levantó y les mostró un tramo de un blanco inmaculado.

Howard: Caramba.

Mick: Imagina cuando esté todo así.

Howard: Sí, vale, pero no lo hagas todo tú solo. Que te ayude alguien.

No quedaba ni rastro del conflicto que se había producido en la cocina. Danny se preguntó si no habría exagerado el episodio, movido por su propio estado de crispación. ¿O era algo que hacían cada día?

Howard: Le estaba contando a Danny lo de los gemelos.

Mick se volvió hacia Danny y le dirigió una mirada fría y vacía que lo desconcertó: joder, era como si le echase la culpa de algo que estuviera yendo mal. Sin embargo, cuando Danny quiso devolverle la mirada, Mick ya estaba otra vez lijando el suelo.

Danny: ¿Cómo sabes lo de los gemelos? ¿Por los alemanes?

Howard: En parte. Pero sobre todo —Howard respiró hondo y apartó la mirada— porque aún queda un miembro de la familia en el castillo. Se podría decir que la he heredado. Es una baronesa. Vive en la torre; la torre del homenaje, para ser exactos. Es la parte más antigua del castillo.

Danny siguió la mirada de Howard, y ahí estaba la torre. Se elevaba por encima de los árboles y desprendía un brillo casi blanco a la luz del sol del mediodía.

Danny: Me encantaría subir ahí arriba. En realidad pensaba en la parabólica.

A Howard se le escapó una carcajada. ¿Has oído eso, Mick?

Mick asintió.

Howard: Me encantaría llevarte ahí arriba, Danny, pero por desgracia la

baronesa..., cómo te lo diría..., no termina de apoyar nuestro proyecto.

Danny: Es joven, ¿verdad? Y guapa, ¿no?

Mick y Howard se miraron y se echaron a reír.

Howard: ¿Qué te hace pensar eso?

Danny no contestó. Sus carcajadas lo habían cabreado.

Howard: Es..., esto...

Mick: Vieja, muy vieja.

Howard: Vamos, señor de los números, suéltalo.

Mick: Noventa y ocho. O eso creemos.

Howard: Pero no le echarías más de noventa. Los dos se partieron de risa con la ocurrencia. Danny miró hacia la torre y pensó en la chica que había visto en la ventana. Era evidente que ni Howard ni Mick sabían nada de ella, y Danny no tenía ninguna intención de contárselo.

Finalmente Howard logró reponerse y se frotó los ojos húmedos. Lo siento, Danny, pero si supieras por lo que nos ha hecho pasar la tía esa...

Mick: Y aún no ha terminado.

Howard: No, ni mucho menos. Al final se cansó de reír y se pasó las manos por el pelo.

Mick: Sigo pensando que deberíamos ponernos a trabajar en la torre. Solo en el exterior. No tenemos por qué dejarnos amedrentar.

Howard: Pensándolo bien, puede que tengas razón.

Mick se puso a frotar de nuevo el mármol con el cepillo.

Howard se volvió hacia Danny. ¿Qué, empiezas a pillar la idea?

Danny: ¿Qué idea?

Sobre este sitio.

Pues... supongo que empiezo a asimilarlo, sí.

Howard: No me refiero a nada material, a los edificios, las habitaciones y todo eso, sino a la *sensación*. A toda la... historia que emana del subsuelo.

Miraba fijamente a Danny, pero este no sentía emanar la historia, sino lo que siempre sentía cuando una persona poderosa centraba toda su atención en él: algo parecido al chasquido de una toalla cerca de su cara.

Howard: Me refiero a esto. Para un momento, Mick. Ven, escucha.

Mick dejó de frotar. Howard agarró a Danny por los hombros. Le apretaba tanto que casi le hacía daño, pero lo que más le sorprendió fue el calor que desprendían sus manos. No era de extrañar que llevara bermudas.

Howard: ¿Oyes todos esos sonidos? No me refiero a los insectos ni a los pájaros, sino a algo más profundo. ¿Lo oyes? Es un..., no sé. Un zumbido, diría. Pero tampoco es eso.

El calor que desprendían las manos de Howard se filtraba a través de la chaqueta y la camisa de Danny, y había empezado a empaparle los brazos. Hasta entonces no se había dado cuenta de que tenía frío, pero resultaba que sí: desde que habían

entrado en la parte destrozada del castillo. Danny escuchó y no oyó nada, pero se trataba de una nada distinta a la que estaba acostumbrado. Generalmente el silencio era algo así como una pausa, un espacio en blanco en medio del ruido habitual, pero aquel era más denso, como el que se oye en Nueva York justo después de una tormenta de nieve. O puede que más silencioso aún.

Howard: No quiero que se pierda. Este sitio tiene que basarse precisamente en eso. No puede ser un complejo turístico más. Dejó de agarrar a Danny por los hombros. A Howard se le marcaban las venas en los brazos y en el cuello. Danny sabía que más le valía entenderlo, o por lo menos fingir que lo entendía.

Danny: ¿Quieres que el hotel se base en el silencio?

En cierto modo, sí. No habrá televisores, eso está decidido. Y cada vez estoy más seguro de que tampoco habrá teléfonos.

¿Nunca?

Esa es mi intención.

Pero, entonces, ¿será una especie de... lugar de retiro, adonde la gente vendrá a hacer yoga o lo que sea?

No, no es eso.

Mick: ¿Puedo ya?

Howard: Sí, claro, adelante.

Mick se puso a restregar el suelo otra vez. Era evidente que le gustaba estar siempre ocupado; era la mano derecha perfecta.

Howard: Piensa en la época medieval, Danny, cuando se construyó este castillo. La gente no paraba de ver fantasmas, de tener visiones... Creían que Jesucristo se sentaba con ellos a la mesa, que había ángeles y demonios volando a su alrededor. Hoy en día ya no vemos esas cosas. ¿Por qué? ¿Porque un día dejaron de pasar? No lo creo. ¿Estaban todos locos en la época medieval? Lo dudo. Lo que ocurría es que tenían una imaginación más activa que la nuestra, una vida interior rica y extraordinaria.

(No hubo ninguna pausa en el discurso de Howard, pero me voy a tomar un momento para decirles que Danny no escuchaba. La mención de los teléfonos, o de la ausencia de teléfonos, le recordó que hacía por lo menos una hora que llevaba ya demasiado tiempo desconectado, y el hecho de que hubiera pasado tanto rato hizo que no le costara imaginar la de tiempo que podía pasar aún desconectado, y luego aún más, y Danny sabía por experiencia propia que cuando alguien desaparecía del mapa bastaban unos pocos días para que fuese como si nunca hubiera existido. Todo se movía y se reordenaba, y no le guardaban el sitio a nadie. Para Danny, la idea de desaparecer de esa forma era peor que morir. Si te morías, pues te morías y listo. Pero estar vivo y ser invisible, que nadie pudiera contactar contigo ni encontrarte..., sería como una de aquellas pesadillas que tenía en las que no era capaz de moverse, en las que parecía que estuviera muerto y todo el mundo creía que lo estaba, pero en realidad aún sentía y oía todo lo que pasaba. Y mientras pensaba en todas estas cosas,

Danny se dio cuenta de que Howard estaba diciendo algo importante. Lo notó por la forma en que las palabras le salían a su primo por la boca, como si se le escaparan. Así pues, Danny empezó a prestar atención).

Howard: ¡La imaginación! A mí me salvó la vida. Yo era un niño gordo, adoptado, sin demasiados amigos. Pero me las apañé. Dentro de la cabeza tenía una vida que no guardaba ninguna relación con la vida que llevaba. ¿Y qué me dices de la gente de la época medieval? Se pasaban la vida entera en un pueblucho de mala muerte, sus hijos pillaban un catarro y se morían, y para cuando cumplían los treinta no les quedaban más que tres dientes sanos. La gente tenía que hacer algo para distraerse un poco; si no, sucumbían a la miseria y al aburrimiento. Por eso Jesús los acompañaba durante la cena. Había brujas y duendes escondidos en los rincones. La gente miraba al cielo y veía ángeles. Y mi idea..., mi, mi... plan, mi...

Mick: Misión. Lo dijo sin dejar de restregar el suelo por un solo instante.

Mi *misión* consiste en recuperar parte de todo eso, que quienes vengan se conviertan en turistas de su propia imaginación. Y, por favor, no digas «como en Disneylandia», porque se trata justamente de lo contrario.

Danny: No lo iba a decir.

Howard: La gente está aburrída. ¡Está muerta! Ve a un centro comercial y fíjate en sus caras. Yo lo hice durante años: los fines de semana iba a los centros comerciales y me dedicaba a estudiar a la gente, en busca de una respuesta. ¿Qué les falta? ¿Qué necesitan? ¿Cuál es el siguiente paso? Y de repente lo supe: la imaginación. Hemos perdido la capacidad de inventar cosas. Hemos dejado esa tarea en manos de la industria del ocio; lo único que hacemos es esperar sentados, babeando.

Howard iba de aquí para allá, se giraba, agitaba los brazos. De fondo solo se oía el leve sonido que hacía el cepillo de Mick.

Danny: ¿Y tú crees que la gente pagará por eso?

Le salió un poco brusco, pero a Howard pareció encantarle. ¡Buena pregunta! La única pregunta válida desde el punto de vista comercial, de hecho. La respuesta es siempre la misma, Danny: depende de lo bien que hagamos nuestro trabajo.

¿El plural incluía a Danny? No estaba seguro. Howard y Mick parecían hermanos.

¡Conque estabais aquí!

Era Ann, que salió al sol por entre los cipreses. Ahora llevaba una falda larga de color verde; se le había enganchado en las ramas, así que tuvo que detenerse un momento para desengancharla. Y se había puesto un top negro sin mangas que hacía que sus hombros pareciesen muy pálidos.

Ann: Cariño, ¿no habíamos quedado en que llevaríamos a Benjy al pueblo?

Howard: Uf, ¿qué hora es? Me he entretenido enseñándole a Danny...

Mick se puso la camiseta y se levantó. Yo ya me voy. ¿Le digo a Benjy que llegarás enseguida?

Howard: Sí, gracias.

Mick recogió su bolsa de herramientas y se dirigió al seto de cipreses. Tras aquella primera mirada hostil, ya no se había vuelto a fijar en Danny. Cuando Mick se hubo marchado, Ann cerró los ojos y se despezó.

Ann: Qué agradable el sol. No es nada fácil encontrar un lugar donde puedas sentirlo en la piel. Bueno, Danny, ¿qué opinas de nuestro pequeño reino? O ducado, o feudo, o lo que sea.

Howard: Es una baronía. Soltó una carcajada hueca.

Ann: Ah, claro.

Danny: Es genial. Pero aún..., aún no tengo muy clara la parte del hotel. Quiero decir, alguien reserva una habitación y viene hasta aquí. ¿Y entonces? O sea, ¿qué pasa?

No parecía que nadie tuviera una respuesta inmediata a esa pregunta.

Ann: Voy a decirte cómo me lo imagino yo. ¿Puedo?

Howard: Faltaría más.

Ann: Una mujer viene aquí sola. Es infeliz, está... apagada. A lo mejor su matrimonio no funciona, a lo mejor está sola. En cualquier caso, se ha vuelto insensible, está muerta por dentro. Así pues, llega al castillo, deja el equipaje en la habitación y accede al estanque a través del jardín... No sé por qué, pero siempre me imagino que sucede de noche (mientras hablaba, Ann se fue acercando al borde del estanque; su pelo negro desprendía un brillo púrpura bajo el sol), y el estanque está iluminado y tiene el agua limpia, obviamente, y caliente, ha de estar caliente porque aquí por la noche siempre hace frío, incluso en verano, y la mujer se zambulle (Ann levantó los brazos por encima de la cabeza, formando una V blanca, se estiró mucho, con el cuerpo completamente recto, y cerró los ojos), y eso... tiene un efecto sobre ella: el contacto con el agua la despierta. Y cuando sale de la piscina, ha recuperado la vitalidad. De pronto se siente preparada para empezar a vivir de nuevo.

Ann bajó los brazos y le sonrió a Danny, avergonzada. «Eso es mucho pedir para un estanque», pensó Danny, pero no lo dijo. Porque en realidad no lo sentía. Era extraño, pero las palabras de Ann lo habían atrapado.

Howard: ¿Quieres saber cómo lo veo yo? Como el Estanque de la Imaginación. Te zambulles y, ¡zas!, tu imaginación se desata: de repente vuelve a ser tuya, no de Hollywood, ni de las cadenas de televisión, ni de Lifetime TV, ni de *Vanity Fair*, ni de cualquier videojuego al que estés enganchado. De pronto tú eres el que inventa, tú eres el que cuenta la historia, y por lo tanto eres libre. Puedes hacer lo que quieras. Se volvió hacia Danny. El Estanque de la Imaginación. ¿Qué te parece?

A Danny le parecía varias cosas:

1. Que Howard empezaba a hablar como un pirado. Muchas personas poderosas estaban piradas, Danny no sabía muy bien por qué. Pero ¿y Ann? ¿También estaba pirada? ¿Y qué decir de Mick? Por no hablar de todos aquellos

- estudiantes de posgrado. ¿Era posible que estuvieran todos pirados?
2. Que aquel hotel era lo más parecido al infierno que Danny podía imaginar.
 3. Que necesitaba montar la parabólica.

Danny: Pues me parece...

Howard: Dime.

... que aún no sé muy bien qué esperas de mí. Quiero decir, que esto es... un proyecto enorme y ya tienes a un montón de gente trabajando en él. No creo que falte nada, la verdad.

Howard echó un vistazo a su reloj. Ann, ¿quieres llevarte a Benjy al pueblo y nos vemos allí?

Ann: ¿Me lo estás preguntando o me estás diciendo lo que va a pasar?

Danny: No, Howard, ve, por favor. Mi plan de trabajo... Quiero decir, es evidente que no tengo ningún plan de trabajo.

No, prefiero... Lo siento, cariño.

Ann: Bueno, pues ya nos veremos.

Se marchó rápidamente, sin hacer ruido; su falda verde desapareció entre el seto de cipreses. El silencio se solidificó en los oídos de Danny, como si fuera pegamento. Howard pasó el pie por encima del mármol recién cepillado. Cuando se volvió hacia Danny, su mirada era seria.

Howard: Te he dado una falsa impresión. Sí falta algo.

Danny: ¿El qué?

Howard: No lo sé, estoy intentando averiguarlo. Ven, vamos a dar una vuelta. Podríamos... ¿Te apetece escalar una muralla? Hay unas vistas increíbles desde lo alto.

A Danny le apetecía muchísimo escalar..., pero solo por la parabólica. Siguió a Howard a través de otra abertura practicada en el seto de cipreses. Unos diez metros más allá de los árboles se veía una sección de muro derruida, como la que Danny había escalado el día anterior. Howard se encaramó a ella sin pensárselo dos veces; con las bermudas y sus botas de montaña, parecía una cabra montesa. Danny lo siguió como buenamente pudo, con su chaqueta de terciopelo y sus botas resbaladizas, mientras intentaba no hacer demasiado el ridículo. Pero no importaba, Howard no estaba mirándolo. Tan solo tenía ojos para la vista.

El muro estaba construido a modo de sándwich, con dos paredes de piedra y un montón de escombros entre ambas; pero a diferencia de la muralla que Danny había atravesado la noche anterior, los escombros de esta se caían a trozos, de modo que tenías que agarrarte a la parte exterior del muro si no querías terminar dentro del hueco y torcerte un tobillo. O sea que ni hablar de la parabólica. Eso sí, la vista era increíble. Detrás de Danny estaba el acantilado desde donde había contemplado el valle la noche anterior; al otro lado de la muralla, a mano izquierda, los edificios del castillo; y justo enfrente, la torre. Al fondo, el estanque negro parecía un cráter, un

agujero en la tierra.

Howard: Danny, cuando veo todo esto, lo encuentro asombroso, pero aun así estoy fuera. Hay una forma de entrar, pero no doy con ella. Y no sé dónde coño buscarla.

¿Cómo sabes que existe?

Howard se volvió hacia él. Porque lo noto. Aquí. Se hundió el puño en el estómago con tanta fuerza que a Danny, en su lugar, le habrían dado arcadas. Sé que hay un..., algo, no sé el qué. Un mapa. Una pista. Una llave. A lo mejor ni siquiera se trata de un objeto; podría ser una idea.

Danny: Y los demás... ¿también lo notan?

Howard: Algo notan, sí. Están inquietos. Quieren que los conduzca en una dirección clara, pero no puedo. Estoy encallado. Mientras hablaba, miraba a lo lejos, y Danny siguió sus ojos hasta la torre.

Danny: ¿Tiene alguna relación con la vieja que vive ahí?

Podría ser. A veces pienso que se trata de la torre del homenaje en sí misma. Antigamente era el corazón del castillo, y ahora no puedo ni echarle mano. Pero también cabe la posibilidad de que sea algo completamente distinto. Necesito una respuesta, la que sea, porque este proyecto tiene que funcionar. Está en juego mi matrimonio, he arrastrado a toda esta gente hasta aquí... Vamos, que tiene que funcionar. *Tiene que funcionar.*

Se volvió hacia Danny con una mirada que no llegaba a ser desesperada, pero poco le faltaba. Una mirada anhelante. Howard necesitaba algo.

Danny: Esta mañana, mientras miraba por el catalejo, he visto a alguien ahí dentro. En la torre. Pero era joven.

Howard: Ahí no hay nadie joven.

Pues yo la he visto. Rubia, guapa... y joven, Howard. Justo en aquella ventana.

Señaló la torre, pero Howard no miró. Estaba mirando a Danny. Y, por primera vez desde hacía un buen rato, sonreía.

Howard: Es increíble que haya sucedido tan pronto.

¿A qué te refieres?

Howard tenía la cara encendida. Le pasa a todo el mundo que viene al castillo. Yo lo noté la primera vez, con Ann: al cabo de menos de una hora me di cuenta de que mis percepciones empezaban a vacilar, casi como si estuviera soñando.

A Danny le dio un escalofrío. ¿Insinúas que tengo alucinaciones?

Yo solo digo que la baronesa es una vieja bruja que está más muerta que viva. Que en la torre no hay nadie más. Y que lo que te ha pasado con el catalejo es la clave de nuestro hotel. ¡Es justamente eso, joder! Ya lo has pillado.

Danny: Vale.

La anaconda empezó a crecer en su interior. Bastaba con insinuar una idea inquietante (Howard le estaba tomando el pelo) para despertarla de su estado latente. Danny solía resistir bastante bien a la anaconda, y tenía la habilidad de frenarla

cuando se les metía dentro a los demás, diciéndoles, por ejemplo, que el simple hecho de ver cuatro coches de color naranja en una hora no significa necesariamente que unos policías de incógnito te estén vigilando el piso para hacer una redada, o que oír a un tío riendo al otro lado del cristal del Starbucks mientras pasas por delante no significa que la noche anterior se haya tirado a tu novia. Pero ni siquiera Danny era completamente inmune a la anaconda; nadie lo era.

Howard: Ya veo que no me crees, Danny. No te lo echo en cara. Tu solo... hazme caso, nada más. Y no seas estrecho de miras.

Vale.

Howard escrutó sus propiedades: las altas y gruesas murallas exteriores, con sus torres redondas cada cincuenta metros; el interior del muro, cubierto de verde; el conjunto de edificios del castillo. Había tantas partes rotas, derrumbadas o a punto de derrumbarse que casi se notaba la gravedad tirando de ellas para devolverlas al suelo. A Danny todo aquello le parecía una locura, una empresa condenada al fracaso.

Howard: Danny, hace unas semanas hablé con mis padres y mencionaron que te habías metido en no sé qué lío en Nueva York.

Así que ahora los cotilleos de la familia iban sobre él. Aunque Danny ya lo sabía.

Y de repente tuve una corazonada: debo traerlo aquí. Fue puro instinto. Danny necesita algo y yo necesito algo; a lo mejor podemos hacer que todo encaje. Ahora, también te diré una cosa: todas mis decisiones las tomo así. Y uno no gana el dinero que yo he ganado a menos que tenga un instinto cojonudo.

Danny: Pues a mí el instinto tiende a darme bastante por culo. O sea que tenemos tu instinto de traerme hasta aquí contra mi instinto de venir.

Howard soltó una carcajada. Tenía una risa franca, feliz, de esas que hacen que te alegres de haber sido tú quien la ha provocado. Danny notó como la anaconda empezaba a relajarse.

Howard: Entonces, ¿dónde está el conflicto? Si yo gano, tú también sales ganando.

Yo lo que quiero saber, dice Tom-Tom cuando he terminado de leer mi material en clase, es cuál de esos payasos eres tú.

¿Payasos? Le lanzo una mirada de reojo. Los payasos son un asunto delicado con Tom-Tom, me sorprende que haya sacado el tema.

Bueno, dice, pues cuál de esos capullos.

No te pases, le dice Holly. No por lo de «capullos» (es una palabra casi educada), sino porque lo dice refiriéndose a algo que he escrito. Y en la lista de normas de Holly, «Respetar el trabajo de los demás» está por encima de «Prohibido el contacto físico», otro de los detalles que revelan que hasta ahora nunca había trabajado en una cárcel.

Tom-Tom es un tío que no le cae bien a nadie, pero eso no significa nada. Tom-Tom es un tío al que le gusta no caerle bien a nadie, porque eso confirma su teoría de que el mundo es una grandísima mierda. Supongo que se podría decir que Tom-Tom prefiere tener razón a caerle bien a la gente.

Yo ya sabía quién era por los *geckos*. Tenemos un programa de reptiles en el que los internos se encargan de vigilar los huevos en la incubadora y luego cuidan a las crías de lagarto o lo que sea hasta que son lo bastante grandes como para venderlos a una tienda de mascotas. Tom-Tom es nuestro hombre de los *geckos*. Son animales de tamaño mediano, del verde más brillante que hayas visto jamás. Tom-Tom los saca a pasear atados con una cuerda y deja que se revuelquen por la tierra. Les frota la reluciente cabecita y los besa en sus labios de lagartija.

Hará cosa de un año, un bestia llamado Quince se acercó a donde los *geckos* de Tom-Tom estaban jugando, en el patio, y le aplastó a uno la cabeza con el pie; lo mató al instante. Fue en la época en que yo me pasaba el día sentado. Por «depresión», por «pereza», por «abatimiento» o por «ser un soplón de mierda»: mis motivos para pasarme el día sentado variaban según a quién le preguntaras. Aquel día en concreto estaba sentado en un banco, a unos veinte metros de Tom-Tom, al otro lado de una verja con alambre de púas. Tom-Tom debería haberse dejado caer de rodillas y darle gracias a Dios por que Quince se hubiera conformado ese día con aplastar a un solo *gecko*; sin embargo, en cuanto Quince desapareció, la cara de Tom-Tom hizo algo que yo no había visto nunca: se arrugó y se hundió como si fuera él quien tuviese una bota encima aplastándole la cabeza, y los labios se le abrieron mucho, hasta tal punto que su boca se convirtió en un agujero negro, todo ello sin emitir sonido alguno. Al principio creí que le había dado un derrame o un infarto, pero después me di cuenta de que lo que estaba presenciando era tristeza en estado

puro, la que la gente solo expresa cuando cree estar a solas.

Entonces Tom-Tom me vio a través de la verja. Durante un segundo pensé: «Soy hombre muerto.» Y lo sería, sin lugar a dudas, si Tom-Tom fuera un preso de verdad. Pero no lo es; solo es un tío que está enganchado a las metanfetaminas y que ama a los reptiles pero detesta todo lo demás.

¿Quién dice que uno de esos capullos tenga que ser yo?, le pregunto ahora a Tom-Tom.

Joder, seguro que no te lo has inventado todo.

Pues sí, me lo he inventado todo, digo, porque quiero que Holly crea que es así: si no, mi historia sería tan solo algo que me ha contado otro, y entonces, ¿no admiraría Holly a ese otro en lugar de admirarme a mí?

Porque un truño así no se lo inventa nadie, dice Tom-Tom. Es demasiado ridículo.

¿Más ridículo que entrar en un banco disfrazado de payaso y matar a tres personas?, pregunta Hamsam, y se oyen unas cuantas risitas. Lo que nos pasa a Hamsam y a mí es curioso: somos amigos pero no hablamos casi nunca. A lo mejor por eso somos amigos.

Que te den por culo, saco de mierda, dice Tom-Tom, pero se le ponen las orejas coloradas.

Escribo «saco de mierda».

Eh, le advierte Holly a Hamsam con voz severa, nuestros delitos los dejamos en la puerta, ¿recuerdas? Pero está mirando a Tom-Tom y se nota que piensa: «¿Disfrazado de payaso?».

Presuntos delitos, puntualiza Allan el Barbas, el cerebro de los internos.

¿Nuestros delitos? Tom-Tom mira a Holly sonriéndole, y su sonrisa es como la de un reptil. ¿Has dicho eso? ¿Nuestros delitos?

Solo intentaba ser educada, dice Holly. Debo admitir que aprende rápido.

Lo he intentado todo para que se fije en mí: guardar silencio, hacer preguntas, reírme, desperezarme, crujirme los nudillos... Cada semana traigo algo para leer en clase, y cuando he terminado me mira porque tiene que hacerlo, pero sus ojos no conectan nunca con los míos: miran a un lado, o detrás de mí, o incluso a través de mí. Supongo que lo que escribí sobre el tío que se follaba a su profesora de escritura la puso nerviosa. A veces me dan ganas de decirle: Nena, no eras tú, ¿vale? Esa profesora de escritura era una rubia auténtica, por no decir que aún no había cumplido los treinta, ni tenía arrugas alrededor de los ojos, y sí, en cambio, unas curvas como las que tú no tendrías ni aunque te pasaras el día comiendo Snickers, y además se ponía vestidos, ¿sabes lo que son? Ah, y olía a fresa. O a mango. O a regaliz. Joder, qué se yo. Pero estar encerrado lo cambia todo. Cosas que fuera considerarías corrientes, o directamente invisibles, se vuelven preciosas aquí dentro, y pasan a tener aplicaciones mágicas que nunca se te habían ocurrido. Un bolígrafo roto es una pistola para tatuar. Un peine de plástico es una faca, o sea un cuchillo. Dos ciruelas y un trozo de pan son el licor de la semana que viene. Un paquete de refresco en polvo

es tinte, un respiradero es un teléfono. Con dos clips de papel en un enchufe y un trozo de lápiz puedes arreglártelas para encender un cigarrillo. Y una chica como Holly, a la que seguramente ni mirarías en el mundo exterior, aquí dentro es una princesa.

Pues yo no creo que seas educada, le dice Tom-Tom. Yo creo que eres culpable, como todos nosotros.

Habla por ti, le espeta Hamsam, y varios de los presentes golpean sus pupitres para mostrar que están de acuerdo.

Holly le sonrío a Tom-Tom. Tiene las cejas pálidas y los ojos inyectados en sangre. Su nariz es larga y vagamente aguileña. Tiene unos labios bonitos, eso sí: rosados y con un contorno delicado incluso sin pintalabios, que nunca lleva. No utiliza maquillaje de ningún tipo. La observo con atención, algo que puedes hacer tranquilamente con una persona que nunca te devuelve la mirada, y cuando Tom-Tom le dice que es culpable, es como si se le contorsionara el rostro, y a través de su mueca atisbó algo en lo que no me había fijado nunca pero que debe de haber estado ahí desde el primer día: dolor.

Háblanos de tus delitos, Holly T. Farrell, le dice Tom-Tom.

Ella sigue sonriendo. No te importa un pimiento, Tom, dice.

Eso es un día. Los días se solapan. Lo único que esperas es que las semanas, los meses y los años pasen, que tu tiempo aquí dentro se termine como una pesadilla y puedas volver a la vida real; pero después de un tiempo encerrado, lo que empieza a parecerte un sueño es tu vida de antes. Y naturalmente que quiero recuperarla, el problema es: ¿cuándo tienes un mismo sueño por segunda vez?

Aquí dentro no cambia nunca nada: 425 pasos hasta mi trabajo de mantenimiento (caminando siempre por el lado derecho de la línea amarilla que divide todos los pasillos), 320 desde allí hasta el comedor, 132 del comedor al bloque D. Las luces se apagan a las once y se vuelven a encender a las cinco para el primer recuento. Cuatro recuentos más, incluido uno presencial a las cuatro de la tarde en nuestras celdas. Tres sesiones por semana en el banco de pesas. Cuatro paquetes al año, aunque a mí suelen llegarme menos, porque solo tengo parientes lejanos, o sea que mis paquetes son siempre cosas que he pedido yo mismo.

Mi celda: metro ochenta por tres metros, dos bandejas metálicas atornilladas a la pared y con sendos colchones encima que parecen viejos cojines de jardín remendados con cinta adhesiva. Nadie quiere nunca la litera de arriba (los internos luchan a punta de cuchillo por la de abajo), pero a mí me gusta porque desde ahí tengo mejor vista de la ventana: doce centímetros de ancho por sesenta de alto. Tiene un cristal especial, que emborrona lo que hay al otro lado y lo convierte en un puñado de formas grises e indefinidas, a lo mejor para impedir que elaboremos un plan de fuga genial, o a lo mejor porque sería demasiado generoso por su parte darnos una

ventana a través de la cual se viese lo de fuera. Pero atención a esto: después de la segunda clase con Holly, cuando la puerta de mi cerebro se abrió de par en par, me senté en mi litera, miré por la ventana y de pronto vi claramente el patio: el hormigón, las vallas, tíos respirando aire fresco. A punto estuve de soltar un grito, pero me contuve porque los movimientos o ruidos repentinos no son una buena idea si estás cerca de Davis, mi compañero de celda.

Actualmente puedo pasarme horas en mi litera contemplando esas figuras que se mueven entre sombras. Las observo como no podría hacerlo si supieran que estoy ahí; y veo cosas: a Allan el Barbas arrancándose los pelos de la barba, a Hamsam caminando como un chimpancé. Cherry volviéndose hacia la verja y gritando cuando cree que no lo mira nadie. Tom-Tom dejando que los *geckos* se le sienten encima de las orejas y le suban por la coleta. Es mejor que ver la tele.

¿Qué coño miras ahí todo el día?, me pregunta Davis.

Nada.

¿Y entonces por qué miras?

¿A qué viene tanto interés por lo que hago?

Me importa un pito lo que hagas.

Bien. Y yo sigo mirando y Davis sigue deambulando por la celda, algo que en un espacio de estas dimensiones significa dar un paso hacia la ventana para luego alejarse un paso de ella y mirarme. Davis es guarda de pasillo, de modo que siempre está por ahí; se dedica a barrer y a pasar la mopa por los pasillos de nuestro nivel, y a cambio los celadores nunca examinan nuestra celda, por lo que Davis puede acumular toda la basura que quiere debajo de su litera, un espacio que oficialmente comparte conmigo. Solo Dios sabe lo que guarda ahí abajo: facas, productos de contrabando, una bomba, vete tú a saber. Siempre remete un mantel a cuadros blancos y rojos debajo de su colchón, de modo que cuelgue hasta el suelo y cubra lo que sea que tiene ahí abajo. Nunca he levantado el mantel (Davis se pone furioso si me acerco), pero siento curiosidad.

Tengo mis motivos para preguntártelo, dice.

¿Preguntarme qué?

Qué miras.

¿Y cuáles son esos motivos?

Responde a mi pregunta y yo responderé a la tuya.

Mi respuesta es nada. No miro nada.

Y una mierda. Nadie se pasa el tiempo mirando a la nada.

No, tú no te pasas el tiempo mirando a la nada, Davis. Pero yo sí.

Pues me parece una forma pésima de invertir el tiempo.

Según Davis, yo siempre estoy perdiendo un tiempo valioso. Él organiza sus días al minuto; no me extrañaría un pelo que hubiera reservado cinco minutos para darme el coñazo con lo de la ventana. Al principio, cuando nos pusieron juntos en la celda, se pasaba el día soltándome lecciones de crecimiento personal para que mejorara, me

realizara, lograra salir del lodo y todas esas cosas, hasta que decidió que era un caso perdido. Y ahora viene lo más gracioso del asunto: me apunté a las clases de Holly para perder de vista a Davis al menos una tarde a la semana. Y desde que empezaron las clases, todo me parece distinto: más brillante, más definido, extraño, como si estuviera cayendo enfermo.

Davis tiene un proyecto personal que me pone de los nervios, aunque intento que no se me note para no darle el gustazo: intenta hacer un mínimo de setecientas flexiones diarias en nuestra celda. Que conste que no tengo nada en contra del entrenamiento físico, pero, joder, ¿setecientas? Estamos hablando de un nivel de gruñidos, sudores, gemidos y (durante las últimas cien flexiones) gritos de clemencia que ya sería difícil de soportar en un espacio amplio como el de un gimnasio, así que en esta lata de sardinas es una verdadera tortura. Y eso sin tener en cuenta los silbidos de los demás internos de nuestra planta ni sus bromitas sobre lo que debo de estar haciéndole a Davis para que chille de esa forma. Hablo simplemente del jaleo que arma.

Pero más o menos por la misma época en que nuestra ventana se volvió transparente, los ejercicios de Davis empezaron a afectarme de manera distinta a como lo habían hecho hasta entonces. Cuanto más débil y cansado está Davis de hacer flexiones, mayor es su tendencia a mezclar palabras normales que decimos todos los días con otras más antiguas, que debió de utilizar en algún momento del pasado: «gorila», «mazo peña», «tontolaba» o «molón», palabras de una vida que perdimos hace tiempo. Y en cuanto me fijé en las viejas palabras que utiliza Davis, empecé a oírlas por todas partes, porque este sitio es un sumidero donde las palabras se quedan atascadas desde el momento en que el reloj de nuestras vidas se detiene. Por eso últimamente, cuando hay pelea, ya no me alejo como hacía antes, sino que me acerco y presto atención a todas esas palabras. He oído «tontaina» y «adlátere» y «fetén»; he oído «pasma» y «guaperas» y «rolleras» y «morenito» y «carroza» y «abrirse» y «plumilla» y «mochales» y «cascarrias» y «picaflor» y «mariposón» y «guateque» y «legal» y «piñaco» (conviene recordar que aquí dentro hay tipos condenados de por vida con caderas falsas y dientes postizos que, si les tiras de la lengua, te pueden contar historias sobre vagabundos del Bowery), y yo cojo todas esas expresiones, me las grabo en la cabeza y las salvo. Porque cada una de ellas contiene el ADN de toda una vida, una vida en la que esas palabras encajaban y tenían sentido porque todo el mundo las decía. Me guardo todas esas palabras y más tarde abro la libreta donde escribo el diario que Holly nos anima a llevar y las anoto una a una. Y no sé por qué, pero eso me pone de buen humor, como si fuera un valor seguro.

En la siguiente clase vuelvo a leer y Mel es el primero en tomar la palabra, cosa rara porque Mel no habla casi nunca. Hamsam no está.

Yo tengo una opinión, dice Mel. Bueno, en realidad es un problema, señorita Holly.

Dispara, dice Holly.

Mel carraspea y, en un tono extrañamente formal, dice: Me gustaría saber qué va a pasar luego.

Holly espera a que diga algo más, pero al ver que Mel no tiene nada más que añadir y que este es el problema al que se refería, sonrío. Mel, dice, eso es bueno; significa que la historia te ha enganchado.

No, replica Mel, no es bueno. Tiene una voz ligeramente jadeante, la voz de una persona con la presión arterial alta, en sintonía con su cuerpo, que cada semana parece más voluminoso. Es un misterio cómo se lo monta, con la mierda que nos sirven aquí. No es bueno, dice, porque hace que me sienta incómodo.

Y Mel no es alguien a quien quieras hacer sentirse incómodo. Es un tipo grandullón, bruto y peligroso. Se rumorea que intentó matar a su mujer moliendo trescientas píldoras de vitamina C y esparciendo el polvo por toda su ropa y en su almohada, porque alguien le había dicho que la vitamina C era tóxica si la inhalabas.

Define «incómodo», Mel, dice Holly.

Quiero decir que noto una sensación incómoda dentro de mí, una sensación como de vacío, frustrante, quiero saber qué va a pasar y me siento mal por no saberlo, como si Ray estuviera haciéndose de rogar. Y perdone que hable en plata, señorita Holly, pero esa sensación me repatea.

Pues a mí me parece que lo que estás describiendo es «expectación», dice Holly, y no es ningún problema, Mel. Al contrario, los escritores viven para eso, es lo que desean conseguir.

Pues para mí es un problema porque no me gusta sentirme incómodo, dice Mel. Cuanto más bajo habla, más serio se pone. Dime qué va a pasar, Ray.

Mel, dice Holly, que se ríe como si no acabara de creerse lo que está ocurriendo. No le puedes pedir eso. No es justo.

Lo que no es justo es que Ray me tenga en vilo.

Tom-Tom está sentado a mi lado. Elige ese pupitre cada semana, quién sabe por qué. Se revuelve en la silla, se retuerce y finalmente, dirigiéndose a mí, dice: Vamos, Ray. Dinos qué pasa después. Tú estabas ahí, ¿no?

Le devuelvo la mirada y sonrío. No sé por qué disfruto tanto haciendo cabrear a Tom-Tom. A lo mejor es por lo fácil que resulta.

Ahí está, Ray no quiere contármelo, dice Tom-Tom. Prefiere quedarse ahí, con esa risita de comemierda.

Perdónele si habla en plata, dice Cherry, y él y Allan el Barbas se echan a reír.

Anoto «risita de comemierda» en la libreta.

Mel acalla las carcajadas con un gesto. No tienes ningún motivo para no contarme lo que va a pasar, Ray, dice, y su voz es como la mantequilla derritiéndose en una sartén. Tal como lo veo, dice, me lo voy a tomar como una ofensa personal si no me lo cuentas.

No tengo ningún interés en ofender personalmente a Mel. Pasó tres meses en el

agujero después de apuñalar a un tío llamado Julián Sánchez con un cepillo de dientes que previamente había convertido en una faca frotándola contra el pavimento. Por suerte para Sánchez, en el fragor del momento Mel se equivocó y se la clavó por la parte de la escobilla.

Pero cuando empiezo a hablar no lo hago para complacer a Mel. Lo hago por Holly, para que me mire. Estar aquí dentro nos convierte en niños: hay tíos que se matan por una decisión arbitral jugando al voleibol, tiran la comida, se mean y se cagan encima. ¿Qué otra cosa van a hacer? ¿Qué nos queda? Y yo necesito que Holly me preste atención, eso es todo. Lo necesito.

Bueno, digo, lo próximo que va a pasar es que Danny instalará la parabólica y llamará a su ex, Martha Mueller.

Vale, dice Mel. ¿Y qué le va a decir?

No tienes por qué hacerlo, Ray, dice Holly, que mira a un punto situado a mi izquierda.

La cuestión, le digo a Mel, es que Danny quiere volver con Martha. Pero ella no.

Necesito las *palabras*, dice Mel. De momento es solo como si oyera ruido.

Holly está expectante, pero no se la ve satisfecha.

Vale, le digo a Mel. Ahí van algunas palabras: «Oye, Martha, soy Danny... Sí, he llegado bien y estoy en este viejo castillo con mi primo y más gente, y no puedo dejar de pensar en ti.» Noto que me pongo colorado, pero sigo hablando. «Esperaba que pudiéramos... Esperaba que pudiéramos...» Me atranco, apenas me salen las palabras, y los demás se están partiendo a mi costa. Holly también se ríe, no puede evitarlo. «Esperaba que pudiéramos volver a empezar...» Oh, mierda, gimo porque me va a dar un derrame cerebral, me muero de la vergüenza. No puedo hacerlo, Mel.

Él es el único que no se ríe. Ibas bien, dice. Hasta el «oh, mierda».

Olvida que he dicho «oh, mierda». El «oh, mierda» no lo voy a escribir.

Mel me clava sus ojitos maléficos. Ray, dice, como si hablara con un gatito. Antes estabas pintando un cuadro. Tenía atmósfera y todo eso. Ahora, en cambio, te dejas llevar por la inercia. No le estás poniendo el alma, tío, has abandonado el cuadro y esta mierda hace que me sienta incómodo. Disculpe que hable en plata, señorita Holly.

Estamos en un bucle, dice Holly. Cambiemos de tema.

Aquí no se cambia de tema hasta que Mel dé el visto bueno. Continúa, Ray.

He terminado, digo. Si quieres saber más, pregúntale al payaso. Ni siquiera miro a Tom-Tom.

Mel dice algo, pero su voz es como un aleteo de mariposa y no lo oigo. Holly da un paso hacia la mesa, donde tiene el colgante con el pulsador de seguridad que todos ellos llevan al cuello. Cada semana, Holly se lo quita nada más entrar en el aula y lo deja encima de la mesa, supongo que para demostrarnos que confía en nosotros. Pero ahora vacila.

Si pulsa el botón, la clase habrá terminado, y no le gusta nada perder clases. Se le

nota; para ella, cada sesión es valiosísima.

Siéntate, Tom, dice Holly, porque Tom se ha puesto de pie.

Solo estoy estirando las piernas, dice Tom-Tom, y le dedica a Holly una de sus odiosas sonrisas de lagarto, y yo pienso en lo pequeña que se la ve dentro de esos pantalones abombados que lleva y me doy cuenta de que la función de ese uniforme es precisamente hacer que parezca y se sienta como un hombre o incluso como un chico, ocultar su feminidad para no sentirse tan débil. Para cuando Tom-Tom se vuelve hacia mí, ya es demasiado tarde. Holly está lejos de su colgante; Mel también se ha levantado y se acerca muy rápido para tratarse de un tipo tan gordo.

Podría terminar con esto de cien maneras distintas. Incluso ahora, cuando todo el mundo está ya moviéndose. Es lo que tiene la violencia: a su alrededor se genera una calma lenta y de pronto hay espacio de sobras para moverte y alterar las cosas, o para detenerlas directamente. O a lo mejor eso es lo que parece después, cuando piensas que ojalá las cosas hubieran ido de otra manera. Siento como Mel y Tom-Tom me miran, como esperan una señal sin dejar de avanzar, pero yo no muevo un dedo. Porque quiero que pase. Algo dentro de mí me empuja en esa dirección. Siento el misterio mientras Mel agarra mi pupitre y lo pone boca abajo y mi cabeza impacta contra el suelo y me quedo ahí con los ojos cerrados y con esas chispas eléctricas revoloteando en la oscuridad: he hecho que pasara algo y está pasando ahora, y no sé qué es.

Está asustada, lo huelo. Se arrodilla, me pone una mano encima de la cabeza y noto su piel, la palma de su mano y sus dedos finos y cálidos sobre mi frente y, pegado a esos dedos, un cuerpo que desprende vida. Holly Farrell. Su mano sobre mi cabeza. Lo raro y terrible de este sitio es eso, que una cosita de nada, una mano encima de una cabeza, pueda significar tanto.

Y así me quedo tanto rato como puedo. Entonces abro los ojos y la miro. Ella me devuelve la mirada: unos ojos cálidos, preocupados, inyectados en sangre. Azul claro.

Basta ya de comedia, dice. Levántate. Y se va hacia los celadores que hay en la puerta.

Ese día la clase termina antes de tiempo.

Al final Howard bajó al pueblo. En cuanto se hubo marchado, Danny localizó la habitación donde había dormido, reunió todas las piezas de la parabólica y las sacó al jardín. Dio la vuelta al estanque redondo intentando determinar desde qué posición su antena estaría mejor orientada hacia aquel buen óvalo de cielo azul. Ahora que estaba a solas, Danny se dio cuenta de lo potente y calurosa que era la luz del sol, plagada de insectos que pasaban zumbando. También se percató de las malas hierbas que crecían por entre las losas de mármol de alrededor del estanque dándoles formas irregulares, casi como si flotaran en el agua. Cerca del estanque había un banco de mármol y al otro lado, justo enfrente, una cabeza esculpida con un bitoque seco a modo de boca. Danny vio que era la Medusa, con su furioso careto rodeado por serpientes de mármol.

El mal olor del estanque ya no lo molestaba, tal vez porque estaba a punto de llamar por teléfono. Y alguien se preguntará: ¿cómo puede ser que una parabólica le afectara a Danny el sentido del olfato? Bueno, había vivido en muchos lugares desde su traslado a Nueva York: algunos bonitos (básicamente cuando eran de otra persona) y otros mierdosos (cuando eran suyos), pero en ninguno se había sentido como en casa. Era algo que le había preocupado durante mucho tiempo, hasta que un buen día, hacía dos veranos, estaba cruzando Washington Square mientras hablaba por el móvil con su amigo Zach, que se encontraba en el Machu Picchu, en medio de una ventisca de nieve, cuando de pronto (¡zas!) había caído en la cuenta de que justo en aquel momento se sentía en casa. No en Washington Square, donde la habitual multitud de turistas aplaudía a un humorista obsceno que ofrecía su número en la fuente vacía, ni tampoco en Perú, donde no había estado en su vida, sino en los dos sitios al mismo tiempo. Estar en un sitio pero no por completo: eso era lo que hacía que Danny se sintiera en casa; desde luego, era mucho más fácil que encontrar un apartamento en condiciones. Lo único que necesitaba era un teléfono móvil o una conexión a Internet, o ambas cosas al mismo tiempo, aunque también le bastaba un plan para largarse pronto de dondequiera que estuviese. De hecho, a veces para sentirse como en casa solo tenía que estar en un lugar y pensar en otro; por eso saber que estaba a punto de llamar por teléfono hacía que de repente el olor del estanque pareciera menos fuerte, como algo que ya hubiese dejado atrás.

Eligió un sitio cerca de la Medusa y se puso manos a la obra. Danny no era ingeniero, pero se las arreglaba para seguir un manual de instrucciones y poner un producto en marcha. Montó el armatoste, un largo paraguas plegado que era la parabólica en sí, además de un trípode, un teclado numérico y el teléfono, un artilugio

grueso y pesado como los móviles de hace una década. A continuación empezó a programar el aparato. Cada vez que llegaba a un callejón sin salida volvía sobre sus pasos: prefijos de país equivocados, operadoras extranjeras, grabaciones en idiomas que desconocía. Le daba igual. Oía algo, estaba conectado con alguien, y la alegría después de permanecer setenta y dos horas aislado le permitió superar todos los obstáculos con una sonrisa en los labios.

Una hora más tarde ya estaba introduciendo el código numérico de su contestador automático de Nueva York, medio mareado a causa de la efervescencia que notaba en el pecho siempre que se disponía a escucharlo después de mucho tiempo sin hacerlo. Cada vez que empezaba un nuevo mensaje, el corazón de Danny se expandía como si intentara alcanzar algo. Y con cada mensaje, al comprobar de qué se trataba, se llevaba un chasco. Mamá: ¿Dónde te has metido ahora?, con aquella voz cansada a la que se había acostumbrado hasta tal punto que ya apenas lo hacía sentirse culpable. Acreedores a quienes calaba al cabo de dos palabras, o menos, y cuyos mensajes borraba. Su hermana Ingrid, la espía (¿cómo, si no, se habían enterado sus padres de que el restaurante donde trabajaba de maître era una «guarida de mafiosos» veinticuatro horas después de que ella lo visitara?): Solo llamaba para ver cómo te iba. Sí, seguro. Varios amigos con mensajes sobre bares, fiestas y discotecas; todo eso estaba muy bien, pero no era lo que esperaba. Danny no tenía ni idea de qué esperaba. Lo único que sabía era que vivía poco más o menos que en un estado de expectación constante, pendiente de algo que iba a suceder cualquier día, en cualquier momento, y que lo cambiaría todo, que pondría el mundo patas arriba y colocaría la vida de Danny bajo un nuevo prisma, convertida en una historia de éxito absoluto, pues cada paso y cada viraje, cada traspie y cada cagada lo habrían conducido hasta allí. Algunas veces pasaban cosas imprevistas que parecían ser lo que estaba esperando: una chica a la que no recordaba haberle dado su número, un amigo con un plan genial para forrarse o, mejor aún, una persona a la que no conocía de nada pero que quería hablar con él. Ese tipo de mensajes le provocaban un verdadero subidón mental, pero en cuanto devolvía la llamada y se enteraba de los detalles, se topaba siempre con proyectos, posibilidades y planes tras los cuales todo seguía exactamente igual que hasta entonces.

Danny programó su contestador automático de Nueva York para que desviara las llamadas a su nuevo teléfono. A continuación grabó un mensaje nuevo y empezó a llamar: a Zach, a Tammy, a Koos, a Hifi, a Donald, a Noon, a Camilla, a Wally. A la mayoría les dejó un mensaje: la cuestión era que su nuevo número quedara registrado en tantos teléfonos como fuera posible, una tarea que debía ayudarlo a liberar la tensión que crecía en su interior a cada hora que pasaba desconectado del mundo. En una de cada cinco llamadas le contestaba una persona real. La conversación iba más o menos así:

Danny: Ehquepasa.

Amigo: Danny, colega, ¿has vuelto?

Danny: Un día de estos, un día de estos.

Era mentira (ni siquiera tenía un billete de vuelta), pero Danny sabía que la mejor manera de que los demás te tengan mentalmente presente es comportándote como si no te hubieras marchado, por muy lejos que estés. Y mientras se ponía al día de los chismorreos correspondientes a las setenta y dos horas en que había estado ausente, se empapó del clamor de Nueva York que se filtraba por entre los chismorreos y que hacía de contrapeso perfecto para el estanque, los árboles y el leve zumbido de los insectos. Estaba en casa.

Esperó un rato antes de llamar al número de Martha Mueller. Primero quería entrar un poco en calor.

Martha: Despacho del señor Jacobson. La línea fija de la oficina le había proporcionado la conexión más nítida que había encontrado hasta el momento. La voz de Martha sonaba tan profunda y delicada al oído de Danny que era como si estuviera hablándole desde el interior de su cerebro.

Martha, dijo.

Ella bajó la voz: Cariño, dime que estás lejos de aquí.

Lejísimos.

Esos tipos han vuelto a pasar por mi casa esta mañana. En el Lincoln negro. Les he dicho que te habías marchado.

¿Qué les has dicho? Palabra por palabra.

Les he dicho: «Se ha ido. Dejádme tranquila de una puta vez.» O algo así.

Yo a esos tíos no les diría «de una puta vez».

Demasiado tarde.

¿Y ellos qué han contestado?

«Zorra», creo. Pero ya estaban subiendo la ventanilla.

Danny: ¿Te has asustado? Le gustaba la idea.

Martha resopló. Si tuviera veintidós años y fuera rubia, sí me habría asustado.

Tenía cuarenta y cinco años y era de largo la chica más mayor con la que Danny se había acostado. Se la había encontrado en la cola de un cajero y la había seguido hasta una parada de autobús. Al principio fue solo por su perfume, aunque luego resultó que Martha no usaba perfume, sino que mezclaba salvia fresca con sus braguitas. Tenía el pelo rojo, con un montón de canas. Hacía tres semanas, ella le había dado la patada y le había dicho que juntos ofrecían una imagen grotesca, pero desde entonces se habían vuelto a ver varias veces. Martha era salvaje y sucia en la cama. En su boca, una frase como «aparta las zarpas, so cerdo» era una insinuación.

Danny: Martha...

No lo digas.

Martha tenía razón, iba a decirlo. Y lo dijo: Te quiero.

Por favor.

Y tú me quieres a mí.

Se te va la olla.

Danny oyó como se encendía un cigarrillo. Era secretaria-actriz desde hacía mucho tiempo. Cuando la empresa para la que había trabajado durante quince años prohibió fumar en sus oficinas, Martha siguió haciéndolo hasta que la despidieron, y entonces aprovechó para conseguir un trabajo en Philip Morris.

Martha (soltando el humo): No es amor, es una especie de delirio erótico.

Danny: El amor es eso.

Martha: Estás aburrido, Danny; admítelo.

¿De estar contigo?

De esta conversación.

Por lo general, este tipo de conversaciones terminaban en un polvo. Danny se dio cuenta de que estaba apretando los dientes y se le ocurrió que podía hacerse una paja ahí mismo, con la voz ronca de Martha al oído. Pero bastó una mirada al estanque putrefacto para que su deseo se evaporara.

Danny: Es todo lo contrario. Podría estar así eternamente.

La quería. Tenía una cara astuta e imponente, y un vello invisible le cubría todo el cuerpo. Hacía que las chicas con las que Danny se había acostado antes —que o eran modelos o podrían haberlo sido (aspirantes a modelo, posibles modelos, modelos fracasadas, chicas a las que confundían con modelos o que estaban orgullosas de no serlo), chicas con la cara elástica que se pasaban el día comiendo palomitas y pimienta verde y que asentían obedientemente cuando él les contaba sus planes para forrarse, mientras que Martha, en cambio, le había dicho una vez: Puedes descubrir que todo eso no son más que memeces después de desperdiciar un cacho de tu vida, o admitir aquí y ahora que no son más que memeces y pasar del tema— parecieran todas ellas intercambiables. Y, gracias a algún milagro, Danny había dejado atrás aquella confusión de chicas idénticas para llegar hasta Martha.

Martha: ¿Qué tal va la rodilla?

Me duele.

¿Has ido a que te echen un vistazo?

¿Cuándo iba a ir?

No me gustó el crujido que dio.

Yo no recuerdo ningún crujido.

Cuando el gordo te hizo una llave de cabeza y el otro empezó a patearte el...

Vale, vale. Pero Martha...

Voy a colgar.

¡No!

Había empezado a perder el equilibrio. Para sentirse como en casa tenía que haber una mezcla equilibrada de lugares, como un balancín con dos niños que pesaran justo lo mismo. Estar únicamente donde estabas era insuficiente, pero no estar en absoluto donde estabas (porque te alteraba la conversación que mantenías por el móvil) se volvía de veras peligroso. Era como ponerte a caminar delante de los coches. Y Danny se estaba alterando. Había empezado a andar de un lado para otro.

Martha: Tengo cuarenta y cinco años. Me cuelgan las tetas. ¡Tengo gatos, por el amor de Dios! Y encima ahora resulta que la in vitro no funciona con las mujeres de mi edad, y que como máximo puedo donar óvulos, o sea que nunca voy a tener hijos, o por lo menos hijos que sean míos, y los hombres (sobre todo los jóvenes) quieren propagar su semilla. No puedes negarlo, Danny, es un hecho biológico.

Danny: Pero ¡si tú no quieres tener hijos! ¡Y yo tampoco! Me encanta que no puedas tener hijos, porque eso significa que nunca estaré obligado a tener ninguno. ¡Para mí es un valor añadido!

Martha: Eso lo dices ahora.

Danny: ¿Y cuándo quieres que lo diga? Es ahora cuando estamos hablando. ¡El ahora es lo único que tengo!

Martha: Pero aún eres un chaval.

Danny no contestó. En realidad nunca se cansaba de oír esas palabras; las esperaba, las deseaba. Pero oírlas en boca de Martha lo dejó planchado. Danny echó a andar otra vez, pero se tropezó con algo y perdió el equilibrio. Mierda, se le había olvidado dónde estaba, y de repente aquel estanque putrefacto lo llamaba. ¡Iba a caerse dentro! Danny braceó desesperadamente hacia el otro lado y fue a dar contra el suelo de mármol; su hombro izquierdo absorbió todo el impacto. Le dolió tanto que se le llenaron los ojos de lágrimas.

Una vocecita: ¿Qué ha pasado? ¿Danny? Era Martha, dentro del teléfono, que había aterrizado unos metros más allá. Danny lo buscó a tientas con el brazo que no se le había quedado paralizado. Los cipreses negros y el cielo azul se cernían sobre su cabeza.

Martha: ¿Qué pasa? ¿Estás bien? No sonaba del todo asustada, pero sí preocupada. Danny estaba demasiado dolorido como para disfrutarlo.

Estoy bien. Resollaba y le sudaban las axilas y las ingles. Se incorporó con dificultades.

Martha: Dime algo. ¿Se trata de la rodilla?

Se preocupaba por él, era evidente. Danny seguía constatándolo cuando menos se lo esperaba, cuando ya había renunciado a ella, y entonces, tan pronto como lo había constatado, Martha hacía que se le olvidara otra vez. Danny estaba experimentando uno de esos instantes de claridad en que todo lo superfluo se desvanece y solo ves lo que realmente está ahí. Se vio a sí mismo con Martha y lo invadió una sensación de paz. Entonces la conexión empezó a cortarse y los ojos de Danny se posaron en algo que no supo identificar de entrada, pero sí al cabo de un momento... Oh, mierda: la

antena parabólica dentro del estanque, hundiéndose.

Danny (gritando): ¡No!

Se levantó de un salto y se lanzó a por ella. Estaba ya medio hundida. Debía de haberle pegado una patada al tropezar, ¿o había tropezado precisamente con la antena parabólica? Estaba demasiado lejos del borde de la piscina para poder pescarla y sacarla de allí, de modo que se tendió boca abajo sobre el mármol, se deslizó con el torso por encima del estanque tan lejos como pudo, apretó el culo y agarró el borde de la parabólica con dos dedos de cada mano, al tiempo que tiraba de ella para intentar recuperarla sin doblar la cintura y que se le hundiera la cabeza, y justo entonces lo alcanzó el olor, oh, Dios, qué pestazo: no olía a podrido, sino a algo peor, a un vacío mohoso, era un olor a polen rancio, a mal aliento, a nevera vieja que hace años que nadie abre, a huevos podridos y a cierta clase de lana cuando se moja, a la placenta de su gata, *Polly*, cuando Danny tenía seis años, a aquella muela que le dolía cuando el dentista se la taladró por primera vez, a la residencia de ancianos donde a su tía abuela Bertie le chorreaba puré de hígado por la barbilla, a aquel sitio debajo del puente, cerca del colegio, con sus montañas de mierda supuestamente humana, al cubo de la basura de debajo del lavabo de su madre, al comedor de la escuela cuando entrabas por primera vez... En cuanto se abocó a aquel estanque, Danny percibió todos los olores que alguna vez le habían repugnado, aunque solo fuera un poco, olores que en ciertas ocasiones (aunque luego se le olvidara) le habían hecho pensar por un segundo que la vida normal era precaria, en absoluto sólida: una fina capa de algo colocado encima de otra cosa que no se le parecía en nada, grande, extraña y oscura.

Danny cerró los ojos e intentó respirar por la boca. Tensó todos los músculos de la espalda hasta que le empezaron a temblar, e intentó convertir su torso en una barra para así poder utilizar sus largos dedos como palillos chinos con los que levantar la parabólica, pero el estanque ya la había engullido y no la quería soltar. Danny tenía que meter la mano en el agua, las dos manos, la cabeza, todo, tenía que zambullirse y sacar aquello de allí abajo, pero no podía. El olor le decía que no lo hiciera: «No», le advertía, «no te acerques; una cosa que huele tan mal seguro que te mata».

Así pues, Danny no metió la mano. No tocó el agua. Y la parabólica desapareció.

Se echó encima del mármol, temblando y moqueando. Encontró el teléfono y se lo llevó al oído, pensando que tal vez, por un golpe de suerte, un milagro o un período de gracia como el que te daban antes de cortarte la línea por impago, Martha seguiría al otro lado. Pero no, la línea estaba muerta. Y no era uno de esos silencios con efecto túnel de cuando la llamada se corta pero la línea sigue abierta. Aquello habría sido música celestial en comparación con aquel sonido, que era la ausencia de cualquier sonido, y con aquel objeto que era solo lo que era, y que no conectaba con nada, con ninguna parte, con nadie.

Danny: ¡No, Dios mío, no! ¡No puede...! ¡No! Pero ¿qué...? ¡No! ¡No me j...!
¡Nooo!

Hizo las cosas inútiles que todo el mundo hace cuando no puede aceptar lo que le acaba de ocurrir: se puso en cuclillas, saltó, dio vueltas sobre sí mismo y se pegó puñetazos en la cabeza; pateó el césped con las botas y lanzó el teléfono contra los cipreses con un brazo de tirador que llevaba años sin ejercitar. Cada gesto era una respuesta a un determinado pensamiento que le pasaba por la mente: los 1500 dólares del depósito a la mierda, su calificación de crédito por los suelos, Martha Mueller fuera de su alcance, su teléfono de Nueva York desviando las llamadas a una línea muerta, su correo electrónico inaccesible, él mismo tirado en el culo del mundo y desconectado del flujo de comunicación que necesitaba como la mayoría de nosotros necesitamos movernos o respirar; y seguramente alguien se preguntará: pero ¿por qué esa necesidad?, ¿ni que fuera el director de la General Motors! Y es verdad: Danny no tenía demasiados frentes abiertos, ni perspectivas de futuro en el horizonte, pero ¿y las perspectivas que flotaban uno o dos centímetros *más allá* del horizonte? En esas pensaba, precisamente.

Danny se fue calmando poco a poco y al final se puso a buscar el teléfono. A medida que daba vueltas a tientos alrededor de los cipreses, pegándose enganchones en la chaqueta y provocando que pájaros rechonchos salieran graznando por los aires, Danny se fue convenciendo de que era vital recuperar aquel trozo de plástico. Como si se tratara de una reliquia. Solo para tenerlo. Y ahí estaba, por fin, encajado entre dos ramas. A Danny le dieron ganas de sollozar y no pudo resistir la tentación de llevarse el teléfono al oído una vez más.

Una voz dijo: Olvídalo, no hay cobertura.

Era Nora, la niñera. Había cruzado la abertura del seto de cipreses y se acercaba al estanque. Danny no estaba seguro de si se alegraba de ver a Nora en particular o si habría sentido lo mismo con cualquier otro ser humano. Se metió el teléfono en el bolsillo.

Nora: No quería asustarte.

¿Tengo cara de haberme asustado?

Pues sí.

La chica fue hacia el estanque y se sentó en el banco de mármol, frente a la cabeza de la Medusa. Danny la siguió, y ella le ofreció un Camel que él rechazó. Se sentía débil, pero era imposible que Nora se diera cuenta. Y que Nora no pudiera darse cuenta hizo que, al cabo de un par de minutos, Danny empezara a sentir que no era débil del todo; y sentir que no era débil del todo hizo que, al cabo de un par de minutos más, se sintiera más fuerte. Digo minutos, pero en realidad no fueron minutos sino segundos. O a lo mejor fue solo un segundo; sucedió tan rápido que Danny notó que de repente se sentía un poco mejor.

Nora: ¿Qué tal el jet lag?

Danny: Va y viene.

La chica dio una larga calada. Era una de esas personas que fuman como si estuvieran comiendo. Le habían dejado de temblar las manos; a lo mejor se había

tomado la medicación. O a lo mejor su medicación eran los cigarrillos. Llevaba pantalones de camuflaje, botas negras con cordones y una blusa blanca con volantes que dejaba entrever con bastante claridad sus pechos de tamaño mediano.

Danny: Debo decir que no pareces una niñera.

Nora: Sin ofender, ¿eh?, que soy Especialista en Cuidados Infantiles.

¿Eso es un máster?

Ella se rió: Un doctorado. Mi tesis iba sobre Mary Poppins.

Danny: ¿Sobre las implicaciones fálicas del paraguas? Danny no tenía ni idea de dónde sacaba aquellas cosas, simplemente le salían. Y tras hacer sonreír a Nora se sintió incluso un poco mejor de lo que ya se sentía, hasta el punto de que su estado mental rozaba ahora el nivel más bajo del bienestar.

Nora: Las implicaciones feministas de la cuidadora soltera.

Danny: Por poco me lo creo.

Pues ándate con ojo.

¿Por qué? ¿Eres una mentirosa?

La chica tiró el cigarrillo a medio fumar al estanque, donde flotó durante un instante antes de hundirse. Y entonces dijo: Porque no me gustan los hechos objetivos.

Danny: Pues a mí no me gustan los nombres. Ni los verbos. Y lo peor son los adjetivos.

Nora: No, lo peor son los adverbios. Dijo él alegremente. Pensó ella esperanzadamente.

Danny: Gimió ella vanamente.

Nora: Y él se marchó, corriendo rígidamente.

Danny: ¿Por eso estás aquí? ¿Para huir de los adverbios que te agobiaban en Nueva York?

¿Quién ha dicho que yo sea de Nueva York?

¿Ah, no lo eres?

Nora ladeó la cabeza. ¿Tenemos problemas de memoria a corto plazo?

Ah, es verdad, que no te gustaban los hechos objetivos.

Nora: En cualquier caso, es imposible huir de los adverbios. Son omnipresentes.

Danny: Confesó ella ansiosamente.

Nora: Los llevamos dentro de la cabeza.

Exclamó ella desesperadamente.

Nora: Espero que no escribas así.

Danny: Escribo como el culo.

Nora: Pues yo soy una escritora excelente.

Dijo ella engreídamente.

Nora: Engreídamente no, objetivamente.

Danny: O sea que con tal de vacilarme haces una excepción.

Nora se encendió otro cigarrillo. Danny tuvo la sensación de que había ganado.

La conversación, el vacileo, o como se le quiera llamar a lo que estaba haciendo con Nora: para Danny fue como una inyección de alegría. Se sentía unido a ella, de modo que sus problemas parecían ser también los problemas de Nora, lo cual quería decir que si a ella no le daba un ataque porque su antena parabólica acababa de hundirse en un estanque lleno de agua putrefacta, a lo mejor era que tampoco había para tanto. A lo mejor ni siquiera había sucedido. Danny no lo pensó con todas sus letras, simplemente se sintió mejor, hasta el punto de que si antes había alcanzado el nivel uno de felicidad, de pronto pasó al nivel tres. Y como hacía un momento se había sentido tan mal (de puta pena, en realidad), pasar del nivel uno de felicidad al tres fue como montarse en uno de esos ascensores que se saltan un montón de plantas al subir y te comprimen el estómago contra los pulmones.

Danny: Bueno, ¿te gusta trabajar para Howard?

Howard es un genio.

Dijo ella... ¿irónicamente?

Howard está más allá de la ironía. Esa es una de las cosas increíbles que tiene.

Estás bromeando, ¿verdad?

Nora: Yo nunca bromearía sobre Howard. Sinceramente.

Danny se la quedó mirando con incredulidad. ¿En serio te tragas toda esa mierda sobre la imaginación y el Estanque de la Imaginación?

¿Qué te ha contado?

Danny: Lo suficiente para darme cuenta de que es una idea pésima. ¡Que no piensa poner teléfonos, dice! No me jodas, hombre.

Nora miró fijamente a Danny, tal vez por primera vez. ¿Siempre le has tenido celos?

Danny se quedó mudo.

Que conste que no te lo reprocho.

Danny: Eh, eh, un momento. Para el carro, ¿quieres? De pronto le costaba hablar. Me..., me gustaría que lo hubieras conocido cuando íbamos al instituto.

Nora: ¿Al instituto? Joder, eso para vosotros fue hace una eternidad, ¿no?

A Danny le dieron ganas de mandarla a la mierda. Sin embargo, en vez de hacer eso, respiró hondo. Pero ¿esto qué es, una especie de secta? ¿Howard es vuestro gurú o algo así?

Vete a la mierda.

Eso iba a decirte yo a ti hace un momento, pero me he contenido.

Vive peligrosamente, Danny.

Danny: Vete a la mierda.

Así me gusta.

¿Esto es una pelea? ¿Estamos peleándonos?

Nora: No, no podemos. No nos conocemos.

Entonces, ¿cómo definirías tú esta conversación?

Nora se levantó. Es una muestra del abismo que nos separa.

Danny: No hay ningún abismo. Casi somos la misma persona.

Ahora estás asustándome.

Es como si te conociera de toda la vida.

Nora: Sé a qué te refieres, pero es una ilusión.

La chica se acercó a los cipreses, como si quisiera marcharse, y Danny notó un pinchazo en el estómago, como si se acabara de tragar una grapa. No quería quedarse solo.

Danny: ¿Es una ilusión, dijo ella coquetamente?

Nora: Dijo ella francamente.

Y un huevo. Siniestramente.

Eres un paranoico. Indiferentemente.

Danny: ¿Fríamente?

No, fríamente no.

Vale, pero tampoco calurosamente.

Nora: Comprensivamente, exactamente.

¿Realmente?

Nora: Me tengo que ir. Y se fue.

Cinco minutos después de que Nora se marchara, el sol también desapareció. Se puso detrás de los árboles y al instante el estanque y todo lo que lo rodeaba adquirió un aspecto sombrío. Fue una transformación brutal, como si se hubiera producido un eclipse. No cambió únicamente la luz, sino también el ambiente: se volvió lúgubre. No solo porque de repente las sombras lo cubrieron todo, ni porque el óvalo de cielo pareció volverse más pequeño y lejano, ni porque el estanque se tornó aún más negro y los insectos se callaron de golpe y Danny dejó de notar la calidez del sol en la piel y en el pelo, sino por la atmósfera del lugar, que de repente se volvió... lúgubre. Danny se sentó en el banco donde hacía un momento había estado Nora, apoyó los codos en las rodillas y la barbilla en los puños, y levantó la mirada. La torre del homenaje asomaba por encima de los árboles, manchada por el sol anaranjado. Danny deseó estar allí arriba, mirando hacia abajo desde un lugar luminoso.

Y en una de las ventanas... ¿era posible? Danny se enderezó y se frotó los ojos, le parecía que acababa de ver otra vez a la chica. ¡Sí, allí estaba! Apenas lograba distinguirla desde la distancia, pero era ella, el sol le daba en la cara y hacía que le brillase el pelo rubio. En esas se apartó de la ventana.

El jet lag le estaba afectando, o al menos eso fue lo que pensó Danny para sus adentros. Pero no se trataba solo del jet lag, también era que en cuestión de media hora había perdido:

1. Su antena parabólica.
2. A su novia.
3. Su vínculo con el mundo más allá del castillo.
4. Su nivel tres de felicidad.

5. Su conexión con Nora.
6. La posibilidad de sentirse como en casa en aquel lugar tan raro.
7. Su calificación de crédito.
8. El sol.

Por todo ello, Danny se sentía como si acabaran de cortarles las piernas, hasta el punto de que ni siquiera tenía ánimo para seguir sentado en un banco sin respaldo, o simplemente para seguir sentado. Se tendió boca abajo en el suelo de mármol, con la cabeza encima de los brazos y la vista fija en el agua. Donde no había espumarajos, se veía una copia oscura y mojada de los árboles y del cielo. Los insectos pasaban zumbando, con sus patas peludas. Se quedó allí empanado, dejándose arrastrar hacia una siestecita, cuando de pronto el estanque se onduló como si hubiera caído algo dentro, y Danny atisbó el reflejo de un movimiento en el agua. Se quedó como estaba, esperando a que lo que fuera que había entrevisto se mostrase sin que él tuviera que moverse, pero al ver que no salía nada a saludarlo se incorporó. Miró al otro lado del estanque, donde se había producido el movimiento, junto a la cabeza de la Medusa, pero allí no había nadie. Nada. Danny recorrió con la mirada el seto de cipreses por si había alguien escondido detrás, o dentro, y en cuanto dejó de mirar volvió a suceder: un movimiento repentino al otro lado del estanque. Y a continuación el agua se movió como si algo de grandes dimensiones hubiera caído dentro o estuviera subiendo desde las profundidades.

«¿Qué coño está pasando aquí?».

En algún lugar de las entrañas de Danny, la anaconda se desperezó. ¿Quién le estaba tomando el pelo? Se puso en pie y, lentamente, dio una vuelta de trescientos sesenta grados mientras observaba el seto circular de cipreses negros y, sobre todo, aguzaba el oído, atento a cualquier crujido, chasquido o paso. Se había levantado algo de viento, las hojas secas crepitaban sobre el mármol y caían al estanque, donde por un instante se quedaban suspendidas encima de la espuma antes de hundirse. Pero no se oía ningún sonido humano.

Entonces, mientras sus ojos apuntaban hacia la cabeza de la Medusa, aunque sin mirarla directamente, Danny lo vio otra vez, por el rabillo del ojo: dos figuras que podían ser personas o sombras de personas, junto al borde del estanque. Al principio estaban separadas, pero de pronto se juntaron. O a lo mejor una de las dos había desaparecido. No eran personas reales; se trataba de un espejismo, o de una ilusión óptica, como las estelas que dejaban sus dedos en el aire cuando empezaba a subirle el éxtasis.

Danny rodeó el estanque hasta llegar junto a la cabeza de la Medusa y aguzó el oído, pero ya sabía que nadie le estaba tomando el pelo. Se lo estaba tomando él a sí mismo. A Danny siempre le había flipado lo mucho que la falta de sueño se parecía a ir colocado, con la gran diferencia de que el cansancio nunca resultaba divertido. Danny estaba hecho mierda, le fallaban las rodillas y sudaba pero al mismo tiempo

tenía frío. Y había algo más: un hormigueo en los brazos, la nuca y el cuero cabelludo; Danny notaba como se le erizaba el pelo. En las calles de Nueva York, cuando notaba aquel hormigueo, Danny se agachaba o se apoyaba en una pared y abría el portátil, porque nueve de cada diez veces (no, diecinueve de cada veinte, noventa y nueve de cada cien) significaba que había una conexión wifi disponible. Era como una conciencia que flotaba en el ambiente, preñada de posibilidades. Y aquello, ni más ni menos, era lo que Danny sentía ahora. Con mucho cuidado, para no alterar el ambiente ni perder la cobertura, se sacó el móvil del bolsillo. Marcó el número de Martha mientras mentalmente decía unas palabras como una especie de plegaria. Para Danny, en aquel momento el mundo se parecía a un miembro fantasma: le picaba y le escocía, como si quisiera reunirse de nuevo con él. Pero el teléfono tan solo buscaba la señal. Buscaba y buscaba, y Danny esperaba, pensando que esa búsqueda a lo mejor se traduciría en algo (y deseando que así fuera), que a lo mejor se abriría una brecha en aquel vacío. Esperó, contemplando el teléfono, hasta que su esperanza se desvaneció. Danny volvió a experimentar la pérdida, pero esta vez sin el alivio de los gritos y las patadas; tan solo con la sensación de querer algo tan intensamente que no entiendes cómo la fuerza de tu deseo no hace que se materialice y regrese a ti.

La muerte es eso, pensó Danny: querer hablar con alguien y no poder hacerlo.

Volvió a guardarse el teléfono. Se frotó la cara y los ojos, y se pasó las manos por el pelo. Quería alejarse de allí, del estanque oscuro, del hormigueo y de todo lo demás.

Danny atravesó el seto de cipreses y volvió al jardín, que se cerró sobre él como un párpado. Ahí debajo parecía de noche; tropezó con una raíz y a punto estuvo de caerse. Esperó a que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad y siguió adelante, aunque no en dirección al castillo. Se dirigía a la torre del homenaje.

Cuando estuvo cerca, Danny volvió a ver a la chica. Faltaba ya poco para la puesta de sol, y la luz que iluminaba la parte superior de la alta torre de piedra había adquirido un tono rosado. La vio en una de las ventanas puntiagudas. Era guapísima, como cualquier rubia si la miras desde una distancia suficiente.

Así era la baronesa a quince metros.

Al verla más de cerca, Danny se dio cuenta de que la chica no era una chica, sino una mujer. Eso no quería decir alguien de la edad de Danny (esas eran chicas), sino alguien que se parecía a las madres de sus amigos cuando él era un niño (en otras palabras, alguien de su edad). Llevaba un vestido verde mar sin mangas y tenía los brazos largos, pálidos, y los hombros algo caídos, y una melena rubia que se mecía como si acabara de salir de la peluquería. Y lo saludaba, eso era lo mejor de todo. Lo estaba invitando a entrar.

Así era la baronesa a diez metros.

No estaba claro cómo se entraba en la torre. No había ninguna puerta en la parte inferior, tan solo una estrecha escalera de piedra que daba la vuelta al edificio, sin barandilla. En cuanto Danny superó la altura de los árboles, el viento empezó a soplar con más fuerza. Sucedió muy deprisa, como un avión que disparase oculto entre las nubes. Y ahí estaba la puesta de sol, vaporosa y rosada, sobre el horizonte.

La escalera rodeó la torre un rato más, hasta que por fin Danny llegó a una puerta tallada que se abría a un espacio oscuro con dos tramos de escaleras angostas, uno que subía y otro que bajaba. Olía a polvo y a aguas estancadas. Justo enfrente había otra puerta, gruesa y pesada, que parecía llevar allí unos cuantos siglos. Danny la abrió y se encontró en una sala cuadrada, llena de pesadas cortinas, velas encendidas y mucho color dorado; había dorados por todas partes, tantos que aquello recordaba a la cámara de algún rey de cuento. A Danny lo embargó tal emoción que estuvo a punto de caerse de culo al suelo.

Había cuatro ventanas, una en el centro de cada pared. La mujer estaba delante de una de ellas, subida a una silla. La luz de la puesta de sol formaba un halo a su alrededor que hacía difícil verla, pero a Danny le dio la impresión de que era más vieja de lo que pensaba: parte de lo que había tomado por sus rasgos era en realidad maquillaje dispuesto según la forma que estos deberían haber tenido y que a lo mejor tenían hacía mucho tiempo, cuando aún contaba alguna de las edades que Danny le había echado desde el exterior.

Esta ventana está dándome problemas, dijo la mujer. Tenía voz de hombre, un hombre que fumaba demasiado, gritaba mucho y provenía de un país que a lo mejor

era Alemania, aunque los acentos nunca habían sido el fuerte de Danny.

Así era la baronesa a cinco metros.

La mujer envejecía a cada paso que daba Danny: el pelo rubio se le encaneció, fue como si la piel se le licuara y el vestido se le abombó e hinchó; parecía la secuencia fotográfica de una flor marchitándose. Para cuando llegó a su lado, no podía creer que la mujer aún se tuviera en pie. Pero sí, ahí estaba, con tacones altos y peleándose con la barra de la cortina.

Así era la baronesa a medio metro.

Danny: ¡Eh, tenga cuidado! Si se abría la ventana, se caería al suelo como un jarrón.

Baronesa (riendo): Soy más fuerte de lo que piensa. Es usted muy alto, no creo que necesite la silla para arreglarlo.

Danny la ayudó a bajar. El tacto de su mano lo hizo temblar: ramitas y alambres bajo la piel más suave que había tocado jamás: suave como las orejas de un conejo, o la barriga de un conejo, o alguna otra parte aún más suave de un conejo. La mujer tenía unos vitriólicos ojos negros y unos labios carnosos impropios de una anciana, la frente alta y un hoyuelo en la barbilla, y conservaba vestigios de un rubio desvaído en la espesa cabellera blanca. Se movía de forma brusca, impaciente, como si estuviera quitándose de encima a una persona de la que estaba harta. Al final resultó que llevaba manga larga, así que la única parte de sus brazos que Danny podía ver eran aquellas manos.

Efectivamente, no necesitaba la silla. Echó un vistazo a la barra de la cortina y observó que las escuadras que la sostenían apenas estaban unidas a la pared por unos tornillos viejos que bailaban dentro de sus agujeros. Danny era un manazas para el bricolaje, pero aquello podía arreglarlo incluso él.

Danny: ¿Tiene un destornillador? ¿Y un martillo?

Baronesa: Por supuesto que no. Debería usted haber traído las herramientas necesarias.

Danny se volvió hacia ella. «Pero ¿qué coño dice?», estuvo a punto de soltarle.

Baronesa: ¿Qué clase de operario va por el mundo sin herramientas?

Danny le sacaba treinta centímetros como mínimo. Se irguió y bajó la mirada. La mujer se la devolvió y le clavó sus ojos como si fueran dardos.

Danny: ¿Acaso me ve usted cara de operario?

Baronesa: Para mí todo el mundo tiene cara de operario. Y se rió, soltó una de esas risas cargadas que podían terminar tanto en carcajada como en ataque de tos. Danny lo pilló enseguida: se estaba interpretando a sí misma. Era un personaje. A Danny le gustaban ese tipo de personas porque prácticamente te decían cómo querían que reaccionaras, y a esas personas les gustaba Danny porque siempre se adelantaba y reaccionaba como tenía que hacerlo.

Danny: Si existe el contrario de un operario, ese soy yo.

La baronesa le tendió aquella mano huesuda y delicada. Danny se puso nervioso

por tener que tocarla otra vez. No se la estrechó, simplemente la *sostuvo durante un segundo*, como si fuera un frágil animalillo que hubiese encontrado ya casi sin vida. Se preguntó si tendría la piel igual de suave en todas partes. Aquella idea le dio un poco de repelús.

Baronesa: Soy la baronesa von Ausbinker. Este castillo es mío, lo mismo que todas las tierras hasta donde alcanza la vista. Miró por la ventana hacia aquella puesta de sol que se extendía sobre kilómetros y kilómetros de árboles negros.

Danny: ¿El pueblo también? Le seguía la corriente.

El pueblo también, por supuesto. El pueblo y el castillo llevan cientos de años compartiendo la misma suerte. ¿Su nombre?

Danny: Danny King. Soy primo de Howard King, al que por algún motivo se le ha metido entre ceja y ceja que el castillo es suyo.

Bueno, pagó por él y ahora vive en mi casa. Los americanos son así.

Danny: ¿Qué sabe usted de eso?

La baronesa entornó los ojos. Estuve cuarenta y tres años casada con uno: Al Chandler —graznó el nombre de tal forma que le entró un ataque de tos, y de tanto toser empezó a ahogarse—; era un estupendo golfista.

Al Chandler, Al Chandler... Danny repitió el nombre en voz baja, como si intentara ubicarlo, pero era pura pantomima: sabía al instante si ya había oído un nombre antes. Y nunca había oído hablar de ningún Al Chandler.

Toda esta conversación se desarrollaba junto a la ventana. Danny veía las aristas de los edificios del castillo que quedaban a mano izquierda; en las ventanas ya habían empezado a encenderse las luces.

Danny: ¿Y Al Chandler y usted vivían en Estados Unidos?

Ya lo creo. A intervalos durante esos cuarenta y tres años, mientras mi marido estuvo vivo. Mis hijos aún viven allí: en Tucson, Gainesville y Atlanta. Son más americanos que usted, en verano llevan bermudas. Nunca verá a un hombre europeo en bermudas, ¡jamás! Un hombre enseñando las piernas en público de esa manera es algo... deprimentemente proletario.

Danny: Pues yo he visto a muchos europeos en bermudas.

Evidentemente, no eran hombres de verdad.

¿Y eso qué demonios quiere decir?

La baronesa sonrió. Siéntese, por favor, y señaló con un dedo un par de butacas mullidas que había en un rincón, junto a una chimenea que ocupaba gran parte de la salita. En su interior ardían dos leños. Danny se sentó y de pronto lo envolvieron una nube de polvo y un olor corporal revenido. La baronesa se inclinó hacia delante, apoyando los codos en sus puntiagudas rodillas, y clavó los ojos en la cara de Danny. Usted es homosexual, dijo.

¿Ah, sí?

Lleva maquillaje.

Ah, no, qué va. Danny se rió. Es solo un tema de estilo.

¿Y la gente no cree que es usted homosexual por llevar maquillaje?

Supongo que la habrá que sí.

Un hombre normal no lo toleraría.

¿Un hombre normal como por ejemplo Al Chandler? Por algún motivo le gustaba decir aquel nombre.

A Al no le gustaban los homosexuales, pero lo disimulaba muy bien. Era todo un caballero. Aunque dudo que usted sepa qué significa eso.

Tiene razón, no tengo ni idea.

En Estados Unidos no existen.

En realidad, creo que los homosexuales son los únicos caballeros que hay en Estados Unidos.

La baronesa sonrió, y sus atractivos labios se separaron de una forma que, de joven, debía de haber desarmado a cualquiera. Danny tuvo un estremecimiento, porque imaginárselo era en cierto modo lo mismo que verlo.

Baronesa: Está usted muy seguro de sí mismo; debe de ser un hombre de éxito.

Estoy trabajando en ello.

Vaya. En ese caso a lo mejor lo que pasa es que es un imbécil.

Usted y mi padre tendrían muchas cosas de que hablar.

Lo dudo.

Danny echó un vistazo a su reloj. Continuaba sintiendo que debía marcharse de allí, pero entonces se acordaba de que no tenía ningún lugar al que ir excepto el castillo, y se sentía como si le hubieran pegado una patada en el culo. De ahí que para él fuera un alivio tener a aquella vieja dama sentada a su lado. Estaba muy derecha, con la espalda recta como una tabla, y lo observaba.

Danny: ¿Qué quiere decir con eso de que el castillo es suyo?

Quiero decir que nací aquí. Conozco cada armario, cada cajón y cada piedra, cada pasillo y cada puerta. Quiero decir que antes de mí hubo ochenta generaciones de von Ausbinker, cuya sangre corre ahora por mis venas, y que ellos construyeron este castillo, y vivieron, lucharon y murieron en él. Sus cuerpos se han convertido en polvo, forman parte del suelo y de los árboles e incluso del aire que respiramos en estos momentos, y yo soy todas esas personas. Están dentro de mí. *Son yo*. No existe ninguna separación entre nosotros.

Danny: ¿Nació aquí, entonces?

Eso es lo que acabo de decir, ¿no?

Sí, sí, es solo que... Le sorprendía que Howard no hubiera mencionado aquel detalle. Eso significa que sabe el aspecto que tenía todo esto... antes.

No era la ruina que es hoy, se lo aseguro. Era precioso. Era perfecto.

Y al final, después de tantos años, regresó.

Naturalmente que regresé. Era lo lógico después de que falleciera Al Chandler.

O sea que... ¿un buen día apareció aquí, sin más?

Con un grupo de obreros, sí. El castillo estaba abandonado. Me gasté una fortuna para instalarme aquí. Unos años más tarde llegaron los alemanes para montar su hotel y me invitaron a marcharme. Les dije que no me marcharía jamás. Yo soy este lugar. Soy todas y cada una de las personas que han vivido aquí durante los últimos novecientos años. Los títulos de propiedad ya pueden decir misa. Es así, y punto.

La idea arraigó en Danny: todas aquellas generaciones. A veces le costaba creer que una misma secuencia de días pudiera conectar su primer día en Nueva York con el momento presente, que todos esos años pudieran haber transcurrido siguiendo un hilo tan fino, día a día a día. Y pensar que todo ese tiempo no era nada en comparación con el tiempo al que se refería la baronesa. ¡Siglos! Se mareó solo de pensarlo.

Danny: ¿Y qué hicieron los alemanes?

Pues intentar echarme, por supuesto. Me enviaron citaciones judiciales y otras tonterías por el estilo, llamaron a la policía. Al final me negué a dejarlos entrar, temía que me llevaran a rastras al bosque y me cortaran el cuello. Pero hablaba con ellos desde la ventana, esa de ahí.

Se levantó de la butaca, tambaleándose, y Danny la siguió hasta otra ventana. La baronesa alzó el pestillo y la abrió.

Mire afuera, dijo, y Danny se asomó. La incandescente puesta de sol había dejado una mancha anaranjada en el horizonte. El jardín parecía un océano negro agitándose a los pies de la torre. En el ambiente flotaba un olor dulzón a podrido, que se mezclaba con el frescor que el viento traía desde alguna parte. Junto a la ventana había una cuerda blanca atada a un gancho; descendía a lo largo de la fachada de la torre hasta perderse entre los árboles.

Danny (volviéndose): ¿Para qué es esa cuerda?

Baronesa: Está unida a una cesta. La gente del pueblo me trae comida y otras cosas que necesito. Los más viejos del lugar aún recuerdan a mi familia. Les dejo en la cesta una nota con el recado y ellos me lo traen.

Cuando volvió a meterse en la salita, Danny se sentía como si acabara de lavarse la cara. Entonces, ¿hablaba usted con los alemanes desde aquí arriba?

Baronesa: Ellos se reunían debajo de esos árboles. Y yo les decía —la baronesa se asomó por la ventana, primero la cabeza y luego el torso entero, y antes de que Danny se diera cuenta ya estaba graznándole a la noche—: «Aún soy una baronesa. Puede que para ustedes no signifique nada, pero es la verdad. El título es de verdad. Ha sobrevivido a cientos de años de historia».

La baronesa ya ni siquiera tocaba con los pies en el suelo: tenía las piernas dobladas de tanto gritar y los zapatos le colgaban de los talones huesudos. Danny se le acercó, preparado para agarrarla por las caderas en caso de que se balanceara hacia delante.

Baronesa (con voz ronca): Les decía: «No están tratando con una anciana, sino

con todas las personas que me han convertido en quien soy: reyes y condes, Carlomagno y Guillermo el Conquistador, el rey Fernando y Luis XIV.» —Se volvió hacia Danny y este retrocedió de un salto, pues no quería que la mujer se percatara de lo cerca que estaba de ella—. Naturalmente, todo esto no significa nada para usted. En Estados Unidos la sangre noble no existe, son todos mestizos. Lo más antiguo que guardan en el armario de casa es una raqueta de tenis de 1955; yo, en cambio, tengo un sarcófago del siglo XIII en el sótano. Un europeo sí entiende estas cosas. Lo único que yo quería era que comprendieran que los superaba en rango.

Danny era incapaz de borrar la sonrisa de su cara. No solo porque la baronesa era una excéntrica y a él le encantaban los excéntricos, sino también porque las cosas que le estaba contando tenían un efecto sobre él, le llenaban la cabeza de reyes, caballeros y tipos luchando a caballo. Danny siempre había pensado que todo eso era mentira, que solo existía en los libros y en los juegos, y de pronto se encontraba ante una mujer que estaba ligada a aquellas historias por una fina cadena de años, días, horas y minutos. Aquello le provocaba una excitación parecida al hambre. Era algo físico. Necesitaba saber más cosas, tenía que conseguir que la mujer siguiera hablando.

¿Y qué hacían los alemanes mientras usted les gritaba? ¿Quedarse de brazos cruzados?

La baronesa regresó a la sala. Tenía las venas del cuello hinchadas. Una dama no grita nunca. Les dije lo que pensaba con voz clara y serena.

Danny: ¿Y dio resultado?

Bah. Empezaron sus ridículas obras de restauración con la esperanza de que me muriera antes de terminar. Pero duré más que ellos. La baronesa volvió a soltar una de sus risas cargadas; sonaba tan profunda que parecía salir no de su interior sino de más abajo, de la propia torre. La mujer volvió junto a la chimenea y se sentó. Temblaba, agotada de tanto gritar. Danny se quedó de pie junto a su butaca.

Danny: Me parece increíble que no entraran y se la llevaran.

¿Que se me llevaran? El rostro de la baronesa se retorció en un gesto escandalizado y furioso, hasta el punto de que Danny se preguntó si no le habría dado un ataque. Volvió a ponerse en pie, tambaleándose. Tenía la garganta irritada de tanto gritar por la ventana, de modo que le dijo con voz áspera: La torre del homenaje es la parte más alta y robusta del castillo, donde se refugiaban todos cuando caían las murallas. Esta torre no se ha rendido en novecientos años, ¿y va usted y pregunta por qué no «se me llevaron»?

Danny: Vale, vale.

Si hubieran sido lo bastante estúpidos como para intentarlo, les habría echado aceite hirviendo por encima mientras subían por las escaleras. Siempre tengo una tina a mano, por si acaso. Y también sé cómo se prepara el fuego griego, que quema y mutila todo lo que toca. Los historiadores aún discuten sobre la composición del fuego griego, pero yo tengo una receta que me dio mi padre, que a su vez la recibió de su trastatarabuelo, al que se la dio su tío abuelo. Y así sucesivamente.

Ya pilló el concepto.

Y también tengo armas, eso no hace falta ni decirlo: espadas, un arco, una ballesta, incluso un gato, que es lo que los legos llaman un ariete. Y revólveres, naturalmente. Ya puede ir y contárselo a su primo.

¿Mi primo?, preguntó Danny, descolocado: se había olvidado de Howard por completo. Entonces se hizo el longuis. ¿También él quiere echarla?

Digo yo, ¿no? La mujer esbozó una sonrisa astuta. Pero su primo es más listo que los alemanes esos. Sabe que puedo serle útil. La baronesa volvió a sentarse en la butaca.

Danny: ¿Útil? ¿Cómo?

Para empezar, las mazmorras originales del castillo están debajo de la torre. Hay una sala entera llena de instrumentos de tortura, ¡imagínese si pudiera enseñárselos a los turistas! Pero no tiene ni idea de cómo encontrarla. Y hay mil cosas más: túneles, pasillos, una ciudad entera debajo del castillo y de sus aledaños, cosas que su primo no encontraría ni aunque se pasara cien años buscando. Si yo me fuera, lo perdería todo: generaciones de conocimientos, secretos, todo; y no tendría posibilidad de recuperarlo.

Le había cambiado la voz. De pronto era más sonora, como si se dirigiera a otra persona. Hablaba con Howard, no con Danny. De pronto este tuvo la sensación de que su primo estaba en la sala, apoyado en la oscura pared, junto a los viejos cuadros y a los muebles cubiertos con sábanas.

Danny: Parece que usted y Howard tendrán que negociar.

Creía que a eso había venido usted.

¿Yo? Qué va. Yo solo... pasaba por ahí cuando usted...

Pero Danny comenzaba a tener dudas. ¿Por qué había ido a la torre?

La baronesa se inclinó hacia delante y acercó la cara a pocos centímetros de la suya. Se balanceaba sobre los talones. A Danny le daba pavor tener que olerle el aliento, pero resultó que despedía un olor seco y algo dulzón.

Baronesa: Su primo y yo no tenemos nada que negociar. Tengo todas las cartas. Dígaselo si quiere.

Y le dirigió una sonrisa; aquella vieja bruja, sola y desvalida, tenía que estar chiflada si creía que podría manejar un ariete sin la ayuda de nadie. Se mirara como se mirara, estaba en una situación de debilidad, pero ella se creía fuerte, y eso, en cierto modo, hacía que lo fuera. Aquello asombró a Danny; no lo había visto nunca.

Danny: Pero seguro que usted quiere algo. Como todo el mundo.

Nada que su primo pueda proporcionarme. Si no, ya se lo habría exigido, puede estar seguro de ello. Y ahora, ¿qué le parece si aparcamos el trabajo y nos tomamos una copa de vino?

Sí, cómo no. Danny se lo estaba pasando en grande por primera vez en mucho tiempo.

Se ofreció a ayudar a la baronesa con el vino, pero ella se lo quitó de encima.

Danny oyó el repiqueteo de sus tacones de aguja sobre las escaleras de piedra. Entretanto echó un leño al fuego y esperó. En su mente estaba tomando cuerpo una cierta idea sobre Howard y la baronesa, pero tardó un momento en reconocerla. Y finalmente lo entendió: ¿era posible que su tarea, el motivo por el que Howard lo había llevado hasta allí, consistiera en echar a la baronesa? En cuanto se formuló la pregunta, Danny estuvo seguro de que la respuesta era que sí.

La campana de la cena debía de haber sonado ya, pero no la había oído. Fuera había oscurecido. La baronesa tardaba una eternidad. A Danny se le ocurrió que a lo mejor no volvería, pero que ni siquiera eso resultaría particularmente extraño.

Se levantó de la butaca, inquieto, y empezó a fisgonear por debajo de las sábanas que cubrían los muebles y por los rincones de la sala. Encontró un viejo clavicémbalo. Un mueble voluminoso con un centenar de cajones de marfil. Un espejo con reborde dorado. Un cuadro que no lograba ver bien del todo. Danny se sacó la linterna del bolsillo e iluminó el lienzo: un niño y una niña, la piel pálida, los ojos marrones, con unas caras tan semejantes que parecían el mismo niño con dos uniformes distintos. El pelo oscuro y rizado alrededor de las orejas. El niño estaba apoyado en un árbol, vestido con unos pantalones cortos y una chaqueta de terciopelo morado, y la niña estaba a su lado, con un vestido hecho del mismo terciopelo. Tenía un brazo alrededor del cuello del niño. La baronesa regresó y se detuvo junto a Danny, resollando.

Baronesa: Al principio pensamos que se habían escapado, pero un día drenaron el estanque y los encontraron en el fondo. Abrazados, según cuenta la historia.

A Danny todo aquello le sonaba, pero ¿de dónde? Entonces se acordó: los gemelos que se habían ahogado en el estanque. «Pensamos», había dicho la baronesa. Se volvió hacia ella y vio que su boca era idéntica a la de los gemelos: unos labios carnosos que resultaban tan sorprendentes en la pequeña cara de los dos niños como en la de la anciana. Tenía que ser su hermana.

Danny: ¿Eran mayores que usted?

Baronesa: Me llevaban cuatro años. Parecía cansada. Aquella mujer era una luchadora, pensó Danny, pero cuando no tenía nada contra lo que luchar, se quedaba sin fuerzas.

Danny volvió a mirar el cuadro. No resultaba fácil precisar las posiciones exactas de los niños: era como si se fueran moviendo despacio; demasiado despacio para apreciarlo a simple vista, pero lo suficiente para que, cuando Danny volvía a enfocarlos con la linterna, hubieran cambiado de sitio.

Baronesa: Venga, le he servido vino. Encima de la mesa esmaltada que había frente a la chimenea vio una botella que parecía desenterrada de una tumba. De la bodega de mi padre, dijo la baronesa. Está intacta, tal como la dejamos, y yo soy la única que sabe dónde está.

Transmitiré esa información.

Sí, hágalo, respondió la anciana, y se rió.

Danny también se rió, pero de la botella. ¡Un Borgoña de 1898! No era ningún experto en vinos, pero tenía suficiente experiencia como para saber que un Borgoña de 1898 sería más o menos como un bistec de 1960. No estaría podrido, sería demasiado tarde para eso; más bien no habría rastro de él.

Y, no obstante, en su copa había algo parecido al vino. Danny la sostuvo y olió: moho, madera húmeda. El cristal era delgado, soplado a mano, y había burbujitas de colores en la base de la copa. Danny tomó un sorbo. Tenía un sabor rarísimo: un tufo a putrefacción con un toque dulce, fresco, que la descomposición había dejado intacto. Apuró la copa a toda velocidad, intentando disfrutar de aquel frescor antes de que la podredumbre lo aniquilara, y al instante estaba sirviéndose más, y también a la baronesa. Volvió a beber, temeroso de que aquella esencia hubiera desaparecido, pero allí seguía. Danny tuvo que hacer un esfuerzo para no atragantarse.

Danny: Entonces, ¿alguien atacó alguna vez la torre? Con armas, quiero decir...

Baronesa: Sí, desde luego, muchas veces. El ataque más espectacular fue el de los tártaros; los historiadores sostienen que nunca cruzaron el Vístula, pero no es cierto. Un grupo de tártaros rodeó nuestro castillo con sus caballos blancos, y sus zapadores derribaron la muralla este con un fuego subterráneo, y entonces nosotros, mientras ellos atravesaban el muro, nos pertrechamos aquí con provisiones suficientes para ocho meses. Batiste von Hagedorn, un antepasado mío, trajo a un grupo de caballeros de una guarnición secreta a través de un túnel subterráneo que conducía al interior del castillo, cortó las líneas de aprovisionamiento de los tártaros y los atrapó. Cayeron en tan solo veinticuatro días.

Miró a Danny con un brillo en los ojos. La botella de vino estaba vacía, se la habían bebido entera. La baronesa se reclinó en su mullida butaca, con el pelo claro esparcido sobre la tapicería de terciopelo. Por eso me siento tan segura dentro de mi torre, ¿comprende?

Comprendo. Y lo comprendía de veras: la baronesa era como un campo magnético que doblaba sus pensamientos a voluntad.

El vino no se le subió a la cabeza hasta que se levantó. Se sentía extraño. Y nótese que aquí tengo un problema, porque no paro de repetir que «Danny se sentía extraño». Y, en efecto, «Danny se sentía extraño», pero ¿en qué se diferenciaba esta extrañeza de todas las demás formas de extrañeza que había experimentado hasta entonces? Pues en que hasta entonces «extraño» significaba lo contrario de sentirse «bien, relajado», mientras que ahora se sentía «bien, relajado». En fin, que Danny se sentía bien, relajado, pero también adormilado. O por lo menos no del todo despierto. La cabeza se le había despegado del cuerpo, que ya se había levantado de la butaca y seguía a la baronesa hacia la puerta.

Danny: ¿Adónde vamos? Oyó su propia voz, pero no fue consciente de haber pronunciado aquellas palabras.

Baronesa: Me ha dicho que quería ver la azotea, ¿no es cierto?

Danny quería ver la azotea desde que la había divisado la primera noche desde lo

alto de la muralla del castillo, pero ¿se lo había dicho a la baronesa? Cruzó la gruesa puerta tras ella. La anciana empezó a subir por el estrecho tramo de escaleras que Danny había visto nada más entrar en la torre, y él la siguió. Cruzaron una puerta tras otra, hasta que Danny tuvo la sensación de que ya habían superado la altura de la propia torre. Cuanto más subían, más estrechas eran las escaleras, tanto que a partir de cierto momento los hombros de Danny comenzaron a rozar las paredes de ambos lados. Finalmente tuvo que ponerse de lado para seguir subiendo; aquello era como escurrirse entre el músculo y la piel. La baronesa se detenía a menudo para recobrar el aliento, y Danny oía el estertor procedente de las húmedas cavidades de su pecho.

Finalmente atravesaron una trampilla y salieron a la azotea de la torre: una plataforma de piedra más o menos del mismo tamaño y la misma forma que la sala donde habían estado hacía un rato. Alrededor de la plataforma estaban las muescas cuadradas que Danny había visto en lo alto de las murallas del castillo. Aparte de eso no había más que cielo, un cielo gigante plagado de más estrellas de las que hubiera visto jamás: salpicones confusos, un vertedero. Casi era obsceno.

Danny contempló el cielo. En esas se dio cuenta de que llevaba algo en el bolsillo y lo sacó. Era el teléfono. Se le había olvidado. Se quedó mirándolo, alucinado de que alguna vez hubiera podido pulsar aquellos botones y hablar con personas que se encontraban en países a miles de kilómetros de distancia. Parecía un milagro, como llamar a una de aquellas estrellas y que te contestara una voz.

Danny sostuvo el teléfono y supo que todo aquello se había terminado. Ahora estaba en otro sitio.

Arrojó el teléfono con tanta fuerza que le crujieron el hombro y el codo. Salió proyectado hacia la oscuridad. Ni siquiera lo oyó aterrizar.

Baronesa: ¿Ha pedido un deseo?

Estaba en el otro extremo de la torre, observándolo. Tenía la misma voz de antes, ronca y varonil, pero cuando Danny se volvió a mirarla, la baronesa se había quitado treinta años de encima, o incluso más: tenía las tetas firmes bajo el vestido y los pálidos brazos desnudos de nuevo.

Danny se dio cuenta de que había estado esperando aquel momento, volver a verla así. Consciente de que iba a suceder.

A cada paso que daba Danny, la mujer iba rejuveneciendo, hasta que tuvo otra vez una melena espesa y dorada enmarcándole el largo cuello blanco. Danny la tomó de las manos y notó sus puntiagudos huesos bajo aquella piel tan, tan suave. Se pegó a ella y la tendió sobre el suelo de piedra, que siglos y siglos de pasos habían dejado liso y plano. Se besaron, y la boca de la baronesa sabía a aquel vino. Danny bebió ávidamente, apurando con desespero aquel último resto de dulzor.

Sueño que estoy encerrado dentro de una torre en llamas. Cuando abro los ojos, tengo una linterna tan cerca de la cara que incluso noto el calor de la débil bombilla. Me ha cegado y no logro ver quién hay detrás, pero al oír la voz recuerdo dónde estoy. Es Davis.

Te he calado, colega, me dice. Ya lo creo, ahora sí que te he calado.

No es la primera vez que me dice eso de «te he calado». Ya lo tengo apuntado.

Me calaste el primer día, le contesto.

Davis aparta un poco la linterna, pero sigue deslumbrándome. Me examina como si yo tuviera algo oculto bajo la piel y él quisiera verlo.

No, el primer día no, y ayer tampoco. Pero ahora ya sí, la comedia esa de fingir que eres un tarado mental ha caducado oficialmente.

No tengo ni idea de qué me está contando, pero ya estoy acostumbrado. ¿Qué ha pasado desde ayer?, pregunto.

Se agacha y por fin me aparta la luz de la cara; me queda un manchurrón verde delante de los ojos. Miro por encima del borde de mi litera y veo a Davis agachado, rebuscando debajo del mantel que cubre lo que sea que guarda debajo de la cama. Cuando vuelve a levantarse lleva en la mano un puñado de páginas escritas a máquina. Empiezan a caer al suelo una a una, y yo me apoyo en un codo y meto la mano debajo del colchón para comprobar si mi manuscrito sigue donde lo dejé. Craso error. Davis deja caer la linterna y me inmoviliza con una llave de cabeza.

¿Son más esas páginas?, me las arreglo para preguntarle con un graznido.

Llevan tu nombre, contesta Davis, que ya no me sujeta tan fuerte; para él las llaves de cabeza son un acto reflejo, no son nada personal. En cuanto recupero un poco la movilidad, meto la mano debajo del colchón y palpo justo a la altura de la cabecera. Ni rastro de las páginas. Me pongo tenso pero intento que no se me note.

¿Lo has leído todo?, le pregunto.

No sé a qué viene tanta sorpresa. Leo libros enteros en mi litera mientras tú te pasas la noche roncando. Yo aprovecho el tiempo. Pero estoy alucinando, te juro por Dios que estoy en estado de shock, hermano, porque veo que tú también has estado aprovechando el tuyo.

¿«Hermano»?

Me suelta y yo respiro entrecortadamente. Tengo el pelo húmedo por culpa de las manos sudorosas de Davis.

Esa mierda no es mía, le digo; y lo hago por dos motivos: primero, porque no quiero que Davis sepa que las páginas me importan; y segundo, porque quiero que

coja esa mirada que me está dirigiendo y se la meta donde le quepa.

No te rajes ahora, dice Davis. ¡Asume la responsabilidad de tus actos! Pero Davis es incapaz de decir «responsabilidad» en un tono normal: tiene que soltarlo a voz en cuello.

¡Cierra el pico!, grita Luis desde la celda contigua.

Lo que digo es que no me lo he inventado yo, añadido en voz baja.

Davis resopla. No, ya, eso es evidente.

Mis páginas están todas tiradas por el suelo, y esta semana ya he agotado mis horas de ordenador. Si falta alguna parte del nuevo material que he pasado a máquina, no podré dárselo a Holly mañana. Todo empezó la semana después de la pelea: Allan el Barbas se comió toda la hora leyendo un texto larguísimo sobre el cambio climático, y al final de la clase, antes de marcharse, Holly se paró delante de mi pupitre y dijo: Ray. No me miraba; nunca me ha mirado, pero desde el día de la pelea es distinto. Ahora es como si los dos hubiéramos acordado no mirarnos, como si el contacto visual nos pareciera algo demasiado íntimo. No quiero que eso pase hasta que no nos quedemos a solas en una habitación, cosa que aquí es poco menos que imposible. Durante las pausas, cuando los demás se arremolinan alrededor de Holly para ver si pillan algo, yo salgo al pasillo.

Holly miró mis páginas y dijo: Dámelas.

Se las di. Ella se las metió en el bolso y a la semana siguiente me las devolvió (todavía sin mirarme) llenas de unas anotaciones monísimas de color verde en los márgenes de cada una de las páginas: «¡Bien!» y «¿Cortar?» y «¿Más de esto?» y «Cuidado» y «¿Torpe?» y «Raro» y «¡Qué tensión!» y «¿Más?» y «¿Más?» y «¿Más de esto?» y «Sí» y «¡Uau!» y «Sí» y «¡Muy bien!», y eso es lo más parecido a una conversación guarra que puedo tener aquí dentro; total, que no hace falta que os diga lo mucho que me hace disfrutar. Nunca me fijo en mi parte, en las cosas a las que se refiere. ¿A quién le importan? Yo lo que quiero son más anotaciones, y la única forma de conseguirlo es escribiendo más, así que cada semana lo doy todo para cosechar sus «sies», sus «bienes» y sus «uau». No se trata de escribir por escribir, sino de intentar que lo que escribo tenga algún sentido.

Lo que quiero (en realidad sueño con ello) es cogerle la mano. Recuerdo cómo me la puso en la frente justo después de la pelea, el contacto de aquellos dedos fríos, y si me concentro mucho aún puedo notarlos, como si me hubieran dejado una marca. Cuando Holly me devuelve las páginas, intento cogerlas de modo que mis dedos toquen los suyos o los rocen siquiera un instante, con la esperanza de volver a sentir su cuerpo como cuando me tocó la frente. Pero es en vano. Creo que cogerle la mano aquí dentro equivaldría a follármela fuera.

Bajo de la litera lentamente, intentando evitar que Davis me haga otra llave de cabeza. Me agacho y empiezo a recoger las páginas del suelo. Como el grifo gotea, una de las páginas se ha mojado y la tinta verde de Holly se ha corrido. La seco con papel higiénico, agachado junto a la litera de Davis. Normalmente la custodia como

un perro guardián, protegiendo lo que sea que esconde ahí debajo, pero ahora, en cambio, me observa como si yo fuera un mago a punto de hacer un truco.

Quién te ha visto y quién te ve, dice. Todos estos meses comportándote como si nada te importara una mierda.

Después de reunir todas las páginas que he podido encontrar, las coloco en orden y las cuento. Se me acelera el pulso: sé que si falta alguna tendré que arreglarlo, ponerle remedio; hasta que no lo logre no podré hacer nada más.

Falta la cuarenta y cinco, le digo.

Davis finge no oírme, de modo que me pongo delante de él. La cuarenta y cinco, Davis. La página cuarenta y cinco. La necesito.

Quién te ha visto y quién te ve, repite. Es como si de pronto se hubiera enamorado. Su cara, siempre tan fiera, parece ahora esponjosa como la de un cachorro, y no para de ladear la cabeza y de mirarme con unos ojitos brillantes.

Deja ya de mirarme, le digo, porque la visión de Davis enamorado no es precisamente agradable.

Tranqui, dice. Reconstruiremos tu historia de fantasmas exactamente como era.

¿Historia de fantasmas?, digo. ¿De qué coño hablas?

No te hagas el sueco conmigo, dice, y yo lo oigo, «hacerse el sueco», pero estoy demasiado nervioso por lo de la página que falta como para prestarle atención.

Dejo las páginas que he recuperado encima de mi litera, me pongo en cuclillas y empiezo a buscar la cuarenta y cinco. Una hoja de papel no puede ir muy lejos en una habitación de este tamaño, pero palpo alrededor y detrás del grifo, debajo del lavabo y cerca de la ventana. No hay ningún fantasma en esta historia, le digo a Davis.

¿Ah, no? Entonces enseñame dónde está la gente.

Levanto la cabeza y lo miro. ¿Qué gente?

Davis agita las páginas que he dejado encima de la litera. Esta gente, dice. Los veo, los oigo, los conozco, pero no están en esta celda. Ni en este bloque. Ni en esta prisión, ni en esta ciudad, ni en este país, ni siquiera en el mismo mundo que el nuestro. Están en otro lugar.

Pienso: Como caiga otra página del montón, le cojo la cabeza a Davis y se la estrujo hasta reventársela. Pero lo único que digo es: Vamos, tío. Son solo palabras.

Davis se coloca la linterna debajo de la cara: ángulos, sudor, ojos; al verlo así me entra un tembleque que me sube desde el culo hasta el pescuezo. Son fantasmas, hermano, dice. No están ni vivos ni muertos. No son ni carne ni pescado.

No puedo mirarle estando así, de cuatro patas, de modo que me levanto. Lo mismo puede decirse de cualquier historia, le contesto.

Por fin hablamos el mismo idioma, hermano.

¿A qué viene el rollo ese de «hermano»? ¿Desde cuándo tú y yo somos hermanos?

Somos más que hermanos, dice Davis. Somos una misma mente.

Viniendo de él, ese es el mayor halago imaginable. Te voy a enseñar una cosa que

es alto secreto, dice. Para eso están los hermanos. La tengo aquí.

Se agacha y levanta el mantel a cuadros rojos y blancos que cubre la parte de abajo de su litera. Davis enfoca con la linterna y veo un montón de mierda: Tazas. Tenedores de plástico. Un teléfono de ducha. Envases de mostaza. Periódicos, un cepillo de uñas, tapones de botella, gomas elásticas, bolsas de plástico, un listín telefónico destrozado, latas de refresco... Parece una de esas madrigueras que hacen los hámsters, solo que Davis mide un metro noventa, levanta 160 kilos en el banco de pesas y lleva más de un año en la celda, de modo que lo que hay debajo de su cama más bien parece obra de diez mil hámsters. Arriba de todo hay una hoja de papel. La cojo: página cuarenta y cinco.

Dentro de mi cabeza todo se calma. Me levanto, coloco la página cuarenta y cinco en su sitio, golpeo el montón de hojas encima del colchón hasta alinear los bordes y lo meto debajo de la cabecera.

Davis rebusca en la madriguera. De ahí abajo salen dos ruedas de monopatín, varios gorritos de papel para fiestas infantiles y un puñado de impresos penitenciarios: órdenes de trabajo, hojas de permiso; todo ello de contrabando. Veo bolas de algodón y una especie de manual de observación de pájaros. Finalmente saca una caja de cartón pintada de color naranja. Tiene más o menos el tamaño de una caja de zapatos; de hecho, es una caja de zapatos, aún se distingue el logo de Adidas debajo de la pintura. Levanta la tapa, miro dentro de la caja y veo polvo. Pelusas, pelos, hilos. Polvo de todos los colores y grosores. Un montón de bolas de polvo mezcladas que forman una bola más grande. Davis me acerca la caja a la cara.

Escucha, dice en un susurro.

Espero a que Davis me diga algo, pero se limita a cerrar los ojos como si escuchara. El silencio solo es comparable al que se oye en el castillo. Me concentro en el silencio, pero a medida que escucho se va disolviendo y pronto oigo a los hombres de la 412 respirando en sus literas metálicas. Se oye también un ruido de fondo, un pitido apenas audible pero que está ahí; a lo mejor se trata de la vibración que queda en todas las puertas y candados que se han cerrado al cabo del día.

No es una radio convencional, dice Davis en voz baja.

Me lo quedo mirando. ¿Una radio?

Estás delante de toda una revolución, dice Davis.

En uno de los laterales de la caja hay varios diales. Quiero decir: Davis se ha dedicado a recoger diales rotos de otros aparatos y los ha clavado en el cartón. Ahora empieza a hacer girar los diales con los ojos entrecerrados como si estuviera muy concentrado. Ahí está, susurra. Espera... ¡ahora! ¿La oyes? Espera, déjame que la sintonice bien... Ahí la tienes. ¿Qué te parece? Clara como el agua cristalina. ¿La oyes? Joder, resulta tan creíble que tengo que fijarme en los diales rotos para no perder de vista que estamos hablando de una caja de zapatos llena de polvo.

¿Y qué es lo que estamos oyendo en tu radio?, pregunto.

Davis me mira. Ya lo sabes, hermano. No me vengas con esas.

Vale, ya lo sé. Pero dímelo igualmente.

Las voces de los muertos, dice Davis. Se ha amansado un poco, como si aquella idea le resultara dolorosa. Y añade: Todo ese amor, todo ese dolor, todo lo que la gente siente —no solo tú y yo, hermano, sino todo el mundo, todas las personas que han caminado sobre este hermoso planeta verde—, ¿cómo va a desaparecer todo eso cuando alguien muere? No puede desaparecer, es demasiado grande. Demasiado fuerte, demasiado... permanente. Así que pasa a otra frecuencia, que el oído humano no puede captar. Y en estos miles de años nadie ha logrado dar con la tecnología que permita sintonizar esa frecuencia, salvo de vez en cuando, y por error, ya sabes. Pitidos y crepitaciones aquí y allá, pero nada constante, nada regular.

Hasta que has aparecido tú.

Hasta que ha aparecido esto, dice él, y levanta su caja llena de polvo. He aquí lo que he estado haciendo todo este tiempo, hermano: ¡desarrollando esta máquina! Diseñándola y reuniendo las partes necesarias. Montándola, probándola, revisándola y volviéndola a probar, hasta que al fin he creado un prototipo que, oh maravilla, ¡funciona!

Le brillaban los ojos como a un chiquillo. Llevo diciéndole a Davis que está loco desde el primer día, pero hasta ahora no me había dado cuenta de que está loco de verdad. Como un cencerro. Es un pirado que cree haber construido una máquina que puede hablar con los fantasmas.

Ya veo cómo me miras, dice Davis. Estás pensando: ¿A qué juega el colgado de Davis? ¿Pretende hacerse pasar por un brujo o algo así? Pero párate a pensarlo un momento, hermano: la nueva tecnología siempre parece magia. ¿Acaso crees que cuando Tom Edison puso en marcha su fonógrafo en 1877 la gente creyó que era real? Ni hablar. Es un ventrílocuo, dijeron. Hace vudú. No creían que una máquina pudiera hacer eso. O Marconi con su radio: voces que iban de un sitio a otro flotando; ¿en serio crees que la gente se creyó aquella mierda? Pues esto es lo mismo. Un invento siempre parece un misterio si no entiendes la tecnología que hay detrás. Pero cuando eres el ingeniero, cuando lo has construido desde cero, no hay misterio que valga.

Me tiende la caja y yo abro la tapa y echo otro vistazo dentro. No sé qué espero encontrar después de su discurso; algo distinto, supongo. Pero ahí dentro hay lo mismo que antes, solo que ahora logro distinguir también lo que se esconde entre el polvo: Una cerilla quemada. Un trozo del envoltorio de una pajita. Una araña muerta. Medio botón azul. Restos de algo que podrían ser huevos revueltos. Un desconchón de una baldosa, una chapa. Filtros de cigarrillos. Un montón de pelo: de la cabeza, del pecho, pelo púbico; oscuro en su mayoría, aunque también lo hay claro. Algunas canas. Y por todos lados, envolviéndolo todo, polvo: gravilla, arena, polvillo, basura; en parte brillante como si fuera arena o cristal, en parte trocitos como de yeso y en parte pelusilla y hebras. Alguien me contó una vez que el noventa por ciento del polvo está formado por células de piel muertas. Con lo que Davis guarda dentro de

esa caja casi podría reconstruirse un ser humano entero.

Pero con toda esa gente muerta que corre por ahí, digo (siguiéndole la corriente; ¿por qué no?, ¿acaso tengo algo que perder?), ¿cómo sabes a quién estás oyendo?

Buena pregunta, dice Davis, y me da unas palmaditas en la espalda. La verdad, dice, es que por ahora no tengo ningún tipo de control. Es como uno de esos viejos aparatos de los radioaficionados, que captan cualquier cosa que haya por ahí en un momento dado. Necesitará años de perfeccionamiento, como cualquier invento; joder, cuando Alexander Graham Bell sacó sus primeros teléfonos, todas las líneas eran *party lines*. ¡No podías tener una conversación privada! Esto es solo el principio, pero se trata de un gran principio. Con el tiempo, otros inventores se incorporarán al proyecto e introducirán sus propias mejoras y modificaciones. Y dentro de un siglo este prototipo estará en un museo y los niños irán de excursión a verlo, lo mirarán a través de un cristal y se reirán de lo tosco que era.

No tenía ni idea de que fueras ingeniero, Davis. Quería que sonara irónico, pero me sale como si lo dijera totalmente en serio.

Davis suelta una carcajada. ¡Hay que ver cómo nos hemos engañado el uno al otro! Creíamos que no teníamos nada en común más allá de este lugar, y resulta que todo este tiempo los dos hemos estado haciendo lo mismo: ¡buscando fantasmas! Avanzamos al paso, hermano. Somos como dos gemelos.

Tampoco te emociones.

Y esto es solo el principio. Si te dijera todo lo que podemos captar con esta máquina, no me creerías. Oirás cosas que harán que se te salgan los ojos de las órbitas.

Me lanza una sonrisa, y que me aspen si sus dientes no son los más blancos que he visto jamás en un ser humano. Nosotros. *Nosotros*: es una oferta, una invitación a creer en esa majadería. Davis pega el oído a la «radio» y asiente con los ojos cerrados, y de repente pienso: ¿Cómo sé que no es real? Vale, es una caja de zapatos llena de polvo y con unos botones pinchados en el cartón, pero ¿y si funciona? ¿Y si realmente hace lo que Davis dice que hace? Y en esa fracción de segundo paso directamente de fingir a creer; es como si de tanto fingir hubiera acabado creyéndomelo, salvo que no tiene ningún sentido, pues fingir y creer son dos polos opuestos. No sé qué pasa. A lo mejor es este lugar. Si aquí la fruta madura se convierte en vino en una semana, pueden cortarte el cuello con un cepillo de dientes y cogerle la mano a una chica es lo mismo que follársela, entonces a lo mejor una caja llena de pelo es una radio. A lo mejor aquí es verdad.

O a lo mejor todo se reduce a Holly. A lo mejor si crees que puedes cruzar una palabra («puerta») y luego la cruzas como hice yo, es que ya puedes tragarte cualquier cosa.

¿Me enseñarás a fabricar uno de esos chismes, Davis?

Oh, Ray, no, dice, disculpándose. Estoy esperando la patente; hasta que no la aprueben, el proyecto es secreto de Estado. ¡Pero no necesitas otra radio, hermano!

Puedes utilizar la mía siempre que quieras.

Gracias, digo.

¡Lo importante es que nos pongamos a trabajar! ¡Hay que aprovechar el tiempo!

«¡Trabajar!» «¡Aprovechar!» «¡Tiempo!» Todas estas palabras las dice a voz en cuello. Los internos de nuestro bloque empiezan a aporrear las paredes y a gritar, pero no creo que Davis los oiga.

¿Qué clase de trabajo tienes en mente?, le pregunto.

Davis se me queda mirando. Con la misma mirada que lleva dirigiéndome toda la noche, como si intentara ver algo y yo estuviera en medio. Estoy empezando a acostumbrarme.

¿Cuánto tiempo te queda aquí dentro, Ray?, me pregunta.

Esto es solo el principio, digo. La parte divertida. Cuando termine aquí, me juzgarán en otro lugar.

Cuando salga de aquí, dice Davis, repiqueteando con los dedos en la radio, necesitarás una de estas para hablar conmigo. Me muero de ganas, Ray. ¡Me muero de ganas!

Agarra con fuerza aquella caja llena de polvo. Su exhausta cara de loco está llena de vida.

Cuenta conmigo, digo. Y ni siquiera sé a qué me refiero.

Ya cuento contigo, dice Davis. Desde el principio. Por eso hemos tenido esta conversación.

Cuando Danny se despertó, no tenía ni idea de dónde estaba. La habitación parecía abandonada, estaba llena de cosas rotas y de telarañas, como si fuera un desván en el que nadie hubiese puesto los pies desde hacía cincuenta años. Se encontraba en una cama, entre unas sábanas que tal vez eran las más suaves que había tocado jamás, porque eran viejas, y cuando digo viejas quiero decir que se deshacían por la parte de los pies. Danny estaba desnudo. Y no veía su ropa por ningún lado.

Danny se sentía de puta pena. De hecho, se sentía tan mal y de tantas maneras distintas que decir que «tenía dolor de cabeza» o «le dolía la tripa» sería incorrecto, pues daría a entender que su malestar provenía tan solo de la cabeza o de la tripa, cuando en realidad provenía de todo su cuerpo: la cabeza, el estómago, el pecho, las manos, el cuello, la cara, las rodillas, los ojos y los pies. La palabra «resaca» ni siquiera se le acercaba. Le dolían todas las partes del cuerpo de todas las formas posibles, tanto que no pudo hacer lo que hacía normalmente diez segundos después de despertarse desnudo en una cama desconocida de una habitación desconocida (algo que ya le había sucedido, y más de una vez): pirarse. Estaba tan hecho polvo que no se podía ni levantar.

La habitación se hallaba en penumbra, pero al otro lado de las pequeñas ventanas el sol parecía brillar con fuerza. Los pájaros piaban y cantaban, y Danny tuvo la sensación de que se había perdido algo, de que llegaba tarde: tenía que estar en alguna parte, llamar a alguien, se le había pasado por alto acudir a un sitio donde contaban con su presencia. Normalmente esa sensación habría hecho que Danny saliera de la cama de un salto e intentara poner las cosas bajo control, pero se sentía tan mal que era incapaz de moverse. Y entonces se acordó de la antena parabólica: no había ni gente ni compromiso alguno. Y tampoco lo aguardaba nada en el horizonte.

Todo esto era la parte buena, al menos en comparación con la parte mala, que eran las cosas que le acudían a la mente: el tacto de las manos de la baronesa, su carcajada cargada, su boca, los gemelos observándolos desde el cuadro; y es cierto que nada de esto era tan horrible, quizá ni siquiera lo era en absoluto, pero ahora sí lo parecía por lo que había venido después. Cuando Danny pensaba en esa parte (lo que había venido después), era como pensar en una comida con la que te has intoxicado. ¿En serio se había follado a la baronesa? A juzgar por las escenas que le acudían a la mente, la respuesta era que sí. En su momento había creído que estaba soñando, pues entre Danny y todo lo que pasaba se interponía una especie de capa de pelusa. Pero ahora la pelusa se había consumido y las escenas que se sucedían dentro de su cabeza eran descarnadamente reales, asquerosamente reales. Y lo incluían a él. ¡Si hasta

recordaba cosas que ni siquiera habían ocurrido!

Danny cerró los ojos, se quedó muy quieto y escuchó con los dos oídos, con toda la cabeza, intentando discernir si estaba solo en la habitación y, especialmente, en la cama.

No oyó ningún ruido ni notó vibración alguna de ninguna otra persona, de modo que entreabrió los ojos y se volvió para mirar al otro lado..., despacio, muy despacio..., preparado para, si veía a una persona o intuía su presencia, detenerse antes de tener que enfrentarse a ella.

Estaba solo en la cama, y Danny experimentó una oleada de alivio. ¡No había nadie, gracias a Dios! Logró incorporarse sobre un codo. Pero había habido alguien. Había un hoyo en la vieja almohada amarillenta y las sábanas estaban revueltas en ese lado, hechas trizas como los viejos paños de los museos. En los bordes había flores cosidas con largos tallos verdes que se deshacían cuando Danny las tocaba. Había también una colcha de terciopelo verde desteñido. Por algún motivo, Danny se sintió impulsado a apartar la colcha y las sábanas, y a mirar debajo. Encontró una especie de residuo en la sábana bajera, un reguero de unos quince centímetros de largo, hecho de un polvo grisáceo, grueso, como si fuera tierra, ceniza o polillas aplastadas.

Eso hizo que Danny saliera de la cama (¡bum!) a pesar de sentirse como una mierda. No, precisamente porque se sentía como una mierda. Lo que lo impulsó a levantarse fue la necesidad de vomitar, algo que hizo por la ventana puntiaguda que quedaba más cerca de la cama. No tenía gran cosa que sacar: su última comida sólida había sido el almuerzo del día anterior. Cuando volvió a meterse en la habitación, temblaba de pies a cabeza.

También se estaba meando, pero la logística de tener que hacerlo por una ventana que le quedaba a la altura del pecho mientras le daban espasmos en todas las extremidades lo obligó a buscar alternativas. A mano derecha había una estrecha puertecita y, dentro, en una losa, un agujero del que emanaba un olor inconfundible. Bingo. Incluso había un tosco lavabo de piedra del que resultó que salía agua corriente. Danny meó y se lavó las manos y la cabeza en el lavabo, con un agua que tendría uno o dos grados más que el hielo y que lo hizo sentirse mejor de lo que se había sentido en toda la mañana, o sea, cerca de la franja superior de «muy, muy, muy mal», de modo que decidió refrescarse todo el cuerpo desnudo, hasta que, tembloroso como estaba, empezó además a tiritar.

Cuando salió del lavabo renqueando sobre la rodilla lesionada, Danny vio sus pantalones colgando en lo alto de un viejo biombo chino. Parecía como si alguien los hubiera tirado allí, y Danny dijo en voz alta: No pienses en eso, refiriéndose a la escena o al momento en que sus pantalones debían de haber salido volando por los aires hasta alcanzar los dos metros de altura. «No pienses en eso. Ponte los pantalones y ya está.» Danny se los enfundó sobre las piernas aún mojadas. Encontró la camisa, la chaqueta, la ropa interior y los calcetines en diferentes partes de la

misma área; al parecer, todo lo había lanzado. «No pienses en eso. Póntelo todo y ya está» (excepto los calzoncillos, que se metió en el bolsillo de la chaqueta). A Danny lo de no pensar se le daba muy bien: se imaginaba a sí mismo borrando cosas, desconectándolas de su cerebro para que desaparecieran como desaparecen los datos digitales: sin dejar rastro. Pero a veces aún las notaba, percibía las cosas que habían desaparecido flotando a su alrededor como sombras.

Al cabo de un momento Danny ya estaba vestido, solo le faltaban las botas. No las encontraba alrededor de la cama, así que se puso a buscar por debajo de los muebles, pensando que podían haber ido a parar allí rodando, que a lo mejor alguien las había empujado o lanzado (no pienses en eso), pero no encontró más que bolas de polvo grandes como uvas. Cuanto más buscaba, más se le encogía el corazón. Aquellas eran las botas de la suerte de Danny, las únicas que había tenido en su vida, aunque con los años había gastado suficiente dinero reparándolas y cambiándoles las suelas como para haberse comprado fácilmente cinco o seis pares nuevos. Las había encontrado justo después de llegar a Nueva York, cuando acababa de descubrir quién no era (Danny King, «tanbuenchico») y ardía en deseos de averiguar quién era. Había dado con aquellas botas en el Lower Broadway, no recordaba en qué tienda, aunque seguramente ya la habrían cerrado hacía tiempo. Se salían claramente de su presupuesto, pero aquella era una época en que aún podía contar con su padre para que le tapara los agujeros. Los altavoces de la tienda despedían un ritmo elástico y bailable, un ritmo que, desde entonces, llevaba dieciocho años oyendo en tiendas, clubes y restaurantes; acababa de darse cuenta en ese momento. Pero aquel día, en la zapatería, Danny se sintió como si le acabara de encontrar el pulso secreto al mundo. Tras calzarse las botas y colocarse ante un espejo, moviéndose al ritmo de la música, de pronto le vino un flash de cómo iba a ser su vida, su nueva vida. Salvaje y misteriosa. Danny apretó los dientes de la emoción y pensó: «Soy un tío que se pone este tipo de botas.» Fue lo primero que supo de sí mismo.

Una parte de Danny quería marcharse: pirarse de inmediato y olvidarse de la torre, de la baronesa y de toda la mierda en la que no pensaba, con sus botas de la suerte o sin ellas. Pero sabía que, si salía de allí descalzo, tarde o temprano echaría de menos sus botas y querría recuperarlas, sobre todo porque el único calzado que había llevado al castillo aparte de las botas era un par de sandalias. Y eso significaría tener que volver allí, una idea peor aún que quedarse para seguir buscando las botas. Así pues, Danny se quedó y siguió buscando, primero de cualquier manera, levantando sábanas bajo las que descubrió sillas colocadas boca abajo y un escritorio de patas muy estrechas, atestado de papeles, libros y cartas unidas con cintas amarillas hechas trizas. Pronto decidió organizarse y se dedicó a inspeccionar a fondo todos los cacharros de un sector antes de pasar al siguiente. No lograba sacudirse una cierta sensación de cobardía, pues cada dos por tres se tropezaba con algo que le hacía pensar en la baronesa: dos anillos con piedras preciosas sobre un pedestal de plata. Un peine de marfil lleno de pelo rubio desvaído. Unos dientes dentro de un vaso de

agua. Ante cada nuevo objeto, Danny experimentaba una oleada de náuseas y le daban ganas de salir corriendo. Pero no salía corriendo, y eso hacía aumentar la presión que sentía en la cabeza a causa de todas las cosas en las que no pensaba.

Después de ver los dientes, Danny salió de la habitación. Le estaba entrando dolor de cabeza de respirar tanto polvo. La escalera estrecha se encontraba justo delante de la puerta, y junto a esta había una ventana. Danny la abrió y asomó la cabeza. Estaba en lo alto de la torre del homenaje; los árboles quedaban muy, muy abajo. Aquel lado de la torre no daba al castillo, de modo que Danny tan solo veía la muralla exterior y la ladera verde por la que seguramente había subido con la maleta aquella primera noche. Al pie de la colina se distinguía parte del pueblo donde había estado esperando el autobús. A Danny le sorprendió lo bonito que parecía (tejados rojos, el capitel de una iglesia), porque el pueblo donde él había esperado el autobús era feo y oscuro. A lo mejor la luz del día lo cambiaba todo.

Danny oyó voces procedentes del pueblo, gritos, tal vez niños, aquel barullo constante de gente que se oía siempre en Nueva York y que parecía silencio. Aquello tuvo sobre él un efecto de succión, que lo empujó hacia el mundo, o hacia la pequeña porción de mundo a la que tenía acceso. Ahí abajo debía de haber algún café con Internet, o por lo menos una tienda de móviles; para Danny, pensar en eso era como meterse un chute de cafeína: tenía que irse, bajar hasta allí, encontrar las malditas botas para escapar de la desesperación que lo rondaba. No se cernía sobre él, no llegaba a tanto, pero la notaba muy cerca.

Danny iba a meterse otra vez en la habitación cuando vio sus botas muy bien puestas junto a la puerta. Debía de habérselas quitado la noche anterior al bajar de la azotea (no pienses en eso). Al ver las botas, a Danny casi se le saltaron las lágrimas; así de colgado estaba. De hecho, tan pronto como las tuvo en las manos se las acercó un momento a la cara. Luego se las calzó y salió escaleras abajo.

En el piso de abajo había otra ventana. Danny ya no veía el pueblo, pero las voces (porque lo que oía eran voces) sonaban con más fuerza. Así pues, el sonido no procedía del pueblo, sino que había gente al pie de la torre. Eso significaba que Danny no podía marcharse: no pensaba arriesgarse ni loco a que alguien lo viera salir de allí. Prefería tener que vérselas con la baronesa antes que exponerse a que Howard descubriera que se la había follado.

Bajó otro piso por las escaleras, pero no se detuvo porque se encontraba en la planta por la que había entrado: seguro que la baronesa estaría en la habitación contigua, donde se habían tomado el vino juntos (no pienses en eso). Un piso más abajo había una última ventana, y a partir de ahí las escaleras se perdían en la sombra. Danny encendió la linterna y apuntó al piso inferior, pero la negrura se tragó la luz. Le entraron ganas de seguir bajando y penetrar en la oscuridad, un impulso íntimo, tan intenso y profundo como el de querer llegar hasta el pueblo, pero distinto. Opuesto.

En los peldaños había unas muescas del tamaño de un pie. Danny encajó sus pies

en las muescas y empezó a descender. El ambiente olía a barro y notó un peso frío en el pecho, como si el barro estuviera en su interior y lo empujara a adentrarse en la torre. Al llegar donde las escaleras giraban, volvió a oír las voces, ahora más claras; entraban flotando a través de una ventana que había dejado atrás, un poco más arriba. Las voces rompieron la concentración de Danny, que volvió a subir para ver de quién se trataba.

La ventana estaba unos cinco metros por encima de las copas de los árboles, lo bastante cerca para que Danny lograra atisbar algo a través de las ramas. Vio a Mick y a dos estudiantes con las máscaras antipolvo colgándoles del cuello. Danny captó parte de la conversación.

Mick:... podríamos empezar por aquí...

Chica estudiante:... tapa un poco el...

Chico estudiante:... aunque tampoco es que...

Se rieron. Mick miraba todo el rato hacia la torre, pero no al lugar donde se encontraba Danny, sino a un punto situado por debajo de las copas de los árboles. Debía de haber alguien más: ¿Howard? Danny volvió a meter la cabeza, pero justo en aquel momento la otra persona se movió hasta situarse en un claro y Danny vio que se trataba de Ann. Llevaba al bebé en el pecho, metido en una especie de bolsa.

Se rieron todos otra vez.

Ann: ¿Y si pusiéramos un toldo?

Tenía una de esas voces altas, claras y un poco cortantes parecidas a las de los niños. Danny volvió a asomarse a la ventana.

Mick:... contratar a un francotirador.

Más risas. Ahora resultaba que Mick era una especie de cómico. Iba en manga larga pese al calor que hacía. Llevaba el pelo oscuro recogido con una cinta y tenía la cara cubierta de sudor. En el suelo había un montón de tablones. Los estudiantes ya se estaban marchando.

Chica: ¿... hasta la hora del almuerzo?

Ann: Cuarenta y cinco minutos.

Chico: Pues iremos a...

Mick: Vale, pero que no...

Más risas. Ahora Danny ya sabía qué hora era, las 12:15. De ahí que el sol le estuviera taladrando la cabeza. Se dijo que ojalá se largaran todos para que él pudiera largarse también y llegar a tiempo al almuerzo. Estaba mareado por muchos motivos, pero desde luego el hambre era uno de ellos.

Mick: Espera.

Aquella palabra le llegó claramente. Hablaba con Ann, que había hecho ademán de marcharse con los estudiantes. El bebé dormía, con la cabeza inclinada. Ann se giró. Llevaba una blusa amarilla de manga corta y parecía que se había quemado las mejillas, o a lo mejor solo era por el calor. Tenía un pelo negrísimo que debía de absorber el sol.

Ann: ¿Qué?

Mick:... hablar contigo...

Se quedaron donde estaban. Durante un instante pareció que nadie decía nada.

Mick:... nunca tenemos tiempo para...

Ann se rió. ¿Y de quién es la culpa? Cada vez que me ves, desapareces.

Mick dijo algo que Danny no oyó. Se le había borrado la sonrisa de los labios, y Ann también se había puesto seria.

Ann: Se te ve tan triste.

Mick:... sigo teniendo...

Ann: Sí, ya me lo figuraba.

Mick:... dudas... por eso yo...

Ann dio un pequeño paso atrás. Mick, tienes que aprender a controlarlo. Lo sabes, ¿verdad?

Danny prestó atención a la conversación por primera vez. Hasta entonces había estado escuchando solo a medias, esperando a que Mick y Ann se largaran, al tiempo que temía oír en cualquier momento a la baronesa bajando por las escaleras tras él, con paso tambaleante. «Pero ¿qué estoy oyendo?», se preguntó de repente. Aunque no eran tanto las palabras como lo que veía: lo cerca que estaban. El hecho de que Ann no se marchara. El sufrimiento que reflejaba la cara de Mick.

Ann: Lo digo en serio. Tienes que superarlo. O tendremos problemas.

Mick: ¿... sigues pensando en ello?

Ann: ¡No! ¡Hago un esfuerzo consciente para no pensar en ello!

Mick: (Inaudible.)

Ann: Vale, pero no fue ayer. Seis años es mucho tiempo aquí, en el mundo real. ¡Además, en aquel momento yo aún no tenía un hijo!

Mick:... precisamente... cada vez que...

Ann: No quiero oírlo.

Mick se metió las manos en los bolsillos y agachó la cabeza. Danny creía que Ann se iba a marchar, pero lo que hizo fue sujetarle la cabecita a su bebé y cerrar los ojos. Danny sabía lo que le pasaba por la mente como si acabara de interceptar sus pensamientos: quería largarse pero no podía, tenía que resolver aquello, tomar las riendas de la situación, pues si no lo hacía acabaría explotando. Y entonces Howard se enteraría de que..., en fin, se enteraría de que, según todo parecía indicar, Mick y Ann se habían acostado hacía seis años.

Ann se acercó a Mick, lo miró a la cara por encima de la cabeza del bebé dormido y dijo: Pues se lo contamos y ya está.

Mick tardó un segundo en reaccionar, y entonces dijo: Pero ¿qué estás diciendo? Era la primera frase entera que Danny le oía pronunciar. Mick tenía los labios lívidos.

Ann: Es fuerte, lo aceptará. Al principio quizá le cueste, pero creo que con el tiempo todo irá bien.

Mick: No. No. No. No. No. ¿Me oyes?

¡Vale, vale!

Mick iba de un lado para otro, estaba frenético:... me cortará el cuello... ¡no estoy bromeando!...

Ann: Vale, vale, relájate. Solo era una idea.

Mick: Nunca..., es lo último que..., no puedo creer que fueras a...

Mira, Mick, que te den.

Mick se la quedó mirando sin decir nada.

Ann: Pues ya me dirás tú qué hacemos. ¿Qué quieres que haga? Porque como sigas comportándote así y montando numeritos, acabará descubriéndolo todo. Y entonces será peor, ya te lo digo yo.

Mick: No se lo cuentes.

¿Acaso crees que se lo quiero contar? ¡Hay que joderse! Es lo último que quiero hacer. ¿Me puedes decir por qué estoy teniendo esta conversación contigo, con un bebé dormido a cuestas? ¡Por el amor de Dios!

Mick:... bajar la voz.

Ann se echó a llorar. Danny contemplaba la escena en estado de shock. No podía creer lo que estaba viendo y oyendo... no podía creer que estuviera en situación de verlo y oírlo. Aquello le provocaba una mezcla de sentimientos que no lograba disociar. Sentía:

1. Lástima por Howard, que no tenía ni idea de que su mujer le había puesto los cuernos con su mejor amigo.
2. Alegría al constatar que la vida perfecta de Howard no era tan perfecta como él había creído.
3. Aún más lástima por Howard, porque es más fácil sentir lástima por alguien cuando su vida no es perfecta.
4. Emoción por ser la única persona que veía, oía y sabía todo esto.

Y este último sentimiento (la emoción de estar en el ajo) despertó algo dentro de Danny que permanecía latente desde su llegada al castillo: la parte activa y racional de sí mismo que se dedicaba a averiguar qué sucedía a su alrededor para poder determinar cuál era su sitio. La parte que había mantenido a Danny con vida todos aquellos años. El mundo se había movido y había cambiado a su alrededor, y él volvía a ser el Danny de siempre, lo que no solo significaba que sabía cosas, sino también que sabía más cosas que el resto de la gente, y que veía todos los vínculos allí donde los demás no veían más que unos pocos. Tenía «información». Y eso a Danny siempre le había dado resultado, ¡vaya que sí! Le había funcionado durante años y años. No porque aprovechara esa información: eso era demasiado peligroso y solía terminar perjudicando más a uno mismo que a los demás. Pero el mero hecho de disponer de información, saber lo que se cocía entre el personal, otorgaba poder. Y Danny tenía la palabra justa para definir aquello. Una sola palabra: *altus*.

Mick le cogió la mano a Ann. «Allá vamos», pensó Danny.

Mick: (Inaudible.)

Ann (sollozando): Es que... me moría de ganas de venir a pasar una buena temporada y ahora... no pego ojo.

Continuó sollozando mientras Mick la cogía de la mano, pero de pronto dejó de llorar y se secó la cara. Le dio un beso en la cabeza al bebé y echó un vistazo a su reloj.

Mick:... más fácil si yo...

Ann: Sí, pero no te puedes ir, o sea que ni hablar del tema.

Joder, pensó Danny. ¿«No te puedes ir»?

Mick: (Inaudible.)

Ann: Es verdad. Tal como están yendo las cosas, es evidente que no fue buena idea. Pero ahora estás aquí, ya no hay marcha atrás.

Danny no paraba de darle vueltas al asunto. ¿Por qué no podía irse Mick? ¿Cuál podía ser el motivo?

Mick: (Inaudible.)

Ann: No tienes por qué disculparte. Ya soy mayorcita, me metí en esto yo sola. Es solo que... ahora no sé cómo salir.

Había soltado la mano de Mick.

El sol se había movido y Danny ya no les veía la cara. Mick estaba intentando explicarle algo a Ann, pero ahora hablaba entre murmullos. Danny no oía nada. Ann escuchaba en silencio. Danny sacó un poco más la cabeza y distinguió «dentro», «tiempo para pensar» y «rutina», pero no logró entender de qué hablaban; el sentido se le escapaba por muy poco. A Danny ya no le tocaban los pies al suelo, hacía equilibrios sobre el abdomen mientras agitaba brazos y piernas. Se asomó unos centímetros más. Y ahí se pasó.

Danny lo supo al instante: había ignorado la fuerza rectora del mundo físico, la gravedad, al sacar la mayor parte de su peso por la ventana. Ahora la gravedad tiraba de él y lo único que lo mantenía en su sitio era la fricción de sus pantalones contra el marco de piedra de la ventana. Danny estuvo a punto de soltar un grito, pero logró contenerse en el último momento. Agitó las manos y palpó alrededor de la ventana buscando algo a lo que agarrarse, al tiempo que se contoneaba y meneaba el culo para intentar retroceder un poco y volver a poner la gravedad de su lado. Y durante un par de segundos pareció que la cosa funcionaba, pues Danny empezó a recular, pero entonces la fricción le fastidió el plan: primero la piedra del marco de la ventana opuso resistencia a sus pantalones, y acto seguido el sudor empezó a correrle por las piernas y le empapó la tela, que se volvió resbaladiza. O a lo mejor fue su piel la que se volvió más resbaladiza debajo de los pantalones. En cualquier caso, Danny cayó (bum, se le escapó de las manos), resbaló, se despeñó y soltó un grito, porque ¿quién es el guapo que no grita cuando ve que se está cayendo de cabeza por una ventana?

Logró sostenerse con los pies y tensó los tobillos con tanta fuerza que los dedos

de los pies se le engancharon al marco de la ventana y evitaron la caída; se quedó allí colgando, por lo menos de momento. Mick y Ann estaban gritando.

Mick: Pero ¿quién coño es?

Ann: No lo sé. Creo que... es el primo de Howard, ¿no? ¿Eres tú, Danny?

Danny intentó contestar, pero tensar los músculos del vientre para pronunciar ni que fuera una palabra lo habría obligado a desviar de sus pies una energía vital.

Mick: Dios, pero si está..., joder. Subo enseguida. Aguanta, Danny, estaré ahí en un... Su voz se perdió en cuanto desapareció tras la torre.

Ann: ¡Resiste, Danny! Estará ahí en un momento. Tú aguanta.

Danny concentró hasta el último gramo de su energía en mantener los pies tensos. Le temblaba todo el cuerpo del esfuerzo, pero podía resistir, sin duda, podía aguantar una hora en aquella posición si tenía que hacerlo. El problema eran las botas, no parecía que fuesen a retener sus pies por mucho tiempo: ya empezaban a salirse con una lentitud angustiosa, lo que significaba que las botas le venían grandes. A lo mejor se habían dado de sí después de usarlas tantos años, o Danny había encogido, o los calcetines que llevaba eran demasiado finos, o las botas le habían ido siempre así de grandes y no se había dado cuenta hasta ahora. Aunque Danny lo dudaba. Cuando se las había comprado, le iban perfectas. Precisamente esa era una de las razones por las que se las había comprado, porque le había parecido cosa del destino: iba a encarar el futuro con aquellas botas que parecían hechas a medida para él. Pero ahora la cabeza de Danny era un lastre que tiraba del resto de su cuerpo hacia el suelo mientras los pies iban resbalando, primero a tirones sudorosos y al final con un último patinazo terrible que lo separó definitivamente de sus botas.

SEGUNDA PARTE

Nora: Entonces, ¿querías morir o es que eres súper, súper propenso a los accidentes?

Estaba sentada junto a Danny, que abrió los ojos y vio que estaba echado en un lugar que no reconocía. Aquello se estaba convirtiendo en una costumbre.

Danny: ¿Dónde leches estoy?

Nora: En tu habitación.

Aquello lo desconcertó. ¿En su habitación? Danny veía borroso y no lograba ubicarse, pero al cabo de un momento reconoció el biombo de madera y la cama de época donde había dormido su primera noche en el castillo. Y las altas paredes de piedra y la chimenea, un fulgor anaranjado a sus pies. Y la ventana; estaba oscura, así que debía de ser de noche. A menos que no le funcionaran los ojos.

Pero el problema no eran sus ojos, sino su cerebro. El aspecto líquido, derretido, que tenían las cosas le recordó a Danny todos los analgésicos que se había tomado a lo largo de los años. Sin embargo, ¿por qué iba a ir colocado de analgésicos ahora? En cuanto se hizo aquella pregunta, Danny notó algo que había estado presente desde que había abierto los ojos, pero apagado; de ahí que hubiera tardado un poco en abrirse paso entre sus pensamientos: dolor. No dolor de cabeza: el dolor de cabeza era como una paja en comparación con aquello. No, se trataba de dolor de cabeza machacada. Danny se llevó la mano al lugar de donde partía el dolor y encontró una maraña de vendas.

Y de pronto le vino todo, un alud de lodo de recuerdos que se parecía mucho a lo que había sentido cuando se le habían salido las botas. Joder, menudo colocón llevaba.

Danny: ¿Qué mierda me han metido?

Nora se encogió de hombros: Unas inyecciones.

Cada una de las palabras que decía Nora bajaba por un tubo largo y enroscado antes de llegar al cerebro de Danny. A continuación su respuesta bajaba por otro tubo que le salía del cerebro hasta alcanzarle la boca. Cuando la palabra «inyecciones» terminó de bajar por el tubo, Danny dio un respingo. Entonces (tras una larga pausa) preguntó: ¿Qué inyecciones?

Nora: No lo sé. El médico habla ese idioma tan raro que hablan los de por aquí.

Danny: ¿Y Howard lo entiende?

No, no lo entiende nadie.

Sin saber muy bien cómo, Danny logró incorporarse sobre los codos. ¿Me estás diciendo que un fulano al que nadie entiende me ha puesto unas inyecciones?

Relájate. La vieja dama que vive en la torre, la baronesa, lo traduce todo.

¿Aquí? ¿En esta habitación? Se puso frenético solo de pensarlo.

No, no, se niega a abandonar la torre; ni siquiera abre la puerta. Así que Howard y el médico van hasta la torre, el médico habla con ella a gritos a través de la ventana y la baronesa le explica a Howard a gritos lo que quiere decir.

Danny se echó de nuevo y cerró los ojos. Pensar en todo aquello le suponía un esfuerzo excesivo. De pronto Nora se puso a brincar alrededor de la cama y a tirarle de la manta.

Nora: ¡Nonoteduermas! ¡Noteduermas! ¿Vas a dormirte otra vez? ¡Noteduermas!

Danny abrió los ojos. ¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

Nora se miró el reloj. Volvían a temblarle las manos. Se descolgó algo del cinturón, y Danny oyó un ruido como de interferencias.

Nora (hablando por el aparato): Está despierto. Cambio.

Voz crepitante: ¿Hace mucho? Cambio.

Nora: Diez minutos. Cambio.

Voz crepitante:... mismo voy.

Nora sonrió. Se trataba de la sonrisa que Danny había estado esperando, una sonrisa que desmontaba su pose, sus rastas, sus malas miradas y su odio hacia los hechos objetivos, y la convertía de nuevo en lo que era en el fondo: una chica guapa de clase media. Pero Danny no vio la sonrisa. Tenía los ojos..., iba a decir pegados, pero era más que eso: tenía los ojos incrustados en el walkie-talkie que Nora estaba sujetando. ¿Cómo podría yo explicar lo que sintió Danny al verlo? Fue como si un tipo en huelga de hambre viera un rosbif encima de una bandeja. O como si un preso que acabara de salir a la calle viera a una tía del póster central de *Hustler* frotándose contra una barra. Pero estos ejemplos no son suficientes, de modo que explicaré lo que le sucedió a Danny por dentro: se le hizo la boca agua, le rugió el estómago, se le hizo un nudo en la garganta, le empezó a picar la nariz, se le llenaron los ojos de lágrimas y se le escapó un largo gemido.

Nora: ¿Qué? ¿Qué? Se inclinó sobre él, agitando las rastas.

¿Eso es un...?, ¿qué es eso? Empezaba a notar un martilleo en el cerebro.

Es un walkie-talkie. ¿Quieres que...? Creo que Howard ya está...

Dentro de la cabeza de Danny, un loco se había puesto a aporrear una puerta que no era lo bastante robusta como para resistir aquellos golpes.

Danny: ¿Cómo lo has conseguido? Le asaltó un recuerdo, o a lo mejor era un sueño: tenía aquel aparato en las manos, hablaba a través de él, una voz le contestaba. Solo de pensarlo se le hizo la boca agua.

Y entonces la fuerza con la que Danny deseaba aquel objeto colisionó frontalmente con el hecho de no tenerlo.

Nora: Todos llevamos uno. Es la única forma que tenemos de encontrarnos unos a otros en este...

El loco aporreaba la puerta cada vez más fuerte, ahogando la voz de Nora.

Nora: Me sorprende que Howard no te diera...

¡Pum, pum, pum! La puerta cedió y Danny perdió el conocimiento.

Danny, ¿me oyes? ¿Danny?

Danny abrió los ojos. Primero vio el techo: muy alto, con unas vigas negras que lo atravesaban. Luego vio a Howard junto a la cama.

Howard: Bien, genial, estás despierto. Echó un vistazo a su reloj. Vale, son las nueve y cuarenta y ocho. ¿Cuánto tiempo estuvo despierto la última vez? Hablaba con alguien que resultó ser Nora. Estaba de pie al lado de Howard.

Nora: Trece minutos.

¿Sigues ahí, colega?

Danny: Sí.

Howard estaba cambiado, pero fuera cual fuera la diferencia, a Danny le resultaba más familiar, le recordaba más a como era antes. O a lo mejor es que Danny empezaba ya a acostumbrarse a su nueva cara.

Howard (hablando con Nora): ¿Has intentado comunicarte con él?

Nora: Sí. O sea, hemos hablado.

Howard: Pero no lo habrás puesto nervioso, ¿verdad?

Nora: No creo. Sus respuestas eran claras, sin asomo de ironía, sarcasmo o ambigüedades. Era como ver un cuadro en color que se convertía en uno en blanco y negro.

Danny: ¿Qué coño está pasando aquí?

Howard: Buena pregunta. Muy buena pregunta, Danny. ¿Recuerdas que te caíste por una ventana?

Danny asintió.

Howard: Pues bien, un árbol frenó la caída. Gracias a Dios, colega. No hace falta que nos extendamos sobre el asunto, pero, la Virgen..., no sé si me explico. En fin, que te diste bastante fuerte con el árbol y te hiciste varios cortes en la coronilla, han tenido que ponerte puntos. En cuanto a daños internos, o sea, dentro de la cabeza, el médico está bastante seguro de que se trata tan solo de una conmoción.

Danny: ¿Te refieres al médico que no habla inglés?

Howard hizo una mueca. Sí. Es el mejor, dicen, estudió en París y todo eso, aunque lo del idioma es una pesadilla, la verdad. Pero, vaya, nos apañamos. Te ha puesto unas inyecciones para que no se te inflame el cerebro, algo que al parecer es importante durante las primeras veinticuatro horas. Y mientras tanto tenemos que despertarte cada media hora para que no entres en un tipo de sueño llamado «absorbente» o «envolvente»; seguramente se trata de un problema de traducción, pero estoy seguro en un noventa por ciento de que no se refería a un coma, sino simplemente a un tipo de sueño profundo del que luego es difícil despertar.

Nora: Acuérdate de los sueños.

Howard: Ah, sí, gracias. El médico nos ha pedido que te preguntemos si has tenido muchos sueños.

Danny: Creo que no.

Howard: Ah, pues eso está muy bien. Porque al parecer el sueño absorbente o envolvente, o como se llame, provoca un montón de sueños extraños, unos sueños hiperrealistas en los que resulta difícil saber si estás dormido o despierto. O sea que..., que me alegra muchísimo saber que no has soñado.

Howard volvió a inclinarse sobre él y le examinó detenidamente la cara. El aliento le olía a menta, como si acabara de cepillarse los dientes. Danny observó que Howard tenía la frente perlada de sudor y se dio cuenta de que la novedad que presentaba la cara de su primo era el miedo. Howard estaba asustado.

Howard: En fin, que en cuanto hayas logrado mantenerte despierto durante dos horas seguidas podremos dejar de controlarte cada treinta minutos. Y si eso pasa durante las primeras quince horas después del accidente, que sucedió —echó un vistazo a su reloj— hará unas nueve horas, ya no tendremos que tomar más medidas.

Danny: ¿Qué medidas?

Howard: Bueno, el siguiente paso sería trasladarte a un hospital para que te hicieran un escáner cerebral.

Lo dijo en un tono despreocupado, como si tal cosa, y eso lo delató. A Howard le daba miedo que Danny estuviera jodido de verdad, lo bastante jodido como para morir. Danny, en cambio, no tenía miedo. Era como si el miedo de Howard lo protegiera, como si la tarea de pasar miedo ya estuviera asignada. O a lo mejor es que iba demasiado colocado.

Howard: Pero no creo que llegemos a ese extremo, y el médico tampoco. Quiero decir que ya llevas despierto —otra mirada al reloj— casi diez minutos. Y yo te veo bastante espabilado.

Danny: Sí, estoy bastante espabilado.

Howard: Bien, bien.

Hubo una pausa. Danny notaba el cansancio que se arremolinaba a su alrededor como cuando sube la marea. Intentó que no se le cerraran los ojos.

Howard: Esto..., a ver. Quiero preguntarte algo, Danny. Es un poco delicado. Se volvió hacia Nora y esta se alejó y se colocó junto a la ventana. Howard se inclinó sobre la cama y apoyó los codos encima del colchón. Su aliento mentolado era tan potente que a Danny empezó a picarle la nariz.

Howard: Pues..., la verdad es que yo no sacaría el tema tan pronto, pero el médico dice que es importante que te mantengamos alerta, siempre y cuando no te agobiamos. O sea que si sientes que te empiezas a agobiar, avisa. ¿De acuerdo, Danny?

Vale.

Porque ahora mismo no estás agobiado, ¿verdad?

Danny pensó en ello. Se sentía como si alguien le hubiera partido la cabeza con

un hacha, pero eso no tenía nada que ver con estar agobiado. No.

Howard: Vale, pues ahí va mi pregunta. Tal como fue tu caída..., tenemos que suponer que se trata de un accidente, ¿verdad?

El tubo del cerebro de Danny pareció especialmente largo en aquel momento. Miró a Nora, que estaba asomada a la ventana, y se preguntó si estaría fumando. Se fijó en que tenía un buen culo. Cuando la pregunta de Howard le llegó por fin al cerebro, Danny se rió.

Danny: Si hubiera querido suicidarme habría subido un par de pisos más arriba, ¿no crees? O, mejor aún, me habría tirado de una azotea de Nueva York, y así me ahorrraba el jet lag.

Bien, bien. Me alegra oírlo. Aunque... yo no me refería exactamente a eso.

Danny meneó la cabeza.

Bueno, supongo que básicamente ya me has contestado. Pero ¿no es posible que..., que alguien haya contribuido de algún modo a que te cayeras de la ventana?

¿Me estás preguntando si me ha empujado alguien?

O si alguien te ha dado un codazo, no sé.

Danny: ¿Te refieres a la baronesa?

Suena descabellado, ya lo sé, pero... la has conocido, ¿no?

Aquella pregunta lo pilló desprevenido. Se fijó en la forma de sus propias rodillas debajo de las sábanas de terciopelo morado, parecidas a la colcha verde de la baronesa, solo que estas eran nuevas. Se sentía como si le hubieran tirado algo caliente a la cara. Howard pareció interpretar su reacción como un sí.

Pues entonces ya debes saber que está desquiciada. No tengo ni idea de hasta dónde es capaz de llegar.

Danny se echó a reír, estalló en unas carcajadas inquietas que le aleteaban dentro del pecho como si no fueran a parar jamás. Pero de repente pararon. Ocurrió en cuanto se preguntó si la baronesa lo habría empujado. ¿Era posible que lo hubiera hecho con tanta sutileza que él no hubiera notado nada?, ¿que con aquellos dedos suyos tan finos hubiera logrado que la gravedad se volviera en su contra? Aunque, pensándolo bien, ¿acaso no había notado un levísimo contacto en los pies?

Aquello era una bobada. Los fármacos le estaban haciendo efecto.

Danny: Y lo habría hecho por... ¿porque tú intentas obligarla a abandonar la torre?

Howard: Lo intento, sí. Pero no hay manera de que salga nunca de allí, ni cinco minutos. Dice que le da miedo que pueda encerrarla fuera y cortarle el pescuezo; me lo dice a la cara, pero la verdad es que a mí no me da la impresión de que tenga miedo. Todo forma parte de una estrategia: quiere que yo haga algo para que así ella pueda hacer algo. Pero no tengo ni idea de qué puede tratarse.

Danny: Tiene armas ahí dentro.

Howard había estado mirando el fuego, pero de pronto volvió la cabeza hacia Danny. ¿Armas?

Danny: Un arco, una ballesta. Un ariete. Aceite para echárselo hirviendo a la gente. Danny no tenía intención de revelar aquella información, pensaba reservársela para cuando pudiera serle útil, pero ante la expresión de sorpresa de Howard no se había podido resistir. Además, se dijo que si su primo aún no se había oído lo suyo con la baronesa, ya no se lo olería; ni siquiera se le pasaría por la cabeza. Y estar a un palmo de alguien incapaz de imaginarse a Danny follando a la baronesa hizo que Danny se sintiera como si en realidad no lo hubiera hecho.

Howard: ¿Has visto esas armas?

Danny: No, pero me bebí un vino muy chungo que tenía en la bodega.

Howard se reclino en la butaca y le dirigió una mirada nueva, una mirada, pensó Danny, que tenía que ver con su trabajo. Estoy asombrado, Danny. En serio, llevas aquí menos de cuarenta y ocho horas y me estás contando cosas que ni siquiera yo sabía. Es... impresionante. Nora, ¿cómo vamos de tiempo?

Nora, que seguía frente a la ventana, echó un vistazo a su reloj. Casi cuarenta y cinco minutos.

Howard se levantó de un salto: ¡Eso es fantástico! Es genial, Danny, de momento es la vez que más has aguantado. Vamos a intentar alargarlo un poco más, ¿vale? Lo máximo que podamos.

A ver, a ver, para el carro, dirá alguien. ¿Tres páginas más arriba Danny llevaba casi diez minutos despierto y ahora nos estás diciendo que lleva ya cuarenta y cinco? Podría repetir todo lo que se ha dicho en esas tres páginas en cinco minutos como mucho, con lo que Danny debería de llevar despierto no más de diecisiete minutos. Sí, vale, muy bien, pero ese alguien habrá olvidado dos cosas: (1) Todo lo que le decían a Danny tenía que pasar por un tubo muy largo, y lo mismo ocurría con todas las respuestas que salían de su boca, y (2) en la habitación pasaron otras cosas que no he escrito porque necesitaría páginas y páginas, y no las tengo, por no decir que sería un aburrimiento. Cosas como, por ejemplo, que Howard se levantó y atizó el fuego. O que Nora cerró la ventana. Howard se rascó la cabeza y se sonó con un pañuelo blanco. Nora salió al pasillo a hablar con alguien y luego volvió. El walkie-talkie de Howard hizo ruido de interferencias, y tuvo que manipularlo para ponerlo en silencio. Y todas esas cosas llevan tiempo; de hecho, si hubiera dicho una hora en lugar de cuarenta y cinco minutos, incluso eso habría sido realista.

Howard: ¿Danny? ¿Sigues ahí?

Danny cerró los ojos. El cansancio continuaba arremolinándose a su alrededor, caliente, dulce y morboso, como algo que sabes que te va a sentar mal pero que precisamente por eso deseas aún más.

Una bocanada de menta: volvía a tener a Howard encima. No. No cierres los ojos, Danny. Lo digo por tu propio bien... Nora, ¿puedes echar otro leño al fuego? Danny, mírame.

Danny oyó ruido de interferencias en el walkie-talkie de Howard. Quería cogerlo. Intentó abrir los ojos. ¿Puedo coger el...?

Howard: ¿Danny? ¡Mierda! Lo hemos perdido otra vez.

Danny: ¿Puedo...?

La siguiente vez que Danny volvió a despertarse, no abrió los ojos. Oía voces y otros sonidos, como cuando alguien te llama por teléfono sin darse cuenta y oyes el ruido que hace al andar, o un borboteo de voces familiares, y gritas varias veces el nombre de la persona en cuestión, hasta que al final te aburres y cuelgas. Pero Danny no podía colgar. Se quedó escuchando cosas como *globagló* y *achisanta* y *crisifrastis*, hasta que de pronto notó un pinchazo en el cuello, justo debajo de una oreja. Se le abrieron los ojos. Lo veía todo borroso, pero vislumbró a un tipo de barba gris con una jeringuilla en la mano, alejándose.

A continuación se hizo el silencio. Danny creía que estaba solo, pero entonces giró la cabeza y vio al hijo de Howard, Benjy, en la misma butaca donde antes se había sentado Howard. El niño llevaba un pijama de manga larga con pececillos rojos. Tenía el pelo oscuro revuelto, como si hubiera estado durmiendo.

Benjy: ¿Te dolió?

Danny se lo quedó mirando mientras sus ojos intentaban enfocarlo. El pijama del niño lo confundió: ¿eran peces rojos comiendo pececillos rojos, o bien todos los peces eran iguales?

Danny: ¿El qué? ¿Caerme por la ventana?

Benjy: No, la inyección.

Qué va. Me ha sentado bien.

Benjy frunció el ceño, como si no fuera capaz de decir si Danny hablaba en serio o bromeaba. A mí no me dejan trepar al alféizar de las ventanas porque es peligroso, dijo finalmente.

Lo tendré en cuenta.

Benjy: ¿Tu mamá no te lo dijo nunca?

Sí, seguramente.

¿Te marcharás luego a tu casa?

¿Por qué lo preguntas? Pero si acabo de llegar.

Benjy: ¿Tú vives en un piso?

Sí, en general sí, pero ahora mismo no tengo casa. Estoy en un momento de transición.

¿Por qué coño le estaba contando todo eso? Danny se revolvió en la cama, buscando a alguien que pudiera rescatarlo de aquel chaval, pero hasta donde alcanzaba a ver, en la habitación no había nadie más. El viento entraba por la ventana y agitaba los tapices que cubrían las paredes de piedra.

Benjy: ¿Tienes mujer?

No.

Mi mamá es la mujer de mi papá.

Sí, ya me había dado cuenta.

¿Tienes perro?

No.

¿Y gato?

No tengo animales, ¿vale?

¿Y una cobaya?

¡Por el amor de Dios! Sonó algo brusco, y Benjy puso cara de sorpresa. Danny esperaba que eso lo hiciera callar.

Benjy: ¿Tienes hijos?

Danny apretó los dientes y clavó los ojos en las vigas del techo. No, no tengo hijos. Gracias a Dios.

El niño se quedó un rato en silencio. Al final dijo: Pero, entonces, ¿qué es lo que tienes?

Danny abrió la boca para contestar. ¿Qué tenía?

Benjy: Te he preguntado que qué...

Ya te he oído, ya te he oído.

¿Qué tienes?

No tengo nada, ¿vale? Nada. Y ahora quiero cerrar los ojos.

Benjy se le acercó un poco más. Danny detectó en su rostro una expresión de compasión mezclada con una curiosidad pura que los adultos no muestran jamás, porque han aprendido a disimularla.

Benjy: ¿Estás triste porque no tienes nada?

No, no estoy triste.

Pero sí lo estaba. La tristeza se había abalanzado sobre él de repente y lo estaba aplastando. Se vio a sí mismo: tendido boca arriba en medio de ninguna parte, con la cabeza magullada. Un tío que no tenía nada.

Benjy: ¿Estás llorando?

Danny: Pero ¿qué dices?

Veo lágrimas.

Ah, eso es por el..., me duele la cabeza. Haces que me duela.

Las personas mayores lloran a veces. Un día vi a mi mamá llorando.

Necesito dormir.

Benjy lo observaba atentamente. Danny cerró los ojos. Notó la respiración del niño muy cerca de su oído.

Benjy: ¿Tú eres una persona mayor?

Pum. Pum. Pum.

Danny. Danny. Danny. Danny. Danny.

Era Howard otra vez. Danny abrió los ojos. El niño seguía allí, sentado en el regazo de Howard.

Howard: Bien, ahí estás otra vez. Te has quedado..., esto..., frito un buen rato, Danny.

Benjy: Estaba despierto.

Howard: Benjy dice que te has despertado un momento mientras yo estaba fuera hablando con el médico. Pero Nora estaba aquí y dice que no es verdad.

Danny miró a Nora, que estaba observando uno de los tapices. Así que ella había salido de la habitación cuando no debía y ahora no quería que Howard se enterara. En condiciones normales, Danny habría encontrado la forma de hacerle saber a Nora no solo que la había pillado, sino que le debía una por haberle salvado el culo. Pero en esta ocasión no se le ocurrió ninguna forma de hacerlo.

Danny: Creía que el médico no hablaba inglés.

Howard puso los ojos en blanco. Contamos con una intérprete, adivina quién. Tenemos que hablar a gritos. Pero lo más importante es que el médico ha dicho, y esta vez lo ha recalcado, que es fundamental que te mantengas despierto. Danny se dio cuenta de lo forzada que era la sonrisa de Howard.

El niño lo miraba fijamente, y Danny notó como la tristeza volvía a apoderarse de él. ¿Cómo había terminado sin nada en la vida? ¿Había sido siempre así? ¿De verdad no tenía nada, o pensaba que no tenía nada solo por la contusión en la cabeza?

El walkie-talkie crujió en el cinturón de Howard.

Danny: ¿Lo puedo coger un momento, Howard? El..., eh..., dijo señalándolo.

Howard: ¿Esto? Sí, claro. Parecía sorprendido, intrigado. Puso el walkie-talkie en la mano de Danny. Era como un teléfono, o una BlackBerry, o algo así: compacto, con un teclado de goma y un núcleo más pesado que daba una idea del alcance del aparato.

Danny pulsó un botón. Interferencias. ¡Qué delicia de sonido! Su tristeza se fue encogiendo y se desvaneció en cuestión de segundos, tan rápido que Danny supo que nunca había sido real: nada que fuera real podía desaparecer tan deprisa. Al principio solo se sentía aliviado por haberse librado de la tristeza, pero pronto ese alivio se convirtió en alegría: no era que no tuviera nada, sino que lo tenía todo. Solo necesitaba volver a conectarse con todo lo que tenía.

Howard: ¿Qué oyes?

Danny sonrió. Solo interferencias.

Howard: Tengo más confianza en tu cerebro que en ese aparato.

Danny se lo quedó mirando. El niño, en el regazo de Howard, estaba adormilado y tenía la cabeza apoyada en uno de los mullidos reposabrazos de la butaca.

Howard: Casi podría ser tu cerebro, ¿sabes? Hoy en día los aparatos son tan pequeños y fáciles de utilizar que... nos encontramos a un paso de la telepatía.

Danny: Vale, pero estamos hablando de personas que existen y que están ahí. Puedes oírlas.

Howard se rió. No están ahí, Danny. ¿Dónde es ahí? No tienes ni idea de dónde están.

Danny se volvió hacia él. ¿Adónde quieres ir a parar?

Yo lo que digo es: a la mierda las máquinas. Deshazte de ellas. Confía un poco en tu cerebro.

Mi cerebro no puede llamar por teléfono.

Pues claro que sí. Puedes hablar con quien quieras.

¿Lo decía en serio? Era imposible. Danny se incorporó, totalmente desvelado. ¿Me estás diciendo que hable con personas que no están? ¿Como si fuera un chiflado de la calle?

Howard se le acercó y, en voz baja, como si estuviera confesándole un secreto, dijo: No hay nunca nadie, Danny. Estás solo. Esa es la verdad.

Pero si conozco a todo el mundo. ¡Qué coño voy a estar solo!

Benjy dio un respingo en el regazo de Howard. Ha dicho una palabrota, papá.

Pero Howard tenía la vista fija en Danny. También él parecía totalmente desvelado. ¿Se puede saber qué te dan las máquinas? Sombras, voces incorpóreas. Palabras escritas y fotos si estás conectado a Internet. Nada más, Danny. Crees que estás rodeado de personas, pero en realidad te las inventas.

Menuda gilipollez.

¡Lo único que digo es que quien manda eres tú! Ten un poco de confianza en el poder de tu mente. Hace más cosas de las que crees. ¡Y es capaz de hacer mucho más!

Danny sabía lo que estaba oyendo: un Discurso Motivador. Antes de que su padre lo diera por un caso perdido, Danny había tenido que escuchar uno de esos discursos cada pocos meses. El mensaje de un Discurso Motivador era siempre el mismo: Tu vida es ridícula, es una mierda, pero aún puedes darle la vuelta a la situación... si haces lo que yo te diga.

Danny se inclinó hacia su primo, se le acercó mucho a la cara y le dijo: Escúchame, Howard. A mí me gustan las máquinas. Me encantan. No puedo vivir sin ellas. No quiero intentar vivir sin ellas. Si te soy sincero, preferiría cortarme las pelotas antes que pasar un solo minuto en tu hotel de las narices.

Howard: ¡Perfecto! ¡Mejor aún!

¿Por qué?

Porque entonces, cuando entiendas el sentido de todo esto, aún tendrá más valor.

Que te den por culo, Howard.

Papá...

Danny: Me estás cabreando. ¿Lo haces por algún motivo en especial?

Howard: Solo intento mantenerte despierto. Y es la vez que estás durando más.

Danny notó un acceso de rabia. Le nacía por la ingle, notaba una vibración bajo las sábanas. Cuando habló, la voz le salió de la parte alta de la garganta: No me interesan ni mi cerebro ni mi imaginación. A mí lo que me interesa son las cosas reales, ¿estamos? Las cosas que pasan realmente.

Pero ¿qué es real, Danny? ¿Los reality shows? ¿Son reales las confesiones que

lees en Internet? Las palabras son reales, alguien las ha escrito, pero más allá de eso la pregunta no tiene ningún sentido. ¿Con quién hablas por el móvil? En el fondo no tienes ni puta idea. Vivimos en un mundo sobrenatural, Danny. Estamos rodeados de fantasmas.

Habla por ti.

Hablo por los dos. La «realidad», en el sentido tradicional de la palabra, forma parte del pasado. Se ha acabado, *finito*: esa tecnología que tanto te gusta la ha borrado del mapa. ¡Y por mí se puede ir con viento fresco!

La rabia se apoderó de Danny. Que le dieran por culo. Howard lo había separado de todo lo que tenía, y aun así no se daba por satisfecho: ¡también quería convencerlo de que todas esas cosas no existían, de que él se las inventaba! Y encima lo hacía con una sonrisa en los labios, como si disfrutara con ello. ¡Que le dieran por culo!

Danny no podía seguir allí tendido, tenía que levantarse. Sacó una pierna por el borde de la cama, pero, cuando ya casi estaba de pie, Howard se dio cuenta de lo que estaba pasando. Le puso una mano encima del pecho para detenerlo. Espera, espera, no, colega, dijo Howard en voz muy baja. No te emociones. Aún tenía al niño sentado en el regazo.

Danny intentó apartar la mano de Howard, pero solo de estar medio derecho ya empezó a darle vueltas la cabeza. Casi sintió un alivio cuando Howard lo cogió por los hombros con las dos manos y lo obligó a echarse otra vez.

Howard: No puedes levantarte, colega, no, no. Aún no estás preparado. Ya sé que..., que me he pasado de la raya. Lo siento, Danny. Solo quería captar tu atención, pero me he pasado.

Danny pensó que iba a vomitar. Respiró hondo, entrecortadamente. En la habitación reinaba un silencio absoluto.

Howard: ¿Estás bien? ¿Cómo lo llevas? Le puso a Danny dos dedos encima de la muñeca, como si fuera a tomarle el pulso.

¿Howard? ¿Benjy?

Era Ann. Estaba en la puerta, vestida con un batín azul, y parecía confusa. Tenía la voz adormilada. He ido a ver a Benjy a su habitación y no estaba, casi me da algo.

Howard se le acercó sujetando a Benjy con un brazo. El niño se enganchó a su madre como un mono al tronco de un árbol. Danny se alegraba de haberse librado de él.

Howard: Ha estado haciéndome compañía. ¿Verdad, machote?

Ann: Pero... si son las tantas de la madrugada, ¿no?

Sí, estamos intentado mantener a Danny despierto. A continuación le dijo algo en voz baja, para que Danny no lo oyera.

Ann se volvió hacia él y lo miró. Le devolvió el niño a Howard y se acercó a la cama de Danny. Tenía el mismo aspecto recién levantada que de día, bajo la luz del sol, mientras contaba cómo un chapuzón en un estanque le podía cambiar la vida a una mujer acabada.

Ann: Ay, Danny, ¿cómo te va?

Danny: Pues ya ves, esquivando el coma. De momento.

Howard: Coma no, por favor, no digas esa palabra. Sueño absorbente o..., o sueño envolvente.

Danny y Ann se miraron. También ella estaba asustada, pero no tanto como Howard. A Ann no le preocupaba que Danny se muriera, sino que se fuera de la lengua.

Y de pronto Danny se acordó de todo: el motivo por el que se había caído por la ventana. No era que se le hubiera olvidado, pero había estado pensando hacia atrás, caóticamente, a lo mejor a causa de la medicación. Durante todo aquel tiempo había tenido algo dentro de la cabeza que iba a dinamitar por completo la vida de Howard. Y tener ese algo en la cabeza hacía que Danny estuviera al mando.

Su rabia contra Howard se desvaneció al instante, como antes su tristeza, y se encontró flotando en un extraño estado de alivio.

Howard: ¿Qué hora es, Nora?

Nora: La una y cincuenta y cuatro.

Howard: Espera, ¿cómo dices? Se volvió hacia ella.

Nora: Han pasado más de dos horas. Casi dos horas y media.

Howard soltó un grito: ¡Qué bien! ¡Danny, lo has logrado! ¡Lo has logrado, colega!

Medio se le echó encima y lo abrazó: era el abrazo más cálido y envolvente que Danny recordaba haber recibido en toda su vida. El torso de Howard le cubrió el suyo por completo, y el calor que desprendía se le metió por entre las costillas y le rodeó el corazón. Confuso, Danny levantó los brazos y se aferró a su primo.

Cuando Howard volvió a incorporarse, tenía los ojos húmedos. Se los secó con el brazo. Joder, estaba preocupadísimo. Ahora ya lo puedo decir, Danny. Estaba acojonado.

Benjy: ¡Has dicho joder! ¡Joder!

Ann: ¡Benjy! ¡Howard!

Pero estaba riéndose. Todos se reían, incluidos varios estudiantes que debían de haber entrado desde el vestíbulo. La gente soltaba gritos, se chocaba las manos y esas cosas. La única que seguía preocupada era Ann. Danny se lo vio en la mirada: tenía los ojos entornados, como si el sol la deslumbrara.

Danny estaba cansado, destrozado. El viejo agotamiento ocupó de nuevo el lugar que temporalmente había cedido a la rabia. Notó como le envolvía los globos oculares y hacía que los ojos se le pusieran en blanco. Danny los cerró y perdió el sentido.

Mi equipo y yo estamos excavando unas tuberías, unos seis metros dentro del perímetro delimitado por la verja, cuando veo un pequeño Subaru color canela que se acerca por la carretera. Esta carretera conecta la autopista con la cárcel. Discurre paralela a la verja exterior, pero a cierta distancia, y con las dos vallas de tela metálica y toda la alambrada de púas de por medio, es imposible saber quién va en el coche. Ni siquiera sé por qué miro. Pero qué coño estoy diciendo, si miramos siempre.

Los jueves no hay visitas, de modo que el aparcamiento está vacío, salvo la zona reservada a los empleados. El Subaru entra y aparca en una de las plazas libres. No tengo ningún motivo para pensar en Holly: el jueves no es su día. Y la verdad es que no pienso en ella, pero por algún motivo, en cuanto se abre la puerta del Subaru, me digo que quien va a salir del coche es ella. Y entonces va y sale.

Fuma; esa es la primera sorpresa. Generalmente, cuando una mujer fuma, lo noto, se lo huelo en las manos, en el pelo y en el aliento. Con Holly, en cambio, no lo había ni sospechado. Es un hábito repugnante, sobre todo en una mujer; y lo siento mucho si es un comentario sexista. Pero ver a Holly dando una larga calada fuera del coche, protegiéndose los ojos de la claridad del sol, no me da asco. Más bien me impresiona: todo este tiempo ha estado fumando y yo no tenía ni idea.

La segunda sorpresa es su atuendo. En lugar de la ropa ancha que suele llevar, va vestida con una larga falda oscura estampada y una blusa verde claro como las que se ven en las oficinas. Calza zapatos con taconcito, apenas lo bastante altos para que vaya ligeramente inclinada hacia delante, apoyándose en los dedos de los pies, y su pelo suelto se mece con la cálida brisa. Da una última calada al cigarrillo y aplasta la colilla con el zapato.

A estas alturas estoy deslumbrado por el brillo de toda la tela metálica a través de la cual tengo que mirar para verla, por no hablar de la gravilla blanca que utilizaron para cubrir el suelo entre el perímetro interior y el exterior de la verja. Es así de blanca para que cualquier cuerpo extraño que aterrice en ella resalte. Por ejemplo aquel de nosotros que, de alguna forma, lograra superar la primera verja, que mide diez metros de altura, sin rebanarse una arteria con todo el alambre de púas que han puesto ahí arriba. La verja exterior tiene un muro debajo que se hunde seis metros bajo tierra. No lo atraviesa nada excepto las tuberías.

¿La conoces, Ray?, pregunta el funcionario de prisiones.

No, pero quiere conocerla, dice Ángel.

Es mi prima, digo yo, y durante un momento se me quedan todos mirando, hasta

que finalmente se echan a reír, todos menos el funcionario.

En marcha o empiezo a poner multas, dice, y habla en serio. Jenkins pone más multas que ningún otro funcionario de toda la cárcel; es así, y punto. Por eso lo llamamos la Cobradora del Parquímetro.

Estamos excavando alrededor de una cañería podrida y nos hemos visto obligados a desenterrar un sistema de tuberías lleno de fugas y sedimentos que apesta como un cadáver. La cambiaremos entera a finales de semana. No le quito el ojo de encima al edificio de entrada, porque sé que, al no ser día de visitas, Holly pasará los trámites de acceso en un santiamén. A continuación saldrá por el otro lado y caminará unos diez metros hasta llegar al edificio de la prisión, y entonces la veré sin alambradas de por medio.

Efectivamente, sale al cabo de un par de minutos. A un lado del camino que va del edificio de entrada al vestíbulo de la prisión se encuentran los arriates que plantan los del programa de horticultura, y las flores están en pleno apogeo. A lo mejor por eso Holly camina más despacio, para contemplar las flores. No, es imposible: seguro que en el exterior hay flores por todas partes. Lo más probable es que haya aminorado el paso cuando se ha acordado del olor nauseabundo que te asalta al acceder al edificio de la prisión. Si supiera describiros ese olor con palabras no tendría que tomar clases de escritura. Lo único que puedo hacer es enumerar algunas de las cosas que hay en su interior (cigarrillos, desinfectante, sudor, rancho, meados), pero la mezcla es mucho peor que la simple suma de todos esos olores, hasta el punto de que al principio casi prefieres dejar de respirar antes que meterte eso en el cuerpo. Al cabo de una hora o así ya ni lo notas, aunque supongo que eso es aún peor. En cualquier caso, Holly pasa junto a los arriates de flores y durante un minuto o dos alucino con mi buena suerte: ¿qué probabilidades tenía de estar aquí justo en el momento en que Holly visita la prisión, un día en que ni siquiera debería haber venido? Me da una especie de subidón, como si estuviera en otra parte, como si lo que se originó en mi interior hace unas semanas, en clase de Holly, me hubiera conducido justamente a esto: a verla recorriendo ese camino un día soleado. No sé cómo explicarlo.

Los chicos murmuran «qué buena está», y «menuda tía», y «yo a esa le metía un buen meneo», pero tan bajito que más que palabras son susurros. Ni siquiera Jenkins lo oye. Red y Pablo, los violadores, no dicen nada, solo la siguen con la mirada. Holly mira hacia nosotros y entonces acelera el paso y, zas, ya ha entrado en el vestíbulo. Pero cuando intento reproducir mentalmente la escena, imaginarla caminando de nuevo entre aquellas flores, solo nos veo a nosotros: siete prisioneros con pantalones de color caqui y botas de trabajo estándar que cavan un hoyoapestoso. Tipos sin cara, excepto Red, tal vez, que nos saca más de un palmo a todos. La sensación agradable que acabo de experimentar se consume tan deprisa que me da un vahído, como si me hubiera rebanado una arteria. Tomo asiento al borde del hoyo que apenas hemos cavado.

Levántate, dice la Cobradora del Parquímetro. ¿Se puede saber qué coño te pasa?
Me levanto.

Coge esa pala y ponte a cavar. Es una orden directa. Lo dice así para poder ponerme una multa si no me muevo. No pienso darle el gustazo.

Mi pala se hunde y vuelve a salir. Tengo que pensar en algo. Si pienso puedo hacer que esta sensación desaparezca. Pero no puedo pensar.

¿Estás enfermo?, pregunta Jenkins, y le leo la mente al instante: está acordándose de Corvis, el mes pasado. Corvis estiró la pata en la máquina de laminado después de que el funcionario a su cargo no le dejara tomarse un respiro. Murió en el acto de un ataque al corazón.

Sí, señor, digo. Estoy enfermo.

Yo también, dice Red.

Estamos todos enfermos, señor, dice Ángel. Estamos acabados de tanto cavar.

Pero seguimos cavando de todos modos.

Sois un puñado de enfermos, sí, pero mentales, dice Jenkins, y se parte de risa con su bromita.

En la siguiente clase, Holly tiene el mismo aspecto de siempre: ropa ancha y el pelo recogido. Durante el descanso se forma el habitual corrillo de tíos que intentan atraer su atención. Yo normalmente salgo al pasillo, pero hoy me quedo pululando por ahí. Esperando.

Al final, en la cola solo quedamos Hamsam y yo, pero al ver que estoy detrás de él, Hamsam me cede su sitio y sale del aula. En una vida anterior Hamsam y yo fuimos hermanos.

Holly me sonrío. Es la primera vez que nos miramos de verdad desde que Mel me tiró al suelo hace unas semanas. Me siento raro, desnudo.

¿Qué tal, Ray?, pregunta.

Ahora que estoy aquí y que Holly me está mirando, no sé qué coño decir. Finalmente le suelto: Te vi. El jueves. Cuando entraste.

Yo también te vi, responde ella.

Qué mentirosa, digo yo.

Estabais cavando, me parece.

Me quedo pasmado, no sé qué contestar. Y aunque estoy justo enfrente de Holly, aunque me bastaría con levantar la mano para tocarla, sigo sin oler el tabaco. Ni rastro.

¿Cómo supiste que era yo?, pregunto.

Por tu cara, dice ella. Nos echamos a reír, y cuanto más nos reímos más gracia nos hace.

Hay jaleo en el pasillo, alguien ha levantado la voz, y eso hace que la sala, donde estamos nosotros dos solos, parezca aún más silenciosa. Cada minuto que pasa sin

que la puerta se abra de par en par es un milagro.

Quiero hablar contigo, le suelto.

¿No estamos hablando?

Me refiero a que quiero conocerte. Quiero oír tu historia.

Durante un segundo, el dolor que le noté el otro día vuelve a asomar bajo el rostro de Holly. No, no quieres, replica.

¿Por qué dices eso?

Se lo piensa un instante. Porque es complicada sin llegar a ser interesante.

Pues entonces quiero complicarla aún más.

Sí, lo he notado, dice. Quieres que me echen.

Tienes otro trabajo, y para ese te vistes bien.

Sin comentarios, dice ella, pero vuelve a sonreír.

¿Estás casada?, le pregunto, pero al ver que tarda en responder digo: Divorciada. O separada. Y lo de «complicada» significa que tienes hijos; por lo menos dos, pero yo diría que tienes tres.

Algo desaparece de su semblante, y durante un momento adopta una expresión descarnada, casi asustada.

Eres un timador, ¿verdad?, pregunta. ¿Estás aquí por eso, por timar a la gente?

Los timadores no terminan aquí, digo. Van a lugares mejores.

¿Entonces?

Me condenaron por asesinato.

Mentiroso.

Lo digo en serio.

Holly se queda callada. Cuando finalmente se dispone a hablar, su sonrisa ha desaparecido. Si creías que ibas a impresionarme con eso, estás muy equivocado.

Solo he contestado a tu pregunta, digo, pero siento una opresión en el pecho. ¿Creía que iba a impresionarla? Ni siquiera yo lo sé.

Abre una carpeta y echa un vistazo dentro. Holly, le digo, pero ella mantiene la cabeza gacha. Y entonces la puerta se abre de golpe, como de hecho debería haber ocurrido todo el rato que hemos estado hablando. Se ha terminado el descanso.

Voy hasta mi pupitre y me siento. Noto una opresión en el pecho.

Por primera vez, Tom-Tom ha traído algo para leer en clase. Está escrito a mano y serán como ochenta páginas. Holly le dice ya de entrada que no va a tener tiempo de leerlo todo, y Tom-Tom se queda algo chafado. Entonces empieza a leer con voz nasal y quejumbrosa, como si estuviera recitando una larguísima excusa. Tiene una voz horrible, está muy nervioso y lee de forma entrecortada. Se detiene una y otra vez porque no entiende su propia letra, que es enorme, hasta el punto de que debe pasar de página cada dos o tres frases. Al principio soy incapaz de seguirle el hilo. A los demás les pasa exactamente igual. Pero, poco a poco, parte de lo que está contando se va abriendo paso. Verano en el sur profundo. Una familia pobre. Demasiados hijos. La madre derrama un cazo de agua hirviendo encima de su hijo de tres años, y al niño

deja de crecerle un brazo. A pesar de que la conversación con Holly ha ido fatal y me ha dejado hecho polvo, pierdo la noción de dónde estoy. El chico crece y empieza a meterse metanfetaminas. La historia termina justo después de su primer atraco, cuando le dobla el brazo a un anciano y se lo rompe por tres sitios.

Tom-Tom se detiene. Al final resulta que ha leído la historia entera. Nadie dice nada, y al rato Tom-Tom suelta una risita nerviosa y dice: Supongo que estabais todos demasiado aburridos para hacerme callar, ¿no?

Holly echa un vistazo al reloj de pared y luego al suyo. Tiene los ojos raros, como si hubiera estado durmiendo. Bueno, dice. ¿Qué os ha parecido?

Allan el Barbas empieza con el mismo comentario que hace siempre: necesita más con El Barbas es un fanático del contexto, nunca tiene suficiente. O a lo mejor solo quiere dejarle claro a Holly que conoce el significado de «contexto».

Cherry dice: Es muy triste, Tom-Tom. Me ha puesto muy, muy triste.

Mel dice: Tienes que darle un toque de humor a tu historia, T-T. Es urgente, tío, añádele un par de chistes o algo, tiene que haber algún elemento gracioso.

La cosa sigue un rato por esos derroteros, con Holly alentándolos con preguntas del tipo: ¿Por qué un contexto? y ¿Es necesariamente malo que una historia nos «deje chafados»? y Esto responde a la pregunta de por qué leemos. Y mientras la observo, me doy cuenta de que Tom-Tom ha logrado lo que yo me había propuesto, lo que yo quería y debería haber hecho durante el largo, maravilloso descanso que me ha sido dado compartir con Holly: ha conectado con ella.

Finalmente Holly dice: Me rindo, y todos nos quedamos mirándola. Se acerca a la primera fila de pupitres.

Si lo que os he enseñado no os ha servido para daros cuenta de que lo que acabamos de oír es bueno, potente, sincero, conmovedor, todo lo que esperamos lograr cuando nos sentamos a escribir, entonces es que soy la peor maestra del mundo. En serio, no sé qué estamos haciendo aquí si no lo veis.

Se queda ahí, esperando. Nadie dice ni mu. Y seguramente pensaréis que por lo menos hay una persona que debería estar feliz tras oír todo eso, me refiero a Tom-Tom, pero si creéis eso es que no lo conocéis. Cuando Holly ha terminado de hablar, Tom-Tom se vuelve hacia mí. ¿Por qué estás tan callado, Ray?

No lo sé, digo. ¿Tengo que justificarme?

Joder, he puesto el corazón y toda mi alma encima de ese papel. Lo mínimo que puedo esperar es un comentario por tu parte, ¿no?

Noto que Holly me está mirando fijamente. Y sé que si ahora digo lo que nadie parece comprender, que Tom-Tom es un puto genio y que ha escrito algo fantástico (sencillamente fantástico), el mal momento entre Holly y yo desaparecerá. Y tengo las palabras, las palabras exactas, en la garganta. Pero están demasiado profundas.

Tom-Tom también me está mirando. Tendrá unos treinta años, calculo, pero como les pasa a todos los que están enganchados a las metanfetaminas, le falta la mitad de los dientes, y por eso tiene la cara hundida. Sin embargo, en este momento parece que

tenga ocho años, con esos ojos desorbitados, llenos de esperanza. Con que le diga cualquier cosita ya se va a derretir. No sé por qué. No sé por qué tengo ese poder sobre Tom-Tom. Ni siquiera lo deseo, pero es así y no lo puedo cambiar.

Pasan los segundos. Sé lo que está sucediendo porque es lo que sucede siempre: dadme algo bonito, algo que me guste, que quiera o necesite, y encontraré la forma de cargármelo.

A Tom-Tom se le apaga la mirada. Vete a la mierda, Ray, dice, y da media vuelta. Le veo la espina dorsal curvada a través de la camiseta. Holly baja la mirada.

La he cagado. Lo sé.

Esa misma noche, estoy echado en mi litera intentando escribir. Holly se ha marchado de clase sin llevarse mis páginas, pero espero que la semana que viene vuelva a llevárselas. A lo mejor así podré arreglar las cosas. A lo mejor lograré conectar con ella como ha hecho Tom-Tom.

Pero, más que escribir, paso el rato tumbado.

Davis está en la litera de abajo, susurrando y riéndose en voz baja como si estuviera viendo la tele. Solo que no hay ninguna tele, solo la «radio».

De vez en cuando asoma la cabeza y pregunta: ¿Se puede saber qué te pasa?

No me pasa nada, le contesto.

¿Y entonces por qué te comportas como si te hubiera escupido un volcán?

Por nada.

Tiene que ser por algo. Siempre es por algo.

Las palabras que no le he dicho a Tom-Tom siguen en mi interior, se me han quedado clavadas en la garganta como si fueran un anzuelo, y siento que si no las saco me moriré.

Davis se levanta y me mira. ¿Estás enfermo? ¿Es eso?, pregunta, y tengo la sensación de que intenta mostrarse amable, aunque normalmente se cabrea ante cualquier señal de debilidad.

Sí, es eso, digo. Estoy enfermo.

Bueno, pues espero que te recuperes pronto.

A las seis de la mañana vamos juntos al comedor. Por lo general, Davis no se deja ver por ahí; sobrevive a base de los fideos *ramen* de marisco que venden en el economato. Pero los días en que hay crepes, incluso Davis arrastra el culo hasta el comedor. Porque, a ver, ¿a quién no le gustan las crepes?

El comedor es enorme, como la planta de una fábrica, con unos ventanales en la parte superior a través de los cuales se ve el cielo, que el sol naciente tiñe de rojo. El lugar tiene su propio hedor: una mezcla del vapor de las bandejas térmicas con el olor a verdura hervida y al amoníaco del friegasuelos, a lo que hoy se une el olor dulzón del sucedáneo de jarabe de arce.

En cada mesa caben cuatro internos; supongo que la idea es que si los grupos son

pequeños hay menos probabilidades de que se produzcan peleas. Davis y yo nos sentamos solos a la misma mesa. El comedor está lleno de gente, pero lo que más se oye es el ruido que todos hacemos al comer. Davis y yo comemos sin hablar. Terminamos en menos de cinco minutos.

Estoy en la cola para devolver la bandeja cuando veo a Tom-Tom esperando a que le sirvan las crepes. Tiene un *gecko* encima de cada hombro y otro que le trepa por los botones de la camisa. Al ver esas cabecitas relucientes junto a la cara chupada y sin dientes de Tom-Tom me da un pinchazo en el pecho. Me pregunto si debería acercarme y decirle que me gustó lo que escribió. Aunque ya sea demasiado tarde. Aunque Holly no vaya a saberlo nunca.

Pero antes de que me dé tiempo a hacer nada, Tom-Tom se pone a caminar hacia mí. Se me acerca deprisa, pero estoy distraído y no me fijo. Me quedo donde estoy con la bandeja en las manos, y no me doy cuenta de lo que está a punto de suceder hasta que los demás empiezan a formar un corrillo a mi alrededor. Y entonces el tiempo se expande, se abre, y de repente me encuentro ante la mirada vacía de Tom-Tom mientras pienso: «¿Cómo es posible que se me haya pasado por alto? ¿Me habrán confundido los *geckos*?» En esas algo cambia repentinamente y me da la sensación de que yo ya lo sabía, como si todo eso ya hubiera sucedido. Como si lo hubiera estado esperando.

Tom-Tom me agarra por el cuello con un brazo y me clava una faca en la barriga, tan rápido que cuando ya lo ha hecho yo aún estoy sujetando la bandeja. Al cabo de un segundo, Davis se le lanza encima como un loco, como un tío que hace setecientas flexiones al día. Levanta a Tom-Tom por los aires y lo tira contra una mesa que hay tres metros más allá. Pero Tom-Tom tiene refuerzos: tres tíos de su celda que se ponen a pegarle puñetazos a Davis en los brazos y en la cabeza, hasta que los funcionarios los separan. Presencio la escena con un dolor cálido en la barriga. Aún llevo la faca clavada, intento arrancármela pero se resiste, de modo que la dejo donde está. Noto la sangre manándome a borbotones y me tapo la herida con las manos para detener la hemorragia. Entonces me echo al suelo porque estoy cansado y porque empiezan a oírse palabras y quiero escucharlas, quiero atraparlas. Cierro los ojos: «soplamos», «lameculos», «cachoperro», «meapilas» y «pintamonas», palabras que se arremolinan a mi alrededor como hojas cayendo de un árbol, como si yo fuera un niño tumbado boca arriba sobre la hierba y las viera caer: «jumbo», «joystick», «jingle», «manto», «santo», «Feliz Navidad» y «¿A quién le toca poner la estrella en el árbol? Este año le toca a Paulie. No, Paulie se ha ido a casa, sus padres han venido y se lo han llevado a casa, qué suerte tiene el cabrón, solo que no ha sido suerte, sino que se ha enderezado, ni más ni menos, ha hecho lo que tenía que hacer y no entiendo por qué a ti te cuesta tanto, Ray, por qué no puedes hacerlo tú también, a lo mejor simplemente es que eres malo. Sí a lo mejor soy malo o a lo mejor es que no quiero ir a casa, a lo mejor estar en casa es peor que esto...» Voces, oigo esas voces de otra época y me pregunto de dónde saldrán, porque no es posible que salgan de aquí, que

estén en este lugar. Y entonces veo a Davis con su radio junto a la ventana, girando los botones, intentando mejorar la recepción, y pienso: ¡Es verdad! ¡Tiene razón! ¡Su tecnología funciona! Davis me guiña el ojo y yo le devuelvo el guiño porque las oigo, ya lo creo que sí, ha pasado un huevo de tiempo pero reconocería esas voces donde fuera.

Danny se despertó a medianoche. Estaba solo en su habitación, y en el castillo reinaba el silencio. No tenía ni idea de qué hora era, ni de cuánto tiempo había estado durmiendo.

Salió de la cama y se acercó a la ventana. Había nubarrones, pero de vez en cuando asomaba la luna, redonda y reluciente como un proyector. Abajo, el jardín era negro.

Llevaba un buen rato junto a la ventana cuando se dio cuenta de que ya no le dolía la cabeza. El dolor había desaparecido como si se hubiera despojado de él y lo hubiera dejado encima de la cama con las sábanas sudadas. Se palpó, pensando que a lo mejor las vendas habrían desaparecido también, pero allí seguían, envolviéndole la mitad superior de la cabeza, algo húmedas aún. Sin embargo, Danny se sentía bien. Más que bien: se sentía fuerte, despejado y completamente despierto por primera vez desde que había llegado al castillo. ¿Cómo podía sentirse tan bien? ¿Era posible que después de tantas horas en la cama se le hubiera pasado finalmente el jet lag?

De hecho, Danny se sentía demasiado bien como para quedarse en aquella habitación. Necesitaba salir, estirar un poco las piernas bajo la luz de la luna.

Estuvo unos minutos buscando sus botas hasta que se acordó de que las había perdido. Se encontraban en la torre del homenaje, seguramente debajo de la ventana por la que se había caído. A falta de botas, se puso las sandalias. Le sentó bien notar el aire en los dedos de los pies.

Miró alrededor de la cama en busca del walkie-talkie, pero había desaparecido. Howard debía de habérselo llevado.

Las velas eléctricas del pasillo estaban encendidas. Danny no tenía idea de quién dormía en cada cuarto, ni de cuál era la puerta de salida, pero fue hacia la izquierda y al doblar la esquina del pasillo encontró una escalera curva que se parecía un montón a la que había bajado con Howard el primer día. Había una bombilla fluorescente en el rellano, pero a medida que Danny bajaba las escaleras, estas iban tragándose la luz. Por suerte, llevaba la linterna.

Al final resultó que no era la misma escalera. Howard lo había llevado por una que estaba medio reformada en la parte de abajo, y esta, en cambio, iba a dar a un lugar con varios palmos de basura acumulada: sacos de dormir podridos, montañas carbonizadas de antiguas hogueras, latas abolladas y colillas. A Danny le recordó los antros donde se chutaban los adictos al crack; en más de una ocasión había tenido que sacar de allí a su amigo Angus. Se abrió paso por entre la basura hasta llegar a una puerta que estaba bastante seguro que daba al exterior. Notó algo arrastrándose por

encima de sus pies descalzos y atisbó el brillo aceitoso de unos caparzones de insecto. ¡Mierda! Danny dio un puntapié y mandó varios bichos gordos volando por los aires antes de abrir la puerta y salir al jardín.

Su frescor lo envolvió. Respiró grandes bocanadas de aire que olían a flores. El viento soplaba de tal forma que parecía que lloviera y las nubes pasaban deprisa ante la luna resplandeciente. Había estado dentro de una torre: Danny inclinó la cabeza hacia atrás y vio la curva de la parte superior, con sus muescas cuadradas, recortándose contra el cielo.

Bajó la mirada, y sus pies eran como dos espectros blancos. Danny necesitaba sus botas, no cabía duda. Y las necesitaba inmediatamente.

Más allá del dosel de ramas y hojas que tenía encima de la cabeza, la torre del homenaje describía un voluminoso rectángulo negro en el cielo. En una de las ventanas más altas parpadeaba una luz naranja. Danny intentó moverse guiándose por esa luz, pero cada dos por tres algo se interponía en su camino: matorrales, ramas, rocas, parras. Las sandalias empeoraban su cojera, y notar todas las cosas que le rozaban los pies lo estaba volviendo loco. ¿Cómo era posible que en algún momento hubiera llevado sandalias? Era como ir descalzo.

Pero Danny se sentía bien. Demasiado bien, incluso. No porque no le gustara sentirse bien, ¿a quién no le gusta sentirse bien?, sino porque una parte de sí mismo no creía que pudiera sentirse tan bien. Era como si todo fuera demasiado fácil, y eso le provocaba una sensación angustiosa, flácida, en las entrañas, el tipo de sensación que (por muy bien que te sientas) te hace temer que está a punto de pasar algo malo.

Cuando finalmente llegó a la torre, Danny apoyó las manos en la piedra y avanzó a tientas hacia la cara que no daba al castillo, donde habían estado Mick y Ann. Y, mira tú por dónde, ¡encontró una de sus botas de la suerte tirada en el suelo, como si hubiera estado esperándolo! ¡Aquello era demasiado fácil! Danny la recogió, hundió la nariz en su interior y se empapó de su olor dulzón a piel. Desde que se las había comprado, hacía años, las dejaba siempre junto a la cama, de modo que lo último que olía antes de irse a dormir y lo primero que olía al despertarse era la piel de sus botas. Pensaba que el olor se iría desvaneciendo, pero no había sido así. Dieciocho años más tarde aún desprendían un fuerte olor a piel, y eso asombraba a Danny, hasta el punto de que a veces se preguntaba si no se lo estaría imaginando.

Se quitó la sandalia izquierda y metió el pie descalzo dentro de la bota. Eso quería decir que ahora su pierna derecha, la que se había lesionado, medía unos cinco centímetros menos que la izquierda, lo que lo obligaba a buscar la otra bota cojeando. Danny examinó cada centímetro cuadrado de suelo entre la base de la torre y el árbol junto al que habían estado Mick y Ann, e incluso se acercó a las esquinas del edificio e iluminó con la linterna lugares donde era imposible que la bota hubiera caído. Nada. Comprobó una y otra vez la posición de la ventana desde la que se había caído, para intentar determinar dónde podía haber ido a parar la bota, pero la quinta o sexta vez en que alzó la mirada vio algo raro en la ventana: una forma oscura, como un

gancho, que colgaba del alféizar. Enfocó con su diminuta linterna y escrutó la oscuridad.

Era increíble. Su bota derecha seguía ahí colgada.

Danny le lanzó una piedra, pero se le fue muy lejos. Volvió a probar suerte y a continuación lo intentó con una piedra más grande. Hizo un ruido hueco, como si le hubiera dado a la piel, pero la bota se quedó donde estaba. Cogió un palo largo, lo levantó y lo agitó. Danny oyó un golpe en el cristal y se quedó helado, esperando una lluvia de cristales rotos y los gritos furiosos de la baronesa. Pero no pasó nada. Al cerrar la ventana, la vieja debía de haber decidido dejar su bota ahí colgando. La muy rencorosa. Aunque también era posible que siendo tan bajita no hubiera alcanzado a verla. En cualquier caso, si tiraba una piedra lo bastante grande como para hacer caer la bota, se arriesgaba a romper el cristal, y eso haría salir a la baronesa. No, gracias. Tendría que volver al día siguiente, a la luz del día, con una escalera y un palo largo.

Danny se dejó la bota izquierda puesta y se alejó de la torre con la sandalia que le sobraba en la mano. Andar con cojera y con las piernas muy separadas no era nada divertido, pero si dejaba de intentar caminar con normalidad y se limitaba a cojear, aún se las podía apañar. Desde luego, nunca lo habría hecho delante de nadie.

Regresó al frondoso jardín. La luna estaba cubierta y el aire pesado amenazaba tormenta. El suelo estaba blando. Danny enfocó con la linterna y las ramas se enroscaron alrededor del haz de luz. Notó todo el peso y la masa del jardín a su alrededor, cargado de tanta materia viva pero al mismo tiempo vacío, muerto.

Tras unos minutos cojeando, Danny aminoró el paso. ¿Estaba regresando al castillo? Se sentía como si llevara varios meses allí. ¿A la torre, entonces? No mientras la baronesa se escondiera dentro. ¿A una de las murallas exteriores? Parecían todas demasiado lejanas e inaccesibles, y, además, ¿cómo diablos iba a encaramarse a ellas con una bota y una sandalia, por no hablar de su rodilla cascada?

Danny dejó de caminar. No había ningún sitio en el que quisiera estar. Esa constatación hizo que su sensación de bienestar empezara a hacer aguas.

En medio del repentino silencio que se hizo cuando dejó de andar, Danny oyó un chasquido entre unos arbustos cercanos. Se quedó inmóvil y aguzó el oído: el viento hacía crujir las ramas y se oían ruiditos que podían ser obra de pájaros o ratones. Pero de fondo, envolviéndolo todo, se oía otra cosa. Danny se movió de nuevo, y lo oyó moverse también. En el jardín había algo.

Notó un escalofrío en el pecho, como cuando el vapor se condensa. Miedo.

A Danny se le aceleró el corazón y la adrenalina le despejó los orificios nasales. Echó otra vez a andar, cojeando tan rápido como podía, mientras se preguntaba si debía quitarse la bota izquierda y volver a ponerse la sandalia. Pero no quería parar, ni tampoco desprenderse de su bota de la suerte.

En esas se acordó del estanque. Se encontraba en un claro, un espacio abierto donde podría ver qué, o mejor dicho quién, lo estaba siguiendo. Entonces podría enfrentarse a lo que fuera aquello. Pero también quería ir al estanque por otro motivo:

la antena parabólica estaba allí abajo, hundida. Y Danny quería estar cerca.

El simple hecho de tener un objetivo lo ayudó a conservar la calma. Avanzó cojeando hacia donde suponía que más o menos se encontraba el estanque. Intentaba hacer ruido al andar, para no tener que oír esa cosa, pero aun así la oía, la sentía avanzar por el jardín, tras él. Danny tuvo la horripilante sensación de estar viéndose a sí mismo: un tío cojo, con la cabeza vendada y el pie derecho lleno de dedos blancos que cualquiera podía agarrar, avanzando a tientas por un jardín marchito, en un castillo lleno de extraños, en un país que no sabía ni cómo se llamaba. Danny vio a un tío acabado y sin alternativas. Un tío que no tenía nada. ¿Qué pintaba allí, si no?

Otro escalofrío. Danny habló consigo mismo: Tienes que centrarte. Tienes. Que. Centrarte.

Porque así era como entraba la anaconda. Si te abrías a ese tipo de pensamientos, la anaconda penetraba en tu interior y empezaba a devorarlo todo hasta que no quedaba nada. De repente te veías a ti mismo como un tipo débil e impotente, y solo era cuestión de tiempo para que todo el mundo coincidiera en que eras así. Danny había visto cómo sucedía. La anaconda consumía a la gente tal como el tiempo había consumido aquel castillo: hundía el techo, desmoronaba las paredes y abría túneles debajo de las tablas del suelo, hasta que incluso un vestíbulo recién renovado, con puertas barnizadas y velas de imitación en las paredes, tenía miles de bichos arrastrándose apenas unas plantas más abajo.

Danny olió el estanque antes incluso de llegar. El viento arrastraba su olor putrefacto a través del seto de cipreses. Acarició el rostro de Danny y le revolvió el pelo, y él dejó de andar, fue automático. Se detuvo, notó aquel viento corrompido en la cara y oyó algo que se movía dentro de los cipreses, un sonido rasposo, correoso. El cuero cabelludo se le encogió y se le tensó debajo de las vendas, donde el cráneo aún estaba entumecido. El corazón le aporreaba las costillas. Se quedó muy quieto y notó un picor en el cuero cabelludo. Solo movía los ojos. No pensaba salir corriendo. «Está todo dentro de mi cabeza. Es solo la anaconda, que intenta entrar».

Danny se metió la mano en el bolsillo para coger el móvil. La necesidad de contactar con alguien era tan intensa que llegaba a negar las evidencias (como por ejemplo que no tenía móvil). Era una necesidad cerebral, que surgía del interior del cráneo de Danny pero no tenía adonde ir, nada a lo que aferrarse. Hundió los dedos en el bolsillo, con tanta fuerza que rasgó la tela. Pero allí no había ningún móvil. Eso hizo que su impulso se le volviera en contra y se abriera paso hacia su interior, donde volvió a despertar su dolor de cabeza.

Danny encontró un agujero en el seto de cipreses y se metió por él. Ahí estaba el estanque: redondo, inmóvil, negro. El Estanque de la Imaginación. En medio de la oscuridad uno jamás habría dicho que aquella negrura salía de sus aguas. El viento soplaba con fuerza y las hojas se arremolinaban sobre el suelo de mármol. El mármol blanco retenía la luz procedente de alguna parte, a lo mejor del cielo, y proyectaba alrededor del estanque un fulgor similar al que se observa justo después de una

nevada. Danny dio lentamente la vuelta a aquel espacio abierto, mirando en todas direcciones. Allí no había nadie más. Notó como se le calmaba el corazón.

Se le ralentizó el flujo sanguíneo y se mareó, se sentía aliviado de no estar asustado y, más aún, de saber que se había asustado por nada. Aunque Danny no las tenía todas consigo: la anaconda aún intentaba abrirse paso en su interior, era evidente. Conocía perfectamente los síntomas. Cuando eras vulnerable a la anaconda, debías tomar precauciones, guardar unos cuantos hechos cruciales en una fortaleza donde la anaconda no pudiera alcanzarlos si finalmente lograba entrar. Hasta entonces Danny siempre había creído que su corazón era una fortaleza, pero ahora tenía una expresión mejor: torre del homenaje. Su propia torre, una torre interior, donde sus tesoros estarían a salvo en caso de que alguien invadiera el castillo. ¿Qué debía meter Danny en su torre? Le pasaron un montón de cosas por la cabeza, un vendaval de cosas correspondientes a dieciocho años de amistades, ligues, momentos triunfales, personas poderosas para las que había actuado como mano derecha, pero si le hubieran preguntado qué era lo único de lo que no podía prescindir, Danny habría contestado que solo había una cosa: Martha Mueller. Y el hecho de que ella lo quisiera. Se imaginó a sí mismo sosteniendo aquel hecho entre las manos como si se tratara de un ser vivo, metiéndolo en una caja dentro de sus costillas y precintándolo. Y entonces el miedo lo abandonó de inmediato. Se sentía seguro. Débil, hecho polvo, pero seguro. Mientras Martha estuviera en la torre, la anaconda no podría ganar.

Danny tenía que sentarse. Eso ya no era jet lag, era... ¿qué era? El golpe en la cabeza, tal vez. La cojera. Se acercó al estanque y se dejó caer en el mismo banco donde se había sentado unas horas antes. Dirigió la mirada al agua. Las partes limpias tenían un brillo plateado, reflejo del cielo, o tal vez del mármol; las partes sucias también desprendían ese brillo plateado, pero con una textura como de alfombra mugrienta. Danny contempló el agua respirando a pleno pulmón. Hubo un destello de luz en el cielo, un trueno lejano. Y entonces el agua se movió.

Se agitó, pero no con ondulaciones pequeñas, como las que puede provocar una piedra o un pez: aquellas ondas correspondían a algo grande.

De repente surgió una ola de debajo del lodo; rompió contra el borde de mármol blanco del estanque con un lengüetazo que proyectó una bocanada de pestilencia por los aires. A Danny se le volvió a erizar el cuero cabelludo y se le tensaron los puntos, o las grapas, o lo que le hubieran puesto. Notó como se le ponía el pelo de punta.

Se había hecho el silencio. No se oían ni insectos, ni viento, ni el crujir de las hojas. Como si se hubiera producido una pausa. Como si alguien contuviera el aliento.

Y entonces Danny vio las figuras. A lo mejor habían estado ahí desde el principio, pero como estaba distraído contemplando el agua no se había percatado de su presencia. Eran dos. Resultaba difícil decir si eran luz o sombra: parecían un poco las dos cosas, como si estuviera viendo un negativo. Al principio estaban separadas, pero poco a poco fueron juntándose en el borde del estanque, hasta que llegó un momento

en que ya era imposible distinguirlas. Y entonces el agua se arremolinó en una gran ola apestosa.

Danny quería levantarse, y de hecho lo dijo en voz alta: Levántate, joder. Pero no podía moverse. El corazón le latía tan deprisa que creía que iba a vomitar.

¿Estaba viendo a los gemelos? ¿Los estaba viendo morir? Fuera lo que fuera, se trataba de algo violento, como si una persona empujara a otra persona. O como si alguien las empujara a las dos.

Separados. Juntos. Un empujón. Una gran ola que agita el agua y choca contra el mármol. Cada salpicadura un poco mayor que la anterior.

«Corre», dijo una voz en el interior de Danny. «¡Sal de aquí!».

Danny: No pienso correr. Yo no corro nunca. No tengo miedo. Pero el corazón le latía a cien por hora y se notaba el pecho lleno de hielo.

El agua del estanque había empezado a agitarse. Temblaba y vibraba, formando pequeñas ondulaciones, como si estuviera saliendo algo enorme de las profundidades.

Danny se levantó. «Esto no puede ser real. No es real. No me creo que esté pasando.» Ante sus ojos, el agua había empezado a abrirse y en la superficie se estaba formando un agujero como una boca, un túnel o una tumba, una fosa oscura que hizo que a Danny le subiera un hilillo de vómito hasta la garganta. «Esto no es real, estoy alucinando. Todo está dentro de mi cabeza, no tengo de qué asustarme.» Pero por debajo, otra voz, descarnada y aterrorizada, decía: «No quiero verlo. ¡Corre, corre!».

El agujero se fue haciendo más y más profundo, ensanchándose hasta ocupar el estanque entero, era una abertura redonda y negra que parecía hundirse hasta el núcleo líquido del centro de la tierra. Del interior del agujero salía un sonido; en un primer momento Danny casi no lo oyó, porque era como cuando te zumban los oídos, pero el pitido fue subiendo de intensidad hasta convertirse en un rugido, un aullido y un grito, un estruendo horrible que llenó los oídos de Danny hasta inundarlos, hasta que ya no pudo oír nada más. Y en aquel preciso instante le vinieron a la mente las palabras «sueño absorbente» y «sueño envolvente». De pronto comprendió lo que pasaba, y la constatación le provocó una sacudida que le recorrió todo el cuerpo. «¡No estoy despierto! ¡Todo es un sueño! Llevo todo el rato soñando. El sueño absorbente se ha apoderado de mí y me muestra todas estas cosas que parecen reales pero que no son más que un sueño; todo está dentro de mi cabeza».

Sí, pero ¿qué es real?, le preguntó al oído una voz conocida y, al mismo tiempo, ajena a él, al estanque y a todo lo demás. Estás teniendo una experiencia, ¿no?, siguió diciendo la voz. La estás viviendo ahora mismo, ¿no?

Danny notó un olor a menta que pronto impregnó el aire alrededor del estanque. A Danny le picaron los ojos y de repente se dio cuenta de que aquella voz nueva era la voz de Howard. ¡Howard estaba ahí! Estaba cerca, a pocos centímetros, y eso significaba que Danny no estaba ahí: seguía tumbado en su cama, y Howard estaba sentado en la butaca, como antes. Danny no había salido al exterior, ni siquiera se había movido. Estaba soñando.

Cerró los ojos para acallar el rugido del estanque, que no era real. Se concentró en la voz de Howard y en su aliento mentolado, que cubrían la piel del sueño absorbente. Sintió que estaba a punto de echarse a llorar.

Danny: Ayúdame, Howard. Estoy hecho mierda.

Que no, que estás bien. Tú aguanta.

Danny: Tengo miedo.

No te avergüences por ello. Todos tenemos miedo de vez en cuando.

Despiértame, por favor. Por favor.

No puedo, Danny.

Danny oyó algo que sonaba como una carcajada, a lo mejor quienes se reían eran otros. ¿Serían los estudiantes? ¿Estaban todos juntos en la habitación?

Danny: Por favor, Howard. Tiene que haber alguna manera. Dame un bofetón, pégame una patada y mándame a la otra punta del cuarto. Me da igual, pero despiértame de una puta vez.

Más jolgorio. Definitivamente era gente riéndose, también Howard. No he pillado lo último que has dicho, Danny. ¿Lo puedes repetir?

Danny estaba apretando los dientes con fuerza. Por favor. Despiértame.

Ay, no puedo, colega. Es demasiado divertido.

¿Perdón?

Me lo estoy pasando bomba. Cuéntame qué se siente, Danny. Cuéntamelo todo. ¿Qué se siente cuando estás muerto de miedo y nadie te puede ayudar?

El escalofrío le sacudió todo el cuerpo como una descarga, un acceso de miedo como el que había experimentado en el jardín: algo malo que lo envolvía, que se cernía sobre él. Y Danny sabía qué era: Howard.

Era todo por Howard.

Por favor, susurró Danny, con los ojos cerrados. Ayúdame.

¿Quieres que te ayude? Más risas. Vamos, colega. Soy buen tío, pero no tanto.

Por favor.

El olor a menta se intensificó, Howard debía de haberse inclinado sobre él. Danny percibió el calor que desprendía la piel de su primo. Le cayeron unas gotas de sudor de alguien en las mejillas y en los párpados. La voz de Howard parecía provenir del interior del oído de Danny.

¿Tienes miedo? ¿Quieres que te ayude? Eso es mucho pedir, egoísta de mierda. Hijo de la gran puta.

Danny chilló y abrió los ojos. Estaba junto al estanque. Aquello era de nuevo un estanque, y miles de gotas de lluvia caían sobre su superficie. A Danny la lluvia le resbalaba por el pelo y le corría por la cara. Que las cosas hubieran vuelto a la normalidad despertó su parte racional, que llevaba un rato aparcada, neutralizada por el miedo: «Todo ha sido un sueño, incluso Howard formaba parte del sueño. La realidad es esto: la lluvia, el estanque. Esto y nada más».

Entonces se oyó un trueno, y un relámpago rasgó el cielo, y el terror atenazó otra

vez a Danny. Echó a correr, atravesó a ciegas el seto de cipreses y se metió entre la maleza, dando tumbos mientras las ramas se partían a su paso y él se arañaba la cara y se rasguñaba la piel. Tropezó con una raíz y se cayó de bruces; notó un sabor metálico, a tierra, en la boca. Ahora diluviaba sobre Danny, y las vendas se le empaparon hasta que pesaron tanto que le cayeron sobre los ojos y la nariz, y le dificultaron la respiración. Pero Danny seguía corriendo, aunque correr no tuviera ya ningún sentido. Eso era lo único en lo que coincidían todas las partes de su ser, en que correr no tenía ningún sentido, pero estaba demasiado asustado como para detenerse. Dentro de la cabeza de Danny se estaba produciendo un motín, y su parte racional intentaba aplacarlo de una forma que muchos de nosotros reconoceríamos, solo que en su caso no se produjo tal como lo voy a describir, paso por paso, como si fuera una conversación. Dentro de la cabeza de Danny había un nudo, una confusión, era el caos:

Me ha traído aquí para torturarme. Para castigarme.

No te lo creas. Eso lo dice la anaconda.

Me ha odiado toda su vida.

Estás dejando que entre la anaconda. ¡No lo hagas!

Quiere que me muera.

Ciérrale las puertas. Si le plantas cara aún podrás mantenerla a raya.

Quiere que pierda la cabeza. Es todo una trampa para hacerme perder la cabeza.

Chorradas. Chorradas. La estás perdiendo tú solo, te estás machacando a ti mismo.

Desde el principio todo ha sido obra suya. A lo mejor cuando me caí por la ventana..., también fue él.

¡Venga ya! Eso es imposible, y lo sabes.

Y ahora tengo el cerebro estropeado, no me funciona. Por el sueño absorbente o el sueño envolvente.

Es por la anaconda.

Los estudiantes también están metidos en esto.

La anaconda.

Mick y Ann... Todos quieren acabar conmigo.

Estás llamando a la anaconda, arrastrándola hacia ti.

Lo has decidido tú, estás haciendo que suceda.

Tengo que largarme de aquí. Lejos de este castillo.

Eso no solucionará nada.

Me largaré corriendo. Tomaré un avión de vuelta a Nueva York. Lo único que puedo hacer hasta entonces es intentar sobrevivir.

No puedes ir a ninguna parte. Tienes la anaconda en tu interior, Danny. Está dentro de ti.

¡Socorro!

Socórrete tú mismo.

¡Socorro! ¡Socorro! Danny dijo esto gritando, y su voz retumbó en mitad de la noche mientras avanzaba a trompicones hacia el castillo, bajo la lluvia.

Danny escaló una muralla derruida, la misma que había escalado desde el exterior para contemplar la vista la primera noche que había pasado allí. Evidentemente, no era la mejor forma de salir del castillo, pero encontrar otra implicaba preguntarle a alguien, y Danny no quería por nada del mundo que Howard se enterara de que se estaba largando.

Había dejado la mayor parte de sus pertenencias. Llevarse las habría retrasado su partida, por no mencionar que se habrían notado mucho sus intenciones. Cuando salió por la puerta de su habitación al día siguiente, su ropa seguía en el gran tocador medieval y la Samsonite, vacía, en el armario. Danny se llevó tan solo un bolso en bandolera con tres pares de calzoncillos, dos camisetas de recambio, desodorante, cepillo y pasta de dientes, espuma para el pelo (una decisión optimista, pues aún tenía la cabeza vendada) y calcetines. En el bolsillo de la chaqueta llevaba el pasaporte, trescientos dólares y una tarjeta de crédito operativa en la que le quedaban unos quinientos dólares más. No sabía cómo, pero aquello tenía que bastarle para volver a Nueva York.

Llegados a este punto debo rebobinar un poco, pues han pasado varias horas desde que dejamos a Danny bajo la lluvia, en el jardín, y alguien estará preguntándose: (1) ¿Había llegado a salir del castillo, o bien todo era un sueño? (2) ¿Ha visto a Howard desde que volvió (o soñó que volvía) al castillo? (3) ¿Qué parte de Danny ganó la discusión, la que culpaba de todo a Howard o la que culpaba a la anaconda? Me encantaría saber apuntar la información aquí y allá de modo que el lector conociera las respuestas sin ni siquiera ser consciente de ello, pero no sé hacerlo. Así pues, me limitaré a introducirlas cuando me parezca apropiado.

Danny atravesó el pasillo entre las hileras de velas eléctricas. Intentaba caminar sin cojear [*Respuesta número 1*: No todo había sido un sueño, porque el único calzado que tenía Danny era una bota izquierda y una sandalia derecha (debía de haber perdido la otra mientras corría), y eso significaba que había salido del castillo y que no había estado todo el rato en la cama. También significaba que Howard no había estado sentado junto a la cama de Danny susurrándole comentarios desagradables al oído. Sin embargo, para Danny descubrir todo eso no cambió mucho las cosas. Fue como cuando sueñas que te tiras a alguien y al día siguiente no puedes mirar a esa persona a los ojos: de repente Danny veía a Howard bajo una luz distinta. Eso le permitió comprender algo de lo que debería haberse percatado de buen principio: que la amabilidad de Howard y sus motivos para llevar a Danny hasta allí eran demasiado buenos para ser reales; que eran una trola, vamos, una cortina de

humo para ocultar otra cosa], por si alguien lo veía, aunque era mediodía y faltaba ya muy poco para que todo el mundo fuera al salón principal a comer lo que Howard llevaba toda la mañana cocinando, algo con tomate y un montón de ajo. Olía increíblemente bien.

Danny pasó junto a un gran espejo dorado, pero evitó mirarse en él. Llevaba un calcetín bajo la sandalia para que nada le tocara los dedos del pie, pero detestaba cómo quedaban las sandalias con calcetines y se había formado una opinión bastante sólida sobre los pringados que llevaban sandalias con calcetines, así que no tenía ningunas ganas de ver que se había convertido en uno de esos pringados. Eso por no mencionar el aspecto que debía de tener del cuello para arriba. Danny sabía que no era muy bueno por la cara que había puesto Howard. *[Respuesta número 2: Aquella mañana, a eso de las seis, Howard se había presentado en su habitación con el barbudo aquel que le había puesto una inyección el día antes. Howard le sonrió a Danny (que estaba tendido en la cama pero totalmente despierto) desde la puerta, pero la sonrisa se le heló en los labios y se acercó apresuradamente a la cama.*

Howard: ¿Qué coño ha pasado aquí?

Danny: Nada.

Howard: Tienes la cara llena de rasguños.

Si Danny no hubiera sabido lo que sabía (que Howard lo había llevado hasta allí solo para hacerle perder la cabeza), se habría tragado toda aquella comedia, pues era estupenda. Una interpretación sublime de alguien preocupado. *[Respuesta número 3, perdón por colarla de esta forma en medio de la número 2, pero es que es aquí donde encaja: las voces que Danny tenía dentro de la cabeza seguían intentando dirimir quién era el verdadero enemigo, si Howard o la anaconda. El debate discurría así:*

Howard.

La anaconda.

Howard.

La anaconda.

Hasta que a Danny le entró una especie de frenesí y las voces empezaron a mezclarse: Howard La anaconda HowardLa anaconda Howard La anaconda y finalmente: HowardlaanacondaHowardlaanacondaHowardlaanaconda. Y ese amasijo de palabras le dio la respuesta. El bucle cesó de golpe: no se trataba de si era Howard o la anaconda; Howard era la anaconda. No eran contrarios, sino la misma cosa, un ser malvado y terrorífico que lo había estado esperando todos aquellos años hasta dar con él. Y Danny lo había notado. Todo ese tiempo había sentido que lo estaba esperando, incluso le había puesto un nombre, sin saber en ningún momento quién era.)

Danny: No podía dormir, así que he salido a tomar el aire.

Howard: ¿Que has salido? ¿Estás loco, Danny? ¿No te he contado qué tipo de...?

Se calló de golpe. Respiró hondo y se pasó las manos por el pelo. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz queda y cabreada: Sabía que debía quedarme a dormir aquí.

Lo sabía. Fíjese, doctor, mírelo. Ha salido por la noche a tomar el aire, y mire lo que le ha pasado.

Danny: Relájate, Howard. No son más que unos rasguños.

Howard se quedó mirándolo con los ojos como platos. No lo entiendes, Danny. No debo haberme explicado bien. Sufres un..., bah, a la mierda. Se dejó caer en la butaca que había junto a la cama de Danny.

El médico se acercó a Danny y le sujetó la cabeza entre sus manos, pequeñas y frías.

Howard: Ha venido a cambiarte las vendas. Que están hechas un asco, por cierto.

Danny: Es que se puso a llover.

Howard meneó la cabeza. El médico se puso manos a la obra de inmediato. Con ayuda de unas pinzas le quitó las vendas, que soltaron una mezcla de agua, sangre y pus. Howard se acercó y observó atentamente cada movimiento. A juzgar por la expresión del médico, aquello no tenía muy buen aspecto.

Howard: ¿Está... bien?

El médico dijo algo, pero Danny no lo entendió. Howard señaló la cabeza de Danny y, hablando más fuerte, repitió: ¿Está bien, doctor? ¿Es normal que tenga ese..., ese aspecto?

Médico: *Ja, ja*. Está bien.

El médico apretó un tubito de donde salió una especie de unguento, le puso un poco en la coronilla y a continuación lo esparció con los dedos. Danny notó la presión de las manos del médico en el cráneo, pero no en el cuero cabelludo. Estaba demasiado entumecido. Finalmente el médico le puso un vendaje nuevo. Por lo que fuera, a partir de ese momento le dolió menos.] Se suponía que uno de los estudiantes debía llevarle la comida a Danny, de modo que disponía de una hora, o tal vez más, antes de que alguien se diera cuenta de que había desaparecido, y de otra más hasta que llegaran a la conclusión de que se había marchado del castillo. Tenía tiempo de sobra, pero aun así Danny caminaba tan rápido como podía, intentando no tropezar. La única ventaja era que Howard no sabía que le había visto el plumero, y Danny debía aprovecharla. Salió al jardín y, pegado a la cara interior de la muralla, se dirigió al tramo derruido que ya había escalado antes, trepó hasta arriba del todo y resiguió la muralla de vuelta hacia la parte delantera del castillo, desde donde divisó un camino que supuestamente conducía al pueblo. La fuga le había proporcionado nuevas energías. Se sentía rápido de mente y tenía el miedo bajo control. La anaconda había penetrado en su interior, no cabía la menor duda, pero Martha estaba a salvo en la torre del homenaje. Cuando pensaba en ella, Danny notaba un calor junto al corazón.

El descenso resultó ser más largo y pronunciado de lo que recordaba. Danny lo emprendió sumido en una especie de trance y finalmente notó que había adoquines bajo sus pies. Cuando se volvió, el castillo estaba ya a cuatro o cinco kilómetros de distancia. No le había parecido ni mucho menos que hubiera caminado tanto.

Recordaba el pueblo como un lugar gris, pero mientras se dirigía a la plaza mayor

lo deslumbró el brillo que desprendía todo: tejados rojos, árboles frondosos, niños con ropa a rayas y que correteaban de aquí para allá, perros que parecían recién salidos de un baño de espuma. Montes cristalinos, cielo azul. El castillo estaba en la colina más alta, dorado bajo la luz del sol.

Danny tenía un objetivo: un billete de vuelta a Praga en el mismo tren de montaña que lo había llevado hasta allí. Tenía también un objetivo secundario, opcional (si encontraba una agencia de viajes): un billete de avión a Nueva York. Intentó no pensar en lo insensato que había sido al aceptar el billete solo de ida que le había ofrecido Howard. Solo con eso debería haberle bastado para calarlo.

La plaza estaba rodeada por varios bancos rojos, y sentado en uno de ellos había un anciano con un mono en brazos. Danny se sentó a su lado. El mono era pequeño y tenía un pelaje suave y claro. Su carita marrón rosado estaba a medio camino entre la de un viejo y la de un recién nacido. El propietario del mono se volvió hacia Danny y le ofreció una avellana. Danny le sonrió y la rechazó, pero el hombre le devolvió la sonrisa y se la volvió a ofrecer, hasta que Danny comprendió que lo que quería era que se la diera al mono. Avergonzado, cogió la avellana y se la dio al animal, que la agarró con sus dedos largos y reseco, y empezó a darle vueltas despacio. Finalmente agachó la cabeza y empezó a comérsela a pequeños bocados, con sus ojillos redondos y negros fijos en Danny. La cara del mono transmitía más emociones que la de un humano: curiosidad, compasión y cansancio, como si ya hubiera visto demasiadas cosas. Danny tuvo que apartar la vista.

En la plaza había ocho o nueve chavales dándole patadas a un balón. Jugaban de maravilla, incluso los más pequeños. Danny no guardaba un recuerdo particularmente bueno de cuando jugaba al fútbol, pero a veces aún pensaba en aquella época: el olor de la hierba aplastada o el aspecto que tenía el cielo mientras volvía a casa después de entrenar, una franja de óxido encima de las casas a la que seguía un fulgor azul de neón que se iba apagando con un fundido a negro. Volver a casa de noche lo hacía sentirse casi como un adulto, saborear la vida adulta. Echando la vista atrás, aquella parecía una de las mejores cosas de ser un niño.

Danny notó como se apoderaba de él una especie de pesadumbre. Se despidió del dueño del mono y se levantó del banco. Enfiló uno de los callejones que se encaramaban a la montaña. En cada escaparate había algo apetecible: pescado, pan, vino. Todo tenía un aspecto limpio y pulcro hasta extremos anormales, como si aquel día se celebrara algo. Danny le preguntó a una florista dónde estaba la estación de tren, pero la mujer sonrió y negó con la cabeza: no entendía. Señaló calle arriba, donde había una tienda con un reloj de madera colgando de un gancho en la fachada. *Inglee, inglee*, dijo la mujer, sin dejar de sonreír.

Danny también sonrió. Vale. Perfecto. Gracias.

La tienda era fría y polvorienta y olía a relojes. Se oía un tenue tictac de fondo, que en realidad no era uno solo, sino miles de tictacs superpuestos. Un tipo con el pelo canoso, grasiento y repeinado hacia atrás le sonrió desde una mesa cubierta de

pequeñas piezas de relojería. Danny le devolvió la sonrisa. Empezaba a dolerle la cara de tanto sonreír.

Danny: ¿Habla usted inglés?

Relojero: Un poco.

Fantástico. Estoy buscando la estación de tren.

Aquí no tren. Pueblo vecino. A continuación el hombre se llenó la boca pronunciando un nombre que sonó más o menos como «Has-cronch».

Danny: No, no, un momento. Yo llegué en tren aquí, a este pueblo, hace unos días. O sea que tiene que haber una estación de tren.

El hombre sonrió: Aquí no tren. Tren en Has-cronch.

Danny se lo quedó mirando. ¿Era posible que no estuviera en el mismo pueblo al que había llegado? ¿Que hubiera dos pueblos cerca del castillo?

Danny: ¿Y puedo ir andando hasta Has-cronch?

El hombre escrutó a Danny un momento. ¿Andando? Demasiado lejos, creo.

Vale, dijo Danny. Así pues, estaba en otro pueblo. Tenía todo el sentido, porque lo que veía no se parecía en nada al lugar donde había estado esperando el autobús. Había terminado en el pueblo bonito en vez de en el pueblo de mierda, el único problema era que el tren solo paraba en el de mierda.

Danny: ¿Y en autobús? ¿Puedo ir en autobús hasta Has-cronch? ¿O hasta Praga? Eso sería lo mejor.

Praga no. Autobús a Has-cronch sí, claro. El hombre se acercó a uno de los aproximadamente cincuenta relojes que colgaban de la pared y movió las manecillas hasta que indicaron las 8:00.

Danny: ¿De la tarde?

No. El hombre hizo un gesto circular con la mano.

¿Mañana? ¿Hay un solo autobús en todo el día?

Un solo autobús.

A las ocho de la mañana.

Sí. Las ocho.

No a las ocho de la tarde...

No.

¡Pero eso es absurdo! ¿Se puede saber qué coño le pasa aquí a la peña? Su voz retumbó en las paredes de la pequeña relojería, y Danny se calló de golpe. Parecía un pirado. Pero el relojero ni se inmutó, seguía mirándolo con una sonrisa en los labios. En el silencio de la tienda, Danny empezó a ponerse histérico con aquel tictac; era como si estuviera a punto de estallar una bomba.

Relojero: La gente de Has-cronch no gusta a nosotros. Y ellos no... El hombre se señaló el pecho.

Danny: A ellos no les gustáis vosotros. ¿Los dos pueblos no os gustáis mutuamente?

¡Sí! ¡Jeje! ¡No gustamos, jeje!

Vale. Danny cerró los ojos. Muy bien. ¿Y qué me dice de...? ¿Hay alguna agencia de viajes por aquí? ¿Me entiende? ¿Una agencia de viajes? Una ¡agencia!... ¡de viajes! Estaba gritando otra vez, no podía evitarlo. El relojero seguía sonriendo, pero Danny detectó una vibración de inquietud bajo su sonrisa. Aquel tipo le tenía miedo. ¡Le tenía miedo a Danny! Qué fuerte...

De pronto el hombre asintió como si lo acabara de entender y se levantó. Agarró a Danny del brazo, lo acompañó hasta la puerta y señaló calle arriba. Danny caminó en esa dirección, pero no encontró nada que se pareciera a una agencia de viajes. El tipo se lo había quitado de encima. La calle terminaba en una curva; Danny la tomó y al cabo de un momento estaba de nuevo en la plaza. Enfiló otra calle, pero unos minutos más tarde, ¡zas!, volvía a estar en la plaza. Lo intentó con varias calles más, pero cada vez le sucedió lo mismo.

En esas Danny vio un globo terráqueo de madera colgando de un gancho delante de una tienda y se acercó a la carrera pensando: Bingo, una agencia de viajes. Pero era un anticuario. Ni siquiera se tomó la molestia de entrar, tan solo miró a través del escaparate y vio un enorme objeto de madera con flechas que debía de haber sido un arco. Mientras estaba ahí mirando, la luz incidió en el escaparate de tal forma que Danny vio su reflejo en el cristal: la cabeza vendada, los zapatos desparejados y la cara destrozada, como si alguien lo hubiera zurrado con un bate de béisbol y luego lo hubiera arañado con un tenedor. Era una imagen horrible, dolía solo de verla, pero Danny no podía apartar los ojos de ella. ¿Quién era ese tío? Parecía un desequilibrado, una persona que era preferible que no anduviera suelta, un tipo al que Danny evitaría por la calle. En cambio, si se concentraba en lo que había detrás del cristal (unos enormes cuchillos de caza antiguos, con el mango de marfil), la imagen desaparecía.

Debía de ser la hora de la siesta o algo así, porque las calles estaban empezando a vaciarse. Danny volvió a la plaza. El tipo del mono se había ido. Danny se sentó en el banco vacío y contempló el castillo, que proyectaba una sombra negra sobre la colina. Se sentía confuso y cabreado: según sus planes, a esas horas ya debería haber estado marchándose de la ciudad, o al menos esperando en la estación de tren con el billete en la mano. Y en cambio estaba allí, contemplando el castillo de Howard, y no tenía ni puñetera idea de qué hacer. Se acordó de lo que había dicho la baronesa: «El pueblo y el castillo llevan cientos de años compartiendo la misma suerte.» Mientras Danny permaneciera en el pueblo, estaría en manos de Howard. Y, mira tú por dónde, parecía que no tenía forma de marcharse.

Algo se movió en las entrañas de Danny: la anaconda, devorándolo todo. ¿Qué alcance tendría el catalejo que había en la ventana de la cocina del castillo? ¿Era posible que en aquellos momentos Howard estuviera viendo como Danny intentaba huir y fracasaba? Se le heló la sangre. Danny echó un vistazo a su alrededor, la plaza con sus tiendas perfectas, las salchichas que colgaban en los escaparates, la cafetería con sus parasoles azules desplegados, y se preguntó si algo de todo eso sería real.

¿Era posible que Howard lo hubiera montado todo solo para distraerlo, para darle otra vuelta de tuerca al jueguecito de ver a Danny debatiéndose de un lugar a otro sin llegar nunca a ninguna parte?

En cuanto se le ocurrió aquella idea, a Danny le pareció obvio hasta la estupidez que todo en aquel pueblo era falso: las botellas de refrescos de colores demasiado brillantes en el carrito de un vendedor ambulante, las flores metidas en cajas, la forma en que le sonreía todo el mundo. Danny se levantó. Notaba otra vez las frías tenazas del miedo, pero, a diferencia de la noche anterior, ahora su cerebro estaba calmado y había empezado ya a urdir un plan. Porque Danny era un luchador. Y eso era lo que nadie (en particular su padre) parecía haber comprendido nunca. No tenía intención de rendirse sin luchar.

Danny dio media vuelta y enfiló de nuevo el camino por el que acababa de bajar. Saber que el pueblo era falso hizo que se sintiera vivo por primera vez. Finalmente, todos aquellos detalles perfectos cobraban algo de sentido.

Cuando Danny volvió a pasar por delante del anticuario con el globo terráqueo colgando de la fachada, había una mujer bajando el toldo de la tienda.

Danny: ¿Está cerrado? Querría comprar algo.

La mujer sonrió y abrió la puerta. Tenía los dientes salidos, los labios pintados de rojo y el pelo negro y reluciente. Danny le devolvió la sonrisa. O sea que hablaba inglés, o por lo menos lo entendía. A lo mejor lo entendían todos. Joder, a lo mejor eran todos estadounidenses y fingían hablar con acento.

Dentro de la tienda, Danny rodeó el arco que había visto a través del escaparate y señaló un mapa enmarcado que colgaba en lo alto de la pared, demasiado arriba como para alcanzarlo. Bingo: la mujer fue a la trastienda y dejó a solas a Danny, que aprovechó para acercarse a la ventana y mangar uno de los cuchillos de caza que había visto al otro lado de su horrible reflejo. Apenas tardó un segundo. Se lo metió en el bolsillo interior de la chaqueta.

Era muy pesado. Notó como el cuchillo tiraba de la tela que le cubría el hombro izquierdo, y aquella sensación lo calmó como lo calmaba a veces oír su propio pulso. Tenía la hoja justo encima del corazón.

La mujer volvió con una escalera de mano y se subió a ella. Cuando se estiró para coger el mapa, sus piernas delgadas temblaron sobre los zapatos de tacón. Y aunque sabía que hacía comedia, que trabajaba para Howard, Danny le sujetó la escalera.

La mujer descolgó el mapa y se lo pasó a Danny. Era demasiado grande como para colocárselo debajo del brazo, de modo que Danny tuvo que extender los dos brazos. En cuanto lo vio, reconoció la torre del homenaje: era un mapa del castillo de Howard y los montes de alrededor. En el mapa había dos pueblos, uno de los cuales debía de ser aquel; por lo menos la iglesia parecía la misma. El otro debía de ser Has-cronch.

Danny pagó por el mapa con un billete de cien. Ya podía ir despidiéndose del pasaje de avión. Aunque en realidad había sido así desde un buen principio: estaba atrapado. Era prisionero de Howard. Casi resultaba reconfortante admitirlo.

Al salir de la tienda, Danny encontró el pueblo en silencio. Caminó despacio de vuelta a la plaza, sujetando el mapa enmarcado ante sí, como si fuera un escudo. En la plaza ya solo quedaba un futbolista, uno de los chicos más mayores, que seguía practicando el juego de piernas. El chico miró a Danny y apartó la mirada; era la primera persona del pueblo que lo había mirado sin sonreírle.

Era lo que pasaba con los niños, que no sabían fingir.

Danny cerró los ojos y aguzó el oído mientras el chaval le daba al balón: era capaz de imaginar sus movimientos solo por los ruidos que hacía el balón en la plaza. Eso da una idea de lo buen jugador que había sido Danny en su día.

Cuando abrió los ojos habían pasado varias horas. Danny lo sabía por la luz, por el modo en que incidía oblicuamente sobre las montañas, anaranjada y densa como si fuera una pintura. El pueblo estaba ahora aún más lleno de gente que cuando había llegado. Las sillas de la cafetería estaban llenas de ancianas con perritos en el regazo. Había chicas con vestidos de colores y un hombre que vendía globos unidos a un palo. Todo tenía unos colores vivísimos, como la ilustración de un libro infantil que tu mamá señala mientras va preguntando: ¿Dónde está el perro? ¿Y el policía? ¿Y las manzanas?

Había alguien más sentado en el mismo banco. Danny volvió la cabeza y se incorporó. Era Mick.

Mick (sonriendo): Buenos días.

Danny: La Virgen.

Mick: Howard me ha pedido que bajara a buscarte.

A Danny le sorprendió que Mick lo admitiera así, sin más. ¿Le preocupaba que no supiera encontrar el camino de vuelta? Le salió sarcástico, burlón.

Mick: Creo que no sabe a qué atenerse contigo. Estás revelándote como una gran incógnita, admítelo. Entonces se rió. Bueno, a Howard ya le viene bien. Lo mantiene alerta.

Danny: Sí, bueno, también él me mantiene a mí alerta.

Se hizo el silencio. Danny no tenía intención de revelar nada. Mick era la mano derecha de su enemigo, y eso significaba que era aún más peligroso que Howard. Danny lo sabía muy bien.

Mick: ¿Qué te parece el pueblo?

Danny: Muy bonito.

Siempre me ha gustado bajar aquí. Me ayuda a aclararme las ideas.

Danny aguardó un momento y entonces preguntó: ¿Desde cuándo conoces a mi primo?

Desde que teníamos catorce años, lo conocí en el reformatorio.

Tenía tanta lógica que a Danny le pareció que ya lo sabía pero que se le había olvidado.

Danny: ¿Qué hacías allí?

Mick se volvió hacia él. Éramos malos. ¿Por qué otro motivo terminas en un reformatorio?

Pero te enmendaste.

Mick se rió entre dientes. Howard se enmendó. Yo envejecí. Danny nunca lo había visto tan relajado como en aquel momento, sentado junto a él en aquel pueblo de cartón piedra. Danny se preguntó por qué sería.

Mick: Lo que pasa es que le debo a tu primo un montón de cosas.

Seguro que él también te debe cosas a ti.

Mick: Intento equilibrar la balanza, pero cada vez estoy más con el agua al cuello.

Miró a Danny: estaban todas las cartas sobre la mesa, todo lo que Danny había oído de la conversación entre Mick y Ann. Pero por algún motivo Mick no se lo tenía en cuenta. Al contrario.

Mick: ¿Bueno, qué? ¿Te apetece volver?

La verdad es que no.

Mick respiró hondo. A mí tampoco.

Se quedaron allí sentados, contemplando la plaza. Había un viejo tocando la armónica y varios niños persiguiendo a las palomas. Danny notó como si se estuviera forjando algo entre Mick y él, incluso sin hablar. Se parecían mucho: ambos eran manos derechas.

Danny: Quiero volver a Nueva York. Lo dijo sin ni siquiera decidir que iba a decirlo.

Mick: A Howard no le gusta que la gente se vaya.

Sí, ya me lo parecía.

Cuando ocurre, tiene la sensación de haber hecho algo mal, de no haber sido un buen anfitrión. Y más ahora que te has partido la crisma. Antes querrá que te recuperes.

Danny: Estoy bien.

Mick se volvió hacia él. ¿Últimamente te miras al espejo?

Danny: No si puedo evitarlo. Se echaron a reír. Entonces Mick miró a Danny y se rió otra vez. ¿Se puede saber qué te ha pasado?

¿Aparte de caerme de cabeza por una ventana?

Más risas. Danny sentía que no iba a poder parar de reír.

Mick: Para la mayoría bastaría con eso.

Pues para mí no. No me gusta dejar las cosas a medias. Danny tuvo que reprimir otra carcajada. No sabía por qué, pero le parecía enfermizo.

Mick: Por cierto, ¿quieres utilizar esto antes de volver?

Le tendió algo que Danny reconoció al instante, pero la información de lo que era

tardó un momento en llegarle al cerebro. Se quedó mirando el pedazo de metal precioso que Mick sostenía en la mano. Un teléfono móvil.

Danny: Pero ¿de dónde..., de dónde lo has sacado?

Mick se rió. De por ahí. ¡Como si nadie tuviera móvil! Eso es solo la última... idea de Howard. Con él las cosas van y vienen. Bueno, llama a quien quieras. Está programado para Estados Unidos, o sea que solo tienes que marcar el número.

Le dio el teléfono a Danny y cruzó la plaza hacia donde estaba el carrito de los refrescos. Cuando se giró, Danny aún no se había movido. Tenía los ojos fijos en el móvil, como si fuera un objeto alienígena, desconocido. Mick levantó una botella de color verde chillón y lo saludó.

Danny abrió el teléfono. Tenía la sensación de estar soñando. Con dedos temblorosos marcó el número del trabajo de Martha. Un segundo más tarde su voz le resonó en el oído.

Despacho del señor Jacobson.

Danny estaba tan estupefacto que no reaccionó. ¿Cómo era posible que hubiera dado tan rápido con Martha? Parecía increíble.

Martha: ¿Hola?... ¿Hola? No oigo na...

Danny: Martha.

El tono de voz al otro lado de la línea cambió de repente, se volvió más grave y sonó aún más cercano. Danny, ¿eres tú? ¿Estás...? Oh, Dios mío, ¡estaba tan preocupada que casi me da algo!

¿Martha?

Oh, cariño. ¿Estás...? ¿Qué coño está pasando ahí?

No estoy seguro.

Tu voz suena rara.

Danny no podía creer que fuera Martha. Le parecía todo demasiado repentino, en clara contradicción con lo lejos que se sentía.

¿Martha?

Que sí, Danny, que soy Martha. ¿A qué viene tanto preguntar eso?

Dime algo para que pueda estar seguro.

Hubo una pausa. Es una broma, ¿verdad? Acabas de llamar a mi despacho y he contestado al teléfono. ¿Quién coño voy a ser?

Danny quería creerla, pero le parecía demasiado fácil, un deseo imposible de satisfacer. ¿Pensabas en alguien y de pronto estaba ahí, hablándote al oído? Dime algo que demuestre que eres tú, dijo.

Hubo un largo silencio. ¿Danny?, dijo Martha finalmente.

Sí.

Tu voz suena distinta.

Me siento distinto.

Es como si... no fueras tú.

Danny: Solo necesito alguna información que te identifique.

Martha: ¡Información! ¿Con quién hablo? ¿Qué tipo de información buscas?

No era Martha, ahora Danny estaba seguro de ello. Era otra persona.

Danny: Cualquier cosa que me quieras contar.

¿Dónde está Danny? ¿Cómo has conseguido este número?

¡Soy Danny! ¿Se puede saber de qué coño hablas?

Martha: No me creo que seas Danny.

Danny: Pues yo no me creo que tú seas Martha.

La persona que había al otro lado de la línea parecía asustada. He aquí otra prueba de que no era ella: Martha nunca se asustaba. La voz del teléfono bajó de tono hasta convertirse casi en un susurro: Le habéis hecho algo, ¿verdad?

Danny escuchó atentamente. La voz le resultaba familiar, desde luego, pero no era Martha. Martha estaba muy lejos, en Nueva York.

Martha: ¿Sigues ahí, capullo? Me imagino que todo esto es por el restaurante de los cojones. Oh, Dios mío, si ni siquiera habrá salido de Nueva York...

Danny se quedó mirando el teléfono que sostenía en la mano. ¿Cómo podía saber de dónde provenía aquella voz? Se volvió y levantó la mirada. El sol se había puesto tras el castillo y este ya no era dorado, sino casi negro. Su sombra cubría prácticamente toda la montaña y estaba cada vez más cerca de la plaza. Danny se preguntó si era posible que la voz saliera de ahí dentro.

Quienquiera que estuviera al otro lado de la línea se puso a llorar, o a fingir que lloraba. Vale, hijo de puta, voy a colgar. Pero si te queda un gramo de decencia en el cuerpo, dile a Danny que le quiero. Dile que Martha le quiere, ¿entendido? Díselo, cabrón. Y ahora que te den por culo.

La línea se cortó. Danny estaba temblando. Miró hacia la plaza, pero no vio gran cosa. Mick estaba volviendo ya.

Mick: ¿Te encuentras bien?

Danny: Sí, no pasa nada. Estuvo a punto de caérsele el móvil al devolvérselo.

Mick se lo quedó mirando, preocupado. ¿Ha funcionado? ¿Has podido hablar con alguien?

Danny: Sí. Sentía que debía decir algo más, de modo que añadió: Problemas de tías.

Ah, bueno. Yo soy un experto en el tema.

Mick le pasó la botella de refresco verde y Danny tomó un buen trago. La bebida era muy dulce, pero sabía bien y estaba fresca. Danny podría haberse bebido cuarenta como aquella. De repente notó un frescor. La sombra del castillo había alcanzado ya la plaza e iba cubriéndola poco a poco.

Danny: ¿Vamos a volver?

Mick: Sí, creo que ya es hora. No te olvides de... esa cosa. Señaló el mapa enmarcado, que estaba apoyado en el respaldo del banco. A Danny se le había olvidado.

Danny: No lo quiero, voy a dejarlo aquí. Sin embargo, por la cara que puso Mick,

se dio cuenta de que sería raro no llevárselo, de modo que lo cogió. Era increíblemente incómodo de transportar.

Mick: ¿Qué es? Le quitó el mapa de las manos y le echó un vistazo. Caramba, chico. A Howard le va a encantar.

Danny: Lo primero es complacer.

Mick puso cara de sorpresa, pero entonces se echó a reír. Dame, ya lo llevo yo. Le alcanzaba para llevarlo bajo el brazo. Danny se colgó el bolso en bandolera.

Empezaron a subir la colina. Danny cojeaba más que nunca, a lo mejor por haber pasado tanto tiempo sentado.

Mick: Por cierto, he bajado tu otra bota del alféizar de la ventana de la torre. Está en tu cuarto.

En un primer momento Danny no entendió de qué le hablaba. Tuvo que pensar: Bota. Ventana. Torre. Y entonces se sintió demasiado abrumado como para contestar. Tardó un buen rato en decir: Gracias.

De nada.

Caminaban sin decir nada. Era un silencio cómodo. Poco a poco los árboles empezaron a espesarse a su alrededor y a bloquear la luz. Ahora hacía más fresco. Danny se acordó de que llevaba el cuchillo en el bolsillo. Le tiraba de la chaqueta a cada paso que daba.

Danny: Tú antes eras un yonqui, ¿verdad?

Mick se volvió hacia él, sin dejar de caminar. Parecía sorprendido, y Danny se preguntó si había hecho bien en decirlo.

Mick: Todavía lo soy.

¿Todavía?

Es para siempre. Como el amor, dijo, y se rió.

¿Lo echas de menos?

Joder, cada minuto.

¿Qué parte?

Mick: Buena pregunta. Rumió un momento. Echo de menos... las «ecuaciones», por así decirlo: con tantos dólares te compras tal cantidad, que te da tantas horas de colocón antes de meterte el siguiente chute, que te costará otro tanto. Ese tipo de cuentas, ¿entiendes? Me gusta contar.

Danny: Podrías contar otras cosas.

Mick: Lo cuento todo. Cuento las palabras que decimos. Cuento los pasos. Cuento los árboles.

¿Y qué haces con todos esos números?

Mick se rió. ¿Que qué hago con ellos? Nada. Los olvido. Es solo una forma de no volverme loco.

Danny notó la presencia del castillo antes de llegar: una vibración profunda que le subía por los pies. Entonces apareció la verja ante ellos, la misma que Danny había intentado cruzar la primera noche. Mick pasó de largo y abrió una puerta que Danny

no había visto. Así que ahí estaba, por fin: la entrada.

Antes de cruzar la puerta, Danny se detuvo. ¿Mick?

Mick se giró.

Danny: ¿Por qué no puedes irte?

¿Por qué no puedo...?

Irte. Del castillo.

Ah. Lo oíste, ¿no?

Ya lo creo.

Bueno, la verdad es que me jode bastante.

Lo entiendo, pero ¿por qué no puedes irte?

Mick se apartó de la puerta y se aproximó a Danny. Las ramas de los árboles pendían cerca de sus cabezas, y Danny notó el olor a pino.

Mick: Estoy en libertad condicional. Pasé cinco años en la cárcel por tráfico de drogas y me dejaron salir hace cuatro meses bajo la custodia de Howard para que viniera aquí a trabajar. No puedo ir a ninguna parte a menos que Howard venga conmigo. Como ves, una vez más estoy en deuda con él.

No sé qué decirte. A mí me parece que es él quien está en deuda contigo.

No, no. La situación me jode bastante, y por eso la pinto así, pero en realidad Howard me está haciendo un favor. Es una gran responsabilidad. Si me salto la condicional, tiene que enviarme de vuelta y notificarlo a la junta. Y tal como yo lo veo, para un criminal convicto es imposible conseguir un trabajo. Es imposible, y punto. No, Howard está haciendo por mí más de lo que me merezco.

Danny: Vale.

Siguió a Mick a través de la puerta, que daba a un pasillo oscuro con el suelo de adoquines. Dentro de las paredes del castillo estaba todo oscuro. Danny experimentó un acceso de miedo, aquella sensación de frío en el pecho, y se palpó el cuchillo a través de la chaqueta.

Al fondo del pasillo había una segunda puerta que daba al castillo propiamente dicho. Mick dejó el mapa en el suelo y rebuscó la llave en el bolsillo. Estaba sudando. Danny se fijó en su cara desencajada y se le partió el alma. Tanto luchar, tanto fracasar, para que al final Mick estuviera en manos de Howard. Pobre desgraciado, pensó Danny.

Mick encontró la llave y abrió la puerta. Hubo un momento breve, extraño, en el que Danny se quedó ahí plantado, esperando para entrar.

Mick: Bueno. Hogar, dulce hogar.

Tengo un tubo que me sale de la tripa, eso es lo único que sé. Cuando pregunto por qué está ahí, me dicen: Complicaciones de la segunda operación.

¿La segunda operación? ¿Y la primera?

En la primera solo te sacaron el cuchillo. Eso fue el mismo día en que te trajeron de urgencias.

La que habla es mi enfermera preferida, Hannah. Existen reglas sobre cómo hablar con los presidiarios, pero Hannah ha escrito su propio manual, y es el que sigue. Oyéndola hablar, dirías que todos los médicos y enfermeras están bajo sus órdenes: si no los conoce, es porque están demasiado abajo en la escala jerárquica.

Te quiero, Hannah, le digo. Se lo digo muy a menudo, aunque no estoy seguro de cuánto exactamente. Tengo la memoria deshecha de tantos medicamentos.

Ella pone los ojos en blanco, pero es evidente que le gusta. Me llama zalamero. Tú lo que quieres es la morfina, dice.

Tiene razón. Pero nunca te dan morfina suficiente, y en cambio tengo Hannah para dar y tomar. A una dama no se le pregunta cuánto pesa, pero yo le echo unos ciento cincuenta kilos. Y toda esa grasa le sienta fantásticamente, como si fuera un fastuoso traje de ceremonia digno de una reina.

Hannah, le digo. ¿Tuvieron que operarme solo para sacarme una faca?

Y justo en ese momento tengo una sensación que me asalta a menudo, como si algo me hurgara el cerebro, y me pregunto si Hannah y yo no habremos mantenido ya esta conversación. Un par de veces, o incluso más. Pero ella nunca suelta prenda.

Era una de esas navajas traperas, dice, y sé que se refiere a un «árbol de Navidad». Los árboles de Navidad tienen dientes agudos a lo largo de ambos filos, de modo que cuando los sacas se llevan parte del intestino. Pero Tom-Tom no tuvo ocasión de sacármelo; Davis lo derribó antes. Lo cual significa que el pirado de Davis me salvó la vida.

¿Y qué hicieron? ¿Me cortaron para sacármelo?, pregunto a Hannah.

Eso es lo que hacen los cirujanos: cortar. No se trata de astronáutica. Lo suyo es mucho más fácil que lo que hacemos aquí arriba, en la superficie, pero aun así lo tienen que hacer bien.

Durante todo este rato sigue trabajando: cambiando bolsas llenas de cosas, ajustando los monitores, respondiendo a un sinfín de pitidos. La habitación es lóbrega: las paredes son de color piel y hay pelusas por los rincones. Pero la presencia de Hannah hace que todo sea un poco menos malo.

¿Y qué hicieron en la segunda operación?

Se suponía que tenían que pulir lo que había hecho el primer equipo de cirujanos, limar algunas de las asperezas que habían quedado por la urgencia de la situación.

¿Y por qué el tubo?

Se le tensan los labios. A Hannah el tubo la lleva por el camino de la amargura. Le da mucho trabajo limpiarlo, controlarlo y hacer lo que tenga que hacer con lo que sea que sale de dentro. No estoy seguro de qué es exactamente. Me salen tantas cosas de dentro que ya he perdido la cuenta.

Dejémoslo en que un cirujano que yo me sé se va a enterar de lo que vale un peine, dice.

Cinco minutos más tarde, cuando el cirujano en cuestión entra en la habitación, Hannah se queda callada. Es un tipo joven con el pelo prematuramente canoso. Lo lleva medio de punta, como si se moviera muy deprisa. Da la sensación de que prefiere ir a lo suyo y mantenerse ocupado antes que prestar demasiada atención a tipos como yo.

Palpa el tubo y lo mueve de un lado para otro. Es evidente que a él tampoco le gusta. Al principio yo hacía un montón de preguntas, pero la mitad de las veces no entendía las respuestas de los médicos, e incluso cuando las entendía, no entendía qué querían decir. Y, en cualquier caso, luego se me olvidaba todo.

El médico habla con Hannah, y esta responde «Sí, doctor» y «No, doctor» con una voz que es casi un suspiro. La primera vez que pasó esto, me dio tanta vergüenza que no me atreví a mirarla, pero cuando finalmente lo hice, su expresión me gustó: lo miraba como si estuviera poniéndolo a prueba, esperando y observando, procurando no interferir para darle la oportunidad de demostrar su valía o de meter la pata, una de dos.

Cuando el médico se marcha, le pregunto: ¿Lo vas a despedir, Hannah?

Depende de si aprende a hacer su trabajo mejor de lo que lo ha hecho hasta ahora, dice. Yo creo que hay que darle a la gente la oportunidad de enmendarse.

Más o menos en ese momento, Hannah empieza a desvanecerse. Me pasa a menudo: siento como me invade una especie de neblina gris y se me ponen los ojos en blanco. Pienso: Un árbol de Navidad significa que Tom-Tom quería matarme de verdad. Y yo ni siquiera me lo vi venir.

Sigo escribiendo aunque sé que es imposible que me recupere a tiempo para terminar el curso. Se ha convertido en un hábito, supongo. En un momento paso de no saber qué coño está ocurriendo a darme cuenta de cosas y recopilarlas en la cabeza, como si hiciera una lista. Y entonces siento lo mismo que debe de sentir Hannah mientras observa al doctor: que lo controlo todo. De nuevo al mando de la situación.

No he visto a Hannah en tres días, y me estoy volviendo loco. La enfermera que me han puesto ahora se llama Ángela, pero no es ningún ángel. Detesta a los presos,

se nota que ha venido solo por el plus de peligrosidad. Ese tipo de enfermeras suelen estar asustadas o enfadadas, o las dos cosas. Ángela solo está enfadada.

¿Dónde está Hannah?, le pregunto el tercer día. Eso no quiere decir que no se lo haya preguntado también el primer día y el segundo.

Tiene el día libre.

Pero ¿por qué tantos días seguidos?

Eso no es asunto mío.

¿Qué quiere decir, que no le importa o que no lo sabe?

No contesta.

¿Está enferma? ¿Ha pasado algo? ¿Se ha ido de vacaciones?

Puedo pasarle sus preguntas al supervisor.

Justo cuando dice eso, bajo la mirada y me llevo un buen susto: el tubo ya no está.

¿Y el tubo?, pregunto.

El doctor Arthur se lo quitó esta mañana mientras usted dormía.

¿Eso quiere decir que estoy mejorando?

Quiere decir que lo volverán a operar.

¿Cuándo?

Hoy, no sé a qué hora.

¿Hay alguna posibilidad de que Hannah vuelva hoy? Es una locura, pero aunque sé que Hannah no es más que una simple enfermera sin ningún tipo de poder, y que el resto es pura fantasía, no quiero que me operen sin ella. Es imposible saber qué puede salir mal.

Le diré al doctor que cuando tenga un momento quiere hablar con él.

Genial, digo yo. A lo mejor vendrá también el presidente. ¿No puede contarme lo que sabe? ¿Me operan porque las cosas están mejorando o porque están empeorando? En realidad, lo que quiero saber es si se trata de una recompensa o de un castigo.

Se vuelve hacia mí y juro por Dios que los ojos casi se le salen de las cuencas. ¿Es usted consciente de que cada una de sus preguntas les cuesta dinero a los contribuyentes? ¿Cuánto cree que cobran esos dos guardias que hay junto a la puerta? Abajo rechazamos a gente porque no tienen seguro médico, y mientras tanto las camas están llenas de ladrones, violadores y asesinos a los que tratamos a cuerpo de rey. Es que no lo entiendo.

Lo vuelvo a intentar. Pero ¿la operación...?

Deberían instalarles un contador junto a la cama, dice. Para que fueran conscientes del coste que suponen. A lo mejor entonces me daría un minuto para que pudiera hacer mi trabajo tranquila.

¿Es la misma operación que la últi...?

Eso son quince dólares.

¿O es algo...?

Quince más. Ya lleva treinta.

Me la quedo mirando. Se me está empezando a nublar la cabeza. Digo: ¿En serio

me está pidiendo dinero?

Ángela se vuelve para mirarme; de repente se ha dado cuenta de que eso no suena demasiado bien. No le oigo, dice, y empieza a tararear. Tararea y tararea. Intento hablar, pero ella sigue tarareando.

La neblina gris se acerca, un hermoso gris morfina. La recibo con los brazos abiertos.

No me dejes nunca más, le digo a Hannah cuando finalmente regresa.

Lo siento, zalamero. He tenido que resolver unos asuntos personales, y van y vuelven a operarte a mis espaldas.

¿Qué aspecto tiene?, pregunto.

Levanta las mantas y echa un vistazo a mis tripas. Hacía mucho que yo no las veía.

No está mal, dice. Se acabaron las chapuzas.

El tubo ya no está.

A eso me refiero, zalamero. Ese tubo significaba que había problemas, te lo aseguro, pero por suerte ya te lo han quitado. Si los de abajo hacen bien su trabajo, no necesitas ningún tubo.

Tengo la cabeza espesa. Más fármacos. ¿Para qué?, me pregunto. Que conste que no me quejo.

¿Cuánto tiempo llevo aquí, Hannah? En total.

Ella coge mi historia clínica. Veintitrés días.

O sea que el curso ya casi se ha terminado. Cuando me pincharon quedaban solo cuatro clases.

¿Hay alguna posibilidad de que esté fuera la semana que viene?

Ninguna, zalamero.

Pues ya está, se acabó Holly. Pero aun así sigo escribiendo.

Oye, Hannah, digo. ¿Por qué eres tan amable con los criminales?

Porque eso no tiene nada que ver conmigo, zalamero, dice. Es un asunto entre tú y Dios.

Tengo sueños, oh mierda. Sueños narcóticos, de esos en que el pasado se derrama como si se hubiera encontrado con una tubería atascada. A veces estoy en el colegio. Los demás te roban la comida si antes no se la robas tú a ellos. Howie no puede hacerlo. La primera vez que aparece, dice: No quiero su comida. No puedo comer tanto. Yo solo quiero la mía. Y yo le digo: Cógela, tío, o se llevarán la tuya y te morirás de hambre. Lo he visto con mis propios ojos: traen a niños gordos como tú y antes de que te des cuenta se han convertido en esqueletos. Se los llevan metidos en un ataúd y los entierran en una tumba sin inscripción. Y entonces me echo a reír. Es tan nuevo y tan mono, está tan asustado. Al principio le pasa a todo el mundo, pero cuando llevas aquí un tiempo ya te puedes reír de cualquier cosa.

Hay un vacío donde debería estar mi madre, un agujero como cuando recortas a alguien de una fotografía. De mi padre sí me acuerdo, aunque no tanto de su cara

como de sus piernas. Era alto. Pantorrillas y muslos fuertes con rodillas delicadas, como un caballo. Me acuerdo de que tenía que saltar para intentar cogerlo de la mano, y también de mis manos encima de la pantalla de televisión que él estaba mirando. Debía de ser realmente pequeño, ahí de pie, apoyado en la pantalla para mantener el equilibrio. De repente las veo, rodeadas de luz: dos manos. Manos pequeñas, de bebé. Ese soy yo.

Abro los ojos y Holly está junto a la cama. O, mejor dicho, hay una persona sentada a mi lado, vestida con el uniforme amarillo de papel y la mascarilla que llevan todos por aquí, y su cara es la cara de Holly. Los fármacos, tiene que ser eso. Cierro los ojos y vuelvo a intentarlo.

Hola, dice.

No puedes ser tú.

Pues entonces tengo un problema, dice Holly.

Me reiría, pero para reírse uno necesita unos músculos que creo que he perdido en una de esas operaciones. ¿Cómo has entrado aquí?

Me sé unos truquillos. Está sonriendo, se le nota en los ojos, incluso con la mascarilla cubriéndole la boca. Y debajo de esa sonrisa está muerta de miedo.

Debe de haberla dejado entrar Hannah. Pero desde que me bajaron a la UCI Hannah ya no es mi enfermera. Además, ¿cómo iba a conseguir que los guardias la dejaran pasar? Pero entonces me digo: Hannah podría hacerlo. Hannah puede hacer todo lo que se proponga.

Me alegro, le digo. Me alegro de que hayas venido.

Te hemos echado de menos en clase.

Sí, seguro.

En serio. Era como si la clase fuera... más pequeña.

Sí. Supongo que Tom-Tom tampoco habrá ido.

He oído que lo han trasladado a la sección de máxima seguridad.

Hay una especie de angustia, de desesperación, algo, asomándose a su cara. Lo noto aunque solo se le vean los ojos. Está atormentada. No es una palabra que utilice normalmente, pero ahí la dejo.

Ray, me siento fatal, dice. Por lo que te ha ocurrido.

Tranquila, pasa constantemente. Al final te acostumbras.

Y una mierda.

Me mira, no la cara sino el resto del cuerpo. El tubo vuelve a estar ahí, por eso me bajaron aquí. ¿Te duele?, pregunta.

Supongo que sí; si no, no estaría tan colocado.

La habitación está más silenciosa de lo habitual. Incluso los timbres han bajado de volumen. Pienso: ¿Serán imaginaciones mías? Me siento como aquel día en la clase de Holly, cuando me quedé a solas con ella en el descanso y no entró nadie durante un buen rato. Como si Dios lo hubiera decidido así.

Miro a Holly. En este lugar extraño, con nuestros raros atuendos, todo lo que

existe entre nosotros desaparece. Holly T. Farrell, digo, ¿quién eres?

No soy nadie especial, dice, y no tengo ninguna duda de que se lo cree.

¿Acerté? ¿Tres hijos?

Solo dos.

¿Quién dejó a quién?

Hay una pausa que indica que cualquier cosa que ella diga a continuación seguramente no será cierta.

Lo dejé yo.

Bien hecho.

Va vestida con lo que se pone para el otro trabajo: algo estampado que asoma por encima de la bata de papel amarillo. Una cadenita en el cuello. No le veo el pelo, el gorro se lo cubre por completo.

Estás guapa, le digo.

Es mi trabajo, dice ella, y se ríe. No, no es verdad. Trabajo en la universidad, en secretaría. Me dejaron que estudiara una carrera y ahora estoy cursando un máster en escritura. Voy poco a poco.

¿Y tus hijos?

Son dos niñas. De diez y trece años.

Cada nueva información es como un terrón de azúcar que aterriza cerca de mi corazón. Ni siquiera me importa la fiebre; tengo la temperatura por las nubes y no consiguen bajármela.

Ray, dice, y se me acerca más. No..., no puedo dejar de preguntarme qué sucedió.

¿Con Tom-Tom, quieres decir?

No. Antes. Por qué terminaste en la cárcel.

Ah, eso.

Quiero entenderlo.

No lo entiendo ni yo.

Solo los hechos, si puedes contármelo. Creo..., creo que me ayudaría.

Espero un momento antes de responder. Finalmente digo: Los hechos son que le pegué un tiro en la cabeza a un tío.

Holly traga saliva. ¿Lo conocías?

Éramos amigos.

Se mira las manos. Yo no le quito los ojos de encima, y no es porque quiera ver su reacción, eso no me interesa, lo único que quiero es no perderme un solo segundo del tiempo que ella pase aquí, junto a mí. Quiero guardarlo en la memoria.

Imagino que tendrías un motivo, dice.

Tenía muchos motivos. Demasiados motivos. Podría inventarme un montón de basura para que mi historia sonara mejor, pero estoy demasiado enfermo para eso. Lo hice, y ya está.

Holly pasa un buen rato rumiando mis palabras y finalmente dice: No me gusta pensar que las cosas puedan funcionar así. Hace que el mundo parezca un lugar demasiado peligroso.

Dales mucho amor a esas niñas, le digo.

Alza la mirada. La he pillado por sorpresa. Su expresión se vuelve diáfana, y de pronto es como si la mascarilla que lleva fuera transparente. Veo a través del papel y atisbo algo así como un destello de la vida que podríamos haber tenido: barbacoas, perros, niños brincando sobre nosotros en la cama... Es una visión fugaz, pero clara e intensa, como uno de esos olores a comida que entran a veces por la ventana, tan potentes que incluso reconoces los ingredientes. Y entonces desaparece. Desaparece y Holly está cogiéndome de la mano. Finalmente, después de tanto tiempo esperando, vuelve a poner su mano encima de la mía. Unos dedos fríos y secos, delgados. Los anillos le vienen grandes. Cierro los ojos. Tengo la mano tan caliente que me noto el pulso en cada dedo. Temo que me pueda soltar, pero no me suelta. Me rodea la mano con la suya como si estuviera envolviéndome en su fresca dulzura, aplacando la fiebre.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, Holly está llorando. La mascarilla de papel está toda húmeda. Te ha pasado algo malo, ¿verdad?, le digo.

Ella asiente. Las lágrimas siguen brotando.

Me cuesta tanto esfuerzo levantar la cabeza como le costaba a Davis hacer sus setecientas flexiones, pero me obligo a ello. Quiero ver nuestras manos. Y ahí están, entrelazadas encima de mi pecho, como dos personas que se hubieran acostado juntas. Más allá está el tubo, de plástico marrón. Me tiembla el cuello.

Dejo caer la cabeza. La neblina gris se acerca; el esfuerzo de levantar la cabeza me ha dejado casi fuera de combate. Oigo los sollozos de Holly y le sujeto la mano con más fuerza, por miedo a que la aparte. Pero ella se enjuga las lágrimas con la otra. Y entonces entiendo por qué la han dejado entrar.

Howard: Me rindo, Danny. ¿Cuál es tu secreto?

Danny: ¿Mi secreto? Aún llevaba el cuchillo en el bolsillo de la chaqueta. Se había obligado a no tocarlo. ¿De qué hablas?

Howard estaba inclinado sobre la larga mesa del salón, estudiando a la luz de los candelabros el mapa enmarcado que Danny había traído del pueblo. Acababan de cenar, la primera comida de Danny en veinticuatro horas: estofado de pollo con aceitunas y hojas de plata, preparado por Howard. Danny estaba casi seguro de que era el estofado de pollo más sabroso que había probado en su vida.

Howard: Es como si... No te lo tomes a mal, pero es como si andaras siempre a trompicones, como si no te enteraras de nada y no dieras una a derechas, y de pronto vas y apareces con esto.

Danny: Entonces te gusta.

Howard alzó la mirada. «Gustar» no es la palabra. Es increíble, Danny. Es..., es lo que llevamos buscando durante... ¿cuántos días llevamos aquí?

Cuarenta. La voz de Mick. La única luz de toda la sala provenía de las velas que había encima de la mesa, de modo que Danny no lo veía.

Howard: Es tremendo, Danny. Es la pieza que faltaba, ni más ni menos. Y la has encontrado con el turbante ese en la cabeza, ¡la madre que te parió!

Danny sonrió con toda la naturalidad de la que fue capaz, es decir, de forma bastante poco natural. Howard lo estaba poniendo histérico. Habría jurado que su primo se burlaba de él, que exageraba para luego dejarlo en ridículo. O también podía ser la anaconda, que le devoraba las entrañas. Pero Howard era la anaconda. Avanzaba en círculos. En el fondo, todo se reducía a si Howard sabía que él llevaba un cuchillo. Si era así, Danny ya no tenía ventaja y aquello era una guerra abierta. Y a pesar de que Danny se repetía una y otra vez que era imposible que Howard lo supiera y que no había motivos para creer lo contrario, en el fondo tenía la sensación de que sí lo sabía.

Howard: ¿Tú te has fijado en este mapa, Danny?

No mucho.

Howard: ¿Y entonces por qué lo has comprado?

No estoy seguro.

Danny notaba el peso del cuchillo en el bolsillo, y de repente la mirada de Howard ejerció una presión casi física sobre él. No podía mirar a su primo a los ojos.

Howard: Intenta recordar. Es que me pica la curiosidad. ¿Por qué has comprado algo en lo que apenas te has fijado?

Lo he hecho por impulso.

Howard se levantó de la silla y se acercó a Danny. ¿De dónde lo has sacado?

De un pequeño anticuario, cerca de la plaza.

¿Y qué te llamó la atención? ¿Qué te empujó a entrar?

A Danny se le revolvió el estómago. Se preguntó si el peso del cuchillo le estaría deformando la chaqueta y necesitó toda su fuerza de voluntad para no llevarse la mano al bolsillo.

Howard se encontraba ahora detrás de la silla de Danny. Te estoy avasallando a preguntas, espero que no te importe, Danny, pero empiezo a pensar que tienes..., la gente lo llama de muchas maneras, pero yo diría que tienes olfato. Para fijarte en cosas que los demás no ven.

Danny: Gracias. Howard estaba tirando del respaldo de su silla, y Danny se preguntó si su primo iba a hacer que se cayera de espaldas.

Howard: Bueno, pues echémosle un vistazo ahora. A ver, acercaos todos y fijaos en el mapa que ha encontrado Danny, dijo dirigiéndose a la sala oscura, donde después de la cena aún quedaban algunos estudiantes rezagados. Nadie parecía particularmente interesado.

Howard colocó unos cuantos candelabros alrededor del mapa. Los estudiantes empezaron a acercarse. El niño, Benjy, también.

Benjy (a Danny): Hola.

Danny: Hola.

¿Cómo tienes la cabeza?

Bien. ¿Y tú?

¿Yo bien, claro! El niño se rió y miró a Danny, pero este no sonrió. ¿Aún estás triste?

Yo nunca he estado triste.

Que sí, vi como...

Danny se alejó.

Howard: Vuelve aquí, Danny. Echémosle un vistazo al mapa.

Poco a poco el grupo se fue reuniendo alrededor de la mesa. La luz de las velas bailaba sobre el mapa. Fijaos bien, dijo Howard en voz baja, y siguió un largo silencio mientras todo el mundo le hacía caso.

Ann: Increíble.

¿Verdad? Mick, ¿lo ves?

Sí.

Mick estaba atrás del todo. Danny no había vuelto a mirarlo a los ojos desde su regreso al castillo, pero ahora era distinto. Había una complicidad entre ellos. Y parte de esa complicidad pasaba por ocultarla.

Howard: ¿Veis este túnel? ¿Debajo de la torre del homenaje?

Ann: Sí, y más adelante conecta con todos esos otros túneles...

Era cierto. Al ver el mapa en el pueblo, Danny había asumido que aquellos

garabatos oscuros eran caminos en la montaña, pero en realidad se trataba de túneles subterráneos. Empezaban debajo de la torre y se desplegaban en todas direcciones, exactamente como había dicho la baronesa.

Un murmullo de emoción recorrió el grupo de estudiantes.

Howard: No está nada mal, ¿eh? O sea, es obvio que todo podría ser pura fantasía...

Danny: No lo creo. La baronesa me contó que había túneles.

Howard se volvió hacia Danny, y lo mismo hicieron los demás.

Howard (al grupo): ¿Lo habéis oído? ¡A eso es a lo que me refiero, Danny! ¿Qué más escondes en la manga? ¡No te hagas de rogar!

La burla ya era evidente: Howard lo sabía. Tenía que saberlo. Danny se sonrojó.

Danny: Está todo ahí, Howard. No hay nada más.

Hubo una pausa. Howard y Danny se miraban fijamente.

Howard: El problema es que ya no te creo.

Ahí estaba: era la guerra. Danny se palpó el cuchillo a través de la chaqueta, por primera vez delante de Howard. Al regresar al castillo, después de un largo baño y de que el médico le cambiara las vendas, lo había estudiado atentamente. Por lo visto se trataba de un cuchillo ceremonial: el mango, de marfil, tenía talladas escenas de hombres cazando un ciervo. La hoja era larga, curva y afilada. ¿Llevaría Howard un arma? Vestía camiseta y pantalón corto, por lo que parecía poco probable. ¿Dónde iba a esconderla?

Benjy: ¿Cuándo podremos meternos en los túneles, papá?

Howard: Buena pregunta. Seguramente la respuesta prudente sería que más tarde, después de hacer un montón de comprobaciones. Pero yo iría ahora mismo.

Ann: ¿A oscuras?

Eso da igual cuando estás bajo tierra.

Sin niños, evidentemente.

¡Con niños, mamá! ¡Con niños!

Benjy podría ir, ¿no crees?

¡Sí puedo ir! Claro que puedo ir.

Ann (en voz baja): Piénsalo un poco, Howard. No tenemos ni idea de qué hay ahí abajo, ni siquiera sabemos si los túneles son estables. ¡Mira lo viejo que es este mapa!

Pero Howard no podía pensar. Apenas podía escuchar, estaba embriagado por su propia excitación. ¡Quería ir, quería ir! Sus ganas tenían un componente de desesperación, se dijo Danny, como si creyera que si esperaba demasiado, aquello desaparecería o se volvería imposible.

Howard señaló el mapa. Hablando en voz baja, dijo: ¿Tú te das cuenta de qué es esto, Ann?

Ann: Sí, pero es que...

Es lo que hemos estado esperando desde que llegamos. ¿No sientes lo mismo?

Seguramente, pero...

Ante algo así, lo único que quiero es bajar ahí abajo de un salto. ¡No puedo esperar!

Vale, pues salta. Pero no con tu hijo de cuatro años.

Benjy: ¡Cuatro años y cuarto!

Howard: Iremos despacio. Solo quiero que se haga una idea. Y al menor peligro, lo sacas de ahí.

Por favor mamá por favor mamá ¡porfavorporfavorporfavorporfavorporfavoor!
Benjy se arrojó al suelo y se puso muy rígido. Todos se echaron a reír, incluso Mick. Danny distinguió su carcajada, independiente de las demás.

Se dio cuenta de que Ann se debatía consigo misma: por una parte deseaba complacer a Howard, compensarlo por lo de Mick y hacer que el castillo siguiera siendo una aventura divertida para todos; pero por otra sabía que meterse en los túneles era una idea pésima, una cabezonería, y no quería ir ella ni dejar que fuera su hijo. Sin embargo, aunque se cerrara en banda, Howard iría igualmente y viviría aquella aventura sin ella. Y Ann sería la única que se habría quedado atrás.

Ann: Vale.

Era casi medianoche cuando salieron del castillo. La mayoría de los estudiantes llevaban su propia linterna, así que veintitantos haces de luz electrificaban la oscuridad mientras el grupo atravesaba el jardín. El dosel de los árboles dio paso al cielo, y de la penumbra inferior empezaron a emerger cosas que Danny no había visto nunca: figuras de piedra con forma de ranas, conejos y gnomos. Un caballo con ruedas. Una mesa puesta para dos, invadida por las enredaderas.

Howard no soportaba la idea de dejar a nadie atrás. Había peinado todos los pasillos y hablado por el walkie-talkie hasta dar con todos los estudiantes que se habían extraviado. Ahora transmitía una excitación frenética tan acusada que a su lado los demás parecían estar medio dormidos. A Danny aquello le provocaba pavor. Incluso se habían llevado al bebé para que Nora, la llamada Especialista en Cuidados Infantiles, no se lo perdiera. Ann transportaba al bebé en una bolsa colgada del cuello. En esta ocasión se había dado por vencida a las primeras de cambio; había atravesado una especie de raya y ahora daba la impresión de estar medio embriagada ante aquella aventura. Lo estaban todos, que mientras ponían rumbo a la torre del homenaje envueltos por un resplandor, se reían y susurraban como niños que salieran de excursión.

Todos menos Danny. El significado de lo que estaba a punto de hacer (meterse bajo tierra con su primo) iba solidificándose a su alrededor conforme avanzaban. Cada diez pasos o así debía reprimir la tentación de apartarse del grupo y escapar, trepar a la muralla del castillo y ¡correr! Pero ya había intentado correr, ya lo había intentado todo. No había manera de huir. Además, una parte de Danny anhelaba sentir el frescor de estar bajo tierra, adentrarse en una red de túneles secretos; en

cierta medida, también él quería hacerlo.

El cuchillo le golpeaba en el pecho al caminar. Sabía que Mick iba detrás de él, en la retaguardia, con el mapa bajo el brazo; Danny tenía la sensación de que si algo empezaba a torcerse, podía contar con él. Gracias a Mick llevaba una bota en cada pie y sus piernas eran igual de largas por primera vez en veinticuatro horas. Esto hacía que se sintiera tan bien que la lesión en la rodilla ya no era más que un detalle sin importancia: Danny caminaba sin cojear por primera vez desde hacía semanas.

Se detuvieron al llegar al pie de la torre. Todas las ventanas estaban a oscuras.

Howard (en voz baja): A ver, un par de cosas antes de entrar. Uno: no nos separemos. No sabemos qué nos vamos a encontrar ahí abajo, pero descubrámoslo en grupo. Nada de expediciones en solitario, ¿entendido? Y en segundo lugar, aunque es evidente que no estamos entrando ilegalmente en una propiedad privada, ahí dentro hay una persona que sí lo cree. Probablemente estará dormida, así que de ahora en adelante solo hablaremos si es estrictamente necesario.

Danny levantó la vista y contempló la torre. ¿La baronesa dormida? Lo dudaba. Era más fácil creer que estaba muerta.

Lentamente, el grupo empezó a subir la escalera exterior que rodeaba la torre. Howard iba primero, con Benjy cogido de la mano, luego Ann con el bebé y detrás el resto. Danny iba en medio. Uno tras otro, fueron emergiendo por encima de las copas de los árboles y asomándose a la noche estrellada.

Cuando Danny llegó arriba del todo, se encontró la puerta abierta de par en par. Se oía ruido de zapatos arrastrándose por las escaleras. No hablaba nadie. Tras él iban más personas, y Danny ocupó su lugar en la marea descendiente. A medida que avanzaba por las escaleras excavadas en la piedra, cada vez más abajo, fue notando como se le relajaba el cerebro, que poco a poco iba renunciando a pensar por sí mismo. Todos aquellos pies hacían un ruido parecido a un susurro, como si la torre le hablara a Danny al oído. O como si fuera una antena gigante que detectaba los susurros procedentes de otro sitio.

Pasaron junto a la ventana por la que se había caído y continuaron bajando hacia la parte inferior de la torre, que carecía de ventanas; Danny había querido llegar hasta allí el día anterior, pero al final no lo había hecho. Cuanto más descendía, más fuerte sonaba el susurro, como palabras de un idioma que no conocía.

Sanova... fisela... hortenfasin...

Chimufas... sobitana... lancegripistesarda...

Las escaleras atravesaban una puerta de hierro que hacía las veces de trampilla y se mantenía abierta gracias a un gancho antiquísimo. Danny dudó un instante, pues seguramente a partir de ahí ya se encontraría bajo tierra, pero no era más que un eslabón de una cadena cuya parte posterior avanzaba tras él sin parar y lo empujaba a atravesar la puerta, de modo que Danny siguió caminando. Fue fácil.

Bajaron otro tramo de escaleras circulares. El aire cambió; de repente era más denso y frío, y olía a arcilla. Danny percibió que algo sucedía delante de él, como si

el grupo se ralentizara o se rompiera. Efectivamente, tras un par de vueltas más las escaleras desembocaban en un pasillo, y Danny siguió la cadena humana a través de un arco excavado en la pared. Al otro lado había una sala llena de polvo. Era un polvo fino parecido al que cubre el parabrisas después de conducir por una carretera sin asfaltar. Fue como si se le llenaran los pulmones de un millón de pequeñas garras. Entre el polvo aparecieron un montón de estanterías de madera con cientos de botellas de vino.

Los miembros del grupo se fueron dispersando entre toses y resuellos mientras estudiaban las botellas a la luz de las linternas. Danny se acercó a una de las estanterías y sopló el polvo que cubría una botella. La etiqueta estaba escrita a mano en un cierto tipo de caligrafía. Cogió otra. Eran más redondas que las botellas de vino actuales. Algunas estaban vacías y carecían de tapón o lo tenían desmigajado, pero otras aún contenían líquido y conservaban su tapón de corcho, sellado con cera de color.

Entre los olisqueos y los estornudos, Danny oyó los murmullos de los estudiantes: ¿Son reales?... , no pueden ser reales..., pues parece totalmente real..., cuesta creer que sea real...

Howard: A ver, un momento de atención.

Se había subido a algo para que pudieran verlo por encima de las estanterías. Sujetaba una linterna bajo la barbilla y el haz de luz le resaltaba los ojos y le encendía el pelo. Como un espectro que se les hubiera aparecido entre el polvo. A Danny se le aceleró el corazón. Se llevó la mano al pecho y palpó el cuchillo.

Howard: Chicos, una cosa. El objetivo básico del hotel que estamos creando entre todos es ayudar a la gente a despojarse del binomio verdad/mentira, que ya no tiene ningún sentido con todo ese rollo de las telecomunicaciones. Y ahora mismo estamos ante la oportunidad perfecta para predicar con el ejemplo. No analicemos las cosas. Simplemente vivamos esta experiencia y veamos adónde nos lleva.

Ann estaba justo debajo de Howard, sujetándole la mano a Benjy mientras con la manga del otro brazo le cubría la nariz y la boca al bebé para protegerlo del polvo. La mirada de Howard se cruzó con la suya; entonces se calló. Eso es todo. Sigamos adelante. Y si queréis ya podéis hablar, creo que hemos bajado lo suficiente.

Guió al grupo fuera de la bodega, hacia un pasillo estrecho con el techo curvo y cubierto de finos ladrillos amarillos. A la luz de las linternas, Danny vio palabras de un idioma desconocido grabadas en las paredes de estuco, e incluso imágenes: Una mano. Un caballo. Un pez. Ann y los niños habían perdido algunas posiciones, ahora estaban un poco más cerca de Danny. Casi nadie decía nada.

Aún estaban en el pasillo cuando oyeron un golpe sordo; también lo sintieron: una fuerte vibración bajo los pies. Se detuvieron todos en seco y chocaron unos con otros en aquel espacio tan estrecho.

Benjy: Papá, ¿qué ha sido eso? La voz del niño había roto el silencio.

Howard: No estoy seguro.

Aguzaron el oído, pero no se oyó nada más. Los susurros resonaron de nuevo en los oídos de Danny, *sorajasa... güisaforsis... lasitarsis*, tan cerca que casi sentía el aliento que acompañaba a esos sonidos.

Howard: ¿Sigues ahí atrás, Mick?

Mick: Sí.

Howard: ¿Tenemos a algún rezagado?

Mick: No. He hecho el recuento.

Howard: Qué raro. Bueno, sigamos adelante.

Se adentraron aún más por el pasillo. Danny notó que se estaba quedando medio atontado, a lo mejor por las voces que oía en su cabeza, o por la falta de sueño. En cualquier caso, tenía que recordarse a sí mismo que estaba en guerra con Howard, que llevaba el cuchillo y todo eso, porque se le estaba olvidando, se le iba de la cabeza del mismo modo que se le había ido el dolor, no sabía cuándo. Solo sabía que de pronto había desaparecido.

La cabeza de la cadena humana giró a la derecha y un eco de rumores y murmullos excitados acallaron los susurros que oía Danny. Debía de estar acercándose algo grande.

Llegó a una gruesa puerta de madera abierta. Al otro lado había un espacio inmenso en comparación con la bodega. La oscuridad se tragaba la luz de las linternas, de modo que en un primer momento Danny no supo qué era lo que estaba viendo: ¿chasis de coches?, ¿aparatos de gimnasio? Pero cuando terminaron todos de entrar y llenaron la sala de luz, se percató de que se trataba de instrumentos de tortura. Reconoció un potro y una de esas tablas con esposas metálicas para las muñecas y los tobillos de una persona. Luego vio una especie de armadura con forma humana, hecha con tiras de púas metálicas, y otras cosas que no supo identificar pero que le dolieron en la piel solo de verlas.

Howard: Benjy, ¿dónde estás, hijo? Un eco envolvió su voz. El niño iba cogido de la mano de su madre.

Howard: Ven, Benjy. Mira todo esto. Es como... ¡Ríete tú del Rey Arturo! ¡Esto no se lo va a creer nadie!

Se notaba que el niño quería complacer a su padre. Se soltó de la mano de Ann y se abrió paso por entre la multitud. Howard se lo sentó encima de los hombros y se adentró aún más en la sala. A medida que avanzaban, la luz de las linternas iba devolviendo el espacio a la vida. Al fondo apareció una pared con tres arcos cerrados con barras verticales.

Howard: A ver qué tenemos por aquí...

Todos se acercaron a los arcos y arrastraron a Danny consigo. Los haces de luz penetraron entre los barrotes e iluminaron una especie de fosa. Durante un segundo la oscuridad se los tragó. Y entonces Benjy gritó.

Y menudo grito. Resonó por toda la sala y le perforó los tímpanos a Danny. Ann dio tal respingo que despertó al bebé, y este empezó a llorar. Pero los gritos del niño

ahogaban los de la pequeña. Chillaba encaramado aún a los hombros de Howard, con la cabeza pegada a los barrotes. A lo mejor al estar tan arriba había sido el primero en verlo.

Ahora todo el grupo ya veía lo mismo que el niño: esqueletos, a montones. En el suelo, apilados contra las paredes, algunos cubiertos con jirones que en su día debían de haber sido piezas de ropa. Yacían en la misma postura en que habían muerto, con los brazos estirados y las calaveras amarillas vueltas hacia los barrotes, como esperando aún que apareciera alguien y los dejara salir. Las cuencas de los ojos eran inmensas, como los ojos de las moscas, y tenían las mandíbulas deformadas en muecas horribles, llenas de dientes. Danny sabía qué aspecto tenía un esqueleto, pero eso no servía como preparación. Se le nubló la mente, incapaz de creer lo que veía. Aquello no podía ser cierto. Danny no quería que aquello fuera cierto. Los susurros alcanzaron una especie de crescendo, los oía a pesar de los gritos de los dos niños.

Ann resiguió los barrotes hasta llegar junto a Howard. Con voz apagada, dijo: Tengo que sacar a Benjy de aquí.

Howard parecía demasiado aturdido como para responder. Se había bajado a Benjy de los hombros, y el niño corrió hacia su madre y se le abrazó a las piernas, llorando. Una oleada de pánico recorrió el grupo como si fuera electricidad, pero por algún motivo nadie llegó a perder el control; por la presión del resto del grupo, tal vez.

Howard contempló la fosa y tragó saliva. Sí, ve. ¿Sabes cómo volver? Dile a Mick que te acompañe.

Ann: No, no. No pasa nada, Mick puede quedarse. Ann no quería estar a solas con él.

Danny: Ya os acompaño yo. Se moría de ganas de largarse de allí.

Mick se había acercado sin hacer ruido. Danny se volvió hacia él. Solo hay que tomar ese pasillo y seguir todo recto, ¿verdad?

Mick: Sí. Miraba fijamente a Danny, como si intentara decirle algo.

Danny: Necesitaré una linterna. Y Ann otra.

Un par de estudiantes les ofrecieron las suyas. Mick se colocó bien el mapa bajo el brazo. Seguía dirigiéndole a Danny aquella mirada escrutadora.

Danny (en voz baja): No les pasará nada, Mick. Te lo prometo.

Mick asintió. Ann cogió a Benjy de la mano y, acompañada de Danny, empezó a desandar el camino por entre los instrumentos de tortura. El niño caminaba con la cabeza gacha, gimiendo, y aquel lloriqueo quedo no parecía que fuera a remitir. El bebé seguía despierto y miraba alrededor con los ojos muy abiertos, como a la espera de ver algo que pudiera reconocer.

Salieron de la cámara de tortura y enfilaron el pasillo. Salir de allí ya suponía un alivio, aunque ahora, con tan solo dos linternas, el pasillo parecía mucho más oscuro. Estaban bajo tierra, no les llegaba luz de ninguna parte. De hecho, Danny se preguntó cómo es que había aire en los túneles. ¿Habría respiraderos o algo así? ¿O había que

descender mucho más antes de que se terminara el oxígeno?

Danny: Saldremos de aquí enseguida.

Ann: No deberíamos haber bajado.

Danny: Pues no.

Ann: He tenido un lapso mental.

Danny: Le has seguido la corriente a Howard, como todos.

Ann: Mi criterio ha sufrido un buen golpe.

El niño seguía llorando, pero movía los pies. Al cabo de un rato cruzaron un arco que quedaba a la izquierda y la linterna de Danny iluminó las filas de botellas de vino. Estaban en el buen camino.

Al llegar al pie de la escalera el corazón le iba a cien por hora. Dios, qué ganas tenía de salir al aire libre. Sintió un asombro momentáneo ante el hecho de que Howard lo hubiera dejado escapar tan fácilmente.

Apenas habían empezado a subir la escalera cuando al niño le fallaron las piernas. Se dejó caer encima de la piedra y se quedó muy quieto.

Ann: Benjy, tienes que andar. Por favor, cariño, con Sarah encima no puedo llevarte en brazos.

Sin embargo, el niño se quedó donde estaba. A Danny le dio un ataque de rabia: si hubieran estado en un acantilado, lo habría echado abajo de un puntapié. Pero lo que hizo fue agacharse e intentar levantar al niño del suelo. No había cogido a un niño en brazos en su vida, ni siquiera a un bebé. Lo tengo, le dijo a Ann. Pero no lo tenía: al niño le colgaban peligrosamente la cabeza, las piernas y los brazos. Danny no conseguía agarrarlo y durante un momento creyó que se le iba a caer. ¡Joder! Cuando por fin logró colocar los brazos debajo del trasero huesudo del chaval y este apoyó la cabeza en su hombro, la cosa mejoró. Benjy se aferró a Danny, le pasó los brazos alrededor del cuello y le agarró la cintura con las rodillas.

Empezaron a subir la escalera de nuevo, Danny delante con el niño pegado al pecho como una ventosa y Ann detrás con el bebé. Ahora que el niño había dejado de llorar, Danny volvió a oír los susurros. Sonaban como el agua rellenoando un agujero, *ersasasa... guasafrasa*, casi como palabras, pero no llegaban a serlo. La escalera describió otra curva, y luego otra más.

Danny: Ya estamos cerca, creo.

Ann: Eso espero.

Un segundo o dos más tarde, algo golpeó a Danny en la cabeza desde arriba. El niño braceó y a Danny se le cayó la linterna escaleras abajo. Ann se asustó y soltó un grito.

¿Qué ha sido eso? ¿Le ha pasado algo a Benjy?

Danny se quedó inmóvil, aturdido. Notó un sabor a sangre; se había mordido la lengua. Pensó que alguien le había golpeado en la cabeza con algo duro, pero al levantar la mano se topó con una superficie sólida que bloqueaba las escaleras.

Danny: No, no, está bien. Creo que... ¿Puedes enfocar aquí?

Ann apuntó hacia arriba con la linterna. La puerta a través de la cual descendían las escaleras estaba cerrada. Danny la empujó con los dos brazos, pero no cedió lo más mínimo. Estaba cerrada con llave.

La baronesa.

Tragó saliva. Durante un instante no sintió nada, pero de repente lo engulló una marea de pánico, algo que no había experimentado jamás, ni siquiera corriendo a solas por el bosque. Aquello no tenía nada que ver con su mente, ni con la anaconda; era más profundo. Una jaula llena de esqueletos. Danny sintió una necesidad física de gritar, agitarse, hacer algo, pero aún llevaba al niño en brazos y eso le impedía moverse. Y, misteriosamente, fue como si no moverse lo ayudara a mantener el pánico a raya.

Danny miró a Ann. Había un *altus* absoluto entre ambos.

Ann: Tenemos que volver.

Recogió la linterna de Danny y se la dio, y él se la colgó de los dedos de una mano. Ann empezó a bajar las escaleras, pero Danny dudó un instante. Finalmente ella se detuvo también.

Danny (susurrando): Espera.

Se quedaron callados y Danny oyó algo que se movía, rasgando el silencio. Un sonido al otro lado de la puerta.

¿Liesl?, preguntó Danny.

Hasta aquel preciso instante, no tenía ni idea de que supiera cómo se llamaba la baronesa. Debía de habérselo dicho aquella noche.

Un crujido sobre la puerta. La mujer estaba ahí, escuchando. A Danny se le puso la piel de gallina.

Liesl. Déjenos salir, por favor. Su voz sonó temblorosa, desesperada.

Se oyó un chirrido, unos tacones afilados que arañaban la puerta de hierro. Ni hablar. El hierro ahogaba su voz y la despojaba de su estridencia.

Danny: Hay niños pequeños aquí abajo. Un montón de gente. Haga el favor de abrir la puerta.

La baronesa se rió. Fue una carcajada horrible, ronca y burbujeante. ¿De verdad crees que me importa lo que os suceda? ¿A cualquiera de vosotros?

Vamos, Liesl. Abra la puerta.

No me crees. No puedes creer que no vaya a hacer lo que tú quieres que haga. Sois niños, los americanos sois todos unos niños. Y el mundo es muy, muy viejo.

Danny: Tiene razón, no la creo. Pienso que es usted demasiado buena persona como para hacer eso. Pero ¿qué diablos estaba diciendo? ¿«Demasiado buena persona»? ¿Si ni siquiera estaba seguro de que fuera una persona!

La baronesa soltó una sonora carcajada. Se lo estaba pasando en grande. A Danny el sonido de su risa le provocó sudores.

Danny: Díganos qué quiere, lo que sea. Es suyo. ¿Quiere dinero? Howard está forrado.

Ya tengo lo que quiero, ni más ni menos. Os he tendido una trampa y habéis caído en ella como los idiotas que sois. La única forma de salir de esos túneles es a través de esta torre. Vais a morir; todos, también los niños. Y a medida que vuestros gritos se vayan debilitando y apagando, yo y las ochenta generaciones que me han precedido, las veintiocho Leisl von Ausbinker que vivieron y murieron antes de que yo naciera, nos regodearemos. ¡Nos reiremos! Los tártaros no pudieron tomar esta torre y tampoco podrán los americanos, con todo su poder y su dinero.

Estaba chalada, enferma. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta antes?

Danny había dado media vuelta y ya estaba bajando por las escaleras. El niño temblaba en sus brazos, no podía dejar que siguiera oyendo eso. En cuanto la escalera dio una vuelta completa, oyó reír a la baronesa.

¿Ya te vas?, ¿tan pronto? ¡Qué pena! La última vez nos lo pasamos tan bien, Danny... Sobre todo tú, ¡creo!

A Danny le temblaron las piernas de tal manera que creyó que se iba a caer antes de llegar al final de la escalera. Tenía frío y estaba empapado en sudor. Cuando llegaron de nuevo al pasillo, Ann se detuvo. Se apartó el pelo de la cara y le sostuvo la cabeza al bebé con las dos manos. Danny vio el terror reflejado en sus ojos. Ann besó tiernamente la coronilla de su pequeña.

Benjy estaba gimiendo. Danny supuso que las palabras de la baronesa se le habrían quedado grabadas en los oídos. Tenía que borrarlas para que no se abrieran paso hasta el cerebro del niño. Mientras avanzaban por el interminable pasillo, empezó a susurrarle al oído: Todo irá bien, ya lo verás, crecerás y no recordarás nada de esto, será solo algo que sucedió hace muchos años, una anécdota que les contarás a tus amigos, y ellos te dirán: ¿Cómo? ¡Eso es imposible! Y tú les contestarás: No, os lo juro, pasó de verdad, pero fui un niño valiente y lo superé, mantuve la calma porque esa es la clase de niño que soy...

¿De dónde salía toda esa mierda? Danny no tenía ni idea. Siguió susurrándole al niño mientras aquellas voces susurrantes le resonaban en los oídos, hasta que Danny se preguntó si no estaría traduciéndolas, si las voces no le estarían contando lo que tenía que decir. Y funcionó, o por lo menos Benjy dejó de gemir. Cruzaron la bodega y al instante Danny vio un fulgor y oyó las voces de Howard y de los estudiantes, un intercambio de sonidos entrecortados que lo desconcertó. Parecían felices, no tenían ni idea de lo que se les venía encima. El pánico le subió como la bilis.

Siguió a Ann hasta la cámara de tortura. Howard estaba subido a una de las máquinas, pero al ver a Ann y Danny se bajó. ¿Qué? ¿Qué pasa?

Ann se le acercó. Danny iba tras ella.

Ann: No podemos salir por ahí. Las escaleras están bloqueadas.

No lo dijo gritando ni llorando; no hizo ninguna de las cosas que Danny esperaba que hiciera. Su voz sonó tranquila.

Howard: ¿Cómo «bloqueadas»?

Ann: ¿Te acuerdas de la puerta? ¿La de las escaleras? Pues está cerrada. O sea

que tendremos que encontrar otra forma de salir.

Cogió a Howard de la mano. Era increíble: parecía como si lo perdonara por haberla metido allí cuando ni siquiera habían salido aún. Y tal vez no logran salir nunca. Danny todavía tenía al niño cogido en brazos. Benjy pesaba cada vez más, y Danny se dijo que seguramente se habría dormido.

Howard: No..., no lo entiendo. Vuélvemelo a decir.

Ann: La puerta. No podemos ir por ahí. Tenemos que encontrar otra salida.

¿Y quién dice que haya otra salida?

Danny vio como el pánico que él mismo había sentido caía sobre Howard y se lo tragaba entero. Su primo no tenía ni una posibilidad.

Howard: La puerta... ¡no! Tiene que haber una...

No pasa nada, cariño. Solo tenemos que encontrar otra salida.

¡No! ¡No hay...! ¡No! ¡Dios mío!

Relájate, cariño. Ann le puso una mano encima de la cabeza, pero Howard se la apartó.

No. ¡No! ¡Tenemos que...! ¡Oh, Dios mío, por favor!

Su voz retumbó en las paredes. Todo el mundo se lo quedó mirando. Howard cerró los ojos y se desmoronó, con la cabeza muy cerca del suelo. Ann se inclinó sobre él e intentó mantenerlo derecho sin que el bebé se le cayera de la bolsa. Debía de haber previsto que sucedería eso, que él reaccionaría así. Sin embargo, no consiguió volver a levantar a Howard, que había empezado a gritar. Danny sentía como si cada nuevo grito le desgarrara la piel y lo desangrara un poco. Estaba a punto de desmayarse. La corriente de pánico fue apoderándose del grupo: de pronto se oyeron más gritos y las linternas empezaron a oscilar de aquí para allá, llenando el espacio de luces desbocadas. Un grupo de personas salieron corriendo de la sala y enfilaron el pasillo, de vuelta a las escaleras. Danny pensó en la baronesa, esperándolos.

Howard había abandonado totalmente su cuerpo; estaba en otra parte. ¡No, no, por favor! ¡Por favor! Oh, Dios, no puedo respirar. ¡Socorro!

La sala había empezado a dar vueltas a su alrededor. Danny tenía la sensación de que todo el oxígeno había desaparecido. Cuanto más empeño ponía en respirar, más se mareaba. El niño se agitó y Danny pensó: No puedo desmayarme con el niño en brazos.

Ann: Ya basta, Howard. Tienes que parar. ¡Basta! Tenemos que hacernos cargo de los niños y de un montón de personas más y sacarlos de aquí.

Pero Howard no podía parar. De pronto se le tensó todo el cuerpo y abrió mucho los ojos como si estuviera ciego. Arañó el aire y, con una voz gutural espantosa, gritó el nombre de Danny, alargándolo de tal manera que llenó la cámara de tortura con un largo alarido.

Howard: ¡Danny! ¡Danny! Ayúdame, Danny; déjame salir, por favor. Danny, por favor, haré lo que sea, pero déjame salir, por favor. Te daré lo que quieras. ¡Por favor,

Danny, no te vayas! ¡No me dejes aquí!

Howard no miraba a Danny, pero todos los demás sí. Mick y Ann y los estudiantes que quedaban en la sala lo contemplaban estupefactos. Cada vez que Howard gritaba su nombre, Danny sentía que faltaba un poco menos para que le estallara el cráneo. Era increíble, pero el niño seguía dormido en sus brazos. Danny se dio cuenta de que estaba estrujando a Benjy, aferrándose al niño como si este lo sostuviera a él.

Howard: ¡Danny! No me hagas esto, por favor. ¡Por favor, vuelve! ¡Por fa... aa... aa...! Sus gritos entrecortados se mezclaban con sus horribles sollozos. Howard lloraba como los niños pequeños, con la cara congestionada de mocos y lágrimas. Era algo que no debería ver nadie.

Los estudiantes que habían salido corriendo hacia las escaleras regresaron en estampida, frenéticos. «Está cerrada, la puerta está cerrada, estamos atrapados aquí dentro, vamos a morir.» La histeria se apoderó de la sala por primera vez. Al principio se trataba tan solo de un terror caótico, sin objeto, pero en cuanto Howard volvió a gritar el nombre de Danny, el grupo lo rodeó, desesperado. Una masa desquiciada se abalanzó sobre él, gimiendo: «¡Ayúdanos, Danny!».

«Como me desmaye se me cae el niño».

Danny, Danny, por favor, tenemos que salir por favor ayúdanos por favor...

Danny: Vale. ¡Vale ya!

Pero no lo oyó nadie, ni siquiera se oía a sí mismo. Los gritos resonaban en las paredes de piedra: Danny, por favor. Por favor ayúdanos por favor ayúdanos por favor...

Danny: ¡Vale ya! ¡Silencio!

Lo dijo gritando, y las personas que tenía más cerca cerraron la boca. Poco a poco los demás fueron haciendo lo mismo. Todos se lo quedaron mirando, esperando a que Danny hiciera algo. Pero ¿qué podía hacer? No tenía ni idea. Howard se había tirado al suelo y estaba allí acurrucado, sollozando. Ann se arrodilló a su lado y se le abrazó al cuello, con el niño dormido aún en el pecho.

Danny: Vale, pues... Esto... Nora, ¿dónde estás? Danny no sabía qué hacer.

Nora salió de entre la muchedumbre con los ojos desorbitados.

Danny: Coge al niño. Al ver que Nora no reaccionaba, dijo: Haz tu trabajo de una puta vez y encárgate del niño, anda.

Nora saltó como si le hubieran pegado un bofetón. Vete a la mierda.

Vete tú a la mierda.

Nora cogió tiernamente a Benjy de los brazos de Danny, y entonces le pegó un codazo.

Danny: Mick, ¿dónde estás? ¿Mick? Estaba intentando ganar tiempo para librarse de la acuciante sensación de que tenía que largarse de allí. Danny era un seguidor, no un líder. Se podía decir que, como seguidor, Danny era un líder, pero no podía liderar por sí mismo.

Mick se le acercó. Aún llevaba el mapa bajo el brazo. Danny alargó la mano para cogerlo, decidido a aplazar uno o dos minutos el momento en que los demás descubrirían que no tenía ningún plan, ni ningún tipo de solución.

Danny: Veamos el mapa.

Mick lo levantó y Danny lo enfocó con la linterna, pero la luz rebotó en el cristal y lo deslumbró. Mick golpeó el mapa contra una de sus rodillas. El cristal cayó al suelo y Mick se quedó con el pergamino en la mano. Danny se fijó en el mapa, pero sus ojos ni siquiera lograban enfocarlo. Estaba improvisando, arañando un segundo, luego otro y luego otro más, antes de que los gritos empezaran otra vez.

Mick: Parece que sí...

Danny: Si bajamos por aquí...

Mick: O a lo mejor por ahí.

De fondo se oían los sollozos de Howard: el sonido más triste y desesperado que Danny hubiera oído jamás. Él no había llorado así en la vida.

Danny: Bueno, vamos. Ya nos apañaremos.

Esperó mientras Ann ayudaba a Howard a levantarse del suelo. Su primo estaba temblando y tenía la cara húmeda y cubierta de tierra.

Danny: Mick, ¿puedes ponerte al final y asegurarte de que no perdamos a nadie?

Mick: Sí, claro. Parecía contento de quitarse de en medio.

Danny los guió fuera de la cámara de tortura, siguiendo su haz de luz hacia la oscuridad. Era como caminar por el fondo marino. Danny no obedecía a ningún impulso, no tenía ningún presentimiento que le indicara lo que debía hacer. Su único objetivo era proteger a toda esa gente ocultándoles el hecho de que no podía ayudarlos, fingir que los guiaba para que creyeran que iban a alguna parte, de modo que no volvieran a llorar ni a gritar su nombre. Danny no lo habría soportado. Estaba convencido de que si empezaban otra vez le daría algo.

Así pues, emprendió la marcha hacia ninguna parte, hacia la nada, agradecido por el silencio reinante y el sonido de todos aquellos pasos a sus espaldas. Los condujo pendiente abajo, hacia las profundidades de la tierra. Giraron a la izquierda, subieron un poco y volvieron a descender. Danny avanzaba deprisa: si dudaba un momento se le vería el plumero, se darían cuenta de que no los llevaba a ninguna parte. Conforme descendían, su paso se fue volviendo regular. Avanzaban, y después de haber avanzado durante el tiempo suficiente empezó a imponerse la sensación de que avanzaban hacia alguna parte. Danny también lo sentía, como si fingir durante el tiempo suficiente lo hubiera convertido en realidad.

Nadie había abierto la boca después de abandonar la cámara de tortura. Incluso Howard se había callado por fin, y el arrastrar de pies por los túneles hizo que aquellos susurros volvieran a los oídos de Danny. Se preguntó si las voces le estarían indicando el camino. A veces se descubría a sí mismo murmurando: ¿A la derecha o a la izquierda? No lo sé. Creo que hacia abajo. Por allí tiene mejor pinta que todo recto. No, esto no me gusta un pelo; tenemos que retroceder. Los túneles eran

interminables, un mundo de túneles bajo tierra. El ambiente pasó de lóbrego a tenebroso. Finalmente se empezó a oír un goteo. Danny no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado.

Llegaron a unas escaleras. No eran las primeras que encontraban, pero hasta entonces todas bajaban. Estas, en cambio, subían. Los peldaños eran diminutos, tan pequeños que no cabía ni la mitad de las botas de Danny. Diminutos y resbaladizos: ¡era imposible subir por allí! Pero por lo menos tendría algo que intentar, algo con lo que mantener distraído al grupo. El túnel seguía más allá de las escaleras, pero Danny se detuvo.

El sonido de una voz (su propia voz) resultó extraño después de tanto tiempo caminando en silencio.

Danny: Bueno, a ver. Voy a subir estas escaleras, a ver adónde llevan. No me sigáis, porque como resbale y me caiga nos vamos todos para abajo. Enfocad con las linternas para que pueda ver el camino.

Notó como las esperanzas y el pánico de los demás aumentaban a la vez, sin apenas control. Pero Danny estaba tranquilo. Extrañamente tranquilo, como si todo aquello no fuera más que un sueño.

Empezó a trepar despacio, con paso cauteloso. A cada metro o así había unas argollas de hierro a ambos lados de la escalera que hacían posible la escalada. Danny llevaba una linterna en la boca, medio atragantándose con ella, y mientras se asía con una mano a una argolla, con la otra se agarraba a los peldaños resbaladizos. Era el tramo de escaleras más largo que había subido en su vida. En cierto momento los peldaños cambiaron de dirección y la luz de las linternas dejó de iluminar el camino. Le vino un olor a tierra, no a las entrañas terrestres de donde provenía, sino a tierra en contacto con el aire: árboles, hierba, olores a vida. Y esos olores despertaron algo en Danny: un deseo, un apetito. Empezó a subir como una araña, y de vez en cuando echaba la cabeza hacia atrás para enfocar la linterna hacia arriba y ver qué había. Más peldaños. Más peldaños. Y finalmente vio algo plano: la cara inferior de una puerta en posición horizontal. Al llegar le temblaban los brazos y las piernas. Empujó la puerta con una mano: estaba cerrada, naturalmente. Danny se encorvó, con la linterna en la boca, resollando y sudando; estaba a punto de vomitar.

Sin quitarse la linterna de la boca, Danny gritó hacia abajo: ¡Aquí hay una puerta!, ¿vale? Intentaré abrirla, o sea que voy a hacer ruido. Apartaos por si me caigo.

Desde abajo le llegó un sonido sordo.

Había una argolla de hierro a cada lado de la puerta. Danny se agarró a ellas con ambas manos y fue subiendo con los pies por la pared hasta que los tuvo apoyados en la la puerta. Estaba cabeza abajo, reducido al tamaño de un neumático y con el cerebro saturado de sangre. Golpeó la puerta con el tacón de la bota: parecía de piedra.

Entonces empezó a patearla. La pateó y la empujó como un loco, como si fuera su

única misión en la tierra. Pateó y pateó hasta que no pudo más. Resollaba, medio atragantado, y notaba el latido de las venas de las sienes y del cuello. Pero la puerta no se movió.

¡Mick!, gritó. La linterna se le cayó de la boca y se despeñó escaleras abajo, dando tumbos. ¡Cuidado!, gritó Danny. ¡Apartaos, que cae algo! Ni siquiera la oyó aterrizar. Entonces preguntó: Mick, ¿puedes subir? Estaba completamente agotado. Se agarró con fuerza a las argollas de hierro y se quedó allí, resollando en la oscuridad absoluta.

Al instante vio una luz. Para cuando apareció Mick con la linterna entre los dientes, Danny se había recuperado un poco. Mick ya no llevaba puesta la camisa y el sudor le chorreaba por el torso y los brazos fibrosos, con sus viejas cicatrices de pinchazos.

Danny: Tenemos que abrir esta puerta a patadas.

Mick: Vale, hagámoslo.

Se contorsionaron el uno al lado del otro, tal como Danny había hecho antes, colgado cada uno de una argolla de hierro y con el brazo libre alrededor del cuello del otro. Empezaron a patear la puerta. Hacían mucho ruido, pero eso era todo.

Mick: Espera, espera. Tenemos que contar. A la de una, a la de dos y a la de... ¡tres!

Se pusieron a empujar, gruñendo.

Mick: Otra vez. A la de una, a la de dos y a la de... ¡tres!

Empujaron juntos. Una vez. Y otra. Y otra más. A Danny le pareció que la puerta cedía un poco. Otra vez. No, nada. Otra. Y otra más. De pronto Danny notó una sacudida sobre los pies: la puerta empezaba a moverse. Se mueve, murmuraron los dos. Empujaron otra vez, y otra más. Y después de estar tanto rato cabeza abajo, con las venas hinchadas, los ojos llorosos y los labios colgando, y sudando tanto que le costaba horrores que la mano no se le resbalara de la argolla de hierro, a Danny lo invadió una oleada de energía que lo recorrió desde la cabeza hasta las botas. Sus botas de la suerte.

Mick jadeaba tanto que casi no podía hablar: Una vez más. Esta es la buena, a la de una, a la de dos y a la de ¡tres! Empujaron, gruñendo, y la puerta se movió, se levantó un poco. A la de una, a la de dos y a la de ¡tres! Danny cargó frenéticamente contra la piedra con sus botas, la golpeó, la pateó y la empujó; Mick hizo lo mismo, hasta que la puerta cedió y se abrió como una tumba.

Salieron por la abertura y se dejaron caer en el suelo. Pasó un buen rato hasta que Danny levantó la vista y vio estrellas. Árboles. Sabía dónde estaba: junto al estanque. Lo olía. Se alegró tanto de olerlo que casi le pareció agradable.

Habían levantado una de las losas de mármol que rodeaban el estanque. Un cuadrado perfecto que pesaba como el demonio. Solo Dios sabía cuándo lo habían movido por última vez.

Tan pronto como hubo recobrado el aliento, Danny se asomó al agujero y gritó:

Bueno, ya estamos fuera. Voy a bajar otra vez. Tardaremos un rato, pero lo hemos conseguido. Todo irá bien.

Hubo un segundo de silencio. Y después se oyó una ovación.

Danny ayudó a Ann a subir el larguísimo tramo de escaleras, con el bebé aún en el pecho. Ann le pasó un brazo alrededor del cuello, de modo que si resbalaba (y lo hizo en dos ocasiones), él la sujetaría y al bebé no le pasaría nada.

Danny llevó a Benjy con un brazo, subiendo los peldaños de dos en dos. Le pareció que el niño pasaba todo el rato dormido.

Entre él y Mick ayudaron a subir a Howard, que les rodeó el cuello con los brazos. Cuando ya casi habían llegado arriba, Howard volvió en sí e incluso pudo recorrer el último tramo por su propio pie.

Cada una de esas ascensiones requirió por lo menos quince minutos, de modo que trasladar a todo el mundo a la superficie fue una empresa que duró varias horas. Cuando por fin terminaron y todos estuvieron fuera, con cada uno de los estudiantes tendido sobre el suelo de mármol, alrededor del estanque, llenándose los pulmones de aire fresco, ya había salido el sol.

Esa fue la Fase Uno.

La Fase Dos incluyó un montón de abrazos. Todo el mundo empezó a abrazar a Danny, en ocasiones más de una persona a la vez, la mayoría riendo o llorando, o riendo y llorando al mismo tiempo. Lo único parecido que Danny recordaba era la graduación del instituto. Casi se le había olvidado, pero en aquel momento recordó la sensación: «Acabamos de vivir algo enorme y el resto de nuestras vidas está a punto de empezar, pero no queremos dejar esto atrás, no podemos, es demasiado grande».

Ann abrazó a Danny con tanto ímpetu que el bebé, al que aún llevaba en el pecho, rompió a llorar. Danny se dio cuenta de lo fuerte que era Ann físicamente, y eso le permitió hacerse una idea de lo que Mick debía de sentir por ella: después de haber estado rodeado por una fuerza así, lo normal era que te sintieras muy vulnerable cuando te faltaba.

Nora abrazó tiernamente a Danny y le dio un beso en la mejilla. Nora no era una de esas chicas besuconas, y además tenía unos labios increíblemente mullidos, por lo que fue un momento de lo más sensual. Danny la olió por primera vez, y su olor lo sorprendió: no olía ni a tabaco, ni a pachuli, ni a sudor, que era lo que él esperaba en una chica con un montón de piercings y rastas. Olía a... ¿a qué?, se preguntó Danny mientras Nora se alejaba. Entonces la chica se dio la vuelta y Danny vio por primera vez su sonrisa, vio a la chica guapa que Nora no quería volver a ser nunca más. Y en aquel momento supo a qué olía, identificó aquel olor fresco, delicado y complejo: olor a césped.

Nora: Gracias.

Danny: Dijo ella...

De buenas a primeras Nora no lo entendió. Pero entonces se rió: Casualmente, esa era una frase sin adverbios.

Danny: ¿«Gracias» y nada más?

Nora: Eso es. Gracias. O a lo mejor: Gracias, Danny. ¿Te has llevado una desilusión?

Danny: Qué va. De nada.

Se miraron y se echaron a reír.

Benjy se abrazó a las piernas de Danny. Aquel gesto tuvo un gran efecto sobre él, porque el niño tenía unos brazos muy pequeños y además era tan bajito que Danny ni siquiera podía devolverle el abrazo; se limitó a poner las dos manos sobre la cabeza del niño, y notó su cráneo redondo y caliente debajo del pelo frondoso. El hijo de Howard.

Los estudiantes abrazaron a Danny temblorosos y con las mejillas húmedas, en ocasiones varios a la vez, de modo que Danny quedaba en medio de la melé, como si fuera una especie de héroe o algo así. Un par de veces estuvieron a punto de caerse todos al suelo, entre gritos de: Ojo, ay, ay, ay, pero al final lograron mantener el equilibrio. Y Danny habría dicho que ese tipo de abrazos eran sus preferidos, porque le recordaban a cuando marcaba un gol en el último minuto y todo el mundo saltaba al terreno de juego. Pero en realidad lo hicieron sentirse débil, culpable, como si lo estuvieran agasajando por algo que no había hecho.

La Fase Tres fue más calmada. Ann y Nora volvieron al castillo con los niños, que tenían hambre. Saludaron con la mano y desaparecieron entre los cipreses. Los demás se quedaron cerca del estanque, como esperando algo. También Danny sintió el deseo de quedarse cerca de aquella experiencia y de las personas con quienes la había vivido. Porque cuanto más cerca estaba del momento en que había creído que iba a morir, más increíblemente delicioso le resultaba estar otra vez al aire libre, respirando aire puro, notando el sol en la cara y todas esas cosas en las que nunca piensas.

Howard se sentó en el suelo y se apoyó en el bitoque de la cabeza de la Medusa, el lugar donde Danny había visto aquellas figuras moviéndose cuando le dio la paranoia. Tenía los codos sobre las rodillas y la cabeza sobre los puños. Howard había perdido algo. A lo mejor se había perdido a sí mismo.

Mick también estaba por ahí, pero Danny aún no había logrado cruzar la mirada con él.

La Fase Cuatro empezó cuando Danny se dio cuenta de que ahora era él quien tenía el poder. Howard estaba acabado y Mick fuera de juego, lo que dejaba a Danny en la posición que llevaba dieciséis años esperando y deseando, por la que había estado intrigando, arrastrándose, esforzándose y (cuando caía en la desesperación) rezando. En un primer momento, Danny se sintió abrumado por el hecho de haber obtenido su recompensa al cabo de tanto tiempo y por la emoción que eso le

producía. Aquella sensación duró unos treinta segundos, pero cuando el estremecimiento pasó, Danny se dio cuenta de algo a lo que no sabía ponerle un nombre. No es que no quisiera el poder de Howard, sino más bien que de pronto todo eso del poder le parecía una farsa, algo irrelevante o simplemente manido, que no le servía para ver el mundo que tenía delante.

Un reloj invisible había empezado la cuenta atrás. Danny no sabía lo del reloj, pero sí que en un momento dado todos habían empezado a dispersarse, como si alguien hubiera cortado una cuerda que los había mantenido unidos hasta entonces. Se alejaron a la deriva, algunos volvieron al castillo, otros se adentraron en el bosque, otros escalaron la muralla desmoronada a la que ya se habían encaramado Danny y Howard, y un par (por increíble que parezca) bajaron por las escaleras y se volvieron a meter en los túneles. Y mientras se iban desperdigando, a solas, por parejas o en grupitos, la clara luz de la mañana descendió del cielo y empezó a borrar lo que había sucedido bajo tierra, hasta tal punto que a Danny ya le parecía increíble que alguno de aquellos estudiantes hubiera tenido un ataque de pánico y gritado su nombre, o que Howard hubiera sollozado: todo aquello era una broma, una fantasía demasiado exagerada como para ser cierta.

Aquella fue la Fase Cinco.

Danny se sentó junto a Howard. No había visto la cara de su primo desde que estaban al aire libre. A Mick sí lo veía, y daba la impresión de estar hecho polvo. Era como si la euforia y el alivio que habían experimentado Ann, Nora y los estudiantes (y también Danny) hubieran pasado por alto a Mick.

El reloj seguía con su cuenta atrás, pero Danny no lo oía.

Finalmente Howard alzó la mirada. Tenía un aspecto ceniciento, envejecido. Has estado muy bien, Danny, dijo con voz apagada. Ahí abajo.

Respuestas graciosas, respuestas estúpidas, respuestas que eran una forma de no responder, todo eso fue lo que se le pasó por la cabeza a Danny: «Necesitaba un poco de ejercicio, no creas», o «Lo de caerse de una ventana no era fácil de superar, pero he hecho lo que he podido», o «Yo creo que han sido todas esas inyecciones que me puso el médico», o «Suerte del rastro de migas de pan», o «Cuéntaselo a mi padre, ¿vale?».

Sin embargo, lo que dijo fue: Te abandoné y podrías haber muerto.

Howard levantó la cabeza y miró a Danny con los ojos entrecerrados, deslumbrado por el sol. Pero no me morí. Logré salir.

Danny: Te encontraron.

No, antes me escapé con la mente. Salí de allí porque si no, no lo iba a conseguir. ¿Cómo?

No lo sé. Me fui. Me refugié en un juego, en las habitaciones de mi cabeza. Lo podemos hacer todos, ¿sabes? Lo que pasa es que hemos perdido la práctica.

Resultaba extrañamente fácil mantener aquella conversación, como si ya hubieran hablado de ello antes. Como si fuera algo en lo que estaban de acuerdo.

Danny: ¿Qué coño hago aquí, Howard?

No lo sé, colega. Dímelo tú.

Danny volvió la cara hacia el sol. Era un sol débil, de primera hora de la mañana, pero aun así brillaba con fuerza. No lo sé, dijo. Creía que lo sabía, pero he descubierto que había otro estrato.

Howard: Lo mismo digo. Yo quería... No sé qué quería. Impresionarte, tal vez.

Pues lo has logrado.

Howard: Notaba una conexión. No sé cómo explicarlo.

Danny: ¿Nunca quisiste devolvérmela?

Howard se lo quedó mirando, sorprendido. ¿A qué te refieres?

Estos últimos dos días se me ha ido un poco la olla. A lo mejor es cosa del jet lag, pero había empezado a creer que tramabas algo contra mí.

Howard: Ya es tarde para eso. Lo pasado, pasado está, ¿no? Además, ahora soy yo quien está en deuda contigo.

Venga ya. No digas eso.

De repente los pájaros se pusieron a armar jaleo en los árboles. El sol, los pájaros, el cielo: era como un grupo de música preparándose para empezar a tocar.

Howard: En cualquier caso, Danny, lo que he dicho antes iba en serio.

¿El qué?

Que me has sido de gran ayuda. No sé cómo, pero haces que pasen cosas. Si te soy sincero, no tenía demasiadas esperanzas depositadas en ti.

Mi reputación me precedía.

Pues sí, un poco.

Danny se rió. Supongo que has tenido suerte.

Howard: Pero me da la sensación... de que podríamos trabajar juntos en algo.

Danny: Me encantaría.

Le salió instintivamente. ¿Trabajar con Howard? Cuanto más pensaba en ello, más le parecía que llevaba tiempo esperándolo. Deseando hacerlo. ¿Te refieres a trabajar para ti?

No, no. Como socios. Trabajar juntos de verdad. Howard se incorporó. Ya tenía mejor aspecto, empezaba a parecerse a sí mismo otra vez. Su rostro iba cobrando vida. Hace años que tengo ganas de abrir un restaurante.

Danny: Eres un cocinero increíble.

Howard: Digo un restaurante, pero en realidad es más bien un... Tengo una teoría sobre la comida. Sobre la dieta, de hecho. Deberíamos hablar largo y tendido.

Danny: Pues yo he trabajado en restaurantes un montón de años.

Howard: ¡No me jodas!

¡Es a lo que me dedico! He trabajado en restaurantes desde... Dios, tengo la sensación que desde siempre.

Pues yo no tengo ni pajolera idea de qué significa llevar uno.

Bueno, casi nunca dan dinero.

Howard esbozó una sonrisa burlona. Vamos, Danny, no se trata de dinero. A estas alturas ya me conoces lo suficiente.

Danny: Sí, supongo que sí.

Aquella fue la Fase Seis.

Algo hizo que Danny levantara la cabeza hacia donde estaba Mick. Se había olvidado totalmente de él y se había puesto a hablar con Howard como si fueran las dos únicas personas presentes junto al estanque. Y Howard había hecho lo mismo. Pero Mick no se había marchado; de hecho, continuaba en el mismo sitio que antes. Estaba a pocos centímetros de Howard y parecía que se hubiera quedado allí petrificado, escuchando. Cuando Danny levantó la cabeza, sus miradas se cruzaron (Fase Siete), y lo sorprendió la frialdad absoluta que vio reflejada en el rostro de Mick, su expresión vacía, como si fuera una máquina. De pronto el *altus* inundó la mente de Danny, que se sintió como si estuviera en lo alto de la torre, contemplando cada detalle del paisaje: Howard era lo único que tenía Mick. Mick era la mano derecha de Howard. Y cuando uno es la mano derecha de alguien, está dispuesto a hacer lo que sea.

Mick dio un paso hacia Howard. Un paso nada más, pero a Danny le dio un subidón de adrenalina. Y todo aquel miedo, la anaconda devoradora, la sensación de hostigamiento, de estar atrapado, se apoderó de él como si no lo hubiera abandonado en ningún momento. Un segundo más tarde ya estaba de pie, con el cuchillo en la mano. Su filo largo y curvo reflejó la luz del sol.

Mick: Suéltalo, Danny.

Howard: Pero ¿qué co...?

Howard se levantó torpemente, aturdido y confuso, como si hubiera estado dormido o aún lo estuviera. Se encontraban en el lugar donde Danny había visto aquellas figuras que se movían, tal vez por eso la situación le resultaba tan familiar, como si ya hubiera sucedido. O a lo mejor era por el *altus*. Porque de pronto Danny lo comprendió todo y supo qué lugar le correspondía.

Mick: ¡Cuidado, Howard!

La pistola salió de algún lugar cerca del tobillo de Mick, que reaccionó con una rapidez increíble.

Danny intentó abalanzarse sobre él con el cuchillo, pero ya era demasiado tarde. Apenas se había movido cuando le disparé entre ceja y ceja. Estaba mirándome cuando la bala lo atravesó y vi como se le apagaba la luz.

¿Por qué? Es una pregunta razonable. Si le disparas a alguien en la cabeza, será mejor que tengas un buen motivo. Lo que me gustaría hacer ahora es elaborar una lista, presentar todas las pruebas una tras otra (cosas como: «Lo que pasó fue que durante un segundo creí que iba a abalanzarse sobre Howard con el cuchillo», y «Sabía que tarde o temprano terminaría contándole a Howard lo mío con Ann», y «Después de la putada que le había hecho a Howard cuando eran niños, no me parecía bien que se fuera de rositas»), para que después de leer la lista, dijeras: Pues

claro que hizo bien en dispararle al capullo ese: ¡mira todos los motivos que tenía! Pero no he hecho ninguna lista. Danny me caía bien. Me recordaba a mí.

Sin embargo, sentía que me estaba borrando. Con Danny allí se iba a terminar todo, iba a perder lo poco que tenía: Howard, Benjy y Ann. Como si le hubiera estado guardando el sitio todos esos años.

Naturalmente, después de que le disparara se terminó de todas formas.

Danny se desplomó de espaldas (Fase Ocho) con los brazos muy abiertos, como si intentara atrapar algo inmenso que caía del cielo. Cayó dentro del estanque negro, que lo engulló. Howard se lanzó tras él e intentó agarrar a Danny en el agua densa. Pero las cosas muertas pesan más que las vivas, y Danny se hundió. Durante unos segundos se hundieron juntos: Howard abrazó a Danny e intentó devolverlo a la superficie, pero al final tuvo que elegir entre soltarlo o sucumbir con él.

Danny aún tenía los ojos abiertos. Al principio no veía nada. Todo era denso y oscuro a su alrededor mientras se caía, se hundía, pero de repente notó algo debajo de los pies y se dio cuenta de que en el muro interior del estanque había unas escaleras que descendían. Logró no perder pie y empezó a bajar, y el agua fue aclarándose, o a lo mejor fueron sus ojos los que se acostumbraron a la oscuridad conforme descendía, pues empezó a ver cosas que recordaba: la manguera azul con la que ayudaba a su padre a regar las plantas del caminito de casa, el rincón junto a la ventana de la sala de estar donde se sentaba a leer cómics, sus ilustraciones pegadas a la pared de la cocina, el váter de color rosa y los jabones con olor a rosa colocados en una concha encima del depósito de agua, la cortina de la ducha con el abejorro, el entrenador de fútbol que se sonaba sin clínex, la ensalada de cangrejo y manzana que solía preparar su tía Corkie, el piso subarrendado de Elizabeth Street lleno de alfombras persas y pelo de gato persa, la chica con patines de línea a la que había perseguido por todo el Lower East Side, el tío al que vio echando sucedáneo de mantequilla en uno de esos cubos de palomitas que venden en el cine, Nueva York cubierta de nieve, la paloma que construyó un nido en su aparato de aire acondicionado, ir a que le cortaran el pelo, silbar para llamar a un taxi, contemplar una puesta de sol entre los edificios..., y así sucesivamente, un túnel de recuerdos, de cosas, de información, y Danny estaba conectado a todo eso, flotaba a través de todo eso, tocándolo. Todo seguía ahí. «Nada desaparece.» Danny se vio también a sí mismo, algo que solo puedes hacer si estás muerto o si vas tan colocado que dejas tu cuerpo atrás: un hombre adulto que se hundía en el agua negra.

Las escaleras bajaban y bajaban, interminables. El agua se le metía a Danny en las orejas, en los ojos, en los pulmones. Pero finalmente, cerca del núcleo líquido de la tierra, las escaleras se terminaron. Danny miró hacia arriba: la superficie del estanque tenía el tamaño de una moneda de diez centavos, una moneda de cielo azul. Y entonces Danny vio una puerta (Fase Nueve) y la abrió. Estaba en un pasillo blanco. El agua había desaparecido. Las paredes eran lisas y no había ni ventanas, ni puertas, ni adornos. Lo único que Danny vio, en el otro extremo del pasillo, fue un

punto gris azulado que parecía otra puerta, hacia la que se encaminó. Fue una larga caminata, pero cuando finalmente llegó, Danny se dio cuenta de que no era una puerta, sino una ventana. No se veía nada a través del cristal, que estaba empañado, o sucio, o a lo mejor era esmerilado. Pero entonces puso una mano encima de la ventana y de repente el cristal se aclaró (Fase Diez). Lo vi allí de pie. Y él me vio a mí.

¿De dónde coño has salido?, le pregunté.

Danny sonrió y dijo: No creerías que te iba a dejar en paz, ¿verdad?

Dijo: ¿No sabes aún que lo que más deseas olvidar es lo único que no te puedes quitar nunca de encima?

Dijo: Que empiece la obsesión. Y entonces se rió.

Dijo: Somos gemelos. Nada puede separarnos.

Dijo: Espero que te guste escribir.

Y entonces empezó a hablar, susurrándome al oído.

Davis estaba en la litera de abajo, con la radio naranja encima de la cabeza. Tenía los ojos cerrados y hacía girar los diales, escuchando.

TERCERA PARTE

El manuscrito de Ray me llega dentro de un gran sobre marrón con matasellos local y sin remite. Dentro está la historia del castillo, que ya he leído en parte, y unas cuarenta páginas de entradas de diario escritas a mano que no había visto nunca. Leerlas me lleva toda la noche. Oigo el tráfico de fondo. Aquí se oye a todas horas, pero más por la noche, cuando circulan los camiones de mercancías. Es un sonido retumbante, como el mar, o como imagino que sonaría el mar si hubiera uno cerca. Me encantaría que hubiera uno cerca.

Si fuera llorona, leyendo todo esto lloraría, pero no lo soy. Hubo una época en que no hacía más que llorar, pero desde entonces nada. Estoy seca.

Cuando termino de leer ya está amaneciendo. La casa se encuentra en silencio. Las niñas todavía duermen, y a saber dónde estará Seth.

Entonces tengo una idea. Voy a la cocina y cojo una bolsa de basura grande de color verde y una cuchara de metal. Salgo de casa y golpeo el grueso de páginas encima de los dos peldaños de hormigón, para enderezarlas. Meto las páginas dentro de la bolsa de basura y enrosco el plástico sobrante alrededor de las páginas dos veces, hasta que no queda más bolsa que enroscar. Entonces me alejo de la casa contando los pasos, como haría Ray: treinta y cinco a la izquierda. Empiezo a cavar con la cuchara. La superficie de la tierra está dura, pero debajo está más mullida. Voy deprisa, porque sé que las niñas ya no tardarán en despertarse. Hago un agujero, entierro la bolsa y la cubro de tierra; no me cabe toda la que había sacado y la aplasto con el pie. Si alguien me viera las manos pensaría que he estado cavando tumbas. Cuando termino, el sol ya asoma por detrás de la colina y, buf, experimento un gran alivio al pensar que está a salvo, todo está a salvo, la historia entera y yo dentro de la historia, esa maestra que dejó a su marido, esa princesa tan guapa; está ahí abajo, enterrada como un tesoro.

También he enterrado la prueba. Sé que es ilegal quedarte algo que te ha enviado un convicto recién fugado.

Dejo salir a los perros de la caseta. Se abalanzan de inmediato sobre las páginas que acabo de enterrar. Les lanzo la pelota roja y salen corriendo tras ella.

Vuelvo a la casa y me siento en las escaleras a fumarme un cigarrillo y a disfrutar de la salida del sol. Algo se mueve en la carretera, lo ven mis ojos antes que mi cerebro, y entonces me doy cuenta de que es Seth y se me hace un nudo en el estómago, porque ¿dónde está el camión?, ¿qué ha hecho con el camión?

Seth se acerca a la puerta y observo que aún le tiemblan las manos, aunque ya no mucho. Ha pasado dos días fuera, como hace casi siempre después de terminar un

trabajo. Para ser un obrero de la construcción está demacrado, y sin la dentadura postiza no tiene ni un solo diente en la boca. Y pensar que en su día fue una estrella de rock, no solo a nivel local sino también en otros estados. Cuando estaba en el escenario las chicas le tiraban cerveza para ver cómo le chorreaba por el pecho desnudo.

Me dirige una mirada vacía.

—¿Dónde está el camión? —le pregunto.

—Se me ha pinchado una rueda en la Ochenta y cinco. —Parece a punto de irse al sobre, que es casi lo mismo que decir que parece a punto de palmarla.

—Están durmiendo, entra en casa —le digo, y él lo hace, pues lo único que tenemos Seth y yo, lo único que nos queda, es que los dos queremos a esas niñas. No es lo mismo que querernos el uno al otro, pero algo es algo.

Esa misma tarde, dos agentes de la policía estatal vienen a verme a la universidad. Uno de ellos es Pete Konig. Lo conozco desde que íbamos a cuarto de primaria, pero ha engordado mucho desde el baile de final de curso del penúltimo año de instituto, cuando le di un beso con lengua, y ahora suda a mares debajo del grueso uniforme. El otro tipo, el sargento Rufus, tiene pinta de necesitar un antiácido. Cuando salgo a recibirlos se nos queda mirando toda la oficina.

—Pete —digo—, voy a comer en veinte minutos, ¿podéis esperar?

—¡Que si podemos esperar, dice! —exclama el otro, como si le acabara de pedir que me hiciera la colada. Pero Pete dice que vale, que me esperan en la cafetería.

Los encuentro en la terraza, sentados a mi mesa favorita. Hace un día de primavera estupendo, está todo verde y lleno de vida. De fondo se oye el fluir del tráfico. Alguien con un buen brazo podría lanzar una bola y llegar a la interestatal.

—¿No ibas a comer? —me pregunta Pete.

—No me gusta ser la única que come.

Me siento y me enciendo un cigarrillo.

—Si no lo he entendido mal, conocías a uno de los presos fugados —dice Pete—. Raymond Michael Dobbs.

—Iba a mi clase de escritura.

—Eso he oído. Lo apuñaló otro de los que iban a tu clase.

—Sí. Thomas Harrington. Creo que lo trasladaron a la sección de máxima seguridad.

Se hace el silencio, pero con todo ese tráfico siempre hay algo que escuchar.

—¿Has tenido noticias de él, Holly? —pregunta Pete—. De Dobbs, me refiero.

—No —digo—. Nada. —Y mientras lo digo me doy cuenta de que estoy infringiendo la ley, y noto como el sudor me dilata los poros.

—¿Tiene forma de saber dónde vives?

—Espero que no.

Pete me ha visto en mi mejor momento: cuando era la chica que había ganado el concurso de escritura del colegio y había escrito una obra de teatro que interpretó

toda la clase en octavo. Y me ha visto también en mi peor momento: con la cara cubierta de pústulas, esperando en el hospital mientras mi hijo pequeño, Corey, se aferraba a la vida. Hay tanta compasión en sus ojos que tengo que apartar la mirada.

Entonces interviene el otro, el sargento Rufus.

—Según tenemos entendido, mantenía usted una relación personal con el interno Dobbs —dice.

—¿A qué se refiere?

—Lo visitó mientras estaba en el hospital.

—Así es —respondo—. Dijeron que se estaba muriendo.

—¿Y cuál fue la naturaleza de su visita?

—Pasé casi todo el rato sentada a su lado. Apenas estaba consciente.

—O a lo mejor es que se le da bien fingir.

—No sé cómo se finge una infección intestinal de caballo —digo, y Pete me dirige una mirada de advertencia.

—Visitó usted a Dobbs otra vez —dice Rufus— cuando este regresó a la prisión.

—Sí.

—Acudió como una visitante más.

—Eso es.

—¿Y cuál fue el motivo de la visita?

—Quería asegurarme de que estaba bien.

—¿Perdón?

—Es que... no me lo podía creer. No me podía creer que se hubiera recuperado.

Mi respuesta no satisface a nadie. Pete se revuelve en el banco de pícnic.

—¿Y qué ocurrió entre usted y el preso durante esa segunda visita? —pregunta Rufus.

—Nada, solo hablamos.

—¿Y de qué hablaron?

—No me acuerdo. No estuve mucho rato.

—Estuvo allí una hora y quince minutos, señora.

Pinta mal, lo sé. Pinta fatal. No sé qué más decir.

—¿Mencionó algún plan de fuga o le pidió ayuda?

—Por supuesto que no —digo, y creo que el volumen de mi voz los pilla a los dos por sorpresa—. No, no hizo nada de eso. En caso contrario, yo lo habría comunicado inmediatamente.

Con esto consigo hacer callar a Rufus; por fin he hablado en su idioma. Pero es posible que con Pete haya logrado el efecto contrario.

—¿La fuga te sorprendió de veras, Holly? —pregunta, y me mira ladeando la cabeza.

—Absolutamente.

—¿Y no has oído nada más de ese tipo? ¿Ni pío?

Me clava esos ojos suyos tan encantadores. Pete tiene cuatro hijos, su hija mayor

tiene solo un año más que Megan. Le devuelvo la mirada.

—Nada de nada.

—Me alegro, Holly —dice—. Porque..., en fin, ya lo sabes: ayudar a un fugitivo es un delito federal.

—Sí, lo sé.

—Y sería..., vamos, que no valdría la pena.

—Ya.

—Especialmente después de todo lo que has pasado. Y menos ahora que has vuelto al buen camino y que todo te va tan bien.

Los fugados fueron Ray y su compañero de celda, Davis. Ray desvió el agua de uno de los conductos principales de la prisión, y él y Davis excavaron hasta dar con el conducto, lo abrieron con la ayuda de un soplete, se metieron dentro, se arrastraron por debajo de los dos perímetros de la prisión, hicieron otro agujero y salieron al exterior.

Y aunque contado así parezca fácil, en realidad era poco menos que imposible. De entrada, Ray y Davis tuvieron que excavar el primer agujero debajo de una de las torres de vigilancia, con un francotirador en su interior, pero lo que resulta aún más increíble es que hasta el recuento presencial de las cuatro de la tarde nadie reparó en su desaparición. Eso fue lo que más impresionó a la gente. «¿Nadie los echó en falta hasta el recuento presencial?» ¿Cómo es posible? La respuesta la daba el mismo periódico: órdenes de trabajo, acreditaciones y permisos falsos, todo ello elaborado por Davis, que además de asesino era un falsificador. Llevaba años comportándose como un loco pacífico, de modo que habían dejado de vigilarlo. En la cárcel ya habían empezado a rodar cabezas.

La última fuga se había producido hacía diecisiete años, cuando yo estudiaba el último curso en el instituto. La gente aún hablaba de ella: tres tipos habían utilizado unos zancos caseros para escalar las dos verjas y después se habían escondido en la casa de una familia que se encontraba fuera de la ciudad. Se habían cosido los tajos con agujas de costura e hilo azul. Siempre me acordaba de eso, de que el hilo era azul. Para cuando los cazaron habían tomado dos rehenes, disparado contra un caballo y reducido un establo a cenizas.

La noche en que me enteré de lo de Ray, me trasladé a la habitación de mis hijas, me llevé la cama plegable y la abrí entre las suyas. Megan estaba jugando al fútbol y aún no había regresado, pero Gabrielle, la pequeña, se convirtió en mi cómplice. ¡Una fiesta de pijamas con mamá! Megan nos encontró preparando palomitas. Cuando se enteró de cuál era el plan, se quitó las botas de fútbol y las tiró fuera a través de la puerta. Las botas desaparecieron en la oscuridad; Megan es demasiado pulcra como para ensuciar el suelo de barro, incluso cuando se enfada.

—¡En esta casa no tengo intimidad! —protestó—. Nunca. Nunca. Nunca. Nunca.

Nunca. —Tiene trece años.

—Te entiendo —le dije, siguiendo uno de los consejos de la doctora Riordan, la psicóloga por Internet a la que he estado escribiendo acerca de Megan.

—¡No, no lo entiendes! —rugió ella—. ¡Si lo entendieras no habrías puesto esa cama plegable junto a la mía!

—Megan, se han fugado dos presos...

—Ah, claro. Y tú vas a protegernos, ¿no?

Se plantó delante de mí con una mano en la cadera, tan estrecha, y tuve la sensación de estar viendo mi propia cara cuando aún era joven: guapa y con los ojos verdes. Su expresión transmitía una malicia y un odio aterradores, pero no dije nada. La doctora Riordan dice que debo dejar que Megan exprese su rabia y demostrarle que puedo aceptarla.

Pero entonces oí a Gabby sollozar y perdí el control:

—Has asustado a tu hermana, so imbécil —le dije a Megan, y al oír mi propia voz me di asco a mí misma.

Me incliné sobre Gabby y hundí la cara en su densa mata de pelo, que es de color negro azabache y huele a manzana. Gabby aún conserva una dulzura que Megan perdió hace ya años. Cada día tengo la sensación de que me aferró a esa dulzura, intentando protegerla.

—Yo creía que iba a ser divertido —dijo, sollozando.

—Y lo será —dije yo.

Megan se había encerrado en el cuarto. A través de las paredes la oí acurrucarse en su rincón privado, delimitado por un biombo plegable que se compró con su dinero y que colocó delante de una de las ventanas. La parte exterior del biombo es blanca, pero la interior contiene un collage de su vida: fotos de sus amigos, trenzas hechas con fundas de pajitas de refresco, una pluma morada, una muñeca trol con el pelo verde, una máscara brillante, unas margaritas secas. Gabby tiene órdenes estrictas de no meterse en el rincón de Megan, pero en realidad es a mí a quien Megan quiere mantener alejada de ella; protege su vida de mí porque cree que si la toco se marchitará y morirá como la mía.

Megan aún estaba en su rincón, con los codos apoyados en el alféizar, cuando Gabby y yo nos metimos en la cama. Gabby duerme con Sarampión, el oso que Seth le regalo cuando pasó el sarampión, hace años. Se nos había olvidado vacunarla.

Pasé mucho rato despierta. Al final Seth volvió a casa. Trabajaba a doble turno, lo cual significaba que estaba limpio. Lo oí abrir una cerveza y encender el televisor. Megan salió del dormitorio a oscuras y se fue con él. Los oí hablar y me dio mucha rabia. ¿Por qué hacía eso? ¿Qué había hecho Seth por ella? Entonces me acordé de la doctora Riordan, cuyos correos electrónicos he leído tantas veces que ya me los sé de memoria: «Megan tiene muchos motivos para estar enfadada. Y puede parecer injusto que se sienta más cercana a su padre, pero seguramente cuando tú caíste en las drogas se sintió mucho más traicionada.» Y era verdad. Allí tendida, me dije: Lo que siento

no significa nada. Mi trabajo, mi único trabajo, consiste en cuidar a las niñas y asegurarme de que crezcan sanas, para que sus vidas puedan significar algo. Pensar en esos términos me resultaba muy útil. Me veía a mí misma disolviéndome, transformándome en nada o, más que en nada, en una especie de savia que llenaría a mis niñas y les brindaría no solo una oportunidad, sino también el equilibrio y la confianza necesarias para, a diferencia de lo que me había pasado a mí, aprovechar esa oportunidad. Si lo hago, si realmente lo consigo, me dije, podré morir tranquila. Tengo treinta y tres años.

Nuestro bebé, Corey, era rojo y muy pequeño, más o menos del tamaño de una mano. Parecía que lo hubieran escaldado. Era evidente que no estaba preparado para salir al mundo. ¿No podemos volver a meterlo? Lo pregunté varias veces. ¿No hay forma de volver a meterlo? Nadie se dignó contestarme.

Tenía una cara tirante y diminuta, una carita arrugada como la de una momia que hubieran desenterrado al cabo de siglos. Aquella cara acumulaba milenios de dolor.

Pasé horas sentada, observándolo a través del cristal. Se movía como una mano hervida que se abría y se cerraba débilmente.

—Tenemos que darle la vuelta —me decían las enfermeras, y yo me apartaba.

Solo me metía un chute cuando era incapaz de moverme o encargarme de las otras dos. Pensaba: Solo un poco, lo justo para llevarlas al colegio, y entonces me metía el chute y notaba como el bebé se agarrotaba en mi interior.

Cuando Corey murió, pasé varios meses en un hospital psiquiátrico. Solo quiero morir, decía, y ellos me contestaban: Tienes dos niñas que te necesitan. Y estás limpia, te has desenganchado y tienes toda la vida por delante.

—Los médicos dicen que o me perdono a mí misma o no saldré adelante —le dije a mi madre—. Y eso es lo que estoy intentando.

—Perdonarte a ti misma es una cosa —me contestó mi madre—, pero lograr que Dios te perdone es otra muy distinta.

La posibilidad de dar clases en la prisión surgió a través de la universidad. Era una gran oportunidad porque acababa de empezar el máster; aún no tenía la cualificación para trabajar de profesora, pero como necesitaban a alguien hicieron la vista gorda y me ofrecieron el puesto de todos modos. Pagaban muy bien; un plus de peligrosidad, lo llamaban. Y yo pensé: Si puedo enseñarle a alguien a escribir, a lo mejor significa que también puedo hacerlo yo.

Cuando me dieron la lista de alumnos se la mostré a mi primo Calgary, que es funcionario de prisiones desde hace años. Empezó a hablarme de ellos. Melvin Williams: «Un grandullón estúpido —dijo—. Se ha refugiado en la religión, ya sabes.» Thomas Harrington: «Un tipo listo. Trabaja con reptiles. Está enganchado a

las metanfetaminas, como tú.» Hamad Samid: «Ojo con ese, es musulmán.» Samuel Lawd: «Lo han convertido en un gay. Los negratos se lo van rulando.» Allan el Barbas: «Ah, sí, el profesor. Lo pescaron con un hangar lleno de maría.» Pero ahí lo paré: no quería saber qué crímenes habían cometido, porque eso me predispondría contra ellos.

Cuando llegamos a Raymond Michael Dobbs, Cal dijo:

—Ese es un don nadie. Un basurilla.

—¿Un basurilla? ¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que es... basura.

Aquella respuesta me cabreó, no sé por qué.

—La basura es lo que hay dentro de un cubo de basura —dije.

—Es que ahí es donde vas a estar dando clases, bonita, en un gran cubo de basura.

Y a lo mejor la idea se le pasó por la cabeza a Cal, o a lo mejor solo lo pensé yo: «En ese caso voy a encajar a la perfección».

Cuando entré en el aula la primera tarde, allí estaban ellos: los basurillas. Se veían enormes sentados detrás de sus pupitres. Casi todos parecían tensos, curiosos, pero no así Ray Dobbs. Era un tipo enjuto, con el pelo negro y tupido. Apuesto. Y, sin embargo, sus ojos azules estaban muertos.

Le puse deberes: escribir una historia de tres páginas. A la semana siguiente volvió y leyó una bazofia infame sobre un tío que se follaba a su profesora. Todos empezaron a carcajearse y me entró el pánico, porque sabía que si perdía el control de la clase ya no lograría recuperarlo. Y eso me dio un acceso de adrenalina que me recordó vagamente un subidón.

Así pues, empecé a hablar. Y mientras Ray Dobbs me escuchaba, vi que algo se abría detrás de sus ojos, como sucede con el obturador de una cámara al sacar una foto. Se me puso la piel de gallina porque aquel efecto lo había conseguido yo; había logrado que sucediera tan solo por medio de la palabra. Fue una sensación muy íntima, como si hubiera algo físico entre nosotros.

A partir de entonces noté que Ray me miraba, y eso me despabilaba, como si me frotaran toda la piel con menta. Entraba en aquella prisión horrible y apestosa y, durante tres horas, de entre los escombros de mi vida emergía una mujer sabia y hermosa, cuyas palabras, pensamientos e incluso gestos tenían un valor incalculable.

Intentaba no mirarlo. Me asustaba que pudiera descubrir que no era ni maestra ni escritora; no disponía de las credenciales necesarias para estar allí. Y no quería que lo supiera, porque eso lo echaría todo por tierra.

Me compré ropa. En el trabajo se dieron cuenta. Antes de empezar en la prisión, Calgary había sido muy claro:

—Un pequeño consejo: no te arregles para entrar ahí. No lo digo por los presos, que saben muy bien que más les vale no pasarse, sino por los funcionarios: como

vayas toda emperifollada te cogerán manía.

Así que no me la ponía nunca para ir a clase. Pero lo hacía por él.

Un día me inventé una historia para recoger a Calgary al final de su turno y que me acompañara a Home Depot a mirar estanterías. Fue una locura, incluso me tomé medio día libre a sabiendas de que las probabilidades de ver a Ray eran casi nulas, y que aun en el caso de que lograra avistarlo, no íbamos a poder hablar.

Pero cuando llegó el día, ahí estaba Ray, junto a la entrada. No habría salido mejor ni aunque me hubiera pasado meses enteros planeándolo. Y a pesar de que no lo miré directamente en ningún momento, de que tan solo crucé el patio soleado hacia la cárcel, donde me esperaba Calgary, ese encuentro fue el equivalente, en el mundo real, a ir al cine, cogernos de la mano durante la cena, volver a casa, hacer el amor, levantarnos y vuelta a empezar. Ya no me acordaba de cómo era ese tipo de amor. En ese preciso instante me percaté de lo lejos que había llegado lo de Ray, y comprendí que no tenía escapatoria.

Gabby y yo estamos cenando, y mi hija me está hablando de la cobaya preñada que han estudiado en la clase de ciencias, cuando miro por la ventana y veo como el coche patrulla se acerca por el camino que lleva hasta casa. Gabby lo oye, se levanta de un salto y sale corriendo hacia la puerta mosquitera, pero su entusiasmo pronto se desinfla.

—Mamá —dice.

Pete es el primero en llegar a la puerta.

—No queríamos volver a molestarte en el trabajo —dice. Tiene una actitud tan formal que me huelo que va a ocurrir algo que no me va a gustar. Gabby se me acerca tanto que puedo oír su respiración. Gracias a Dios, Megan está entrenando al fútbol.

Entran los dos con un rechinar de uniformes, o de botas, o de lo que sea que hace que los polis rechinen siempre.

—El sargento Rufus tiene cierta información que queríamos comentarte —dice Pete.

—Ajá.

La cafetera borbotea y escupe a mis espaldas. Noto la mejilla de Gabby sobre mi brazo y se me acelera el pulso, aunque ¿de qué tengo miedo? Ni yo misma lo sé.

Rufus se pone manos a la obra, de pie en el centro de la sala.

—El registro de visitas indica que estuvo usted en la cárcel un día en que no había clase, un día en el que ni siquiera están permitidas las visitas.

—No fue una visita. Fui a buscar a mi primo Calgary. Trabaja en la prisión.

—Su primo tiene su propio vehículo, ¿no? —dice Rufus.

—¿Y qué?

—¿Por qué fue a buscarlo?

—Porque habíamos quedado en eso, ¿vale? ¿Acaso va contra la ley?

A Pete le da un tic en la piel sonrosada de alrededor de los ojos. Gabby me agarra del brazo.

—¿Vio al interno Dobbs en algún momento durante su visita?

Dudo un momento. Y después de dudar me doy cuenta de que debo contestar que sí.

—Cuando llegué, él estaba trabajando en el exterior con otros presos.

Creo que Rufus se ha llevado una decepción porque he dicho la verdad, y eso hace que me tranquilice un poco. Mantén la calma. No saben nada... ¡no hay nada que saber! Tengo la tentación de mirar por la ventana hacia el lugar donde enterré el manuscrito de Ray, pero no lo hago. No es lo que andan buscando, pero se lo llevarían de todos modos.

—¿Saludó al prisionero? —pregunta Rufus.

—No.

—¿Y más tarde reconoció haberlo visto?

—Sí, le dije que lo había visto.

—¿Le contó él qué tipo de trabajo estaba haciendo allí fuera?

—No.

—Pues ahora mismo se lo cuento yo: estaba trabajando ni más ni menos que en la misma cañería por la que más tarde se fugaron él y Davis —dice Rufus—. Eso es lo que estaba haciendo.

Se bebe el café que le he servido y deja la taza encima de la mesa.

—No lo sabía.

—De todos los días en que usted podría haber visitado la cárcel fuera de su horario laboral —prosigue Rufus—, resulta que eligió precisamente el día en que él estaba preparando el terreno para fugarse. Y por si fuera poco fue a la prisión por un motivo que a mí ni siquiera me parece un motivo.

—Ya le he contado por qué fui. —Tengo la boca seca. Me vuelvo hacia Pete—: Dime qué queréis, por favor.

—Queremos echar un vistazo a la casa —dice Pete—. Con tu permiso. No tenemos una orden de registro...

—Pero podemos tenerla —lo interrumpe Rufus—. Existe una causa probable.

—Es posible que consigamos una. Y no sé si lo sabes, Holly, pero en ese tipo de registros no suele respetarse demasiado la propiedad personal.

Desde luego que lo sé. Quien dice registro, dice romper, destrozar, rajar almohadas y colchones; dice que tu casa nunca volverá a ser la misma.

—Vale —digo—. Pero tened cuidado con la habitación de las niñas, por favor.

Rufus ya ha enfilado el pasillo y va directo hacia nuestro dormitorio, que tiene la puerta cerrada. Entonces comprendo que creen que Ray está en mi casa. Eso hace que durante un segundo parezca posible, y solo de pensarlo me pongo nostálgica. Abrazo a Gabby con fuerza.

Cuando llegan a la habitación de las niñas, entro corriendo tras ellos.

—Cuidado con el pequeño biombo que hay junto a la ventana, ¿vale? —digo.

Echo un vistazo a mi reloj: Megan volverá dentro de cuarenta y cinco minutos.

En el salón, Gabby está arrodillada en el sofá, mirando por la ventana. Me siento a su lado y le digo:

—Eh.

Ella no responde. Su cara tiene una expresión vacía que me recuerda a Megan.

Rufus asoma la cabeza por la puerta de la habitación de las niñas.

—¿Qué hace aquí esta cama, entre las otras dos?

—Es donde duermo yo —digo. Estoy a punto de añadir: «Desde la fuga», pero gracias a Dios me detengo a tiempo.

Vuelven y empiezan a rebuscar por donde estamos sentadas Gabby y yo. Nos trasladamos a los taburetes que hay frente a la encimera donde solemos comer. Los platos de la cena siguen ahí, medio llenos aún. Me pregunto si entregándoles a Pete y a Rufus el manuscrito que enterré pondría fin a esto, pero lo dudo. De hecho, creo que aún empeoraría más las cosas.

Gabby se echa hacia delante y apoya la cabeza en la encimera, entre los dos platos. Le froto la espalda. Rufus está registrando la caja de herramientas, que Seth guarda en un estante que hay encima de la tele. Saca algo y dice:

—Pete.

Su tono de voz basta para que me gire y me lo quede mirando. Pero incluso cuando veo lo que ha encontrado Rufus (una bolsa con cristal de metanfetamina), incluso después de comprender, horrorizada, lo que está a punto de suceder porque Seth ha vulnerado nuestra regla de oro: nunca en casa, métetelo en el cuerpo pero nunca en casa, o nos la cargamos todos (aunque ¿qué significan las normas para los yonquis?), incluso con todo eso pasándome por la cabeza, sigo frotándole la espalda a Gabby porque eso la tranquiliza, y cuanto más rato esté tranquila, mejor para ella. Aunque solo pueda procurarle un minuto más de tranquilidad.

Miro a Pete, el barómetro que me permite calibrar la situación. Parece que esté a punto de devolver. Rufus viene hacia mí con la bolsa en la mano.

—¿Sabe qué es esto? —brama, y Gabby se incorpora de golpe, aterrorizada.

—Parece una bolsa de cristal —digo.

—¿Parece? ¿Me está diciendo que no es suya?

—Es de mi marido, creo. Él todavía está enganchado.

—Va a tener que acompañarnos a comisaría.

—Espera, espera —dice Pete—. No hay ningún motivo para que nos la llevemos. Rufus mira a Pete con incredulidad.

—¿Acabamos de encontrar una bolsa de cristal en la casa y no quieres detenerla?

—No es suyo —dice Pete—. Es de Seth. Los conozco a los dos.

—Sí, ya lo sé. Llevas saltándote las normas desde el primer momento para proteger a esta mujer. Pero somos agentes de la ley, Pete. Y si encuentras una bolsa de cristal, no miras a otro lado solo porque eres colega de la mujer que vive en la

casa, a menos que quieras meterte en un lío. Que no es mi caso.

—Por favor —digo—. Por favor.

Pete pone cara de tierra trágame. Y entonces sé qué va a suceder, porque Pete tiene cuatro hijos y no puede permitirse líos de ningún tipo.

Gabby me abraza con fuerza, suplicando:

—No te vayas, mamá, por favor, no te vayas.

Pero algo ha muerto en mi interior.

—Todo irá bien, cariño —le digo, y la aparto de mí—. Tengo que llamar a la abuela.

Cojo el teléfono y marco el número de mi madre, rezando para que conteste. Hacía mucho tiempo que no telefoneaba por algo así.

Suena el primer tono. Gabby empieza a llorar. Pete mira a Rufus y dice:

—¿Te parece divertido?

Rufus clava los ojos en los zapatos. No parece que se esté divirtiendo mucho.

Mi madre descuelga el teléfono.

Mientras el coche patrulla baja por el caminito de casa, veo a Megan acercándose desde donde la deja el autobús del fútbol. Con el uniforme rojo se la ve muy delgada. Los faros del coche la iluminan y se cubre los ojos, y observo como su rostro pasa de la curiosidad al ver un coche salir de nuestra casa a la inquietud cuando se da cuenta de que es un coche patrulla. Pete baja la ventanilla.

—Hola, Meggie —dice.

—Hola, señor Konig.

—¿Qué tal os ha ido a ti y a Amy esta tarde?

—No jugamos juntas. Ella está en el primer equipo.

—Bueno, escucha, tu madre se viene con nosotros para echarnos una mano en un asunto. No debería llevarnos más de un par de horas.

—¿Y Gabby?

—Es mejor que hables con tu madre.

Pete baja mi ventanilla y Megan asoma la cabeza dentro del coche. Escondo las esposas entre las piernas.

—No pasa nada, cariño —digo—. Solo tengo que ir a hablar con ellos. —Me cuesta contenerme y no alargar la mano para acariciarle la cara, pero no puedo dejar que vea las esposas.

—Vale.

Cuando no es sarcástica, Megan parece muy pequeña.

—La abuela ya está en casa. Ve, anda.

—Vale.

Se gira y sigue caminando.

Pete y Rufus me llevan a la cárcel del condado y me dejan en manos de los funcionarios de prisiones. A partir de ese momento dejo oficialmente de ser responsabilidad suya. Es tarde y no hay ningún juez de guardia, de modo que tendré que pasar la noche en la cárcel e ir al juzgado por la mañana. Llegaré tarde a trabajar, y eso si llego.

He estado antes en esta prisión, pero siempre iba colocada, o sea que me siento como si fuera la primera vez. Una funcionaría de prisiones me mete en un cuartito y deja la puerta abierta. Me dice que me desnude y que ponga toda la ropa encima de un banco. Cuando estoy desnuda, tengo que agacharme y separar las piernas. En ese momento abandono mi cuerpo, más o menos como en la cocina, con Gabby, y pienso: esa no soy yo. Ese culo no es mío, y todas las partes de mi cuerpo expuestas delante de esta mujer no son mías. Oigo otro ruido y cuando agacho la cabeza y miro por entre las piernas, veo a dos funcionarios de prisiones detrás de la mujer, disfrutando de la vista. Esa no soy yo, pienso. Simplemente estamos mirándonos mutuamente a través de una ventana.

—Póngase en cuclillas y salte —dice la mujer.

—¿Qué?

—Ya me ha oído. Le he dicho que se ponga en cuclillas y salte.

—¿Por qué?

—¿Se niega a hacerlo?

—Solo pregunto por qué.

—No estoy aquí para contestar a sus preguntas.

En cuanto me agacho y empiezo a saltar entiendo por qué: para que salga de mi cuerpo cualquier material ilegal que pueda llevar oculto. Me botan los pechos y noto como el sudor me gotea por las axilas y cae al suelo. Me da pánico que pueda salirme algo malo de dentro, alguna cosa horrible que ni siquiera yo sé que está ahí. Quiero dejar de saltar, para que no se me salga, pero la mujer sigue diciéndome que salte, tal vez porque detecta mi preocupación, tal vez para castigarme por haberle hecho una pregunta o tal vez para entretener a los dos tipos que tiene detrás. Y yo sigo saltando.

De pequeña me inventaba historias que burbujeaban en mi interior como algo incontenible. Había siempre una voz dentro de mi cabeza, susurrándome. La voz y yo guardábamos un secreto: yo sería una de esas personas que corren mundo y hacen cosas de las que se enteran los demás. Donde yo vivía no había muchas personas de esas, pero sí algunas (una patinadora sobre hielo, un humorista), y cuando volvían de visita, todo el mundo comentaba entre cuchicheos a qué bar o a la fiesta de qué parroquia se suponía que iban a ir. Mis profesores creían que yo era especial. Y mi madre también. Mi niña de ojos verdes, me llamaba.

Mi primer error fueron las prisas. Agarré lo que tenía al alcance de la mano: casarme con Seth, la estrella de rock, tener un hijo... Yo siempre había sido especial, así que estaba convencida de que nunca dejaría de serlo, pasara lo que pasara, pero que lo demás tal vez no duraría para siempre.

Y cuando me di cuenta de lo mal que marchaban las cosas (cada vez que Seth se peleaba con la banda y desaparecía durante varios días, y yo sola tenía que encargarme de las dos niñas), cuando comprendí lo profunda que era la fosa donde había caído, ya era demasiado tarde. Tenía dos niñas pequeñas, un marido que fumaba metanfetaminas y un año de diplomatura. Aún vivía a veinte minutos del lugar donde había crecido.

Me fumé mi primera pipa con Seth. Sabía que era una mala idea, pero estaba cansada de hacer de poli, de suplicarle y de enfadarme con él, de tirarle pañales a la cara cada vez que entraba en casa. Quería volver a estar de su lado. Así que una tarde, mientras las niñas hacían la siesta, fumé con Seth y, oh Dios mío, solo puedo recordarlo un momento, si no todas las partes de mi cuerpo se convertirán en una boca que pide más: qué pasión, Seth y yo follamos como locos por primera vez desde hacía meses, y no paramos ni cuando las niñas empezaron a lloriquear y a aporrear la puerta. Y luego, al mirar por la ventana, vi como el mundo volvía a la vida: los árboles frondosos, el cielo. Estaba otra vez en lo más alto. Íbamos a lograrlo, Seth y yo. La voz en mi cabeza también había vuelto y me contaba historias, tantas que no podía anotarlas todas, ni siquiera era capaz de distinguirlas.

Y después de todos los horrores, de los registros y las detenciones, después de perder a Corey y de los meses oscuros y vacíos que pasé en el hospital, después de todo eso, fue un alivio volver a estar viva y limpia, y tener a mis niñas, las dos que aún me quedaban. Me movía con cuidado, como si el mundo estuviera hecho de cristal. Conseguí el trabajo en la universidad, terminé la carrera y empecé un máster en escritura. Pero a pesar de todo eso, por lo que estaba agradecida y sabía perfectamente que no me merecía, no puedo decir que fuera feliz. Me sentía aliviada, sí. Y afortunada, desde luego. Lo reconozco. Pero estaba convencida de que la felicidad solo te la daba un colocón, y no pensaba volver a tocar las drogas nunca más, aunque eso significara no volver a ser feliz ni un día más en la vida.

De pronto Ray me lo devolvió todo. La emoción que te recorre el cuerpo de niño, como el deseo cuando eres adulto: excitación en estado puro, por la llegada de la Navidad, por una jarra de refresco en polvo con sabor a uva, por jugar en la casita del árbol... Cada semana, a medida que se acercaba el momento de dar la clase, experimentaba todo eso. Empecé a leer otra vez, me terminaba una novela cada pocos días. Durante la pausa del almuerzo me sentaba fuera, en el banco de la terraza, y escuchaba el tráfico, esos bucles de sonido tras los que intuía algo más, algo tan vago, tan indefinido que intentaba no espantarlo prestándole demasiada atención. Pero sabía que la voz había vuelto.

A la mañana siguiente comparezco ante el juez junto a mi abogado de oficio. Pete está ahí y le dice al fiscal que la metanfetamina no es mía, que la encontraron en la caja de herramientas de Seth y que solo eran tres gramos. El juez desestima el caso, y

paso por casa para ducharme y cambiarme antes de ir al trabajo.

Esa noche doblo la cama plegable y la saco del cuarto de las niñas. Ha pasado ya un mes desde que Ray se escapó, y sé que se ha ido. Si aún estuviera por aquí ya lo habrían pescado.

De repente caigo en una depresión, la tristeza se abate sobre mí como una manta que me cubre y de debajo de la cual no puedo salir. Es verano y me cuesta horrores llevar a las niñas al campamento. En el trabajo, cuando nadie me ve, apoyo la cabeza en la mesa. Oigo los chasquidos del ordenador, los gritos de los alumnos del campamento de verano de la escuela, teléfonos a lo lejos. Me quedo muy quieta y observo los colores que se forman detrás de los párpados. Cada vez que oigo unos pasos acercándose a mi cubículo, me pongo derecha y coloco las manos encima del teclado.

Los fines de semana no consigo salir de la cama. Tengo la cara hinchada y a las niñas les da miedo mirarme. Me tumbo en la cama plegable, en el cuarto que comparto con Seth. A veces entra Gabby y se tumba a mi lado. Sé que le estoy haciendo daño solo por el hecho de estar ahí tumbada, que le estoy provocando aún más infelicidad. Pero no puedo moverme.

—Quiero que te pongas buena —dice Gabby.

La abrazo. Me cuesta tanto esfuerzo que empiezo a resollar. Le quiero decir que lo siento, pero sé que es puro egoísmo, que en el fondo solo quiero que me perdone.

—Te quiero mucho, pequeñaja —le digo—. Lo sabes, ¿verdad?

Ella asiente.

—¿Seguro que lo sabes?

—Sí, lo sé.

Algo es algo, supongo. Megan no entra, y no la culpo por ello.

Al final, un día aparece mi madre: deben de haberla llamado las niñas. Me da pavor lo que pueda decirme, pero al llegar me pone una mano en la frente y la deja ahí. Sus dedos fríos resultan tan agradables que cierro los ojos.

—Tienes que marcharte —dice.

—¿Cómo, marcharme?

Aparta la mano de mi frente para ajustarse una de las horquillas de marfil que lleva siempre en su rebelde melena gris.

—Unos días, para reponerte —dice—. Si se te ocurre un lugar adonde ir, a mí me encantaría quedarme con las niñas.

—No puedo abandonarlas —digo—. Ya lo he hecho demasiadas veces.

Un día, en el trabajo, mientras almuerzo en mi escritorio (no tengo energía para salir fuera con el calor que hace), busco en Google «hotel», «castillo» y «Europa», y empiezo a observar las pequeñas fotografías que aparecen en la pantalla. Una página web lleva a otra, como si cayeras a través de varias trampillas. Pienso: ¿cómo puede

haber allí tantos castillos? Supongo que, como siempre dicen que Europa es muy pequeña, en mi mente no hay sitio para tantos.

Me topo con un hotel llamado La Torre del Homenaje. La imagen muestra un castillo con varias torres. Entro en la página web y empieza un pase de diapositivas: un castillo iluminado por un sol dorado, una alta torre cuadrada y un mapa antiquísimo con un laberinto de túneles subterráneos. Y finalmente una gran piscina redonda.

Aparto la silla del escritorio y hundo la cabeza entre las rodillas. Temo que haya podido pillar un colocón sin darme ni cuenta. Repaso lo que he hecho durante el día para asegurarme de que no he fumado ninguna pipa.

Cuando vuelvo a incorporarme, el pase de diapositivas aún no se ha detenido: castillo, torre, mapa, piscina. Es el castillo de Howard: el castillo de Ray. El mismo lugar. Y entonces me echo a reír. Es una risa débil, de alivio. Porque mientras leía la historia de Ray, una semana tras otra, nunca creí que el castillo existiera.

Mapa, piscina, castillo, torre.

Lo he encontrado. O él me ha encontrado a mí.

Nunca creí que un hotel pudiera ser tan caro: para pagar dos noches y un billete de avión tengo que sacar dinero de mi plan de pensiones. Mientras me encargo de los preparativos no me puedo creer que vaya a ir de verdad. Todavía me quedan días de vacaciones en el trabajo, y mi madre cumple su promesa de quedarse con las niñas. Cuando tengo todo preparado y solo falta una semana para marcharme, me doy cuenta de lo que estoy a punto de hacer. Y me parece una locura, un exceso intolerable. Aún puedo recuperar el depósito del hotel, pero el billete de avión no admite devolución. Cuando llamo a mi madre, no me quiere ni escuchar.

—Vas a ir, y se acabó —dice—. Y ahora cuelga.

Tengo la sensación de que viajar a otro continente, ver otros países, es el tipo de vida que un día imaginé para mí.

Cuando dejo a las niñas en casa de mi madre, Gabby me abraza y me da un beso, pero Megan baja del coche y se marcha sin decir ni una palabra. Sin embargo, cuando ya he vuelto a arrancar, sale corriendo de la casa. Me detengo, pero Megan ya no va tan rápido y tarda un rato en llegar hasta el coche.

—¿Te has olvidado algo? —le pregunto.

No contesta. Lleva un pequeño colgante de oro al cuello, pero no tengo ni idea de dónde lo ha sacado. Estamos en pleno verano y las cigarras parlotean en los árboles. Finalmente, Megan dice:

—Vas a volver, ¿verdad?

—¡Megan! —digo, y ella se echa a llorar. Hace mucho que no la veía llorar. En eso Megan es como yo: seca.

Levanto los brazos y le doy un beso a través de la ventanilla.

Cojo una avioneta a Nueva York y desde allí un vuelo nocturno a París. En el aeropuerto John F. Kennedy me invade una sensación de irrealidad. Hace años que no cojo un avión. He tenido que comprarme una maleta, en casa solo teníamos las viejas bolsas de lona donde lo metíamos todo cuando Seth se iba de gira con la banda.

Tengo un asiento con ventanilla. Cuando despegamos, las luces de la ciudad parecen ascuas. Es una conmoción: si hubiera sido consciente de que existía todo esto (que había aviones que despegaban y aterrizaban, y que las ciudades parecían ascuas) nunca me habría hundido tanto en mi vida.

El hotel me mandó un paquete que con las prisas de la partida aún no he tenido tiempo de abrir. O a lo mejor es que me lo estaba reservando. El sobre es en realidad una cajita plana de papel de color crema. Cuando la abro noto un olor a vainilla y a especias. Dentro de la caja hay varias tarjetas cuadradas, impresas con tinta marrón sobre ese mismo papel de color crema. En la primera pone:

Expectativa: Ya casi ha llegado. Y eso significa que está a punto de vivir una experiencia que hará que vuelva a casa como una persona ligeramente distinta a la que es en estos momentos.

Suelto una carcajada, pero estoy intrigada. ¿Qué demonios significa eso?

Otra tarjeta:

La Torre del Homenaje es un entorno libre de aparatos electrónicos y de telecomunicaciones. Cierre los ojos y respire hondo: puede hacerlo. Disponemos de una caja fuerte donde podrá guardar todos sus aparatitos en cuanto llegue. Este ritual de renuncia es importante. Si siente la tentación de hacer trampa, preste atención. Es posible que no esté preparado.

Y otra:

Excepto la música medieval en vivo durante la cena en el salón principal, en La Torre del Homenaje no ofrecemos ningún otro tipo de entretenimiento organizado. Eso es cosa suya. Confiamos en usted.

Ahora confíe usted en sí mismo.

No puedo evitar volverme hacia mi compañero de asiento, pero ya se ha tapado con la manta azul de la compañía aérea y se ha puesto un antifaz. ¡Necesito compartir el chiste con alguien! Inspecciono el avión, una fila tras otra, buscando unos ojos que me devuelvan una mirada cómplice, de comprensión. Porque no estoy sola. Lo sé. Lo noto desde que La Torre del Homenaje apareció en la pantalla de mi ordenador.

Aterrizamos a las 5:30 de la madrugada en medio de un amanecer neblinoso. No he dormido nada. La imagen que me llevo de París se reduce a los mozos de equipaje sacando maletas de nuestro avión y murmurando en su precioso idioma.

Otro avión hasta Praga y luego un tren. Dejamos la ciudad a través de un barrio

pobre, y los niños nos saludan al pasar. Entonces, por fin, me duermo.

Me despierto en otro mundo. Montañas, árboles. Pequeñas casas de campo con vigas de madera en la fachada. ¿Dónde estoy? ¿Dónde están mis niñas? Me quedo petrificada en el asiento, tengo la sensación de que les he hecho algo horrible, que las he abandonado, que he puesto sus vidas en peligro. Tardo unos minutos en calmarme. Y entonces se me ocurre una idea muy extraña: que nada de esto es real, que aún estoy en casa con las niñas. Todo es exactamente igual que siempre, pero en otra dimensión se ha desprendido una parte de mí y está teniendo este sueño.

Más tarde el revisor me toca suavemente en el hombro. He vuelto a quedarme traspuesta. El tren chirría, gime y se detiene en la estación. Al bajar me sorprende el frío que hace. Ha venido a recibirme un chico rubio y delgado llamado Jasper, que me coge la maleta. Salimos de la estación y nos metemos en un valle rodeado de montañas angostas y escarpadas. El castillo señorea la que tenemos justo enfrente, dorado y majestuoso a la luz del sol, y a lo mejor es tal como yo lo había imaginado, o a lo mejor su imagen ha borrado lo que fuera que tenía en la mente antes de verlo, pero el caso es que al levantar la cabeza pienso: «¡Eso es!».

Cogemos un telesilla en el valle. Mientras nos deslizamos colgados de unos gruesos cables, miro abajo y me doy cuenta de que muchos árboles han perdido ya las hojas. Cuando vuelvo a alzar la mirada, nos dirigimos hacia la montaña a tal velocidad que parece que vayamos a estrellarnos. Cierro los ojos.

—Da miedo, ¿sí? —dice Jasper.

—Pues sí —respondo yo.

Una gran puerta de hierro, dos torres. Una puerta lateral. Todo me resulta tan familiar que es como si volviera por segunda vez. ¿Tan perfecta era la descripción de Ray? No estoy segura. Lo que había escrito me gustaba porque lo había escrito él, porque había tocado las páginas, porque nos había dado una excusa para mantener una conversación. Pero intentaba no preguntarme si era bueno o no.

El vestíbulo es elegante y silencioso, y los puntos de luz brillante que salen del suelo realzan las paredes de piedra desnuda. La pareja que se está registrando delante de mí es rica; incluso su piel tiene un aspecto caro. La mujer me observa un momento y cuando aparta la mirada me siento aliviada.

Dejo los aparatos electrónicos en una caja plateada, la cierro y me guardo la llave. En mi caso se trata tan solo de un secador de pelo.

Subo una escalera curva tras Jasper, que me acompaña a mi habitación. Me habla del castillo: que primero se construyó la torre del homenaje, en el siglo XII, y luego el resto durante los siglos XIII y XIV. En el siglo XVIII el castillo se convirtió en residencia familiar.

Un aleteo en el pecho. Parecen pompas de jabón. No puedo concentrarme.

Mi habitación podría ser la misma en la que se alojó Danny: techos altos, una cama con dosel de terciopelo, un hogar con un leño ardiendo, pequeñas ventanas puntiagudas. Fuera veo la torre del homenaje, cuadrada y estrecha, elevándose por

encima de los árboles.

Me tumbo en la cama y noto como el colchón cede bajo mi peso. Abro el sobre que me han dado en la recepción y en su interior encuentro más tarjetas de color vainilla:

Olvídese de la ropa. Nosotros le proporcionamos prendas holgadas y cómodas que tienen siempre el mismo aspecto, llueva o haga sol, tanto de día como de noche, las lleve quien las lleve, para que pueda fijarse en otras cosas.

Nuestras instalaciones son totalmente seguras. Puede ir a donde quiera, de día y de noche. Si necesita una linterna (especialmente importante en los túneles), pídanosla. Nuestro personal es numeroso y, esperamos, discreto.

Tenga presente que puede haber otros clientes que utilicen el mismo espacio que usted al mismo tiempo. Recuerde: ha venido aquí a hablar consigo mismo, no con los demás. No es necesario saludar a nadie, ni siquiera establecer contacto visual. Dispone del resto de su vida para ello.

Me duermo. Cuando me despierto, el fuego se ha apagado y en la habitación hace frío. Mi ropa está sudada y huele mal.

Tomo una larga ducha caliente. Me peino y me dejo el pelo suelto. Me pongo el traje que han dejado para mí; es como un chándal, solo que hecho de cachemira, o sea que es increíblemente suave. También hay unas botas gruesas con suela de goma. De nuevo noto un aleteo en el pecho. Las pompas de jabón. Me las imagino desbordando el estrecho tarro que es mi corazón.

Seguramente hay una palabra para expresar la sensación de ver un lugar que has imaginado y que cumple con todas tus expectativas, pero yo no la conozco. Recorro un pasillo lleno de velas eléctricas y desciendo por una escalera curva hasta llegar a unas puertas acristaladas que dan al jardín. Por entre la densa vegetación asoman caminitos marcados con caracolas blancas. Hay unos cartelitos con indicaciones para llegar a diversos lugares, pero no las necesito: la torre del homenaje está justo enfrente de mí.

Han arrancado los arbustos y los árboles que crecían en la base de la edificación. Hay una mujer sentada con las piernas cruzadas en la hierba verde brillante y a su lado un hombre de pie que se protege los ojos de la luz del sol. Ninguno de los dos me mira, y durante un instante me siento insultada, invisible. Pero la sensación se me pasa enseguida. Van vestidos exactamente igual que yo.

Mientras subo por la escalera exterior tengo otra vez el impulso de utilizar esa palabra desconocida. Las suelas de goma de las botas se aferran al suelo de roca como ventosas, y pronto me encuentro por encima de los árboles.

La puerta de la torre es pesada. El corazón me late con fuerza al abrirla. Hay una segunda puerta, tal como me esperaba, y detrás de esa puerta está la sala donde Danny conoció a la baronesa: dorada, reluciente, pesadas cortinas junto a pequeñas ventanas y una puesta de sol púrpura y anaranjada que entra desde el exterior. La falta de una palabra que describa hasta qué punto este lugar encaja con mis expectativas

empieza a dolerme. Así que elijo una. Elijo la palabra de Danny, *altus*, y le doy mi propia definición. *Altus*: cuando las cosas son exactamente como las habías imaginado.

Hay un hogar con un leño ardiendo, un sofá tapizado con brocado y una mesa ovalada de madera reluciente. *Altus, altus, altus*. Me acerco a las ventanas y miro fuera, dando la espalda a la puerta. Me tiemblan las manos sobre el alféizar. No me digo qué estoy esperando, pero naturalmente lo sé.

Me quedo ahí, esperando. La expectativa es tan intensa que siento que no lo puedo soportar. Que me va a hacer pedazos. *Ahora y ahora y ahora*.

¡Ahora!

Oigo un ruido y me doy la vuelta. La sala está vacía, pero el aire vibra en contacto con mis brazos. Como si acabara de entrar un fantasma.

—Ray —susurro.

No se oye nada. Los leños se mueven en el hogar.

—Ray.

Voy hasta la puerta y la abro, y luego abro la segunda. Contemplo la escalera exterior y el horizonte más allá de los árboles.

—Ray —digo, pero se ha levantado viento y hace añicos mi voz—. ¡Ray! ¡Ray! ¡Ray!

De repente estoy gritando, porque tiene que estar aquí. Tiene que estar aquí, si no me habré gastado un dineral, habré dejado a mis niñas y venido hasta aquí para nada.

Lo llamo por su nombre hasta que me falla la voz. Vuelvo a meterme en la torre y me echo en el sofá. Me invade la tristeza más absoluta que recuerdo haber experimentado en toda mi vida. A diferencia de lo que sentí cuando lo de Corey, una tristeza mezclada con culpabilidad y responsabilidad, ahora solo tengo un sentimiento de pérdida. Pura pérdida. Sé que Ray se ha ido y que no volveré a verlo jamás.

Rompo a llorar. Me quedo ahí tendida, sollozando con la cabeza hundida en los cojines. En un par de ocasiones oigo que se abre la puerta, pero no levanto la cabeza. Sé que no se trata de Ray. Son otras personas con chándal de cachemira, que se van en cuanto me ven.

Finalmente dejo de llorar. Me quedo ahí mientras la oscuridad va llenando la sala. La única luz es la que proviene del hogar. Y entonces oigo una campana, que resuena a través de las ventanas, un tañido diáfano, precioso. Suena cinco veces, y cada una es como una ola de plata rompiendo en una playa oscura.

Cuando la campana deja de tocar, oigo movimientos como si de pronto la torre hubiera cobrado vida. Incluso lo siento: un crujido detrás de las paredes, puertas que se abren, un susurro de pasos conforme la gente desciende desde lo alto de la torre por todas esas escaleras internas y empieza a salir al exterior a través de las puertas que hay en la planta donde me encuentro yo.

La hora de la cena.

Me quedo donde estoy, vacía de tanto llorar, escuchando los pasos de la gente. Y

aunque no me apetece ni comer ni escuchar música medieval, me descubro a mí misma levantándome del sofá y saliendo de la sala. Me uno a la fila de personas vestidas con chándal de cachemira beige y me dirijo con ellas a la escalera exterior.

Al llegar a la base de la torre, un grupo sigue un caminito de caracolas blancas hacia el castillo, pero yo tomo otro sendero. Noto un aire gélido en las manos y en la cara, pero la cachemira me mantiene el resto del cuerpo caliente. La puesta de sol es una lágrima naranja al fondo de un cielo gris puro.

Los empleados del hotel están encendiendo velas a lo largo de los caminos, todas ellas cubiertas por una esfera de cristal. *Altus*. Sé adónde voy como si lo recordara.

El seto de cipreses. Una abertura iluminada por un farol. La atraveso y la belleza del estanque vibra en mi interior como el tañido de la campana: es enorme y redondo, y está iluminado desde debajo de la superficie. El agua es de un verde claro. El mármol blanco que lo rodea hace brillar todo ese espacio, como si el reloj hubiera retrocedido unas horas. Hay varias personas sentadas alrededor del borde del estanque, envueltos en gruesos albornoces de color beige. También hay algunas dentro del agua. He dejado de fijarme en la cara de la gente, así que no sé qué edad tienen, ni si son hombres o mujeres. A un lado hay una tienda de lona.

El aire me duele en los dedos, y meto las manos dentro de las mangas del jersey. El frío hace que la superficie del estanque se cuaje de vapor, y este se arremolina y se disuelve como decenas de diminutos tornados. A cada segundo que pasa la oscuridad se acrecienta, pero la esfera de luz que rodea el estanque dura y dura, como una burbuja que sabes que va a estallar, que no puedes creer que aún no haya estallado, pero que sigue ahí, intacta.

La última vez que vi a Ray fue durante una visita formal a la prisión. Yo ya no daba clases, por lo que fue más fácil ir en coche, aparcar, entrar y dar mi nombre. El guardia me conocía.

Como no figuraba en la lista de visitas de Ray previamente aprobadas, tuve que pedirle a Calgary que organizara el asunto y aguantar sus sermones:

—Mira, Holly, yo no sé nada, ni quiero saberlo, ¿me entiendes? —Y—: No tiene nada que ver conmigo, pero la gente comenta cosas, ¿sabes?

—Estuvo a punto de morir —le dije—. Solo quiero volver a verlo.

—Como ya te he dicho, es tu vida, ¿me entiendes?

Etcétera.

Me senté en una silla amarilla y esperé en la ruidosa sala de visitas, que estaba llena de niños emperifollados y de aspecto cansado, y que olía a esos nachos que hay en las máquinas expendedoras, calentados en el microondas. Veinte minutos más tarde entró Ray. Llevaba el pelo más largo y estaba bronceado, aunque a lo mejor solo me lo pareció en comparación con lo pálido que estaba en el hospital. Lo miré y vi que todo seguía igual entre nosotros, sin necesidad de pronunciar ni una sola

palabra. Se sentó en la silla de enfrente y dijo:

—Estás guapísima.

—No me puedo creer que estés vivo —dije.

—Yo tampoco —dijo él, y se rió—. Supongo que aún no me tocaba.

—Me alegro —dije—. Me alegro mucho.

Nos quedamos en silencio. No resultaba del todo incómodo. Era como si estuviéramos en el mundo real, fuera de allí o más cerca que nunca de estarlo. No me costaba nada imaginar que nos levantábamos y nos marchábamos juntos de allí.

Ray se levantó y se sentó a mi lado.

—Te has arriesgado mucho —dijo— viniendo de esta manera.

—Tenía que hacerlo.

Seguimos así un rato, haciendo breves comentarios separados por mucho silencio. Y el silencio parecía más poderoso que todo lo demás.

Media hora, me había dicho a mí misma. Lo alargué hasta los cuarenta y cinco minutos.

—Debería irme —dije.

—Una cosa.

Me recliné en la silla.

—Lo que escribí —dijo Ray—. Sé que era una mierda.

Y cuando intenté protestar y decirle que no era ninguna mierda, que solo era irregular, que había que pulirlo, como cualquier texto, que era un buen comienzo, bla, bla, bla, me puso un dedo sobre los labios. Era la primera vez que me tocaba.

—Quiero dártelo —dijo—. No porque sea bueno, eso ya lo hemos discutido. Pero a lo mejor puedes hacer algo con él.

En sus ojos y en su cara vi aquella esperanza, aquella fe en mí que había llenado mi vida durante todos esos meses. Pero las clases se habían terminado.

Me observaba con atención.

—O no, da igual. Pero lo escribí para ti.

—Quédatelo —dije.

Él pareció sorprenderse.

—¿Por qué?

—Yo no sé escribir —dije—. Es mucho mejor que te lo quedes tú.

—No te creo.

—Lo siento —dije, pues la necesidad de confesarlo todo me superaba, no podía contenerme—. Soy una impostora, me dieron el trabajo de profesora pero en realidad no tengo ninguna cualificación.

—Y una mierda. —Parecía enfadado.

—Te lo digo para que no cometas ninguna estupidez —dije—. No soy escritora. Ni profesora.

—Yo ya sé quién eres —dijo Ray.

Me miré las manos. Me temblaban y tenía las uñas mordidas. Debería haberme

hecho la manicura. Hubo una pausa muy larga, hasta que al final Ray me cogió las manos. Costaba creer que fueran las mismas manos que yo había sostenido en el hospital; aquellas estaban calientes, húmedas e hinchadas. Estas, en cambio, eran fuertes, lozanas. Unas manos sanas. Se ha recuperado, pensé.

—Holly —dijo, y cuando alcé la mirada Ray sonreía de nuevo. Es feliz, pensé. Nunca antes lo había visto feliz—. ¿No lo entiendes? —dijo—. Eres libre.

Nos miramos. Es como si se estuviera despidiendo, pensé. Pero ¿por qué, si la que se va soy yo?

En la cabaña, una anciana me da un traje de baño negro, de una pieza, y un albornoz. Hay unas casetas individuales para cambiarse, con paredes de lona y espejos de cuerpo entero. Me miro mientras me pongo el traje de baño. Treinta y tres años de desgaste, pero ahí estoy.

Cuando vuelvo a salir está todo a oscuras, excepto la gran circunferencia verde del estanque. El frío me agujonea los dedos, las pantorrillas y los pies. Me detengo y aguzo el oído porque se oye un sonido nuevo, como si algo estallara en miles de pequeños fragmentos de cristal encima de mí, debajo y a todo mi alrededor. Inclino la cabeza hacia el cielo y lo noto, diminutos pellizcos fríos sobre la cara: nieve. En el silencio absoluto del lugar, oigo como la nieve atraviesa el aire y aterriza en el mármol. Un billón de chasquidos invisibles.

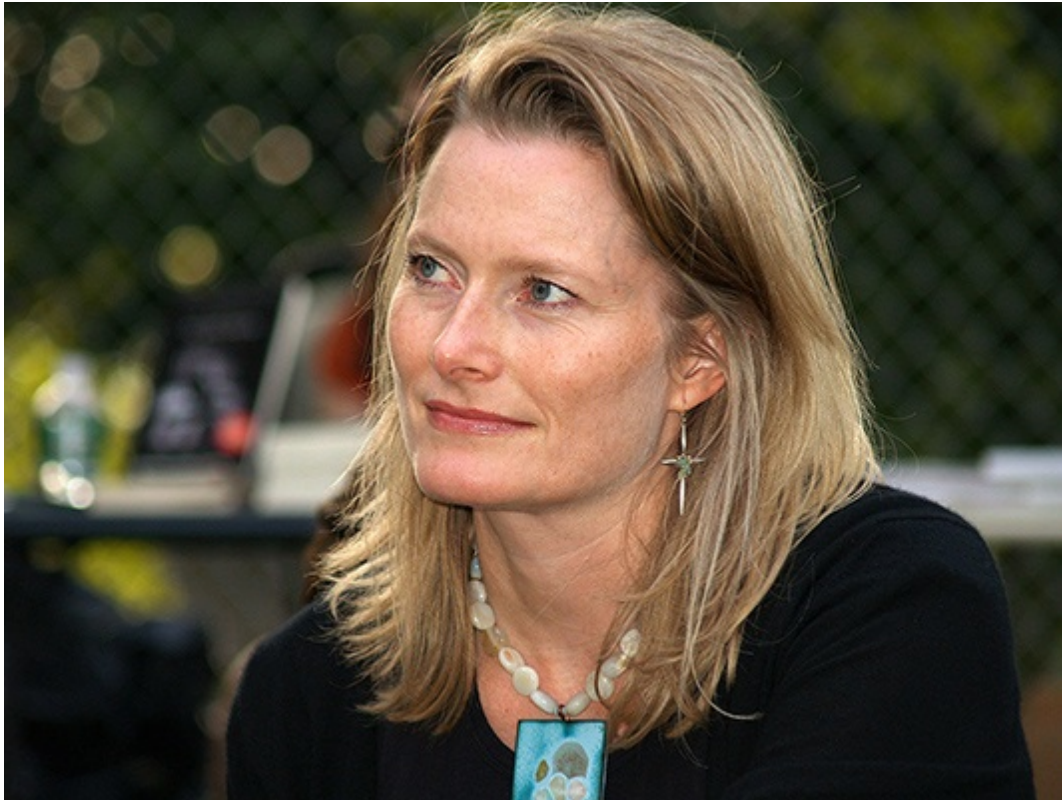
El vapor que cubre el estanque es ahora más denso, como balas móviles de heno blanco. Apenas veo la gente que hay debajo.

Y no sé si es por la nieve, la noche, el agua de color verde claro o algo que no tiene nada que ver con todo eso, pero al acercarme al borde del estanque me invade una emoción antigua, infantil. Me detengo y dejo que la nieve me caiga encima y se me derrita sobre el pelo, la cara y los pies. Dejo crecer la emoción hasta que me llena el pecho.

Cierro los ojos y me zambullo.

AGRADECIMIENTOS

Muchísimas gracias a todos aquellos que me han escuchado, leído, acogido, inspirado, informado o ayudado de cualquier otra forma mientras trabajaba en *La torre del homenaje*: David Herskovits, Amanda Urban, Jennifer Smith, Jordan Pavlin, Lisa Fugurd, Kay Kimpton, Don Lee, Monica Adler, David Rosenstock, Genevieve Field, Ruth Danon, Elizabeth Tippens, Peggy Reed, Julie Mars, David Hogan, Alexander Busansky y el Centro para Investigadores y Escritores Dorothy y Lewis B. Cullman de la Biblioteca Pública de Nueva York.



JENNIFER EGAN (1962) nació en Chicago y creció en San Francisco. Es autora de las novelas *La torre del homenaje*, *Look at Me*, *The Invisible Circus* y del volumen de cuentos *Ciudad Esmeralda*. En 2010 publicó *El tiempo es un canalla*, merecedor de los prestigiosos premios Los Angeles Times Book Prize de ficción, National Book Critics Circle Award de ficción y Pulitzer de ficción 2011. Ha escrito cuentos para *The New Yorker*, *Harpers Magazine*, *GQ*, *Zoetrope: All Story* y *Ploughshares*. Sus ensayos aparecen a menudo en *The New York Times Magazine*. Vive en Brooklyn.